Akal Clásicos de la Literatura

Aleksandr Kuprín
El burdel



Akal / Clásicos de la Literatura / Literatura eslava / 50

Directora de la serie Gala Arias Rubio

Alexsandr Kuprín

El burdel

Traducción de Rocío Martínez Torres
Licenciada en Filología eslava por la Universidad de Granada, cursó dos años de licenciatura en la Universidad Estatal de Udmurtia, en Rusia. Entre 2002-2004 trabajó de lectora de español en la Universidad Estatal Ablay-Jan de Almaty, en Kazajistán, además de como traductora e intérprete de ruso-español y español-ruso para delegaciones comerciales. En la actualidad compagina su trabajo de profesora de idiomas (ruso y español como lengua extranjera) con labores de traducción. Ha traducido para Ediciones Akal las obras *El héroe de nuestro tiempo* de M. Y. Lérmontov (2009), *Borís Godunov* de Aleksánder Pushkin (2012) y *El hiperboloide del ingeniero Garin* de Alexéi Tolstói (2021).

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO



Fotografía de Aleksandr Kuprín tomada por Karl Karlovich Bulla (*ca.* 1910).

El burdel es el escenario asfixiante donde se despliega una galería de vidas rotas, marcadas por el humo del tabaco barato, el olor a alcohol y la música estridente de un piano desafinado. En este rincón degradado de la Rusia de principios del siglo xx, la convivencia forzada entre la vulgaridad de los clientes y la desolación de las pupilas crea un ambiente de realismo brutal, donde la risa fingida y la miseria humana se entrelazan de forma inseparable. Aleksandr Kuprín logra, con una valentía inusual para su época, arrojar luz sobre la llaga abierta de la prostitución, una cuestión social que la hipocresía burguesa prefería mantener en la sombra. A través de su mirada compasiva pero implacable, el autor documenta con crudeza las condiciones infrahumanas en que vivían estas mujeres, transformando un relato de marginación en un poderoso manifiesto que denuncia la explotación y la indiferencia de una sociedad cómplice.

Aleksandr Kuprín no fue un novelista de escritorio, sino un devorador de realidades. Antes de consagrarse como uno de los grandes maestros del realismo ruso, llevó una vida errante y volcánica que alimentó cada una de sus páginas: fue oficial del ejército imperial, estibador, buscador de oro, actor de circo e incluso buzo. Esa sed insaciable de experiencias directas le permitió retratar la existencia humana sin los filtros del romanticismo, capturando la belleza y la crueldad del mundo con una honestidad que pocos de sus contemporáneos se atrevieron a imitar.

Su obra es un fresco vibrante de la Rusia prerrevolucionaria, donde el honor militar choca con la decadencia moral y el amor se manifiesta en sus formas más trágicas y puras. Entre sus piezas maestras destacan *El duelo,* una denuncia feroz de la vida castrense que lo catapultó a la fama; *El brazalete de granates,* una de las historias de amor más conmovedoras de la literatura rusa; y, por supuesto, *El burdel,* su obra más polémica.

Kuprín vivió el exilio tras la Revolución, refugiándose en París durante casi dos décadas, pero el lazo con su tierra fue irrompible. Regresó a San Petersburgo en el ocaso de su vida, ya enfermo, para morir en el suelo que siempre fue su brújula creativa. Hoy se le recuerda como el gran cronista de los olvidados, un autor que supo encontrar la chispa de lo sagrado en los rincones más oscuros y mundanos de la sociedad.

Diseño cubierta: RAG

Imagen de cubierta: Boris Dmitrievich Grigoriev, Mujer con sombrero (1919).

ИНСТИТУТ ПЕРЕВОДА

AD VERBUM

Publicado con el apoyo del

«Instituto de la Traducción», Rusia.

Queda prohibida la reproducción, plagio, distribución, comunicación pública o cualquier otro modo de explotación –total o parcial, directa o indirecta– de esta obra sin la autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o sus cesionarios. La infracción de los derechos acreditados de los titulares o cesionarios puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Ninguna parte de este libro puede utilizarse o reproducirse de cualquier manera posible con el fin de entrenar o documentar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

Яма

© Ediciones Akal, S. A., 2026
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
atencion.cliente@akal.com

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@ediciones_akal

@ediciones_akal

@AkalEditor

ISBN: 978-84-460-5877-9

INTRODUCCIÓN

Aleksandr Ivánovich Kuprín. Vida y obra inseparables

Aleksandr Ivánovich Kuprín (1870-1938) ocupa, sin duda, uno de los lugares más destacados y singulares entre los grandes escritores rusos de finales del siglo XIX y comienzos del XX. A lo largo de una vida creativa que se extendió durante casi cinco décadas, dejó una obra amplia y diversa cuya vigencia ha resistido con fuerza el paso del tiempo. En ella se perciben con claridad su entusiasmo por la vida, su amor por la gente sencilla, su fe inagotable en la fuerza de la naturaleza y en la dignidad espiritual del ser humano, y su constante rechazo a la arbitrariedad y la violencia. Todo ello aparece plasmado en su obra con una intensidad casi pictórica, que hace que sus mejores páginas resulten cercanas y comprensibles incluso para el lector contemporáneo.

Su actividad literaria abarcó numerosos géneros: escribió poesías, relatos, cuentos, novelas, ensayos, artículos de opinión y crónicas periodísticas, e incluso adaptaciones teatrales o traducciones… y en todos ellos intentó captar la vida rusa en su complejidad, dando voz a personajes procedentes de casi todos los estratos de la sociedad prerrevolucionaria. Esa amplitud temática no puede entenderse sin tener en cuenta una biografía extraordinariamente rica, marcada por la experiencia directa y el constante contacto con los más diversos ambientes. Kuprín no fue únicamente un observador de la realidad, sino un hombre empeñado en vivirla en toda su plenitud. Algunos de sus biógrafos señalan que su vida se parecía más a la de un aventurero que a la de un escritor.

El destacado crítico literario, ensayista y autor infantil Kornéi Ivánovich Chukovski (1882-1969), quien lo admiraba por su honestidad artística, por su capacidad de observación profunda de la realidad y por su valentía al tratar temas incómodos, lo describía así:

> Fue hace mucho tiempo, en diciembre de 1905. Kuprín transmitía la imagen de un hombre sano y vigoroso, con un cuello fuerte como el de un toro, con

> el pecho y la espalda como los de un porteador. Robusto, de hombros anchos, podía levantar una silla pesada, asiéndola solo de la pata delantera. A su cuerpo musculoso, ni el traje ni la corbata le iban bien, cuando los llevaba parecía un herrero vestido para una fiesta. Tenía la cara ancha, la nariz parecía ligeramente rota, los ojos estrechos, tranquilos, entreabiertos, y una mirada atenta que parecía absorber cada detalle de la vida alrededor. […] Kuprín odiaba tanto la sola idea sobre el estatus literario y tenía tantos intereses diferentes a su profesión que en cada uno de nuestros encuentros no podía evitar pensar que mi escritor favorito, Kuprín, famoso en toda Rusia, no tenía nada que ver con el tipo que estaba allí sentado frente a mí, con una camisa vieja medio abierta sobre el torso desnudo, canturreando un himno militar. […] Aleksandr, como todos los grandes escritores, ansiaba investigar, conocer cada detalle del mundo, estudiar todo sobre la vida de la gente en cada profesión: ingenieros, empresarios, organilleros, monjes, banqueros, etc. Quería conocerlo todo en profundidad porque en su dedicación odiaba «casi saber». Y eso se deja ver cuando lees cualquier obra de Aleksandr, entiendes que es un experto, un especialista en la vida sobre la que escribe.

Orígenes familiares. Primera infancia

Nació el 7 de septiembre de 1870 en Narovchat, en la provincia de Penza, situada en el Distrito Federal del Volga, en la parte europea del Imperio ruso. Su padre, funcionario de bajo rango, murió de cólera a los treinta y siete años, cuando él apenas contaba uno de vida, dejando a la familia en una situación precaria. Su madre, Liubov Alekséevna, procedía de una familia noble de origen tártaro –los Kulunchakov–, los rasgos tártaros de Kuprín se evidencian en cada fotografía que vemos de él, y él mismo se enorgullecía siempre de su origen. La finca en la que vivía la viuda apenas producía ingresos, y poco más de dos años después de la muerte de su marido se mudó con sus tres hijos a Moscú. Allí consiguió ingresar a sus hijas, Sofía y Zinaida, en internados femeninos, y ella encontró refugio con el pequeño Aleksandr en la Casa de las Viudas de la plaza de Kudrinsk, donde el futuro escritor pasó sus primeros seis años y Liubov permanecería el resto de su vida.

De esos años, recordaba Kuprín las oraciones y los relatos bíblicos

que le enseñaban las «piadosas viudas», esas vivencias y aquella casa fueron descritas muchos años después en el relato *La santa mentira* (1914). Fue una infancia marcada por la pobreza; al igual que sus hermanas mayores, solo pudo recibir educación gracias las ayudas sociales, a costa de las dificultades, la vergüenza y las humillaciones que su madre debía soportar. Todo ello despertó en el escritor un sentimiento de inferioridad que le hacía sentirse como un ciudadano de segunda, y que lo acompañó durante mucho tiempo. «Era muy reservado en muchos aspectos de su vida personal de modo que, a pesar de nuestra gran y duradera amistad, sé poco de su pasado», escribió su amigo Iván Bunin sobre él.

A los seis años fue enviado al orfanato Razumovsky para hijos de nobles empobrecidos, donde permaneció cuatro años soportando una disciplina rígida, la frialdad de educadores mal preparados y la falta de afecto, lo cual marcó profundamente al pequeño. No es casual que, ya adulto, se definiera a sí mismo con amargura como un «niño de la administración», subrayando así hasta qué punto su infancia había transcurrido en instituciones cerradas, regidas por normas severas y, a menudo, castigos crueles. Muchas de estas experiencias reaparecerían en el futuro transformadas en relatos como *El río de la vida, La hierba, Lénochka, La excursión* o *Los fugitivos.*

Carrera militar

En 1880, tras aprobar los exámenes de ingreso, gracias a las súplicas entre lágrimas de su madre, pues no era un buen estudiante, entró en la II Escuela militar de Moscú, que poco después se reorganizó en el Cuerpo de cadetes. Los ocho años de formación que pasó allí fueron igualmente duros. La disciplina férrea, los castigos arbitrarios y una constante sensación de opresión dejaron definitivamente en él una profunda aversión hacia este tipo de instituciones. Años después, en *La encrucijada (Cadetes),* evocaría aquellos años a través del personaje de Bulanin:

> Aquellos que han leído mi historia *Cadetes* probablemente recordarán al héroe, Bulanin, y lo dolorosamente que sufrió… un castigo inmerecido y salvaje que le infligieron por una broma insignificante. Bulanin… soy yo mismo, y el recuerdo de los azotes en el cuerpo de cadetes se me quedó grabado para siempre.

Sin embargo, en ese entorno hostil surgió uno de los estímulos decisivos de su vocación y una de las pocas alegrías en la triste vida del cuerpo de cadetes: las clases de literatura rusa que impartía el profesor Tsujánov (quien, asimismo, aparecería en *Cadetes* representado bajo el nombre de Trujánov). Fue él quien logró inculcar en sus alumnos un profundo interés por la literatura clásica rusa. Era un excelente lector, leía las obras de Pushkin, Lérmontov, Gógol y Turguénev con tanto entusiasmo en el aula que incluso los más perezosos escuchaban embelesados. Logró despertar en Kuprín el amor por la literatura de su tierra y la creatividad literaria.

De hecho, los primeros experimentos poéticos que han llegado hasta nosotros datan de 1883, el futuro escritor tenía entonces trece años. A pesar de la imperfección artística de la mayoría de estos poemas, se caracterizan por la vitalidad y la espontaneidad, y en algunos de ellos suenan motivos heroicos, como en *El combatiente;* o satíricos, como en *Oda a Katkov,* que habla de la represión brutal contra la juventud progresista; pero el que mayor interés despierta de todos los poemas juveniles de Kuprín es *Sueños,* en el que el joven poeta ofrece una imagen de la cruel represión del zarismo contra los revolucionarios, retratando los tormentos de las personas asesinadas.

En 1888 se graduó en el Cuerpo de cadetes y, a continuación, ingresó en la III Escuela militar Aleksándrovskoe, que formaba oficiales de infantería. En 1889 publicó su primera historia *El último debut* en una revista satírica moscovita, las consecuencias no se hicieron esperar, el comandante de su Compañía lo envió a una celda de castigo durante dos días por, según él, «crear papeles indignos para un futuro oficial». Al año siguiente, recién nombrado subteniente, fue destinado al 46.º Regimiento de Infantería del Dniéper, a la pequeña (unos tres mil habitantes por aquel entonces)

y remota ciudad de Proskúrov, en la provincia de Podolsk. Kuprín sirvió allí como oficial entre 1890 y 1894, experimentando la vida militar en toda su crudeza. La monotonía, el alcohol, la mediocridad intelectual y una rigidez jerárquica que anulaba toda individualidad le produjeron un profundo desengaño. Sin embargo, estaba decidido a ingresar en la Academia del Estado Mayor, y en el verano de 1893 viajó a San Petersburgo para realizar los exámenes. Durante el viaje, en Kiev, tuvo lugar un incidente que cambió el rumbo de su vida: al parecer, él y un compañero acudieron a socorrer a una mujer que estaba siendo ofendida por un agente del orden, y terminaron lanzándolo al agua desde el restaurante flotante donde se encontraban. Poco antes de terminar sus exámenes fue reprendido por el comandante del Distrito de Kiev a causa de aquel altercado y se le prohibió entrar en la Academia durante cinco años «por ofender a un rango policial». Cabe decir, que su naturaleza desenfrenada le jugó más de una mala pasada al escritor a lo largo de su vida.

Durante esos cuatro años comenzó a escribir los primeros relatos inspirados en sus vivencias en el servicio militar, entre ellos *En la oscuridad, En una noche de luna* –publicadas ya en la revista *Russkoe Bogatsvo [Riqueza rusa]* de San Petersburgo–, *La investigación, El arbusto de lilas* y, años más tarde, publicó *Alférez del ejército (Ket)* y *El duelo,* una de sus obras más importantes, donde denunció con crudeza la degradación moral del ejército zarista.

Años errantes

En 1894 el teniente Kuprín presentó su renuncia en el ejército y comenzó una etapa decisiva de su vida. Llegó a Kiev con escaso equipaje:

> Me encontré en Kiev, una ciudad completamente desconocida para mí, sin dinero, sin familiares, sin conocidos… Con una sed insaciable, que aún conservo, me lancé a la vida y a los libros. Comprendí con extraordinaria,

> aunque, triste para mí, claridad que existen límites de edad para la asimilación del conocimiento y que ningún talento vale nada sin una educación sistemática,

escribiría más tarde, consciente de que la educación que le había faltado solo podía suplirse mediante la observación directa del mundo.

Encontró trabajo en una fábrica, pero duró poco, una semana después tuvo una discusión y casi llegó a las manos con el capataz, un hombre extremadamente grosero con los trabajadores. Luego consiguió un trabajo como tipógrafo en una imprenta y de vez en cuando llevaba artículos sobre incidentes callejeros a la redacción del periódico que allí se publicaba. Gradualmente, se fue involucrando en el trabajo periodístico, y en un año se había convertido en un periodista experimentado. Escribía para varios periódicos de la ciudad sobre diversos temas con gran pasión y agilidad en diferentes géneros periodísticos: crónicas, editoriales, reseñas y artículos satíricos entre otros; no consideraba el periodismo como un oficio, sino como una forma independiente de actividad literaria. Fue aquí donde publicó, entre 1896 y 1898 algunas de sus obras más destacadas de este periodo: una colección de textos de carácter ensayístico *Tipos de Kiev,* la colección de relatos *Miniaturas,* el relato *Moloch* y el cuento *Olesia.*

Pronto se cansó de la inestabilidad y precariedad de su puesto y se marchó a Moscú donde trabajó con un ingeniero inventor de instalaciones de hogar (inodoros, ventilación, etc.), y poco después aparecía en la región de Dombás, trabajando en una planta industrial; su estancia allí no fue particularmente larga, pero le proporcionó material suficiente para su primer relato importante, *Moloch,* publicado en el número de diciembre de 1896 de la revista *Russkoe Bogatstvo.* Sin embargo, para cuando se publicó esta obra el autor ya no estaba allí. A finales de 1896, reapareció en Kiev, organizó una sociedad para atletas y abrió un circo, a nombre de dicha sociedad, en el cual presentó a un luchador que sería campeón del mundo. Su pasión por el circo no lo abandonó durante años, y originó obras como *En el circo, Allez!* y *El payaso* entre otras.

En 1897, el circo no tenía éxito, Kuprín comenzó a trabajar como administrador de una finca en Volýn, su tarea era recolectar tabaco, pero la curiosidad lo dominaba, y en ese periodo estudió eslavo eclesiástico y quedó fascinado con la Biblia, llegando a dedicarse temporalmente a la lectura de salmos. Si bien esta nueva dedicación también pasó rápidamente, dio frutos literarios inesperados unos años después cuando Kuprín comenzó a trabajar en la novela corta *Sulamit* y, más tarde, con los cuentos *Anathema.* Pero administrar la finca satisfacía a Kuprín tan poco como la odontología, que había estudiado de manera informal un año antes de unirse a una compañía de teatro itinerante en Sumy en 1899, justo después de haber trabajado como apuntador para una compañía teatral ucraniana. Pasó unos nueve meses en los escenarios provinciales, tiempo suficiente para explorar a fondo su nuevo entorno. En sus relatos *El semidiós, Cómo fui actor* y *En el retiro,* Kuprín retrató la vulgaridad, la insignificancia y la ignorancia del mundo de la actuación provincial, con sus interminables e implacables intrigas, poses y groserías.

Terminó dejando la compañía y, hacia 1900, trabajaba como agrimensor y recaudador de impuestos en el distrito de Zaraisk, en la provincia de Ryazán, como empleado del comité forestal. Entre todas estas actividades, también trabajó cargando sandías, cantando, dando clases a niños –«esta era una de las actividades más agradables, porque nunca discutía con ellos», comentó Kuprín en alguna ocasión– e incluso intentó hacerse monje.

Además, durante todo ese tiempo no solo se llenó de la experiencia de tantos oficios, sino que también convivió estrechamente con marineros, campesinos, comerciantes y vagabundos, absorbiendo una enorme cantidad de vivencias.

> Recuerdo un tiempo de su vida, cuando tenía amistad con unos pescadores de Balaklava que por supuesto eran especialistas en su trabajo, que salían a faenar bajo tempestades en sus barcos diminutos, mientras él pasaba las noches enteras junto a ellos, pescando y estudiando sus vidas. Durante esas noches nadie imaginaba que era un escritor famoso,

recordaba sobre él Kornéi Chukovski.

Fue testigo de la marginación política y legal de personas de muchas nacionalidades, presenció la dura y humillante situación de campesinos y obreros, el duro y embrutecedor adiestramiento militar, a oficiales incultos y masas ignorantes de soldados, puso su atención en la desigualdad de las mujeres de la clase burguesa, que las convertía a la vez en víctimas y azotes de la sociedad.

Ese contacto directo con la vida se convirtió en el verdadero fundamento de su obra. Necesitaba conocer cada realidad en profundidad y esa actitud se refleja en la extraordinaria autenticidad de sus relatos. Su capacidad de observación se agudizaba en sus continuos viajes, y él mismo, en el cuento *El invitado de noche,* reconocería: «No hay un solo fenómeno insignificante que no deje una huella imborrable en mí».

Asimismo, algo notable de Kuprín es que, a raíz de esas vivencias, escribió con igual conocimiento y, a menudo, igual empatía sobre personas de todos los estratos, valorándolas, independientemente de su estatus social, por su coraje, su pasión por el trabajo, su altruismo o misericordia.

Ascenso literario

En el verano de 1901 se instaló en San Petersburgo, el gran centro literario del Imperio ruso, poniendo fin a su vida errante y dedicándose plenamente a la literatura. Revistas y editoriales de la ciudad le abrieron las puertas y su ascenso fue rápido.

Ese noviembre, a través de Iván A. Bunin, con quien había entablado amistad hacía ya cuatro años, entró en la redacción de la revista *Mir Bozhyi [Mundo de Dios]* y conoció a la editora, A. A. Davídova; poco después, cuando Kuprín estaba casado ya con su hija, la editora falleció, y el escritor se convirtió en miembro del consejo editorial de la revista. En este periodo de 1902 a 1904, además de su trabajo en la revista, escribió obras tan célebres como *El pantano, Ladrones de caballos, El cobarde, Una vida pacífica* y *El caniche blanco.* Kuprín alcanzó gran renombre, y recibía buenas

críticas de muchos escritores, incluso Lev Tolstói, la máxima autoridad de la intelectualidad de la época, a quien él admiraba y llamaba el «Gran anciano», habló por entonces favorablemente de él, en particular, le atribuyó el mérito de que, siendo un «nuevo escritor», utilizara «métodos antiguos».

De la mano de Maksim Gorki colabora con la editorial *Znanie [Conocimiento],* vinculada al círculo de escritores realistas y de orientación social, que publicó una recopilación de sus obras, consolidando aún más su fama. Asimismo, durante una estancia en Moscú comenzó a participar en las reuniones del Círculo literario *Sredá*, de Nikolái Teléshov, que reunía a numerosos escritores progresistas de la corriente del realismo crítico. En estos años su círculo de conocidos literatos se amplió considerablemente, conoció a figuras destacadas, como Antón Chéjov y Lev Tolstói, que inevitablemente ejercieron una profunda influencia moral en él, y que pertenecían al mismo entorno sociopolítico y artístico en el que se sentía integrado. Pero especialmente Gorki, por entonces el máximo exponente del pensamiento político progresista en la literatura rusa, tuvo una influencia decisiva en su evolución ideológica y en su carrera.

Por otro lado, su vida social se volvió demasiado intensa: fiestas, borracheras y excesos le pasaron factura; él mismo reconocía que la ciudad devoraba sus energías creativas y vitales, y comenzó a hacer anualmente viajes vacacionales con su familia a Crimea. En uno de esos viajes descubrió Balaklava, y durante el verano de 1905 presenció allí la brutal represión de una revuelta de marineros a bordo del *Ochákov:* el barco fue bombardeado y muchos tripulantes murieron calcinados. El suceso lo describió en su ensayo *Acontecimientos en Sebastopol,* por el cual fue expulsado de allí y tuvo que regresar a San Petersburgo.

Este fue un año decisivo en su vida personal y artística. Por un lado, fue el año de la publicación de *El duelo,* obra que lo consagró definitivamente. En ella retrataba al cuerpo de oficiales del ejército zarista con una honestidad implacable y, al mismo tiempo, con dolor y amargura. Hablaba de los aspectos más oscuros y desoladores –el aburrimiento, el alcoholismo y la falta de esperanza, que imperaban

en el regimiento–, revelando incluso cómo los mejores oficiales eran incapaces de cambiar el orden establecido, solo podían mostrar su indignación, pero poco importaba cuando el final para muchos era perecer. Denunciaba en ella no solo los abusos internos, sino el sistema político que los sustentaba. La primera edición de la novela se publicó con una dedicatoria: «El autor dedica esta historia a Maksim Gorki con un sentimiento de sincera amistad y profundo respeto». Según Kuprín, la influencia de Gorki determinó todo lo audaz y violento de la historia. La novela tuvo un enorme impacto, tanto literario como social, aún más cuando su publicación coincidía con la derrota del ejército ruso en la Guerra ruso-japonesa. Asimismo, la popularidad de *El duelo* trajo consigo numerosas invitaciones al escritor para llevar a cabo lecturas de capítulos individuales de su creación, las cuales se convirtieron en un acontecimiento en la vida cultural de la ciudad. A partir de entonces, Kuprín se situó entre los escritores más destacados de su tiempo. Sin embargo, el éxito no le supuso la completa estabilidad. Su vida en San Petersburgo, marcada por el ambiente bohemio, no estaba exenta de dificultades y su vida familiar se desmoronaba.

Durante los años siguientes, se dedicó especialmente a sus dos grandes géneros: el relato y el cuento. Los excesos, las dificultades económicas, los problemas de salud y las tensiones personales ralentizaron la escritura, pero no impidieron que siguiera produciendo. Consciente de los problemas que le acarreaba la ciudad, abandonó San Petersburgo y pasó varios años, de nuevo, de una ciudad a otra. Esto, sin embargo, no impidió que su matrimonio con María Kárlovna terminara: en 1907 se divorciaron, y poco después Kuprín se casaría con Elizaveta Heinrich, que se convirtió en su fiel amiga y su apoyo hasta el final de sus días. Finalmente, en 1911, por motivos económicos y la necesidad de estar más cerca de los editores, se instaló definitivamente en Gátchina, en el sur de San Petersburgo, donde llevó una vida retirada y más tranquila, rodeado de su nueva familia, sus animales y un jardín al que dedicaba gran parte de su atención. Recibía a menudo visitas de artistas de todo tipo (pintores, pilotos, cantantes, músicos, escritores, etc.), muchos de los cuales, al igual que sus animales, le sirvieron como modelos

para los personajes de sus obras. Escribió allí algunas de las más conocidas, entre ellas, cuentos infantiles como *El elefante, La vida de la cabra, El halcón peregrino,* y relatos como *Gambrinus, El río de la vida, Gente pájaro, El capitán Rýbnikov* o *Sulamita,* una de sus obras más queridas, inspirada en el conflicto provocado por su amor por Liza –su segunda esposa–, que fue escrita basándose en el Cantar de los cantares bíblico. También escribe en esa época *El brazalete de granates,* una de sus narraciones más delicadas sobre el amor imposible. Fue también en estos años cuando comenzó a trabajar en una de sus obras más complejas, *El burdel,* iniciada hacia 1908. En esta época se publicaron además las primeras ediciones ilustradas de sus tres volúmenes de *Cuentos (1903-1909),* por los cuales recibió el Premio Pushkin en 1909 junto con Iván Bunin.

Paradójicamente, entre penurias económicas había alcanzado entonces su plena madurez literaria. Gátchina le proporcionó cierta estabilidad, sin embargo, a pesar de su abundante producción durante los siguientes años (se publicaron cuatro volúmenes de sus obras entre 1913 y 1916) poco a poco dejó de ser un escritor destacado.

Periodo de entre guerras

Con el inicio de la Primera Guerra Mundial, en un impulso patriótico, Kuprín ingresó de nuevo en el ejército como teniente en la reserva, entrenó a soldados en Finlandia y comandó una compañía. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que el servicio militar ya no era para él, y su salud débil le obligó a retirarse pronto. Regresó a Gátchina, donde, decidido a seguir colaborando, convirtió su casa en un hospital de campaña. Era 1915, el año en el que terminó de escribir *El burdel.*

La Revolución de Octubre y la posterior guerra civil lo situaron en una posición difícil y alteraron profundamente su vida. En un principio, el escritor acogió con entusiasmo la Revolución de Febrero, pero se mostró hostil al golpe bolchevique. Después de octubre de 1917 Kuprín volvió de Petrogrado a Gátchina, donde no tardaron en

aparecer los primeros frutos del golpe: devastación, hambre, empobrecimiento y una grave inflación monetaria. Siguió trabajando para varias editoriales, y terminó de escribir su relato fantástico *La estrella de Salomón*. La ciudad pasó entonces a manos del ejército rojo, y el escritor pronto rechazó las políticas del comunismo de guerra, temiendo por el futuro de la cultura rusa. Su actividad seguía siendo intensa, e hizo cuanto pudo para protegerla; en 1918 se acercó a Lenin con la propuesta de publicar un periódico rural, *Zemlya [Tierra]* y, aunque Lenin aprobó la idea, el proyecto fue anulado por el presidente del Consejo municipal de Moscú. Al mismo tiempo, trabajó en la editorial Vsiemírnaya literatura [Literatura Universal], fundada por Gorki, y tradujo el drama *Don Carlos* de F. Schiller.

En otoño de 1919, Gátchina pasó a manos del ejército blanco con la llegada a la ciudad de las tropas del general Yudénich. Kuprín fue nombrado redactor del periódico militar, y apoyó, como la mayoría de los habitantes allí, el avance de Yudénich en la Defensa de Petrogrado. Tras la caída de las tropas del general, Kuprín y su familia, junto con los restos derrotados del ejército blanco, se retiraron hacia la zona del Báltico. Kuprín narró los dramáticos acontecimientos de aquella época en su relato *La cúpula de San Isaac de Dalmacia.*

Finalmente, la familia Kuprín se vio obligada a abandonar su patria, iniciando un largo exilio que la llevaría, en 1920, a París.

Exilio y regreso a la Unión Soviética

Kuprín sufrió enormemente por la ruptura con Rusia. La vida en el extranjero resultó dura. A las dificultades económicas se sumó una profunda nostalgia por Rusia, que afectó tanto a su producción literaria como a su estado de ánimo. «El dolor y la añoranza de mi patria no desaparecen, no se soportan, sino que se hacen cada vez más profundos», confesó en una carta en 1924.

Durante diecisiete años vivió en París, compartiendo el destino de muchos emigrados rusos; sin embargo, a diferencia de Iván Bunin y

muchos otros, no logró echar raíces en Francia. Su casa siempre estaba abierta a escritores, artistas, antiguos oficiales y otros exiliados con los que mantenía charlas a menudo, sin embargo, Aleksandr Ivánovich ya no era el mismo, estaba cada vez más aislado y enfermo. Este fue, además, un periodo creativo más infructuoso, aunque seguía trabajando, apremiado por la necesidad económica. Escribió varias obras, entre ellas *Cadetes,* una continuación de *Punto de inflexión (Cadetes), Zhaneta, La cúpula de San Isaac de Dalmacia, La rueda del tiempo;* escribió también un libro sobre Lenin, *Lenin. Fotografía instantánea,* y varios ensayos y cuentos; muchas de estas obras rememoraban sus vivencias pasadas en la querida Rusia, y continuó desarrollando en ellas sus temas favoritos: la vida en el circo, la naturaleza rusa, su infancia y juventud. Asimismo, colaboró con varios periódicos de emigrados, como *Causa Común, Periódico Ruso* y *Tiempo Ruso,* y realizó traducciones.

Tras años de deterioro físico, constantes dificultades económicas y una intensa nostalgia, decidió regresar a Rusia. Estaba ansioso por volver y «morir en su guarida». Algunos de sus amigos ayudaron en su regreso. Finalmente, en mayo de 1937, su sueño se hizo realidad, regresó a la Unión Soviética por invitación del gobierno; su vuelta fue recibida con una bienvenida increíblemente cálida en Moscú, e incluso fue anunciada en el periódico *Pravda [La verdad]*. Pero, por desgracia, era demasiado tarde; apenas capaz de comprender su entorno, sumamente demacrado, ahora con la apariencia de un anciano intelectual ruso, más que de un kan tártaro, el escritor, enfermo terminal, pudo saborear poco tiempo la alegría de volver a su tierra natal. Pasó sus últimos meses entre Moscú y Leningrado, y en el verano de 1938 visitó por última vez Gátchina, el lugar que había sido su hogar.

Aleksandr Ivánovich Kuprín falleció el 25 de agosto de 1938, un día antes de cumplir 68 años, en Leningrado.

La prostitución en la Rusia imperial.
Entre regulación, miseria y tolerancia

En la Rusia del siglo XIX, la prostitución dejó de ser un fenómeno marginal para convertirse en una realidad visible, extendida y, finalmente, regulada por el Estado. Entre 1843 y 1917, el Imperio ruso desarrolló un sistema singular: lejos de erradicarla, optó por controlarla, convencido de que esta era la vía más eficaz para proteger la salud pública y mantener cierto orden social.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la prostitución clandestina se había expandido por todo el Imperio. Grandes ciudades como Moscú, San Petersburgo, Riga, Vilna o Nizhni Nóvgorod –esta última especialmente activa por su célebre feria anual del comercio– se convirtieron en focos de contagio de enfermedades venéreas. La sífilis, en particular, se propagaba a un ritmo alarmante, afectando a todas las capas de la población. Ante esta situación, médicos y autoridades coincidieron en la necesidad de intervenir.

En 1843, el zar Nicolás I de Rusia promulgó un decreto que marcó un antes y un después: la creación de un Comité Médico-Policial encargado de registrar a las prostitutas, supervisar su estado de salud y controlar los establecimientos donde ejercían. Estos establecimientos pasaron a denominarse oficialmente «casas de tolerancia», un término con el que el Estado y la sociedad declaraban: sabemos lo que pasa tras los muros de esas casas, lo toleramos y nos desentendemos de las inmoralidades que allí se comenten; era preferible tolerarlo y regularlo, en lugar de perseguirlo sin éxito.

Las dueñas de las casas de tolerancia y las prostitutas quedaban exentas de todo castigo, siempre que cumplieran ciertas normas. El reglamento elaborado por el Ministerio del Interior establecía un sistema minucioso. Las mujeres que entraban en la profesión debían registrarse obligatoriamente, al hacerlo, sus documentos de identidad eran confiscados y se les entregaba una cartilla sustitutiva conocida popularmente como la «cartilla amarilla», por la baja calidad del papel, a pesar de su enorme peso simbólico. En ella se recogían sus datos personales, las revisiones médicas periódicas y las normas de las casas de tolerancia.

El ingreso en el sistema tenía un carácter casi ritual. Las dueñas tenían la obligación de presentar a las nuevas prostitutas ante el

Comité Médico-Policial, donde un funcionario les formulaba dos preguntas: si estaban en pleno uso de sus facultades mentales y si comprendían a qué iban a dedicarse. Tras responder afirmativamente –en muchas ocasiones sin verdadera capacidad de elección–, se les retiraba el pasaporte y se les entregaba la cartilla amarilla. A partir de ese momento, su vida quedaba vinculada al circuito regulado de las casas de tolerancia.

Estos establecimientos estaban también estrictamente normativizados. Solo podían ser regentados por mujeres de entre 35 y 60 años, y debían estar situados a más de 320 metros de iglesias y centros educativos. Las mujeres debían tener, al menos, 16 años para trabajar allí, aunque en la práctica esta norma se incumplía con frecuencia, y no era raro encontrar niñas mucho más jóvenes.

Por otro lado, el zar y el Estado, conscientes de que un alto funcionario no se acostaría en una cama en la que acababa de estar un soldado, estableció una división de las casas de tolerancia en tres categorías, de tal manera que el sistema llegó a reproducir fielmente la jerarquía social del Imperio. En la cúspide se encontraban los burdeles de primera categoría, comparables a clubes privados de lujo. Allí trabajaban mujeres, a menudo procedentes de Alemania, Polonia o las regiones bálticas, con educación, conocimientos musicales y dominio de varios idiomas. Eran capaces de mantener conversaciones refinadas con la clientela selecta que los frecuentaba. La segunda categoría estaba orientada a funcionarios, comerciantes y oficiales de clase media. Finalmente, en la base de la pirámide, se encontraban los burdeles de tercera categoría, destinados a las clases populares. En ellos trabajaban campesinas, mujeres mayores o aquellas que habían sido expulsadas de establecimientos de mayor nivel. Sus condiciones eran las más duras y su clientela, la más numerosa.

En un primer momento, bajo Nicolás I, el Estado evitó imponer impuestos a estos establecimientos, considerando inmoral lucrarse de ellos. Los precios quedaban regulados por el mercado. Sin embargo, estaba establecido que aproximadamente el 75 por ciento de lo que pagaba el cliente iba a manos de la madame, mientras que las mujeres conservaban solo una cuarta parte.

Paradójicamente, estas mujeres disfrutaban del derecho excepcional en la Rusia de la época de gestionar oficialmente su propio dinero. Dado que carecían de tutela masculina (padre, marido o hermano), se les permitió abrir cuentas bancarias –algo prohibido al resto de las mujeres hasta 1917– en las que ingresar sus ahorros para cuando decidieran abandonar el burdel. Este hecho, aparentemente anecdótico, tuvo incluso cierto impacto en el desarrollo del sistema financiero del Imperio. Sin embargo, la posibilidad de ahorrar rara vez se materializaba, especialmente en los establecimientos de segunda y tercera categorías. En primer lugar, porque muchas mujeres contraían deudas con los propios burdeles –por alojamiento, comida o vestimenta–, difíciles de saldar, lo que las mantenía atrapadas en una relación de dependencia. Por otro lado, la combinación de desgaste físico, enfermedades y adicción hacía que la esperanza de vida en la profesión fuera muy corta, pocas mujeres resistían más de uno o dos años las duras condiciones de vida. Según apuntaba Mijaíl Vorónov, cronista de la historia de Moscú en esa época, algunas ingerían varios vasos de vodka en ayunas para entrar en un estado de letargo que les permitiera afrontar la jornada; a medida que ese efecto desaparecía, consumían más alcohol. Las posibilidades de jubilación eran bastante escasas.

Durante el reinado de Alejandro II, al ver como el erario podía verse incrementado, se introdujeron modificaciones en el reglamento que establecían precios orientativos y limitaciones al número de clientes diarios. Así, para los burdeles de primera categoría, los precios por hora se fijaban entre 5 y 7 rublos por hora, y un máximo de 7 clientes diarios; para los de segunda, entre 3 y 5 rublos por hora, hasta 10 clientes; y para los de tercera, entre 30 y 50 kopeks por hora y hasta 15 clientes. No obstante, estas restricciones eran difíciles de aplicar, tanto en unos como en otros, ya fuera por la necesidad económica, que imponía otro ritmo, o por el tipo de servicios prestados, que se podían llegar a cobrar mucho más caros.

Para comprender el contexto económico, basta señalar que en la década de 1870 un kilo de carne de ternera costaba unos 3 rublos, y una docena de huevos, 30 kopeks. La prostitución era, sin duda, un

negocio rentable, aunque profundamente desigual en su reparto.

En 1864 la prostitución quedó legalizada por completo; posiblemente, la abolición de la servidumbre en 1861 contribuyera a ello, directa o indirectamente. Pero, también contribuyó a la expansión de esta. Campesinas que antes se veían sometidas a los amos, se encontraron libres, pero sin recursos, desplazadas o sin redes de apoyo, y hallaban en la prostitución una de las pocas salidas posibles.

A finales del siglo XIX, el sistema comenzó a transformarse. Bajo Alejandro III de Rusia, la cartilla amarilla incorporó fotografías, reflejo de los avances técnicos de la época. Sin embargo, el cambio más decisivo llegó en 1898, cuando Nicolás II de Rusia suprimió el Comité Médico-Policial. La supervisión pasó a manos de las autoridades municipales, que pronto se vieron desbordadas –en 1901 había registrados en el Imperio ruso 2.400 casas de tolerancia que empleaban a 15.000 mujeres– y optaron por encarecer los alquileres en el centro urbano y desplazar los burdeles hacia la periferia, siendo así menos frecuentados.

Como respuesta, muchas mujeres comenzaron a alquilar apartamentos en pequeños grupos y a ejercer de forma independiente. Según Vorónov, en esos años era frecuente encontrar a mujeres que salían a la calle, vestidas de viuda con velo, buscando consuelo, y conseguían así a sus clientes, a los que llevaban a los apartamentos eludiendo impuestos y controles. La prostitución se volvió más dispersa y difícil de regular. Este cambio vino acompañado de un aumento de la criminalidad y de un nuevo repunte de las enfermedades venéreas. La Policía se vio incapaz de controlar la situación. Sin embargo, estos problemas quedaron pronto relegados por acontecimientos de mayor envergadura: Rusia había entrado en la Primera Guerra Mundial.

Pocos años después, llegó la Revolución rusa y el país entró en una nueva era ideológica. En 1917 el nuevo poder bolchevique tuvo una posición muy activa sobre el papel de la mujer y la prostitución, consideraba esta como una forma de opresión social y económica sobre la mujer, y que debía ser erradicada; los prostíbulos legales fueron cerrados y el sistema de regulación vigente, abolido.

Para entonces, la relajación de las normas había traído consigo una cierta libertad sexual, gran parte de la sociedad no veía nada indecente en ese estilo de vida desenfrenado. Al tiempo que las sufragistas luchaban por los derechos de las mujeres, en los periódicos comenzaron a aparecer anuncios de servicios íntimos, muy variados, desde las llamadas prostitutas aristócratas hasta servicios a cambio de comida, algunos de ellos incluso incorporaban fotografías.

Sin embargo, la desaparición legal no significó su erradicación. La prostitución continuó existiendo en la clandestinidad durante la etapa soviética.

La prostitución en la literatura rusa

La prostitución no ha sido uno de los temas más recurrentes de la literatura rusa, pero su presencia, aunque intermitente, permite trazar una evolución significativa en la forma en que la sociedad y los escritores –no solo en sus obras, sino también en cartas, diarios y testimonios autobiográficos que han llegado hasta nosotros–, percibieron a las llamadas «mujeres caídas». A lo largo de los siglos XVIII y XIX, y hasta comienzos del XX, esta figura pasó de ser objeto de condena moral a convertirse en símbolo de sufrimiento y, finalmente, en evidencia de las injusticias sociales.

Las primeras alusiones literarias a este fenómeno aparecen ya a finales del siglo XVIII, aunque de forma indirecta. En este contexto resulta revelador el testimonio de Aleksandr Pushkin, quien en una carta a su amigo Sobolevski escribe: «A las campesinas dóciles de Valdái (por las que es famoso) cómprales unas rosquillas para el té y vete pronto». Sin embargo, el poeta no fue el primero en escribir sobre la supuesta «facilidad» de las muchachas de esta región. Aleksandr Radíshchev ya se había referido a ellas con tono crítico en su célebre obra *Viaje de San Petersburgo a Moscú* (1790): «A todo viajero lo detienen las descaradas muchachas de Valdái, que han perdido su pudor, y tratan de despertar en él la lujuria para aprovecharse de su generosidad a costa de su castidad». Estas

referencias no pueden entenderse sin tener en cuenta el contexto social. Valdái se encontraba en la importante ruta que unía Moscú con San Petersburgo, impulsada en tiempos de Pedro el Grande. Como lugar de paso, abundaban las posadas, que eran frecuentadas por comerciantes y viajeros; asimismo, era una zona marcada por la pobreza y unas condiciones climáticas adversas, todo ello ofrecía un entorno propicio para la aparición de prácticas vinculadas a la prostitución. Los escritos, en este sentido, reflejaban una realidad social compleja, aunque a menudo lo hicieran desde una óptica moralizante.

Una de las primeras figuras femeninas vinculadas a la prostitución en la literatura rusa aparece en la novela *La lozana cocinera, o las andanzas de una mujer disoluta* (1770), de Mijaíl Chulkov. En pleno clasicismo, caracterizado por su rigidez moral, Chulkov construye un relato sorprendentemente moderno y picaresco de su protagonista, Martona, que no aparece como una mujer disoluta, sino como una víctima de las circunstancias, obligada a sobrevivir en un entorno hostil. Martona no es condenada por el autor, quien incluso le concede voz propia al narrar la historia en primera persona; cabe decir, por otro lado, que este era un recurso poco habitual para la época.

Sin embargo, esta visión no fue la predominante. A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la literatura rusa tendía a exaltar la pureza moral y la virtud femenina. La pérdida de la castidad se concebía como una caída irreversible. Así ocurre en *La pobre Liza* (1792) de Nikolái Karamzín, donde la protagonista, tras haber sido seducida, se suicida, encarnando el ideal trágico de la mujer que no puede reintegrarse en la sociedad tras su deshonra.

A partir de mediados del siglo XIX, en el contexto del auge del realismo, la representación de la prostitución comienza a transformarse. Los escritores muestran un interés creciente por las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos, y las «mujeres caídas» pasan a ser vistas como víctimas de un entorno social injusto. No obstante, esta nueva sensibilidad no cuestiona aún de forma directa las estructuras que generan dicha situación, y la redención para ellas sigue planteándose en términos individuales, a

través del matrimonio o del sacrificio. En 1845, Nikolái Nekrásov reflejó esta visión en el poema *Cuando desde la oscuridad del extravío…* donde idealizaba la salvación de una mujer caída. Pese a esta compasión creciente y la condena, no se planteaba aún una transformación real de las estructuras sociales, ni se escribía sobre ello de una forma abiertamente crítica.

Será Fiódor Dostoievski quien profundice en esta línea introduciendo la idea del sacrificio como vía de redención. Personajes como Sonia Marmeládova, en *Crimen y castigo* (1866), o Anastasia Filíppovna, en *El idiota* (1868-1869), encarnan esta concepción: mujeres marcadas por la prostitución o la dependencia, que encuentran en el sufrimiento y la entrega a los demás una forma de elevación moral, expiando así su «vergüenza». En este contexto, la figura de Sonia Marmeládova se consolida como uno de los grandes símbolos de la literatura rusa. A través de ella, Dostoievski convierte la llamada cartilla amarilla en un emblema ambiguo: por un lado, marca de vergüenza; por otro, signo de sacrificio y fuerza moral. Figuras similares aparecen también en otras de sus obras, como *Apuntes del subsuelo* (1864), donde el personaje de Liza encarna la vulnerabilidad y la dignidad herida de estas mujeres. En su obra, la prostituta deja de ser únicamente una figura degradada para convertirse en portadora de una dimensión espiritual compleja.

Entre 1864 y 1867 Vsévolod Krestovsky publica su obra *Los barrios bajos de San Petersburgo*. Siguiendo la tradición de la escuela naturalista, Krestovsky describe esos bajos fondos de una manera fotográfica, casi periodística, sin encuadrar sus descripciones en un marco ideológico predeterminado. Y tanto los detalles, como la abundancia de heroínas «caídas» resultan escalofriantes: la joven y pura noble Anna Chechevinskaya, seducida y abandonada por un libertino de la alta sociedad, se transforma en la contumaz alcohólica Chukha, que vende su cuerpo por una miseria. Son incontables en la obra las imágenes de prostitutas desamparadas, en la penuria y casi completamente deshumanizadas, como las niñas mendigas obligadas a ganarse la vida con la prostitución.

En esta segunda mitad del siglo, mientras que unos escritores se

horrorizaban ante la franqueza de la depravación en la que viven las prostitutas –Gógol, en *La avenida Nevsky,* se lamentaba de que la «mujer caída, junto con la pureza del alma se había despojado de toda feminidad y se había apropiado repugnantemente de los modales y el descaro del hombre»–, otros interpretaban esa franqueza como un rechazo de principio a la falsedad, como prueba de honestidad, y construían en consecuencia los personajes y los conflictos argumentales. Las mujeres mantenidas y prostitutas de la novela de Nikolái G. Chernyshevski *¿Qué hacer?* (1863) son las mujeres más honestas, aceptan abiertamente el dinero de los hombres sin encubrir este intercambio mercantil con convenciones sociales ni engaños. Aunque en el caso de Chernyshevski la imagen de sus heroínas no es la de personas «reales», sino que representan, al igual que el resto de los personajes de la novela, esquemas y modelos de comportamiento para las personas «nuevas».

Por su parte, Antón Chéjov abordó este tema desde una perspectiva cada vez más sobria, el tono irónico de algunos de sus primeros relatos va desapareciendo, y en *El ataque* (1889), donde describe la conocida casa Rudnevka de Moscú (apodada la Casa de las cariátides embarazadas por las figuras de mujeres embarazadas que decoraban la entrada), subraya la deshumanización que caracterizaba estos lugares, ofrece una visión descarnada de la vida en los burdeles, mostrando el vacío moral, la degradación y el horror de aquellos, aunque sin profundizar en las causas que conducen a las mujeres a esa situación.

La reflexión alcanza un nuevo nivel con Lev Tolstói y su novela *Resurrección* (1899), donde se describe el proceso que conduce a una mujer desde una vida respetable hasta la prostitución. La obra se inspira, en parte, en experiencias personales del autor, quien afirmó más tarde arrepentirse de su comportamiento pasado, e introduce una crítica más explícita hacia la responsabilidad moral de la sociedad y de los individuos que participan en la «caída» de la mujer. La novela fue muy esperada y bien acogida, no obstante, esta dimensión personal fue percibida con rechazo por su esposa, Sofía Andréievna, quien dejó constancia en sus diarios de una visión

mucho más crítica y amarga respecto a este aspecto de la vida del escritor y la manera en que el autor recreaba estos episodios.

A pesar de la evolución en el tratamiento del tema, la imagen de la prostituta en la literatura clásica rusa presentaba una notable continuidad, seguía siendo vista como una figura caída que necesita redención. Si bien, las obras de finales del siglo XIX y comienzos del XX, ofrecen descripciones cada vez más detalladas y realistas de este mundo, y una visión más rebelde.

De entre todas ellas destacó especialmente *El burdel* (1909-1916), de Aleksandr Kuprín, considerada por el crítico Piotr Kogan como una «auténtica fisiología del burdel». Kuprín dedicó muchos años a documentarse, visitando numerosos establecimientos y recopilando material de primera mano, lo que confiere a su obra un carácter casi documental. Y al mismo tiempo, abordó el tema con la mayor honestidad, sensibilidad y valentía. Por otro lado, no debe olvidarse que, al igual que Kuprín, muchos de estos autores conocieron en persona el mundo que describían. En *Los barrios bajos de San Petersburgo* de Krestovsky, el lector no puede evitar sentirse fascinado por el profundo conocimiento que el autor tiene de todo el espectro de costumbres depravadas de la sociedad de San Petersburgo de mediados de siglo: desde los establecimientos más caros de alcahuetas profesionales que suministraban «mercancía fresca» por encargo, hasta los burdeles de la plaza Sennaya, el último refugio de los vagabundos alcohólicos. Asimismo, Chéjov, por ejemplo, admitió en su correspondencia con el editor Alekséi Suvorin haber frecuentado burdeles. Durante su viaje a la isla de Sajalín en 1890, hizo escala en Blagovéshchensk, donde visitó un burdel japonés. En sus cartas privadas dejó descripciones detalladas, que durante mucho tiempo fueron censuradas por su carácter explícito.

Por su parte, Vsévolod Garshin ofrece un retrato singular y fascinante en su relato *Nadezhda Nikolaevna* de 1920. Su protagonista es una joven inteligente que termina marginada precisamente por su incapacidad para someterse. Resulta significativo que, por primera vez, una mujer vinculada a la prostitución sea nombrada con su nombre y patronímico y más aún en el título de una obra, lo que sugiere un reconocimiento de su

individualidad.

Lo cierto es que algunos escritores comenzaron a cuestionar abiertamente las bases sociales de este fenómeno. Autores como Dostoievski, Chéjov y Kuprín denunciaron la responsabilidad de la sociedad en la situación de estas mujeres, planteando una crítica más profunda del orden social.

En conjunto, la evolución de la prostitución en la literatura rusa revela un desplazamiento progresivo: de la condena moral a la compasión, y de esta a una incipiente crítica social. Sin embargo, salvo excepciones, incluso en sus formas más avanzadas, la figura de la prostituta siguió estando marcada por la necesidad de redención, lo que refleja la persistencia de los valores morales de su tiempo.

El burdel 1909-1916

A comienzos del siglo XX, cuando Aleksandr Kuprín publicó la primera parte de *El burdel* en 1909, la prostitución en el Imperio ruso era ya una institución legalizada y regulada desde hacía más de sesenta años. Desde 1843, el Estado había optado por controlar el fenómeno en lugar de erradicarlo, estableciendo un sistema de registro, inspecciones médicas y vigilancia policial. En tiempos de la publicación de la obra, existían aproximadamente 2.500 burdeles oficiales repartidos por todo el país, especialmente en grandes ciudades como Moscú o San Petersburgo.

Sin embargo, como hemos apuntado anteriormente, aunque esta realidad era bien conocida, rara vez había sido tratada de forma tan directa en la literatura rusa. Fue precisamente ahí donde la obra de Kuprín resultó disruptiva. *El burdel* no introducía un tema nuevo, pero sí lo abordaba con una franqueza y una intensidad desconocidas hasta entonces. Kuprín no se limitó a sugerir o a moralizar, sino que describía, mostraba y, sobre todo, obligaba a mirar.

Publicación y crítica

Kuprín comenzó a escribir *El burdel* en 1908. La novela, escrita en tres partes, se publicó por entregas en la colección *Zemlya [Tierra]* del grupo *Znanie [Conocimiento],* que editaba las publicaciones de la colección por tomos, así la primera parte se publicó en 1909 (en el tomo 3 de la colección), la segunda parte, en 1914 (en el tomo 15) y la tercera, en 1915 (en el tomo 16); el libro se publicó en 1916.

En 1909 la aparición de la primera parte de *El burdel* no fue casual; como ya apuntábamos, fue promovida por el grupo *Znanie*, cuyos autores y publicaciones buscaban retratar no solo la vida cotidiana, sino también las injusticias sociales y las tensiones con el Imperio ruso en un momento de grandes transformaciones políticas y culturales. A su vez, la colección *Zemlya* formaba parte de un movimiento literario más amplio, que buscaba publicar obras accesibles, comprometidas con la realidad social, y alejadas del elitismo. *El burdel* encajaba perfectamente en la línea editorial: un realismo directo, atención a los sectores marginales y una clara intención de denuncia social. Sin embargo, incluso dentro de este marco relativamente abierto, el texto de Aleksandr Kuprín destacó por su crudeza y su valentía temática, causando un impacto inmediato. El realismo de sus escenas, la ausencia de idealización y la exposición directa del funcionamiento interno de un burdel provocaron una reacción escandalizada en gran parte del público. El mundo literario ruso, acostumbrado a tratar los problemas sociales mediante alegorías o enfoques indirectos, se encontró ante un texto que parecía romper todas las convenciones.

La reacción de la sociedad fue abrumadora. Muchos lectores se negaron a aceptar la obra. Algunos la rechazaron sin leerla; otros la condenaron por inmoral, obscena o innecesariamente explícita. Paradójicamente, Kuprín no hacía sino trasladar a la literatura una realidad cotidiana, la prostitución florecía en el Imperio ruso y formaba parte del entramado social y económico de las ciudades. Pero el hecho de verla reflejada con tanta claridad resultaba incómodo.

El escándalo se vio amplificado por el contexto histórico. En abril

de 1910, en San Petersburgo, apenas un año después de la publicación de la primera parte, se celebró el Congreso Panruso para la lucha contra la prostitución, en el que se debatieron intensamente cuestiones relacionadas con la moral pública, el papel de la mujer y la regulación estatal del fenómeno. La obra de Kuprín, publicada en ese clima de discusión, fue percibida por muchos como una provocación deliberada, como si el autor hubiese querido intervenir directamente en el debate social.

Las críticas no tardaron en adquirir un tono moralizante. Algunos activistas acusaron a Kuprín de difamar a Rusia, de exagerar los aspectos más sórdidos de la vida urbana y de ofrecer una imagen degradante del país. La expresión «una bofetada a la sociedad» se convirtió en uno de los juicios más repetidos. El censor oficial del Imperio la calificó de «inmoral e indecente», condenó la imagen de las prostitutas, la del personaje Platónov, al que tachaba de profesor de instituto depravado que visita un burdel, así como sus reflexiones sobre el carácter nacional ruso, y mucho más. Además de la valoración oficial, aparecieron numerosas reseñas en publicaciones metropolitanas y provinciales, como atestiguó el escritor Iván Bunin a Kuprín: «En Moscú, de lo único que se habla es de *El burdel*». Entre las opiniones más influyentes y que más incomodaron a Kuprín destacó la de Lev Tolstói, quien calificó la obra de obscena y sucia, y sugirió que el propio autor parecía experimentar un cierto placer al describir aquello que pretendía denunciar.

Todo ello afectó profundamente a Kuprín. Para él, *El burdel* no era una obra provocadora en el sentido superficial, sino un intento honesto de mostrar una realidad ignorada o deliberadamente ocultada. En 1915, después de publicarse finalmente la segunda parte, el autor defendió su posición con claridad:

> Creo firmemente haber cumplido con mi parte. La prostitución es un fenómeno aún más terrible que la guerra, la peste, etc. Cuando Lev Tolstói leyó *El burdel,* dijo: «Es inmunda». Puede que sea inmunda, pero debemos purificarnos de esa inmundicia. Y si el propio Lev Tolstói hubiera escrito sobre la prostitución con la genialidad de un artista ruso, habría logrado algo grandioso. Desafortunadamente, mi pluma es débil; solo intentaba retratar

> correctamente la vida de las prostitutas y mostrar a la gente que no se las puede tratar como se las ha tratado hasta ahora. Y son personas…
>
> A. I. Kuprín, 1915.

Estas palabras resumen la intención ética que subyace en toda la obra. Kuprín no nos presenta a las prostitutas como símbolos abstractos ni como figuras moralizadas, sino como individuos concretos, con historias, emociones y destinos trágicos. Su enfoque es profundamente humano, incluso compasivo, y se aleja tanto del sentimentalismo como del juicio moral explícito.

La historia editorial de la obra, por su parte, también fue compleja. Tras la polémica que suscitó en un principio, la publicación de las siguientes partes se vio retrasada varios años, Kuprín no comenzó a trabajar en la segunda hasta 1910 y la escribió con mucha lentitud. En cartas a Bátyushkov, confesó su aversión a la secuela. A la vez, el retraso en la publicación de la segunda parte fue motivo de burlas, caricaturas y comentarios mordaces en la prensa. La segunda y la tercera no vieron la luz hasta 1914 y 1915 respectivamente. Para entonces, el impacto inicial se había atenuado, y aunque el interés seguía siendo grande, ninguna de las continuaciones alcanzó el mismo efecto que la primera. Por otro lado, la editorial *Nuravkin,* que publicó *El burdel* en alemán, fue procesada por la fiscalía «por distribuir publicaciones pornográficas».

A esta situación se sumó un episodio especialmente irritante para el autor. Poco antes de publicar la segunda parte, en 1913 apareció una continuación apócrifa firmada por un tal Conde Amory –un conocido escritor de novelas ligeras de San Petersburgo–, que la había terminado y publicado en su lugar. Lo más curioso e incluso perturbador fue que su texto utilizaba puntos argumentales y estructura de episodios similares a los que Kuprín había concebido para la segunda parte aún inédita. El autor denunció públicamente el plagio, pero la difusión de la versión falsificada fue considerable, lo que contribuyó a distorsionar en gran medida la recepción de la segunda y tercera partes la obra de Kuprín.

A pesar de todo, *El burdel* no fue un fracaso. Junto a las críticas adversas, también surgieron voces de admiración. El crítico Pyotr

Kogan consideró la historia innovadora, en la que el escritor, por primera vez en la historia de la literatura rusa, describía la «fisiología» de un burdel. Y el escritor francés Romain Rolland le envió a Kuprín una carta entusiasta, en la que expresaba su gran interés por la segunda parte y elogiaba el talento de Kuprín y su capacidad para representar colectivos humanos con gran fuerza expresiva:

> Admiro la versatilidad de su genio literario y su profunda humanidad. Usted posee, en particular, un don singular y muy característico: el de dar vida a grupos enteros de personas en las páginas de los libros. Esto es lo que lo distingue como una persona capaz de trascender los grandes logros de la época y ver más allá de ellos. Al leer una u otra página de *El burdel,* transmito su significado a toda Europa: ese enorme burdel en vísperas de la catástrofe.

El estilo y el lenguaje de la obra

Aleksandr Ivánovich dominaba a la perfección el difícil arte de cautivar al lector, de introducirlo con audacia en el círculo de los acontecimientos narrados, de obligarlo a seguir con gran atención el destino de sus personajes, a compadecerse de unos, y a odiar y despreciar a otros. El lenguaje de Kuprín es magnífico, sencillo, claro y flexible, cercano al de los escritores clásicos del siglo XIX.

Hay mucho que decir sobre *El burdel*, pero antes de adentrarnos en otros detalles, debemos hablar de su título, originalmente: *Яма (Yama),* que ya es bastante revelador. Es uno de los elementos más cargados de sentido en la obra y admite varias lecturas complementarias –literal, simbólica y social– que refuerzan el conjunto de la narración.

Яма (Yama), por un lado, hace referencia al espacio físico donde se ubica la trama, un barrio de degradación. Por otro, literalmente *Yama* significa «el foso», «el agujero», «la pocilga»; alude así a un espacio físico inferior, un lugar hundido, apartado y sucio, casi invisible para la superficie social. No es casual, el burdel de Kuprín aparece como submundo, una especie de subsuelo moral donde se

concentra aquello que la sociedad tolera, pero no quiere ver. Por último, *Yama* va más allá de lo espacial, funciona sobre todo como una metáfora moral y social. El foso representa el descenso de las mujeres que, por distintas circunstancias, han sido arrastradas hasta ese mundo; pero también, de forma más amplia, el de toda una sociedad que permite e incluso organiza esa realidad. Asimismo, la imagen del foso sugiere encierro, profundidad y falta de salida: quien cae en él difícilmente puede escapar, tiene una dimensión existencial, como un lugar de oscuridad, de pérdida de identidad, de repetición sin salida, de una forma de anulación progresiva de la persona.

El título no es aquí ornamental ni ambiguo: es directo, casi brutal, como la propia obra, y es el reflejo del enfoque realista y profundo de Kuprín.

Desde el punto de vista literario, *El burdel* destaca por su realismo casi documental. Kuprín construye un microcosmos cerrado –el burdel– y lo llena de vida mediante una galería de personajes complejos y dinámicos. Los diálogos son vivos, directos, cargados de tensión; las descripciones, precisas y a menudo impactantes. El autor no rehúye los detalles más duros: enfermedades, violencia, degradación, rutina. Todo forma parte de un sistema que deshumaniza tanto a quienes trabajan en él como a quienes lo sostienen.

Como ya sabemos, este realismo tiene también una base experiencial. Kuprín conocía de primera mano el mundo que describía. La historia está ambientada en Kiev, si bien el propio Kuprín afirmó que *El burdel* no pertenece a un solo lugar, tras la publicación de la primera parte, reconocía en sus personajes a kievitas reales, el barrio de Yama a lo largo del río Lýbid, y la propia calle Yámskaya. Por otro lado, numerosos biógrafos coinciden en que los burdeles descritos corresponden en realidad a establecimientos situados en Moscú, concretamente en la zona de Sretenka. El propio Kuprín deja pistas bastante claras en sus descripciones. Señala, por ejemplo, que nuestro burdel, el de Anna Márkovna, se encuentra frente al establecimiento de primera categoría de Tréppel, que ha sido identificado por muchos estudiosos como el conocido

establecimiento de Rudneva, y muy cerca de allí se encontraba también el burdel de Ninel Naidénova, situado prácticamente en el callejón contiguo. La topografía alrededor de los burdeles descrita en la obra refuerza esta identificación, la referencia a una casa situada sobre una colina, con un río que fluye por debajo, coincide con la configuración real de la zona de Sretenka, e incluso con el curso del río Neglinka, que en la actualidad discurre soterrado bajo la ciudad.

Esta teoría se basa en el contacto con la realidad del mundo prostibulario que se remonta probablemente a su juventud, durante su etapa de formación militar. En 1886, siendo aún muy joven, Kuprín ingresó en la Escuela Militar Aleksándrovskoe. Un año antes, en 1885, había sido nombrado director del centro Alekséi Anchutin, un personaje conocido en toda Rusia por su férrea disciplina. Consciente del carácter impulsivo de los cadetes –a los que él mismo describía con crudeza como «trescientos babuinos» bajo su responsabilidad–, Anchutin adoptó una solución que refleja con claridad la mentalidad de la época: en lugar de intentar reprimir completamente sus impulsos, optó por organizarlos y controlarlos. Según diversos testimonios, el director recorrió personalmente varios burdeles de segunda categoría antes de seleccionar uno que cumpliera ciertos requisitos sanitarios y de control. Finalmente, eligió el establecimiento de Ninel Naidénova, que pasó a funcionar, *de facto,* como proveedor regular de servicios para los cadetes. Anchutin promulgó entonces una orden que, según se dice, serviría posteriormente de modelo para otras academias militares del Imperio ruso. En ella se establecía toda la regulación del proceso: los días de las visitas (lunes, jueves y viernes), la inspección médica previa, el número de cadetes por cada mujer, las tarifas y el tiempo de cada encuentro.

Al mismo tiempo, existía una contradicción moral evidente. A los cadetes se les recordaba que no había deber más vergonzoso que el relacionado con las casas de tolerancia, pero ese mismo deber era organizado, regulado y facilitado por la institución. Esta tensión entre condena moral y aceptación práctica es uno de los aspectos que Kuprín supo captar con mayor agudeza en su obra.

Todo este trasfondo histórico y vivencial se refleja en *El burdel* con

una fuerza notable. La autenticidad de las descripciones, la precisión de los detalles y la complejidad de las situaciones sugieren que Kuprín no solo observó este mundo desde fuera, sino que comprendió profundamente sus mecanismos internos. Por ello, el burdel en su obra no es simplemente un escenario, sino un microcosmos social donde se revelan las contradicciones, hipocresías y violencias de toda una época.

Uno de los rasgos más evidentes del estilo de Kuprín es la precisión casi documental en el uso del lenguaje, registra con detalle los interiores de los burdeles, la vestimenta de las mujeres, los gestos, los hábitos cotidianos, convirtiendo el texto en algo casi tangible, consigue que el lector recorra físicamente todos los espacios. No hay idealización, sin eludir detalles desagradables o impactantes, el mundo aquí aparece con una densidad realista que roza lo etnográfico.

En esta base descriptiva se superpone una constante combinación de registros. El estilo oscila entre momentos de alto dramatismo –cuando se abordan los destinos trágicos de las mujeres– y un lenguaje deliberadamente vulgar, incluso obsceno, propio del entorno prostibulario. En *El burdel* cada personaje habla de forma distinta, y su lenguaje revela su posición social, su educación y su visión del mundo. El argot profesional de las prostitutas convive con la retórica artificiosa de los clientes cultos –como Lijonin–, cuya forma de hablar a menudo resulta rebuscada o incluso ridícula. Todo ello transmitido a través de diálogos vivos y brillantes que dan a toda la novela un ritmo cargado de dinamismo y emotividad, a la vez que desenmascara la honestidad de las clases consideradas inferiores y la hipocresía de las supuestamente respetables.

Otro elemento importante es la reproducción de acentos y hablas regionales. Kuprín incorpora rasgos del habla georgiana, ucraniana o judía, lo que aporta verosimilitud y crea un microcosmos urbano diverso. La calle Yámskaya aparece así como un espacio marginal pero profundamente heterogéneo, donde confluyen las distintas realidades que integraban el Imperio ruso del momento.

El estilo también destaca por su fuerte componente fisiológico y naturalista. El autor no rehúye lo desagradable: emplea un léxico

que expone sin filtros la suciedad, la enfermedad, el deterioro físico y moral.

Por otro lado, *El burdel* constituye, en efecto, una fuente onomástica asombrosa. No se trata únicamente de un espacio narrativo donde se cruzan personajes, sino de un verdadero laboratorio de nombres, diminutivos y apodos en el que la identidad se transforma, se disfraza y, en muchos casos, se diluye. En este microcosmos cerrado, los nombres dejan de cumplir su función primaria de identificación estable para convertirse en símbolos móviles, intercambiables y profundamente cargados de significado social. Muchas de las mujeres, siguiendo la costumbre de las casas de tolerancia, cambiaban sus nombres, a veces toscos y ordinarios, por otros nuevos, más exóticos y sonoros; al menos para la época. Este proceso no es superficial, sino estructural, implica una ruptura, unas vidas que han sido despojadas de su identidad original y construidas con otra artificial. El nombre, en este contexto, deja de ser memoria para convertirse en mercancía.

En este flujo continuo de nombres, Kuprín construye una especie de catálogo humano, en el que cada nombre aporta un matiz, una procedencia, una historia insinuada. Desde esta perspectiva, la onomástica en *El burdel* no es un elemento accesorio, sino un mecanismo fundamental de representación. A través de los nombres, el autor articula diferencias de clase, sugiere orígenes geográficos, marca jerarquías internas y revela, en última instancia, el proceso de deshumanización al que están sometidos los personajes. Nombrar, en este universo, es clasificar, pero también ocultar; es individualizar, pero también borrar.

Sin embargo, y aquí reside una de las mayores complejidades de la obra, todo ese material está atravesado por un lirismo intenso y una profunda empatía. La voz de Kuprín no es fría ni distante, en ella se percibe una intensa carga emocional y una compasión explícita hacia las mujeres «caídas» cuya humanidad es reducida a objetos por la sociedad imperante. Podemos ver una dualidad de estilo constante: crudeza y ternura, objetividad y compromiso, realismo y lirismo.

El burdel es una obra llena de vida y de muchas vidas diferentes,

retratadas por Kuprín de un modo tan intenso que el lector no puede evitar llegar a sentirlas. Su valor no reside únicamente en su temática, sino en la forma en que esta es abordada, con honestidad, precisión y una profunda preocupación por la dignidad humana.

Asimismo, un aspecto maravilloso de la obra es que una de esas vidas es la del propio Aleksandr Kuprín, reflejada no solo en el personaje de Platónov, sino también en las chicas del burdel, en el cadete Kolia, en los estudiantes, en el ladrón Senka, y, en definitiva, en todos y cada uno de los personajes del mundo de *El burdel*, que en algún momento compartieron su vida con Kuprín.

El creador siempre aparece en la creación ya sea voluntariamente o en contra de su voluntad.

Adaptaciones cinematográficas

Las obras de Kuprín, sus relatos, cuentos y novelas han tenido una treintena de adaptaciones cinematográficas y televisivas desde 1910. En especial *El burdel* ha sido llevado a la pantalla en cuatro ocasiones. La primera de ellas fue la película dirigida por M. Martov en 1915; la segunda, en 1990, fue una producción que recayó en las manos de Svietlana Ilínskaia. En 2014 se produjo una ambiciosa serie titulada *Kuprín* dirigida por V. Furman, A. Eshpay y A. Maliukov, que llevo a la pantalla no solo *El burdel,* sino también varias otras obras del escritor. Y la última adaptación fue *Yama. Nuestros días*, en 2017, dirigida por Vitali Maniukov. Además, la obra ha sido adaptada al teatro y representada parcialmente en numerosos teatros de Rusia entre los años 2000 y 2015. Lo que refleja no solo lo cinematográfica que resulta *El burdel,* sino también lo significativamente actual de su temática.

Kuprín como traductor

Aunque Aleksandr Ivánovich Kuprín es recordado ante todo como uno de los grandes prosistas rusos de su época, cabe recordar que su relación con la literatura desbordó los límites de la creación

original, en distintos momentos de su vida, y de forma especialmente visible durante los años de emigración tras la Revolución de 1917, Kuprín se dedicó también a la traducción, una actividad que, aunque nunca constituyó el núcleo de su carrera, resulta esencial para comprender su concepción del arte literario.

Kuprín no fue un traductor sistemático ni dejó tras de sí un corpus claramente delimitado. A diferencia de otros escritores rusos que cultivaron la traducción de manera constante, su trabajo en este ámbito fue disperso, ocasional y profundamente ligado a las circunstancias de su vida. Fue sobre todo en París, durante las décadas de 1920 y 1930, donde la traducción adquirió para él un papel más relevante. Allí, en el contexto de la emigración rusa, colaboró con periódicos y revistas como *Vozrozhdenie* o *Poslednie nóvosti,* participando activamente en la vida cultural de la diáspora.

En ese entorno, Kuprín tradujo principalmente relatos breves del francés contemporáneo, textos que solían publicarse en la prensa sin gran aparato editorial y que hoy resultan difíciles de rastrear de forma sistemática. No se trataba tanto de trasladar grandes obras de un autor específico como de introducir en el ámbito ruso una narrativa europea viva, cercana en tono y sensibilidad a sus propios intereses literarios. Estas traducciones respondían, en parte, a necesidades económicas –su vida en el exilio era precaria–, pero también a una voluntad de mantenerse en contacto con la literatura europea y de seguir ejercitando su oficio de escritor.

Sin embargo, reducir esta actividad a un mero recurso de subsistencia sería simplificarla en exceso. En Kuprín, la traducción se integra en un espacio más amplio donde confluyen la adaptación, la recreación y la escritura original. En numerosas ocasiones, sus versiones no eran traducciones literales, sino traducciones libres o adaptaciones, en las que reorganizaba la estructura del relato, condensaba episodios o ajustaba el estilo al ritmo y a la naturalidad del ruso. En este sentido, su práctica responde a una concepción flexible, propia de su generación, en la que la frontera entre traducir y escribir se vuelve deliberadamente difusa.

Existen también indicios de su participación en la adaptación de materiales con potencial escénico o divulgativo, incluidos fragmentos

o versiones de textos teatrales extranjeros destinados a los círculos rusos en el exilio. Aunque estas actividades no siempre quedaron fijadas en ediciones independientes, contribuyen a perfilar la imagen de un Kuprín profundamente implicado en la difusión cultural de su tiempo.

Gran parte de lo que sabemos sobre su labor como traductor procede de testimonios indirectos, de cartas en las que menciona estos trabajos como fuente de ingresos, así como de recuerdos de contemporáneos que lo describen traduciendo textos franceses para la prensa emigrada. Este carácter fragmentario de las fuentes explica en buena medida por qué no puede establecerse un catálogo preciso de sus traducciones, pero no resta importancia a su significado dentro de su trayectoria.

Más reveladoras aún que su práctica son sus reflexiones sobre la traducción. Aunque Kuprín no elaboró un tratado teórico, sus opiniones, dispersas en artículos y correspondencia, configuran una visión coherente de su postura como traductor. Para él, la traducción debía transmitir el «espíritu vivo» del texto original. Rechazaba la literalidad mecánica, convencido de que una reproducción palabra por palabra destruye la energía artística de la obra. El traductor debía captar la entonación, el estado de ánimo y la individualidad de los personajes, evitando que el texto resultara rígido o artificial.

De ahí su convicción de que el traductor debía ser, ante todo, un escritor. Solo un verdadero literato, dotado de sensibilidad lingüística y capacidad estilística, podía recrear una obra en otra lengua. En caso contrario, la traducción se convertía en una simple «interlineal», correcta en el plano semántico pero carente de vida literaria.

En consonancia con ello, Kuprín defendía la primacía de la naturalidad del ruso sobre la fidelidad formal. El texto traducido debía leerse como si hubiera sido escrito originalmente en esa lengua, lo que justificaba cambios en la estructura, el orden de los elementos o incluso ciertas expresiones. Esta libertad no implicaba traición, más bien al contrario, era una forma de ser fiel al efecto artístico.

Al observar las traducciones de la literatura rusa a lenguas

extranjeras, especialmente al francés, su escepticismo se acentuó. Desde el exilio, criticó con frecuencia la incapacidad de muchos traductores para reproducir la riqueza del ruso, cuya musicalidad, sistema de diminutivos y matices de entonación consideraba casi intraducibles. En su opinión, los diálogos, el humor y el habla popular eran los elementos que más sufrían en este proceso.

Le preocupaba especialmente la desaparición de las diferencias sociales en el lenguaje de los personajes. En la prosa rusa –como puede apreciarse claramente en *El duelo* o en el amplio fresco humano de *El burdel*– cada grupo social posee una voz propia. Sin embargo, en muchas traducciones estas voces se nivelaban en un registro neutro, lo que empobrecía la caracterización y borraba la individualidad.

Asimismo, criticaba las versiones «demasiado educadas», que suavizaban la crudeza del realismo ruso. En ellas, señalaba, se perdían la aspereza, la rudeza popular y parte del humor y la ironía que caracterizan a autores como Dostoievski, Gógol o Chéjov. A pesar de ello, Kuprín lejos de rechazar las traducciones, fueran como fueran, reconocía su papel indispensable en la difusión de la literatura y aceptaba que toda traducción implica un compromiso inevitable entre pérdida y transmisión.

Su propia experiencia como autor traducido confirmó estas ideas. Al ver sus obras vertidas a lenguas europeas, advirtió cómo los diálogos se volvían excesivamente literarios, cómo se diluían los matices sociales y cómo ciertas escenas modificaban su tono emocional. Y, sin embargo, el éxito internacional de textos como *El duelo* o *El burdel* demuestra que, incluso imperfecta, la traducción fue capaz de comunicar algo esencial de su mundo literario.

Como traductor, Kuprín es reconocido por un conjunto de títulos concretos, sino más bien por una labor dispersa, aunque significativa. Sin embargo, Kuprín se caracteriza en este ámbito por su concepción profundamente artística de la traducción. Para él, traducir no era trasladar palabras, sino recrear una obra; no era copiar un texto, sino devolverle la vida en otra lengua.

Labor traductológica

He de decir que coincido en muchos aspectos con la concepción traductológica de Aleksandr Kuprín.

Es cierto que cada vez que un traductor afronta un nuevo reto literario en ruso, se ponen a prueba muchas de sus habilidades, por supuesto, en primer lugar, su dominio de la lengua y el conocimiento de la cultura rusas, pero al mismo tiempo, su dominio y conocimiento de la propia lengua y cultura, ya que traducir una obra literaria no es posible si se hace de manera absolutamente literal. De hacerlo así, al lector le llegaría un texto incomprensible en muchos aspectos, pero, además sería una obra diferente de la que escribiera su autor; porque leer un libro traducido, en su base, es leer el libro original en el código lingüístico propio.

Asimismo, y haciéndome eco también aquí de las palabras de Kuprín, se ponen a prueba además las habilidades narrativas y creativas del traductor, pues transmitir la creación de un autor en un código lingüístico diferente no es solo modificar las palabras, es darle una nueva vida a un texto que ya tiene la suya propia, poniendo en marcha todos los recursos y mecanismos posibles.

Podría ser algo similar a lo que experimentas cuando vives en otro país y tratas de comunicar tus pensamientos, de hacer sentir tus emociones, y transmitir tus deseos –tan claros en tu mente– en un código distinto, sabiendo que solo en ese código podrás conseguirlo. Por suerte, en una conversación cara a cara disponemos de más recursos para lograrlo; en el caso de la escritura, solo contamos con las palabras. Por lo que su dominio, comprensión, así como la creatividad a la hora de elegirlas desempeñan un papel fundamental.

Por otro lado, considero que el ruso es intraducible en algunos aspectos, como lo es cualquier idioma, y todo traductor sabe y debe aceptar ese compromiso tácito entre la pérdida y la transmisión, por mucho que no quieras que se pierda nada.

En el caso de la traducción de *El burdel,* nos encontramos con una obra casi pictórica, y con un autor que pinta su obra con palabras. Se plantean dificultades que van más allá de la simple equivalencia léxica. Uno de los principales retos reside en la transmisión de la

diversidad lingüística que caracteriza la obra. En ruso, Kuprín reproduce con notable precisión distintos registros sociales, así como diferentes acentos: georgiano, ucraniano o judío, sin embargo, estos matices son difícilmente trasladables al español sin caer en soluciones artificiales o estereotipadas. La elección no es fácil, neutralizar esas marcas dialectales, perdiendo parte del color y la viveza original, o intentar recrearlas mediante recursos del español que no siempre son un equivalente funcional claro. En muchas ocasiones optamos por sugerir la diferencia a través de ligeras variaciones sintácticas, giros marcados o un léxico particular, evitando imitaciones directas que suelen resultar inverosímiles o incluso problemáticas desde el punto de vista cultural.

Otra de las dificultades con las que nos enfrentamos aquí es con la de reproducir el contraste de registros tan característico de la obra, el paso del lenguaje vulgar y crudo del entorno prostibulario a la retórica a veces artificiosa de algunos personajes cultos. Mantener ese equilibrio sin suavizar en exceso la crudeza ni exagerarla innecesariamente exige un cierto equilibrio estilístico.

En definitiva, traducir *El burdel* ha supuesto no solo trasladar un contenido narrativo, cargado de emotividad, sensibilidad, crudeza y realismo, sino reconstruir un complejo sistema de voces que conforman todo ese contenido, diferencian a los personajes y su origen social y contribuyen a transmitir la mirada crítica de Kuprín sobre la realidad que describe.

Espero y deseo que vivan esta magnífica obra con la intensidad que se merece.

Rocío Martínez Torres

CRONOLOGÍA

1870 Nace el 7 de septiembre en Narovchat, provincia de Penza. Imperio ruso.

1874 Su madre se traslada con él y sus dos hermanas a Moscú.

1876-1880 Estudia interno en un orfanato estatal y en el Segundo Cuerpo de Cadetes de Moscú.

1888-1889 Estudia en la Escuela Militar Aleksándrovskoye de Moscú, preparándose como oficial.

1889 Publica su primer relato *El último debut.*

1890 Se gradúa como subteniente del ejército imperial ruso.

1890-1894 Sirve en el 46.º Regimiento de Infantería del Dniéper. Empieza a escribir relatos mientras sigue en el ejército.

1894-1900 Vive en varias ciudades del sur del Imperio ruso. Trabaja en muchos oficios.

1894 Abandona el ejército. Se instala en Kiev. Publica *El arbusto de lilas, La investigación* y muchos otros relatos.

1896 Publica su primera obra importante: *Moloch.*

1897 Publica *Alférez del ejército, Allez!, Jardín de infancia, Narciso* y otros relatos.

1898 Publica *Olesia.*

1900 Publica *Punto de inflexión (Cadetes).*

1901 Publica *Lobo plateado (Hombre lobo).*

1902 Publica *El pantano.*

1905 Publica la novela *El duelo,* que lo hace famoso en toda Rusia. La obra critica duramente la vida en el ejército zarista.

1907 Publica *Gambrinus. El elefante.*

1908 Publica *Sulamita.*

1909 Recibe el Premio Pushkin de la Academia de Ciencias rusa.

1909-1915 Publica *El burdel.*

1911 Publica *El brazalete de granates,* uno de sus relatos más célebres, sobre el amor ideal y trágico.

1917 Estalla la Revolución rusa. Kuprín Inicialmente simpatiza con algunos cambios, pero pronto se distancia del nuevo régimen bolchevique. Publica *La estrella de Salomón.*

1919-1920 Durante la Guerra Civil Rusa, abandona Rusia.

1920 Se instala en París, donde vivirá casi diecisiete años. Tiene dificultades económicas y problemas de salud.

1928 Publica *La cúpula de San Isaac de Dalmacia.*

1937 Regresa a la Unión Soviética, muy enfermo.

1938 Muere el 25 de agosto en Leningrado (actual San Petersburgo).

EL BURDEL

Sé que muchos encontrarán esta novela inmoral e indecente;
pese a ello, la dedico con todo mi corazón
a las madres y a la juventud del mundo.
A. K.

PRIMERA PARTE

I

Hace mucho tiempo, mucho antes de la aparición del ferrocarril, en el lejano margen de una gran ciudad del sur, vivían los *yámshchiki,* cocheros de postas que, generación tras generación, trabajaban al servicio del Estado y de particulares. Así fue como a toda aquella zona de la periferia se la llamó barrio de Yámskaya, o simplemente Yámskaya, Yamka o, aún más corto, Yama. Más tarde, cuando la locomoción a vapor acabó con los carruajes tirados por caballos, la osada estirpe de los *yámshchiki* perdió, con el paso del tiempo, sus costumbres rudas y audaces, se dedicó a otras ocupaciones y se dispersó hasta desintegrarse. Pero Yama mantuvo durante muchos años –incluso hasta el día de hoy– la oscura fama de lugar de diversión, de borracheras, peleas y noches inseguras.

De alguna manera ocurrió, casi por sí solo, que sobre las ruinas de las viejas moradas en las que antes las viudas de los *yámshchiki,* rollizas y de cejas negras, y las avispadas mujeres de los soldados de mejillas sonrosadas solían comerciar en secreto con el vodka y el amor libre, fueron surgiendo poco a poco prostíbulos autorizados abiertamente por el gobierno y sujetos a un reglamento muy riguroso. A finales del siglo XIX, las dos calles de Yama, Bolshaya Yámskaya y Málaya Yámskaya quedaron por completo repletas, a uno y otro lado, únicamente de casas de tolerancia. Hoy no quedan ya más de cinco o seis casas de particulares, pero incluso en ellas se han instalado tabernas y pequeños comercios para cubrir las necesidades de la prostitución de Yama.

El estilo de vida, los hábitos y costumbres de los treinta y pico establecimientos son prácticamente iguales, la única diferencia está en el precio que se cobra por el breve momento de amor y en algunos pequeños detalles relacionados con él: la colección de mujeres más o menos bonitas, el grado de elegancia de los vestidos, la decoración de las estancias y la pomposidad del ambiente.

El prostíbulo más distinguido es el de Tréppel; está a la entrada de Bolshaya Yámskaya, la primera casa a la izquierda. Es un

establecimiento antiguo. Su actual propietario, que ya no se llama Tréppel, es concejal de la Duma Municipal y miembro de la Junta de Gobierno. La casa es de dos plantas, verde y blanca, está construida en un estilo chabacano, falso ruso a lo Ropet[1], con la cumbrera del tejado tallada y rematada con las tradicionales figuras de caballos y gallos, con franjas que cuelgan en vertical bajo los aleros a modo de paño bordado, y con los marcos de las ventanas tallados, toda ella como un encaje de madera; la escalera está cubierta con una alfombra de pasillo blanca; en el recibidor hay un oso disecado con las patas estiradas que sostienen una bandeja de madera para las tarjetas de visita; en la sala de baile hay parqué, unas pesadas cortinas de seda carmesí y tul en las ventanas, una hilera de sillas blancas y doradas a lo largo de la pared y espejos de marcos dorados; hay dos gabinetes privados con alfombras, divanes y mullidos pufs de raso; en el interior de las habitaciones, lamparitas rosas y azules, mantas de tafetán y almohadas limpias; las ocupantes, vestidas con escotados trajes de salón con aplicaciones de piel o con lujosos disfraces de húsar, de paje, pescadora o colegiala, son en su mayoría alemanas del Báltico, mujeres grandes, de piel blanca, pechugonas y hermosas. En Tréppel cobran tres rublos por la visita y diez por toda la noche.

Los tres establecimientos de dos rublos, el de Sofía Vasílevna, el que llaman Staro-Kievski y el de Anna Márkovna, son un poco más pobres, de menor categoría. El resto de las casas en Bolshaya Yámskaya son las de un rublo, de condiciones aún peores. En las de Málaya Yámskaya, que frecuentan soldados, ladronzuelos, artesanos y en general gente gris, y donde cobran por el rato cincuenta kopeks o menos, ahí todo es suciedad y miseria: el suelo de las salas está desnivelado, astillado y descascarillado, las ventanas cubiertas con trozos de tela roja barata, los dormitorios, como si fueran un establo, están separados por finos tabiques que no llegan al techo, y en las camas, sobre jergones aplastados, hay tiradas y revueltas sábanas arrugadas, manchadas, rotas, ennegrecidas por el tiempo, y mantas de lana agujereadas; el aire es agrio y sofocante, con una mezcla de vapores de alcohol y olor de fluidos corporales; las mujeres visten allí con harapos de percal de colores o con trajes de marinera, la

mayoría de ellas cojea, tiene la voz ronca o gangosa, la nariz medio hundida[2] o una cara que deja ver las marcas de los golpes y arañazos del día anterior, y se maquillan ingenuamente ensalivando el rojo de las cajetillas de cigarrillos.

Durante todo el año, cada noche, exceptuando los tres últimos días de la Semana Santa y la víspera de la Anunciación –pues, como dice el refrán: «En días santos ni trabajos, ni cantares»–, apenas oscurece se encienden farolillos rojos y se cuelgan en los pórticos de cada casa bajo los techos triangulares de madera labrada. En la calle parece que fuera fiesta, como en Pascua, todas las ventanas brillan iluminadas, la alegre música de violines y pianos se oye a través de los cristales, los cocheros van y vienen sin cesar. Las puertas de entrada de todas las casas están abiertas de par en par y a través de ellas, desde la calle, se dejan ver las empinadas escaleras y los estrechos pasillos en lo alto, el centelleo blanco de una lámpara facetada y las paredes verdes de los vestíbulos decoradas con paisajes de Suiza. Cientos y miles de hombres suben y bajan por todas esas escaleras hasta el amanecer. Aquí viene de todo: desde viejos babosos medio decrépitos que buscan una excitación artificial, hasta jóvenes cadetes y estudiantes, casi niños; barbudos padres de familia, respetables pilares de la sociedad con anteojos de oro; recién casados y prometidos enamorados; respetables profesores de renombre; ladrones y asesinos; abogados liberales; educadores, férreos guardianes de la moralidad, y conocidos escritores progresistas, autores de artículos candentes y apasionados sobre la igualdad de derechos de las mujeres; agentes secretos y espías; presidiarios fugados y oficiales, y universitarios, y socialdemócratas, y anarquistas y patriotas sin convicción. Todos pasan por allí: tímidos y descarados, enfermos y sanos, vírgenes y viejos libertinos desgastados por todo tipo de vicios, hombres hermosos de ojos claros y horrendos como deformados por la naturaleza, sordomudos, ciegos, tipos sin nariz, con el cuerpo flácido y el pellejo caído, con aliento nauseabundo, calvos, temblorosos, monos de panzas hinchadas, llenos de parásitos y de hemorroides. Entran libre y tranquilamente como a un restaurante o a la estación, se sientan, fuman, beben, fingen convulsivamente alegría y bailan con

repugnantes movimientos obscenos que imitan el acto sexual. A veces eligen a una chica con atención y demora, y otras se precipitan con ruda prisa hacia cualquiera, sabiendo de antemano que nunca se enfrentarán al rechazo. Pagan ansiosos por adelantado y, en una cama común, todavía caliente del cuerpo anterior, consuman sin propósito el acto más grandioso y bello de todos los misterios del universo, el misterio de la creación de una nueva vida. Y las mujeres, dispuestas con total indiferencia, con palabras una y otra vez repetidas, y profesionales movimientos memorizados, cumplen sus deseos como máquinas para inmediatamente después, esa misma noche, con las mismas palabras, las mismas sonrisas y los mismos gestos, recibir al tercero, al cuarto, al décimo hombre, que a menudo ya espera su turno en el gran salón.

Así transcurre la noche entera. Hacia el amanecer, Yama se va silenciando y la claridad de la mañana la sorprende desierta, con las puertas y contraventanas opacas firmemente cerradas. Hacia el atardecer, las mujeres se despertarán y se prepararán para la siguiente noche.

Y así, día tras día, durante meses y años sin fin, viven ellas en sus harenes públicos una vida extraña e inverosímil; viven, expulsadas de la sociedad, repudiadas por sus familias, siendo víctimas del temperamento social, cloacas para el exceso de la lujuria de la ciudad y guardianas de la honra familiar, cuatrocientas mujeres estúpidas, vagas, histéricas e infecundas.

II

Dos del mediodía, el establecimiento de segunda clase, de dos rublos, de Anna Márkovna está sumido en el sueño. El gran salón cuadrado también duerme y, en el silencio y la penumbra todo él, con sus grandes espejos de marcos dorados, su veintena de sillas acolchadas alineadas a lo largo de la pared, los óleos *Un banquete de bodas boyardo* y *El baño* de Makovski[3], y la lámpara de araña de cristal en el centro, parece inusitadamente pensativo, austero y triste. Ayer aquí, como cada noche, las luces estaban encendidas, el

humo azulado del tabaco vibraba en el aire, resonaba una alegre música y parejas de hombres y mujeres se bamboleaban enérgicamente moviendo las caderas y alzando las piernas. En el exterior, toda la calle resplandecía con los destellos rojos de los farolillos colgados en las entradas y las luces claras a través de las ventanas, y bullía de gente y carruajes hasta el amanecer.

Ahora, mientras la calle está desierta y brilla triunfal y alegre bajo los rayos del sol estival, el salón, con las cortinas echadas, permanece oscuro y fresco, y especialmente solitario, como los teatros, los circos o las salas de los tribunales, deshabitados en pleno día.

Bajo la tenue luz resplandece el piano negro con su costado curvo y satinado, y las viejas teclas amarillentas, desportilladas y desgastadas por el tiempo, brillan débilmente. El aire estancado guarda todavía el olor de la noche pasada; se huele a perfume, a tabaco, a la humedad rancia de una gran sala deshabitada, al sudor insalubre y sucio de cuerpos femeninos, a polvos de maquillaje, a jabón de boro y timol, y al polvo de la cera amarilla con la que pulieron ayer el parqué. Y con un encanto extraño se mezcla con estos olores el de la hierba casi marchita de un pantano aledaño.

Hoy es Pentecostés. Siguiendo una antigua costumbre, las criadas de los establecimientos han ido temprano al mercado, mientras las señoritas aún duermen, a comprar algunas pilas de cárex[4] y las han esparcido por los pasillos, los gabinetes y el salón; sus ramas gruesas y largas crujen por todos sitios. Luego han encendido las lamparillas votivas de aceite ante los iconos; las muchachas del establecimiento no se atreven a hacerlo con sus manos mancilladas de la noche anterior.

El portero ha decorado la entrada, tallada al estilo ruso, con dos troncos de abedul; se ha hecho lo mismo en los pórticos, balaustradas y puertas de todas las casas, que este día lucen adornados con finas ramas blancas de abedul joven cubiertas de follaje marchito.

La casa entera está desierta, silenciosa, dormida; solo se escucha en la cocina que cortan filetes para la comida. Una de las muchachas, Liubka, ha salido al patio, va en camisón, con los brazos

desnudos y los pies descalzos. No es guapa, está llena de pecas, pero tiene el cuerpo terso y fresco. La noche pasada tuvo solo seis clientes y ninguno pasó la noche en su cuarto, por lo que ha dormido de maravilla, plácida y completamente sola en la gran cama. Se ha levantado temprano, a las diez, y se ha puesto con gusto a ayudar a la cocinera a fregar las mesas y el suelo. Ahora está dando de comer las entrañas y algunos cortes de carne a Amur, el perro que tienen amarrado en el patio; es grande, de pelo rojizo, largo y sedoso, y con el morro negro. Amur tira con fuerza de la cadena y arrolla a la chica con sus patas delanteras y la cabeza, y, ronqueando por el ahogo, a veces agita todo el lomo y el rabo, agacha la cabeza hacia el suelo, arruga el hocico, estornuda, sonríe y gimotea de excitación. Y ella, provocándolo con la carne, le grita con una fingida severidad:

—¡Eh, tú, tonto! ¿Cómo te atreves? ¡Te voy a dar!

Pero en el fondo de su alma se siente feliz por la excitación y el cariño de Amur, y su minuto de poder sobre el perro; por el hecho de haber dormido bien y pasar la noche sin hombre alguno; porque es Pentecostés, que le trae vagos recuerdos de la infancia; y por el día tan radiante y soleado que tan pocas veces le es posible ver.

Todos los clientes que pernoctaron con las chicas ya se han marchado. En la casa comienza la hora más atareada, silenciosa y prosaica.

En el gabinete de la dueña hay reunidas cinco personas, toman café. Ahí se encontraba la propia dueña, que da nombre al local, Anna Márkovna. Tiene algo menos de sesenta años, es muy baja y bastante gruesa, cabe imaginársela, reconstruyéndola de abajo arriba, como tres blandas esferas gelatinosas –la grande, la mediana y la pequeña– embutidas una en otra sin intervalos, que serían la falda, el torso y la cabeza. Extrañamente, tiene los ojos de un azul brillante, juvenil, son casi infantiles, pero su boca está envejecida, con el labio inferior de un color carmesí marchito, húmedo, flácido y caído. Su esposo, Isái Sávvich, es un viejecillo también pequeño, canoso, tranquilo y callado. Ella lo tiene a su merced; era el portero de la casa cuando Anna Márkovna era la gobernanta. Él, de forma autodidacta, para llegar a ser alguien útil, aprendió a tocar el violín,

y ahora por las noches toca música de baile y marchas fúnebres para los empleados ebrios que buscan la lágrima fácil.

Estaban también las dos gobernantas. La jefa, Emma Eduárdovna, es alta, corpulenta, de cabello castaño, de unos cuarenta y seis años. Tiene una papada de grasa de tres capas. Los ojos bordeados por dos círculos de un negro amoratado, y el rostro, de un tono terroso, se le ensancha en forma de pera de la frente hacia las mejillas. Los ojos pequeños y negros, la nariz aguileña sobre unos labios firmemente apretados, y la expresión de su rostro es a la vez tranquila y autoritaria. En la casa no es para nadie un secreto que en un año o dos Anna Márkovna se retirará y le venderá el establecimiento con todos sus derechos y contenido a cambio de cierta suma, de la cual recibirá una parte al contado y otra a plazos mediante pagarés. Por eso las chicas la respetan a la par que a la dueña y la temen. A aquella que comete una falta la golpea con sus propias manos, lo hace brutal y fríamente, midiendo bien los golpes. Entre las chicas siempre tiene una favorita a la que atormenta constantemente con su amor exigente y sus celos delirantes, lo cual resulta mucho más duro de soportar que los golpes.

La otra se llama Zosia, acaba de ascender de entre las chicas comunes del local, por eso hasta ahora todas la llaman con una mezcla de familiaridad y servilismo: gobernantita. Es flaca, de carácter inquieto y un poco bizca, con el rostro rosado y el pelo muy rizado recogido en un moño. Le encantan los actores, especialmente los cómicos gordos. Su relación con Emma Eduárdovna es servil y obsequiosa.

Por último, el quinto invitado es un inspector de Policía del distrito, Kérbesh. Un hombre atlético, algo calvo, con una barba cobriza en forma de abanico, tiene los ojos de un azul brillante como soñolientos, la voz fina, un poco ronca pero agradable. Es por todos sabido que antes servía en la sección de la Policía secreta y era el terror de los ladronzuelos gracias a su magnífica fuerza física y su brutalidad en los interrogatorios. Carga en su conciencia con más de un asunto turbio. Toda la ciudad sabe que, hace dos años, se casó con una anciana rica, de unos setenta, y que el año pasado la estranguló; sin embargo, consiguió de alguna manera echar tierra

sobre el asunto.

Al igual que él, las otras cuatro personas sentadas a la mesa han visto de todo en sus abigarradas vidas. Sin embargo, del mismo modo que entre los antiguos espadachines ninguno sentía remordimiento de conciencia al recordar a sus víctimas, esta gente mira su oscuro pasado como insignificantes e inevitables contrariedades de la profesión.

Les han servido café, y todos lo beben con una grasienta capa de crema, excepto el inspector, que lo prefiere acompañado de Bénédictine. Pero él en realidad no bebe, solo lo finge por cortesía.

—Bueno, entonces ¿qué?, Foma Fómich –pregunta con adulación la dueña al inspector–. El asunto es una minucia. Basta con que diga usted alguna palabra…

Kérbesh sorbe lentamente media copita del licor, pasa la lengua ligeramente por el cielo de la boca saboreando el líquido afrutado, algo picante y fuerte, lo traga y, sin apresurarse, da un sorbo al café y, a continuación, se pasa el dedo anular de la mano izquierda por el mostacho, de derecha a izquierda.

—Piénselo usted, señora Shoibes –dice mirando hacia la mesa, entrecerrando los ojos y extendiendo las manos–, ¡piense en el riesgo que corro yo con esto! La muchacha ha sido arrastrada hasta aquí con engaños, a este… cómo decirlo… bueno, con buenos modales, a esta casa de tolerancia. Ahora sus padres han acudido a la Policía para buscarla. Resulta que ha ido pasando de una casa a otra sin ton ni son y finalmente su rastro me ha traído hasta usted, a mi distrito. ¿Qué puedo hacer yo?

—Señor Kérbesh, pero ella es mayor de edad –dice la dueña–.

—*Elles son mayorcites ya* –reafirma Isái Sávvich con su acento hebreo campesino–. Firmaron el documento de que venían por su voluntad.

Emma Eduárdovna añade en voz baja con fría seguridad:

—Le puedo asegurar que a esa muchacha la tratamos aquí como a nuestra propia hija.

—Esa no es la cuestión –replica el inspector con enojo, frunciendo el ceño–. Pónganse en mi lugar, trabajo en el servicio público, y ¡bastantes problemas tengo ya!

De repente, la dueña se levanta, se dirige hacia la puerta chancleteando con las chinelas y dice al inspector haciéndole un guiño vago e inexpresivo con su brillante ojo azul claro:

—Señor Kérbesh, le voy a pedir que venga usted a contemplar nuestra reforma, estamos ampliando el local.

—Ah, con mucho gusto…

Diez minutos después, ambos vuelven sin mirarse el uno al otro. La mano de Kérbesh hace crujir en el bolsillo un billete nuevo de cien rublos. La conversación sobre la chica no vuelve a retomarse.

El inspector se apresura a terminar su *Bénédictine* y comienza a quejarse de la decadencia de las costumbres actuales:

—Tengo un hijo en edad escolar, Pável se llama. El canalla viene un día y me dice: «Papá, mis compañeros me insultan, dicen que sirves como policía en Yámskaya y que aceptas sobornos de los burdeles». Por Dios, ¿no le parece eso a usted, señora Shoibes, una insolencia?

—¡Ay, ay, ay! ¿Qué sobornos puede haber aquí?… Y a mí me pasa también…

—Y le dije: «Desgraciado, ve a informar al director para que eso no se repita o, si no, tu padre dará parte de todos al inspector jefe». ¿Y qué creen que hizo el mocoso? Viene y me dice: «Ya no quiero ser tu hijo, búscate a otro». ¡Menudo argumento! Pues le di una zurra y lo dejé como un trapo. ¡Vaya! Ahora no me dirige la palabra. ¡Bueno, ya le enseñaré yo!

—¡Uy, no me diga, sé muy bien de lo que me habla! –suspira Anna Márkovna mientras se le enturbian los ojos y le cuelga su rosado labio inferior–. Nosotros a nuestra Bértochka, que estudia en la escuela Fleisher, la mantenemos a propósito en la ciudad, al cuidado de una familia respetable. Ya entiende usted que sería muy embarazoso. Y a veces la niña viene con cada palabra y frases de la escuela que yo hasta me he sonrojado.

—Le juro que Annita se ha sonrojado de verdad –asegura Isái Sávvich–.

—¡Te sonrojas! –confirmó acaloradamente el inspector–. Sí, sí, sí, la comprendo. Pero, por Dios, ¿adónde vamos a parar? ¡Adónde? Me pregunto hasta dónde quieren llegar esos revolucionarios, todos

esos estudiantes o… como se hagan llamar. ¡Allá ellos! Hay libertinaje por doquier, la moral se está perdiendo, no hay respeto a los padres. Habría que fusilarlos a todos.

—Pues anteayer nos ocurrió una cosa –interviene nerviosa Zosia–. Llegó un cliente, un hombre gordo…

—¡No rajes! –la interrumpe bruscamente con la jerga del prostíbulo Emma Eduárdovna, que escuchaba al inspector con la cabeza ladeada asintiendo en actitud devota–. Harías mejor yendo a encargarte del desayuno de las chicas.

—No se puede una fiar de nadie ya –continúa la dueña refunfuñando–. De las sirvientas, la que no es una arpía es una mentirosa. Y las chicas solo piensan en sus amantes, en su propio bienestar, pero en sus obligaciones no piensan.

Hubo un silencio incómodo. Tocaron a la puerta. Una voz aguda se oyó al otro lado de la puerta:

—Gobernantita, tome usted el dinero y deme las fichas. Petia se ha ido.

En ese momento, el inspector se levanta y se ajusta el cinto y el sable.

—En fin, es hora de volver al servicio. Que le vaya bien, Anna Márkovna. Isái Sávvich, que tenga un buen día.

—¿Quiere usted tomar una copita más? Para el camino –dice Isái Sávvich recorriendo la mesa con sus ojos cegatos–.

—Se lo agradezco, no puedo. Ya estoy servido. ¡Un placer!

—Gracias por su visita. Vuelva cuando guste.

—Adiós a todos los presentes.

Pero, aún en la puerta, se detiene un momento y dice con aire importante:

—De todos modos, permítanme un consejo: esa muchacha, será mejor que se deshagan de ella discretamente antes de que sea tarde. Por supuesto, es asunto suyo, pero, como buen amigo, les prevengo.

Se marcha.

Cuando sus pasos se difuminan escaleras abajo y golpea tras él la puerta de entrada, Emma Eduárdovna resopla y exclama con desprecio:

—¡Vendido! Solo quiere sacar dinero de todos lados.

Uno tras otro van saliendo del gabinete. La casa permanece a oscuras. El cárex medio marchito en el suelo desprende un aroma dulce. Reina la quietud.

III

Hasta la hora de la cena, que se sirve a las seis, el tiempo se hace infinito e insoportablemente monótono. En general este intervalo del día es el más pesado y vacío de la vida del local. Es, salvando la distancia, parecido a la atmosfera que se crea en los internados femeninos durante los festivos largos, en esas horas ociosas y vacías cuando las amigas se han marchado, cuando hay mucha libertad y poco que hacer, y durante todo el día reina una pereza nostálgica y agradable. Las muchachas del local deambulan en enaguas, en camisolas, con los brazos al aire, algunas descalzas, de habitación en habitación aún sin lavarse ni peinarse; perezosas, se sientan al viejo piano y pulsan las teclas con el índice, se leen la fortuna en las cartas y andan en dimes y diretes, arrastrando esa misma pereza. Esperan la noche con una irritación fatigosa.

Liubka, después de desayunar, llevó a Amur restos de pan y unos pedazos de jamón, pero se cansó pronto del perro. Entonces fue con Niura a comprar unos caramelos de berberís y pipas; las dos están ahora detrás de la verja que da a la calle, royendo las pipas, cuyas cáscaras les caen por la barbilla y el pecho, chismorreando con indiferencia de todo el que pasa por ahí: del farolero, que está llenando de queroseno las farolas; del agente de Policía, que hace la ronda con su libro de registros bajo el brazo; de la gobernanta de otro de los locales, que se apresura calle abajo hacia la tienda de comestibles…

Niura es pequeña, de ojos saltones azules, tiene el pelo rubio estropajoso y unas venas azuladas se le marcan en las sienes. Su rostro tiene el gesto un tanto simple e inocente de los corderitos de azúcar blancos de la Pascua. De carácter vivo e inquieto, se entromete en todo y con todos está de acuerdo; es la primera en

enterarse de las noticias y, cuando habla, habla tanto y tan rápido que de la boca le salpican gotas y en los labios rojos se le inflan pompas, como a los niños.

Enseguida, de la cervecería de enfrente sale un muchacho joven pero muy deteriorado, de pelo rizado, demacrado y chupado; es un empleado de servicio que corre a la taberna de al lado.

—Prójor Ivánovich, ¡eh!, Prójor Ivánovich –le grita Niura–, ¿no quiere que lo invite a unas pipas?

—¡Claro, venga a visitarnos! –dice Liuba reiterando la invitación–.

Niura estalla en carcajadas y añade, ahogada por la risa:

—¡Y entrará en calor!

Pero, de repente, la puerta principal se abre y en el umbral aparece la figura autoritaria y amenazante de la gobernanta superior.

—¡Puf! ¿Qué escándalo es este? –grita en tono severo–. ¡Cuántas veces tengo que repetiros que no debéis salir corriendo a la calle de día y, además, ¡uf!, ¡en ropa interior! No entiendo cómo es que no tenéis ni una pizca de vergüenza. Las muchachas decentes, que se respetan a sí mismas, no deben comportarse así en público. Gracias a Dios que no estáis en una residencia militar, sino en una casa respetable. ¡Esto no es Málaya Yámskaya!

Las dos chicas regresan al interior, entran a la cocina y se sientan allí en los taburetes durante un buen rato, contemplando a la enfadada cocinera Praskovia, balanceando las piernas y royendo las pipas en silencio.

En la habitación de Manka «la Pequeña», a la que también llaman Manka «la Escandalosa» o Manka «la Blanquita», se ha reunido todo un pequeño grupo. Sentadas en el borde de la cama, ella y otra de las chicas, Zoia, una joven guapa y alta, de cejas arqueadas y ojos saltones grises, de tez blanca y cara bondadosa, como la de la más típica prostituta rusa, juegan a las cartas, al *sesenta y seis.* La mejor amiga de Manka «la Pequeña» es Zhenia, está tumbada en la cama boca arriba detrás de ellas, leyendo un libro hecho trizas, *El collar de la reina,* de Dumas, y fumando. De todo el local, ella es la única a la que le gusta la lectura, y lee mucho y apasionadamente. Sin embargo, en contra de lo que se pudiera esperar, la lectura asidua

de novelas de aventuras y romances no la ha hecho más sentimental ni ha reavivado su fantasía. Lo que más le gusta son las largas novelas de intrigas y enredos hábilmente hiladas, que hay que desentrañar con ingenio; espléndidos duelos en los cuales un vizconde deja caer el sable colgado del cinto en señal de que no tiene intención de rendirse ante su adversario, y en los que un marqués, tras haber atravesado de lado a lado al vizconde, se disculpa galantemente por haberle agujereado su precioso jubón de estreno; héroes que esparcen talegas llenas de oro con indiferencia por doquier; las aventuras amorosas y picardías de Enrique IV; en pocas palabras, el heroísmo de los siglos pasados de la historia de Francia sazonado con oro y puntillas. Por el contrario, en su vida cotidiana, ella es sensata, burlona, práctica y malvadamente cínica. En relación con las demás muchachas ostenta el lugar que ocuparían en los internados el fortachón, el repetidor o la más guapa de la clase: tiránica y adorada. Es alta, delgada, morena, con unos preciosos ojos marrones ardientes, una boca pequeña y carnosa, con una sombra de bigotillo sobre el labio superior, y un rubor oscuro, insalubre, en las mejillas. Sin soltar de la boca el cigarrillo y entornando los ojos por el humo, su actividad se centra en pasar las páginas tras mojarse la punta del índice. Tiene las piernas desnudas hasta las rodillas y sus pies son enormes y de lo más vulgar; en la planta, bajo los pulgares, le sobresalen marcadamente hacia afuera unos feos bultos irregulares.

También en la cama, con las piernas cruzadas, está sentada Tamara, ligeramente inclinada, con algo de costura en las manos. Es una muchacha callada, agradable y bonita; su pelo, algo pelirrojo, tiene un reflejo pardo y brillante como el pelaje del lomo de un zorro de las nieves. Su verdadero nombre es Glikeriya o Lukeriya, como se dice comúnmente. Sin embargo, según un ya viejo hábito de las casas de tolerancia, los nombres vulgares como Matrén, Agafi, Siclitini, se cambian por otros más exóticos. Tamara fue monja o quizá solo novicia en algún convento, y todavía conserva en el rostro un rasgo pálido, hinchado y asustadizo, tímido y modesto a la par que astuto, característico de las monjas jóvenes. En la casa se mantiene apartada, no se hace amiga de nadie, ni a nadie le cuenta

sobre su vida pasada. Pero puede que además del monacato tuviera otras muchas aventuras, hay algo misterioso, silencioso y criminal en su hablar pausado, en la mirada evasiva de sus ojos profundos, oscuros, de color miel, y largas pestañas caídas, en los modales, en la sonrisa irónica y la entonación de santa modesta pero disoluta. En cierta ocasión las chicas oyeron, con gran sorpresa, admiración y pavor, cómo Tamara hablaba con fluidez en francés y alemán. Hay en ella un tipo de fuerza interior contenida, a pesar de su aspecto manso y flexible. En el establecimiento la tratan con respeto y cautela todos: la dueña, sus amigas, las dos gobernantas y hasta el portero, que es el verdadero sultán del burdel, azote de todos y héroe aclamado.

—¡Cierro! –dice Zoia dando la vuelta al triunfo, que estaba boca arriba bajo el mazo–. Salgo con cuarenta, voy con el as de picas, por favor, Mániechka, dame diez. He ganado: cincuenta y siete, once, sesenta y ocho. ¿Cuántos tienes tú?

—Treinta –dice Manka con tono ofendido haciendo un mohín–. Claro, para ti es fácil porque te acuerdas de todas las jugadas. Reparte. Bueno… ¿y qué pasó después, Tamárochka? –dirigiéndose a su amiga–. Cuenta, que yo te escucho.

Zoia baraja las viejas cartas, negras y grasientas por el uso, y le ofrece a Mania cortar, se escupe ligeramente en los dedos y las reparte.

Mientras tanto, Tamara le sigue contando a Mania en voz baja sin apartar la vista de la costura:

—Allí bordábamos en punto liso con hilo de oro los paños del altar, los velos litúrgicos, casullas de obispo… con ramitas, flores, cruces. En invierno, a veces, nos sentábamos junto a la ventana, era pequeña, con rejas, había poca luz; olía a aceite, a incienso, a ciprés, y estaba prohibido hablar. La madre superiora era muy estricta. A ratos, por aburrimiento, alguna empezaba a entonar el cántico de la Cuaresma: «Escucha, Cielo, y hablaré y cantaré…». Cantaban muy bien, de maravilla, y la vida era tan tranquila, y olía tan bien, la nieve tras la ventana… era como estar en un cuento…

Zhenia apoya el desgastado libro sobre su estómago, lanza el cigarrillo sobre la cabeza de Zoia y exclama burlona:

—Todas conocemos vuestra vida tranquila, arrojando bebés a las letrinas. El maligno merodeaba por vuestros lugares sagrados.

—¡Canto cuarenta! Llevaba cuarenta y seis, ¡he ganado! –exclama emocionada Manka «la Pequeña» dando una palmada–. Abro con tres.

Tamara, sonriendo ante las palabras de Zhenia, le responde con una sonrisa apenas visible, solo dos pequeñas hendiduras pícaras y ambiguas en las comisuras de los labios, como las de la Mona Lisa en el retrato de Leonardo Da Vinci:

—Inventan muchas cosas sobre las monjas, pero, bueno, aunque haya habido pecado…

—Si no hay pecado, no hay arrepentimiento –sentencia Zoia y se humedece los dedos con saliva–.

—Permaneces sentada, bordando, el oro de los hilos te hace chiribitas en los ojos, durante el oficio de la mañana estás tanto tiempo de pie que te duelen las piernas y la espalda; y, por la tarde, de nuevo el oficio. Tocas a la celda de la madre superiora, das la oración: «Por las oraciones de nuestros santos padres, Señor, ten piedad de nosotros». Y la superiora desde el fondo de su celda responde: «Amén».

Zhenia la contempla un minuto fijamente, menea la cabeza con desaprobación y le dice en tono importante y doctoral.

—Eres una chica extraña, Tamara. Te miro y no dejo de asombrarme. A ver, entiendo que esas tontas como Sonka anden buscando sus amoríos, por eso son tontas. Pero tú pareces curtida en mil batallas, lavada con piedra pómez, y aun así te permites tales tonterías; ¿para qué estás bordando esa camisa?

Tamara, sin apresurarse, ajusta la tela sobre la rodilla con un alfiler, alisa la costura con el dedal y dice ladeando ligeramente la cabeza sin levantar los ojos entornados:

—Algo hay que hacer, si no, me aburro. No juego a las cartas, no me gusta.

Zhenia sigue moviendo la cabeza con desaprobación.

—No, eres extraña, seguro, lo eres. Tú siempre ganas con los clientes más que cualquiera de nosotras; tonta, en vez de ahorrar, ¿en qué te lo gastas? Compras perfumes a siete rublos el frasco,

¿para qué los necesitas? Ahora te has comprado seda por quince rublos; ¿todo eso para tu Senka?

—Por supuesto, para Senka.

—Pues menudo tesoro que has encontrado. Un ladrón miserable. Viene al local como si fuera un caudillo. Raro es que no te pegue, a los ladrones les encanta hacerlo. Y seguro que también te está desplumando, ¿verdad?

—No le doy más de lo que me interesa darle –responde Tamara dócilmente y corta un hilo con los dientes–.

—Eso es precisamente lo que me sorprende. Con tu inteligencia y tu hermosura, yo haría perder la cabeza a un cliente y que me mantuviera, y tendría mis propios caballos y diamantes.

—Cada uno tiene sus gustos, Zhénechka. Tú también eres una chica dulce y encantadora, y además tienes un carácter independiente y valiente, pero aquí estamos las dos, atrapadas en casa de Anna Márkovna.

Zhenia se sonroja y responde con amarga sinceridad:

—¡Claro! Pero ¡tú siempre tienes suerte! Te tocan los mejores clientes y haces con ellos lo que te da la gana, a mí solo me tocan o viejos o niñatos. No tengo suerte. Algunos, más viejos que Matusalén; otros, unos mocosos, que son los que más odio. Llegan, asquerosos cobardes, temblando, con prisa hacen lo suyo y luego no saben ni dónde meter los ojos de vergüenza. Se les revuelve el alma del asco. ¡Les partiría la cara! Antes de soltar el rublo, lo tienen metido en el bolsillo, agarrado en el puño, caliente, sudado. ¡Niñatos! Su madre les da diez kopeks para pan y salchicha, y se lo gastan en una chica. Hace unos días tuve uno, un cadetillo, y yo, para fastidiarlo, le digo: «Toma, cariñito, unos caramelos para el camino; cuando vuelvas a la academia, los chupas». Primero se ofendió, pero luego los cogió. Después, me quedé a propósito observándolo desde la ventana del porche: en cuanto salió, se volvió a mirar, y enseguida se metió uno en la boca. ¡Qué cerdo!

—Bueno, con los viejos es todavía peor –dice con voz suave Manka «la Pequeña» echando a Zoia una mirada maliciosa–. ¿Tú qué opinas, Zoinka?

Zoia, que acababa de terminar de jugar y estaba a punto de

bostezar pero no pudo hacerlo, no sabía si reírse o enfadarse. Ella tiene un cliente habitual, un vejete acomodado, alto funcionario, de prácticas eróticas pervertidas, sus visitas son el hazmerreír de todo el local.

Zoia consigue por fin bostezar.

—¡Idos todas al diablo! –dice con la voz algo ronca por el bostezo–. ¡Maldito viejo, endiablado!

—Sin embargo, el peor de todos –continuó Zhenia–, peor que tu viejo, el director, Zoinka, peor que mi cadete, peor que todos ellos son vuestros amantes. ¿Qué alegrías os dan? Tu Senka llega borracho, se hace de rogar, se mofa, intenta dárselas de algo que no es, pero ni siquiera le sale. Decidme de verdad si no es un niñato, un borde, un sucio, siempre lleno de golpes y cicatrices, apestoso; lo único bueno que tiene es la camisa de seda que Tamarka le borda. Siempre insultando, el hijo de perra, con groserías y buscando pelea. ¡Uf! No –dice de repente cambiando a un tono alegre y provocador–, yo a quien amo de verdad, sin hipocresías, por los siglos de los siglos, es a mi Mániechka, Manka «la Blanquita», Manka «la Menudita», Manka «la Escandalosita».

Y de repente, abrazando a Mania por el pecho y los hombros, la atrajo hacia sí, la tiró sobre la cama y comenzó a besarle el pelo, los ojos y los labios larga y apasionadamente. Mania se liberó con dificultad, con el cabello rubio, fino y esponjoso revuelto, toda sonrojada por haberse resistido y con los ojos bajos, húmedos por la vergüenza y la risa.

—Para, Zhenia, déjame. Vamos, en serio… ¡Déjame!

Mania «la Pequeña» es la chica más dócil y tranquila de todo el establecimiento. Es buena, complaciente, nunca puede negarse a nadie y todos, sin querer, la tratan con gran ternura. Se sonroja por cualquier tontería y en esos momentos se vuelve especialmente atractiva, como solo les pasa a las chicas rubias de piel sensible y delicada. Sin embargo, le bastan tres o cuatro copitas de Bénédictine, un licor que le encanta, para volverse irreconocible; monta tales escándalos que siempre acaban con la intervención de las gobernantas, del portero y, a veces, hasta de la Policía. A ella no le cuesta lo más mínimo abofetear a algún cliente, tirarle un vaso de

vino a los ojos, volcar una lámpara o maldecir a la dueña. Zhenia la trata con una extraña y tierna protección, y una grosera adoración.

—¡Señoritas, a comer! ¡A comer, señoritas! –grita la gobernanta Zosia mientras corre por el pasillo. En su carrera, abre la puerta de la habitación de Mania y suelta apresurada–:

—¡A comer, a comer, señoritas!

Vuelven a la cocina, todavía en ropa interior, con pantuflas o descalzas y sin haberse lavado. Les sirven un delicioso *borshch*[5] con piel de cerdo y tomates, unas chuletas y postre: canutillos rellenos de nata. Pero ninguna tiene hambre debido a la vida sedentaria y al sueño irregular, y también porque la mayoría de las muchachas, como colegialas en un día festivo, habían enviado a alguien a la tienda a comprar nueces, pepinillos en vinagre, caramelos masticables, *lokum*[6] y *halva*[7], y todo eso les ha quitado el apetito. Solo Nina, una muchacha de pueblo, pequeña, de nariz respingona y voz gangosa, que hace solo dos meses fue seducida por un vendedor ambulante y vendida por este a un burdel, come por cuatro; todavía no ha perdido el apetito excesivo y voraz de una pueblerina.

Zhenia, que solo ha picoteado con asco la chuleta y se ha comido la mitad de un canutillo, le dice con tono de hipócrita compasión:

—Tú, Feklusha, podrías comerte también mi chuleta. Come, querida, come, no te dé vergüenza, necesitas engordar. ¿Sabéis, chicas? –se dirige a las otras–, nuestra Feklusha tiene la solitaria, y, cuando una persona tiene la solitaria, siempre come por dos: la mitad para ella, la mitad para el gusano.

Nina resopla enfadada y responde en un tono grave sorprendente para su estatura y voz nasal:

—Yo no tengo ningún gusano. Sois vosotras las que tenéis gusanos, por eso estáis tan flacas.

Y continúa comiendo impasible. Cuando se termina la comida, le entra sueño, como a una boa, eructa sonoramente, bebe agua, hipa y, si nadie la mira, se persigna discretamente la boca, como era su antigua costumbre en la aldea.

Pero ya en esos momentos resuena por los pasillos y habitaciones la voz clara de Zosia:

—¡A vestirse, señoritas, a vestirse! Basta de holgazanear. ¡Al trabajo!

Unos minutos después, por todas las habitaciones del establecimiento se huele a pelo chamuscado, a jabón de bórax y a colonia barata. Las chicas se arreglan para la noche.

IV

Ya había atardecido y la noche era cálida y oscura, aunque una espesa aurora carmesí se fue consumiendo lentamente aún hasta la medianoche. Simeón, el portero del establecimiento, encendió todas las lámparas de las paredes del salón y la araña, luego, el farol rojo del porche. Simeón era un hombre enjuto, encorvado, callado y severo, de hombros rectos y anchos, moreno, con la cara picada de viruela, y cejas y bigote con calvas raleadas por la enfermedad, de ojos negros apagados y mirada insolente. De día estaba libre y dormía, de noche se quedaba sentado en el vestíbulo bajo el reflector para quitar y poner los abrigos a los clientes, y estar preparado para cualquier disturbio.

Entró el pianista del local, un joven alto, de pelo rubio y aspecto delicado, con un albugo blanco en el ojo derecho. Mientras no había clientes, él e Isái Sávvich ensayaban bajito el *Pas d'Espagne* –un baile que comenzaba a ponerse de moda por entonces–. Por cada baile que pedían los clientes recibían treinta kopeks, si era uno ligero, y cincuenta kopeks por uno de cuadrillas. Sin embargo, de ese dinero, la dueña, Anna Márkovna, se quedaba con la mitad, y la otra mitad se la dividían ellos a partes iguales. De este modo, el pianista solo se llevaba una cuarta parte de las ganancias totales, lo que, por supuesto, era injusto, porque Isái Sávvich tocaba de forma autodidacta y tenía el oído de madera. El pianista tenía que enseñarle constantemente las nuevas melodías, corregir y disimular sus errores con acordes más fuertes. Las chicas contaban de él a los clientes, con cierto orgullo, que había estado en el conservatorio y había sido siempre el mejor alumno, pero que, como era judío y además había enfermado de los ojos, no pudo terminar el curso.

Todas ellas lo trataban con sumo cuidado y atención, con una especie de compasión algo empalagosa y lastimera, lo cual encaja a la perfección con las costumbres internas y ocultas de los burdeles, donde bajo la grosería exterior y el alarde de palabras obscenas habita una sentimentalidad tan dulzona e histérica como la que se encuentra en los internados femeninos y, según dicen, en presidios de trabajos forzados.

Todas estaban ya vestidas y preparadas para recibir a los clientes en la casa de Anna Márkovna y se consumían en la inactividad y la espera. A pesar de que la mayoría de las mujeres sentía hacia los hombres, con excepción de sus amantes, una indiferencia absoluta e incluso cierto asco, antes de cada velada sus almas se agitaban y revivían vagas esperanzas; no sabían quién las elegiría, podría ocurrir algo extraordinario, divertido o fascinante, que un cliente las sorprendiera con su generosidad, ¿y si ocurriese algún milagro que les cambiara la vida? Esos presentimientos y esperanzas eran algo parecido a la excitación que siente un jugador experimentado cuando cuenta el dinero que tiene antes de ir al club. Y, pese a la insensibilidad sexual, ninguna de ellas había perdido lo más esencial: el instintivo deseo femenino de gustar.

Es cierto que a veces llegaban al local personajes insólitos y ocurrían cosas confusas y excitantes. De repente aparecía la Policía con inspectores de incógnito y arrestaban a algunos de los caballeros de aspecto decente e inmaculado llevándoselos a empujones por el cuello. A veces estallaban peleas entre algún grupo de hombres borrachos y los porteros de todos los establecimientos, que habían acudido en ayuda de su colega, peleas en las que se rompían los cristales de las ventanas, las cubiertas de los pianos, en las que partían las patas de las sillas de felpa y las usaban como armas; la sangre llenaba el parqué del vestíbulo y los peldaños de las escaleras, y la gente, con los costados pinchados y descalabrada, caía al barro junto a la entrada para el deleite ávido y salvaje de Zhenia, que con los ojos ardientes y risa de felicidad se metía en medio de la trifulca dándose palmadas en los muslos, insultando y azuzando, mientras sus amigas chillaban de miedo escondidas bajo las camas.

De vez en cuando llegada una jauría de gorrones acompañando a algún cajero o administrador de cooperativa que se había pasado de la raya con un desfalco de muchos miles, había abusado de las cartas y las juergas, y ahora, antes de suicidarse o de sentarse en el banquillo de los acusados, despilfarraba sus últimos billetes en un delirio desenfrenado, etílico y patético. Entonces cerraban las puertas y ventanas de la casa a cal y canto, y durante dos días se desataba una orgía puramente rusa de pesadilla, tediosa y salvaje, de gritos, llantos y vejaciones de los cuerpos de las mujeres. Montaban dos noches paradisiacas en las cuales los cuerpos flácidos de hombres borrachos, en cueros, patizambos, peludos, barrigones, se contorsionaban al son de la música junto a los de mujeres flácidas, amarillentas e hinchadas; orgías en las que bebían y engullían como cerdos en las camas, en el suelo, en medio de una atmósfera sofocante, alcoholizada, apestosa por el aliento y las emanaciones de cuerpos sucios.

En raras ocasiones aparecía por el establecimiento un forzudo de circo que producía una impresión extrañamente desproporcionada en las habitaciones de techos bajos, como la de un caballo metido en un cuarto; o un chino con su chaqueta azul, medias blancas y la trenza larga; o un negro de algún *café-chantant*[8] con esmoquin, pantalones a cuadros, una flor en el ojal y la ropa interior almidonada que, para asombro de las chicas, no solo no se ensuciaba con la piel negra, sino que parecía aún más deslumbrantemente blanca. Estos singulares clientes agitaban la imaginación hastiada de las prostitutas, excitaban su agotada sensualidad y su curiosidad profesional, y todas ellas, casi enamoradas, los seguían de cerca, llenas de celos y lanzándose pullas unas a otras.

Un día entró al salón Simeón acompañando a un anciano vestido como un pequeño burgués, no había nada de especial en él: rostro enjuto y severo, pómulos huesudos que sobresalían agresivos como nudos, frente estrecha, barba puntiaguda, cejas espesas y un ojo visiblemente más alto que el otro. Al entrar, se llevó los dedos a la frente en forma de cruz, pero, tras recorrer las esquinas y no encontrar icono alguno[9], bajó la mano sin avergonzarse, escupió y

seguidamente, como si tuviera prisa, se acercó a la chica más gorda del local, Katka.

—¡Vamos! –ordenó sin más, señalando hacia la puerta con un movimiento de la cabeza–.

Mientras el hombre no estaba, Simeón, el sabelotodo, tuvo tiempo de contarle en secreto e incluso con tono orgulloso a Niura, su amante de entonces, lo que ella luego susurró con horror y los ojos como platos a sus amigas en secreto: que el apellido del burgués era Dyádchenko y que el otoño pasado, en ausencia del verdugo, se ofreció voluntariamente para llevar a cabo la ejecución de once rebeldes y en dos mañanas los ahorcó a todos con sus propias manos. Y por monstruoso que parezca, no hubo en ese momento ni una de las chicas que no envidiara a la gorda Katka y no experimentara una escalofriante y morbosa curiosidad. Cuando Dyádchenko salió, a la media hora, con su rostro serio y severo, todas las chicas, boquiabiertas y sin decir palabra, lo acompañaron hasta la puerta, lo siguieron con la mirada a través de la ventana y luego corrieron al cuarto de Katka, que se estaba vistiendo, y la avasallaron a preguntas mientras observaban con una nueva sensación, casi con admiración, sus manos desnudas, rojas y regordetas, la cama todavía deshecha y el billete de un rublo viejo y grasiento que ella les mostraba sacándoselo de una de las medias. Katka no les pudo contar nada: «Un hombre como otro cualquiera, como todos los hombres», dijo con una tranquila ignorancia. Pero, cuando se enteró de quién había sido su cliente, rompió a llorar sin saber ella misma por qué. Aquel hombre, el más paria de los parias, que había caído tan bajo como solo se puede caer en la imaginación de una persona, convirtiéndose en verdugo voluntariamente, la trató sin brutalidad, pero con tal falta de afecto –ni el más mínimo atisbo–, con tal desdén e indiferencia como no se trata a ninguna persona, ni a un perro o a un caballo, ni siquiera a un paraguas, un abrigo o un sombrero, sino a una cosa sucia de la que se siente momentáneamente una necesidad imperiosa, pero que una vez satisfecha se vuelve ajena, inútil y asquerosa. La gorda Katka no podía captar el verdadero horror de esa idea con su cerebro de pavo cebado, y por eso lloraba según le parecía, sin motivo ni sentido

alguno.

Había también otros incidentes que agitaban la vida turbia y sucia de aquellas pobres mujeres enfermas, ignorantes y desgraciadas. Había casos de celos salvajes e incontrolables, con disparos de revólver y envenenamientos; a veces, muy raras veces, florecía en ese estercolero un amor ardiente y puro, a veces las mujeres con ayuda de sus amantes abandonaban el establecimiento, pero casi siempre regresaban. En dos o tres ocasiones sucedió que una mujer del prostíbulo se quedaba embarazada, y en apariencia siempre era motivo de risa y vergüenza, pero en el fondo aquello era conmovedor.

Fuera como fuera, cada noche traía consigo una expectativa de aventura tan irritante, tensa y embriagadora que cualquier otra vida, comparada con la del burdel, les parecía insípida y aburrida a aquellas mujeres perezosas y sin voluntad.

V

Las ventanas están abiertas de par en par y las cortinas de tul se mecen suavemente en una oscuridad fragante al compás del imperceptible movimiento del aire. Desde el pequeño y raquítico jardín que hay delante de la casa huele a hierba cubierta de rocío, a lilas y a las hojas de abedul marchitas de los tres arbolitos de la entrada. Liuba, con un suéter de terciopelo de gran escote, y Niura, vestida de bebé con un amplio saco rosa hasta las rodillas, el pelo rubio suelto y los rizos sobre la frente, están tumbadas abrazadas sobre el alféizar de una ventana y cantan en voz baja una canción sobre un hospital, muy popular entre las prostitutas. Niura lleva la voz principal en un tono agudo y nasal, Liuba la secunda con el suyo, algo más grave:

Se acerca el lunes,
debo salir del hospital,
pero el doctor Krásov no me dejará…

Las ventanas de todos los locales están abiertas y brillantemente iluminadas, y en los porches cuelgan encendidos los farolillos. Las dos chicas pueden ver claramente el interior del salón de enfrente, el local de Sofía Vasílevna: el parqué amarillo, las cortinas que cubren las puertas de un tono cereza intenso recogidas con cordones, el ángulo trasero de un piano negro, un tocador enmarcado en dorado, figuras femeninas con vestidos de tul que aparecen y desaparecen en las ventanas, y sus reflejos en los espejos. El porche tallado de Tréppel, a la derecha, está iluminado por un gran globo mate que da una intensa luz azulada eléctrica.

La tarde es tranquila y cálida. En algún lugar a lo lejos, muy a lo lejos, más allá de la línea del ferrocarril, tras algunos tejados negros y los finos troncos oscuros de los árboles, más abajo, sobre la oscura tierra, donde los ojos ya no alcanzan a ver, pero se adivina claramente el poderoso tono verde de la primavera, resplandece con un dorado escarlata, penetrando entre una neblina grisácea la última franja fina y alargada del crepúsculo tardío. Y en esa difusa y lejana luz, en el aire suave, entre los olores de la noche que se avecina, hay una melancolía misteriosa, embriagadora, consciente, de esas que se siente tan tierna en las tardes entre primavera y verano. Flotaba en el aire el vago murmullo de la ciudad; se oía la melodía sonora y letárgica de un acordeón; el mugido de las vacas; el seco arrastrar de unas suelas y el golpeteo sonoro de un bastón con punta de hierro sobre las baldosas de una acera; el retumbar perezoso e irregular de las ruedas de un carruaje a su paso por Yama, y los silbatos de las locomotoras a vapor por la vía del ferrocarril, señalada con lucecitas verdes y rojas, que sonaban melódicos y cautelosos. Todos esos sonidos se entrelazaban en una preciosa y agradable armonía con el sopor y el recogimiento del atardecer.

Aquí vie-ene la enfermerita,
un panecillo con azúcar trae…
un panecillo con azúcar trae.
Los reparte a *to-os* por igual.

—¡Prójor Iványovich! –le grita de repente Niura al mozo del pelo rizado de la cervecería de enfrente, cuya silueta ligera y oscura cruza corriendo la calle–. ¡Eh, Prójor Iványovich!

—¡Qué pesadas ya! –gruñe aquel con la voz ronca–. Y ahora, ¿qué?

—Un colega suyo le manda saludos. Lo he visto hoy.

—¿Qué colega es ese?

—Uno guapete. Un moreno la mar de simpático… No, pero mejor pregúnteme dónde lo he visto.

—Vale, ¿dónde? –Prójor Iványovich se detiene por un instante–.

—Pues aquí, en un clavo de la esquina de la balda que rechina, donde duerme la gallina.

—¡Bah! Eres tonta de remate.

Niura suelta una carcajada que retumba por toda Yama y se deja caer sobre el alféizar pataleando en el suelo con las piernas enfundadas en unas medias negras hasta los muslos. Luego deja de reír y de repente abre los ojos como platos, atónitos, y dice en voz baja:

—¿Sabes?, chica, el Prójor este hace dos años acuchilló a una mujer. Te lo juro por Dios.

—Pero… ¿la mató?

—No, no la mató. Se salvó –dice Niura casi con lástima–, pero estuvo dos meses ingresada en el Aleksándrovski. Los médicos decían que, si hubiera sido justo esta pizca más arriba –haciendo un gesto con el dedo–, habría muerto, *¡kaput!*

—¿Y por qué la acuchilló?

—Yo qué sé. Puede que le escondiera dinero o lo engañara. Era su amante. Un chulo.

—¿Y qué le pasó a él por eso?

—Pues nada. No había pruebas. Fue durante una reyerta, como cien personas en una pelea. Ella también fue interrogada y declaró a la Policía que no sospechaba de nadie. Pero después el mismo Prójor se jactaba: «Esta vez», decía, «no he degollado a Dunka, pero la próxima sí que lo haré. La remato, no se me escapará», decía. «Será su final».

A Liuba se le erizó toda la espalda.

—Son de armas tomar esos chulos –susurró con terror en la voz–.

—¡Ni te imaginas hasta dónde pueden llegar sus arrebatos! Ya sabes que andaba yo en amoríos con nuestro Simeón todo un año. Es un monstruo. ¡Qué cabrón! Ni un solo hueco sano tenía en el cuerpo, siempre llena de moratones. Y no es que fuera por algún motivo, era solo por gusto. Por la mañana me metía en la habitación y, venga, a torturarme. Me retorcía los brazos, me pellizcaba los pechos y empezaba a apretarme el cuello estrangulándome. Y a veces me besaba y me besaba mordiéndome los labios tanto que hasta salpicaba la sangre. Yo me ponía a llorar y eso era lo que él quería. Entonces se me echaba encima como una bestia, incluso temblaba. Además, me quitaba todo el dinero, todo, hasta el último kópek; no me dejaba ni para cigarrillos. Es que Simeón es de verdad un rácano, guarda todo el dinero y lo mete en una libreta de ahorros. Dice que, cuando junte mil rublos, se va a un monasterio a meterse a monje.

—¿En serio?

—Te lo juro por Dios. Si ves su habitación, llena de iconos iluminados con lámparas de altar, día y noche, las veinticuatro horas. Es muy devoto… pero yo creo que lo es por los graves pecados que ha cometido. Es un asesino.

—Venga, ¿qué dices?

—Que le den, olvídalo, Liúbochka. Venga, sigamos –y Niura entona con vocecita aguda–:

> Iré a la *farmasia, er* veneno compraré,
> yo *mehma* me envenenaré.

Zhenia camina de un lado a otro del salón con las manos en la cintura, contoneándose y mirándose en todos los espejos. Lleva puesto un vestido corto de satén naranja y la falda, con pliegues rectos y profundos, se balancea de un lado a otro al son de sus caderas. Manka «la Pequeña» es una gran apasionada de los juegos de cartas, estaría jugando sin descanso de la noche a la mañana, está echando una partida al *sesenta y seis* con Pasha; para jugar más cómodas, han puesto entre ellas una silla vacía de la que cogen

las cartas, y ambas dejan sus bazas en las faldas extendidas, entre las rodillas. Manka lleva un vestido muy sencillo con un mandil negro y un babero plisado negro también. El atuendo le va muy bien a su delicada cabecita rubia y a su pequeña estatura, la rejuvenece y le hace parecer una colegiala de penúltimo curso de instituto.

Su compañera de juego, Pasha, es una chica muy extraña e infeliz. Hace tiempo que debería estar en un psiquiátrico, y no en un burdel, por un trastorno nervioso que le hace entregarse a cualquier hombre de manera frenética, con un ansia enfermiza, incluso al más repulsivo que la elija. Sus amigas, las otras chicas, se ríen de ella y la desprecian un poco por ese vicio, como si fuera una traición a su hostilidad colectiva hacia los hombres. Niura la imitaba muy bien, repitiendo los suspiros, gemidos, gritos y palabras apasionadas que no podía contener en los momentos de éxtasis y que se oían a través de los tabiques dos o tres habitaciones más allá. Corría el rumor de que Pasha no había llegado al prostíbulo porque fuera seducida, por un engaño o por necesidad, sino que entró por su propio pie siguiendo su terrible e insaciable instinto. Sin embargo, la dueña de la casa y las gobernantas la miman de todas las maneras posibles y alientan su malsana debilidad, ya que gracias a ella Pasha está muy solicitada y gana cuatro o cinco veces más que cualquiera de las otras chicas; gana tanto que en los días festivos, de más movimiento, no la sacan al salón para que atienda a los clientes «más grises», y, si alguno la pide, le ponen la excusa de que Pasha está enferma, pues los habituales, buenos clientes, se ofenden si su chica preferida está ocupada con otro. Y los habituales de Pasha son una inmensidad, muchos sienten verdadero amor, aunque de una forma salvaje, incluso hace poco dos de ellos, casi al mismo tiempo, le propusieron mantenerla: un georgiano, empleado de una tienda de vinos de Kajetia[10], y otro, un agente ferroviario, noble de cuna, arruinado pero muy orgulloso, alto, con un ojo postizo cubierto con un parche negro sujeto con una cinta elástica y puños de felpa. Pasha, pasiva en todo salvo en su impersonal lujuria, se habría ido con cualquiera que le hubiera hecho la proposición, pero la administración de la casa protege sus intereses con sumo cuidado. El delirio inminente se deja ver ya en su bello rostro: en los ojos

entreabiertos que reflejan una sonrisa perenne un tanto embriagada de beata sumisa, tímida y lasciva; en los labios lánguidos y húmedos que lame constantemente, y en su risa floja, una risa breve, de tonta. Sin embargo, esta verdadera víctima del temperamento social en el trato diario es bondadosa, complaciente, absolutamente desinteresada, y se avergüenza profundamente de su excesiva fogosidad. Es cariñosa con sus amigas, adora besarlas y abrazarlas, dormir con ellas en la misma cama; pero parece que, a todas, esto les produce una cierta repulsión.

—Mániechka, alma mía, cariñito –dice Pasha con dulzura acariciándole la mano a Mania–, échame las cartas, mi tesoro.

—¡Jo-o…! –dice Mania poniendo morritos como una niña–. Vamos a jugar un poco más.

—Mániechka, bonita, preciosa mía, tesorito, querida, adorada…

Mania accede y extiende la baraja sobre sus rodillas.

—Te sale la casa y un amor, también veo algo de dinero y una cita, con este rey de tréboles importante.

Pasha aplaude con alegría:

—¡Ay, ese será mi Levánchik! Claro, me prometió que vendría hoy. Seguro, es Levánchik.

—¿Ese es tu georgiano?

—Sí, sí, mi georgianito. Oh, es tan adorable. Si por mí fuera, nunca lo dejaría escapar. ¿Sabes qué me dijo, con su acento, la última vez? «Si tú sigues vivir en la casa pública, pues yo te haré a ti la muerte y a mí haré la muerte también». Y me miró así, con los ojos centelleantes.

Zhenia, que se había detenido cerca, escuchó sus palabras y preguntó con arrogancia:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pues, mi georgianito, Lebán. A ti muerte y a mí muerte.

—Tonta. No es un georgianito, es solo armenio. Estás loca de remate, idiota.

—Que no, es georgiano. Y es bastante raro por tu parte…

—Te digo que es solo armenio. Lo sé mejor que tú. ¡Tonta!

—¿Por qué me insultas, Zhenia? Yo no te he insultado primero.

—Solo faltaba eso, que me insultes tú primero. ¡Tonta! ¿Y a ti qué

más te da quién sea? ¿Estás enamorada de él acaso?

—Pues sí que lo estoy.

—Entonces más tonta aún. ¿Y también lo estás del de la escarapela, el tuerto?

—¿Y qué? Lo respeto mucho. Es un hombre bien serio.

—¿Y de Kolka «el Contable»? ¿Y del contratista? ¿Y de Antoshka «el Patatita»? ¿Y del actor gordo? ¡Uf, sinvergüenza! –grita de repente Zhenia–. No puedo mirarte sin sentir asco. ¡Eres una zorra! Si yo fuera tan penosa como tú, me habría quitado la vida, me habría ahorcado con el cordel del corsé. ¡Eres una asquerosa!

Pasha guarda silencio y entorna los ojos llenos de lágrimas. Mania intenta salir en su defensa.

—¿Qué pasa contigo, Zhénechka? ¿Por qué le hablas así?

—¡Bah, sois todas iguales! –le corta bruscamente Zhenia–. No tenéis ni pizca de amor propio… cualquier patán que viene te compra como un trozo de carne, te alquila igual que a un cochero por una tarifa fija para una hora de amor… ¡y os derretís! ¡Ay, mi amorcito! ¡Mi pasión celestial…! ¡Puf!

Se vuelve dándoles la espalda encolerizada y continúa su paseo en diagonal por el salón contoneándose con las manos en la cintura y entornando los ojos para mirarse en cada espejo.

Mientras tanto, Isaac Davídovich, el pianista del salón, sigue discutiendo con el testarudo violinista.

—Así no, no es así, Isái Sávvich. Deje el violín un momento. Escúcheme cómo lo hago. Esta es la pieza.

Comienza a tocar el piano con un solo dedo y a cantar con una voz horrenda y aborregada, típica de los que alguna vez se prepararon para maestro de banda de música:

—Es-tam, es-tam, es-tiam-tiam. Bueno, ahora repita conmigo, el primer compás desde el principio…Vamos… *Ein, zwei…*

Su ensayo es observado con atención: Zoia, de ojos grises, cara redonda y cejas carnosas que se ha embadurnado sin reparo de polvos blancos y colorete barato, está acodada en el piano; y, junto a ella, Vera, algo raquítica, con la cara demacrada, vestida de *jockey* con un gorrito redondo de visera larga, chaquetilla de seda a rayas azules y blancas, pantalones de montar blancos ajustados y botas de

charol con solapas amarillas. Vera parece realmente una *jockey,* tiene la cara fina, los ojos azules muy brillantes, aunque demasiado juntos, sobre una naricilla aguileña, tensa y muy bonita, y un atrevido mechón le cae sobre la frente.

Cuando por fin, tras muchos esfuerzos, los músicos se coordinan, Vera, la bajita, se acerca a la grandota Zoia con pasos cortos y constreñidos, sacando el trasero y con los codos separados del cuerpo, caminando como solo lo hacen las mujeres cuando visten ropa de hombre; y, llevando los brazos abiertos hacia abajo, le hace una graciosa reverencia masculina. Las dos echan a correr por el salón con gran entusiasmo.

La vivaracha Niura, que es la primera en dar todas las noticias, de repente salta del alféizar y grita atragantándose de la excitación y la prisa:

—Se han parado en Tréppel… es un *lijach*[11]… ¡Lleva luz eléctrica!… ¡Ay, chicas… me muero aquí mismo! ¡Lleva electricidad en las varas!

Todas las chicas, excepto la orgullosa Zhenia, se asoman por las ventanas. En efecto, ante el porche de Tréppel se ha detenido un *lijach.* Su carruaje nuevo y elegante reluce recién lacado, en el extremo de las varas brillan dos diminutas lamparitas eléctricas de luz amarilla, un enorme caballo blanco con una mancha rosácea y pelada en el hocico sacude impaciente su hermosa cabeza, menea las patas sin moverse del sitio y agita las finas orejas; el cochero, barbudo y gordo, está sentado cual escultura en el pescante, con los brazos extendidos sobre las rodillas.

—Ay, cómo me gustaría dar un paseo –grita Niura–. ¡Cocherito, eh, cocherito! –vocifera dejándose caer desde el alféizar–. Lleve a dar una vueltecita a esta pobre muchachita… Lléveme por amor…

Pero el *lijach* se ríe, hace un gesto apenas visible con los dedos e inmediatamente el caballo blanco, como si fuera justo la señal que estaba esperando, arranca con gracia, a buen trote, gira elegante y se aleja con paso medido, desapareciendo junto con la calesa y la ancha espalda del cochero en la oscuridad.

—¡Puf! ¡Qué indecencia! –se oye en la habitación la voz indignada de Emma Eduárdovna–. ¿Dónde se ha visto que señoritas decentes

se asomen por las ventanas gritándole a toda la calle? ¡Qué escándalo! Y siempre Niura, siempre la terrible Niura.

La gobernanta tiene un aspecto majestuoso con su vestido negro, el rostro amarillento y flácido, unas oscuras ojeras bordeándole los ojos y la papada de tres pliegues colgandera y temblorosa. Las muchachas, como colegialas de un internado castigadas, se sientan prudentemente en las sillas dispuestas a lo largo de las paredes, todas excepto Zhenia, que sigue contemplándose en todos los espejos. Dos cocheros más llegan a la casa de enfrente, el local de Sofía Vasílevna. Yama empieza a cobrar vida. Por fin, otro carruaje retumba sobre el empedrado y su resonar se detiene de golpe frente al porche de Anna Márkovna.

El portero Simeón ayuda a alguien a quitarse el abrigo en el vestíbulo. Zhenia se acerca hacia la puerta y mira agarrándose a los marcos con ambas manos, pero enseguida se vuelve, encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza en señal de negación.

—No sé, es un desconocido –dice en voz baja–. Nunca ha venido por aquí. Un tipo, así como un papá, gordo, con gafas doradas y con uniforme.

Emma Eduárdovna ordena con una voz que suena como una trompeta de caballería llamando a filas:

—¡Señoritas, al salón! ¡Al salón, señoritas!

Una tras otra, con andares altivos, salen al salón: Tamara, con los brazos blancos y desnudos, y el cuello descubierto, rodeado por un hilo de perlas falsas; la gorda Katka, de rostro cuadrado, rechoncho, y frente baja –también ella luce escote, pero su piel es roja y con granitos–; la recién llegada Nina, chata y torpe, con un vestido de color verde loro; otra Manka, Manka «la Grande» o Manka «la Cocodrilo», como la llaman, y, por último, Sonka «el Timón», judía, con un rostro moreno y poco agraciado, y una nariz desmesuradamente grande, por la cual recibió su apodo, pero con unos ojos tan hermosos, grandes, a la vez mansos y tristes, ardientes y húmedos, como solo se encuentran, en todo el planeta, entre las mujeres judías.

VI

El cliente, un hombre mayor con el uniforme de una institución benéfica, entra en el salón con un caminar lento e inseguro, inclinando el cuerpo hacia delante a cada paso y frotándose las manos con movimientos circulares como si estuviera lavándoselas. Las mujeres guardaban un silencio solemne, como si no lo vieran, así que cruza el salón y se deja caer en la silla al lado de Liuba, la cual, de acuerdo con la etiqueta, se recoge un poco la falda y mantiene la compostura distraída e indiferente de una señorita bien.

—Buenas tardes, señorita –dijo él–.

—Buenas tardes –respondió Liuba un poco seca–.

—¿Qué tal está?

—Gracias, bien. Invíteme a fumar.

—Disculpe, no soy fumador.

—¡Vaya! Un hombre que resulta que no fuma. Bueno, pues invíteme al menos a un Lafite con limonada. Me vuelve loca el Lafite con limonada.

El hombre guardó silencio.

—¡Uh, qué tacaño, papi! ¿Dónde trabaja usted? ¿Es funcionario?

—No, soy maestro. Enseño alemán.

—Pues yo lo he visto en alguna parte, papito. Su cara me suena. ¿Dónde nos hemos encontrado?

—Pues no sabría decirle, de verdad. Tal vez en la calle.

—Sí, puede ser, en la calle… al menos podría invitarme a una naranja. ¿Puedo pedirle una naranja?

Volvió a quedarse callado y miró a su alrededor. La cara le brillaba y los granos de la frente se le habían puesto rojos. Evaluaba lentamente a todas las mujeres, para escoger, según su parecer, a la más adecuada, y, al mismo tiempo, se sentía cohibido por guardar silencio. Pero no había absolutamente nada de qué hablar; además, la insistencia indiferente de Liuba empezaba a irritarlo. Le gustó el cuerpo de vaca gorda de Katia, «Pero puede que», pensó para sus adentros, «sea fría en el amor, como todas las mujeres gordas, y, además, no es guapa». También lo excitaba Vera, con su aspecto de muchacho y sus fuertes muslos ceñidos por el maillot blanco; y «la

Blanquita» Manka, tan parecida a una inocente colegiala; y Zhenia, con su rostro enérgico, moreno y hermoso. Se detuvo por un momento, decidido por Zhenia, pero se estremeció en la silla y no se atrevió: su aire desenvuelto, inaccesible y altivo, y que sinceramente no le prestaba la menor atención, le hizo suponer que ella era la más mimada de todas las muchachas del establecimiento, acostumbrada a que los visitantes gastasen con ella más que con las demás. Y el profesor era un hombre calculador, abrumado por una familia numerosa y con una esposa exhausta y deteriorada física y emocionalmente por sus exigencias conyugales, que sufría de numerosas dolencias femeninas. Daba clases en un colegio femenino y en un instituto, y vivía constantemente en una especie de secreto delirio lujurioso, y solo la disciplina alemana, la tacañería y la cobardía le ayudaban a mantener a raya su perpetua excitación sexual. Pero unas dos o tres veces al año, con enormes privaciones, lograba apartar de su mísero presupuesto cinco o diez rublos, privándose de su querida jarra de cerveza nocturna y ahorrándose los trayectos en el tranvía de sangre, lo cual lo obligaba a hacer larguísimos recorridos a pie por la ciudad. Ese dinero lo apartaba para mujeres y lo gastaba despacio, con deleite, procurando prolongar y abaratar el placer al máximo. Y a cambio de su dinero esperaba demasiado, casi lo imposible: para satisfacer su alma de alemán sentimental anhelaba vagamente la inocencia, la timidez y la poesía de la figura de una Gretchen[12] de cabellos rubios; pero, como hombre, soñaba, quería y exigía que sus caricias llevaran a la mujer a estremecerse, a sucumbir y a un dulce desfallecer.

Por otra parte, todos los hombres –incluso los más enclenques, feos, encorvados e impotentes– buscaban eso mismo; y la experiencia de años había enseñado a las mujeres, desde hacía ya mucho tiempo, a imitar con la voz y los movimientos la pasión más ardiente, manteniendo en los momentos de mayor agitación la más absoluta sangre fría.

—Por lo menos, pida a los músicos que toquen una polca. Que las señoritas bailen –pidió Liuba contrariada–.

Esto le venía de perlas. Con música, entre el ajetreo del baile, resultaba mucho más fácil decidirse a levantarse y sacar de la sala a

alguna de las chicas; la tensión del silencio y la inmovilidad lo paralizaban.

—¿Y cuánto cuesta eso? –preguntó con cautela–.

—Medio rublo un baile de cuadrilla y los otros, treinta kopeks. ¿Le parece bien?

—Pues… claro… por supuesto… No me duele… –aceptó, fingiendo generosidad–. ¿A quién se lo digo?

—Pues ahí, a los músicos.

—Entonces… por darle a usted gusto… Señor músico, por favor, algún baile ligero –dijo, dejando una moneda de las de plata sobre el piano–.

—¿Cuál desea usted? –preguntó Isái Sávvich, haciendo desaparecer el dinero en su bolsillo–. ¿Un vals, una polca, una polca-mazurca?

—Bueno… algo así…

—¡Un vals, un vals! –gritó desde su asiento Vera, gran amante del baile–.

—¡No, polca!… ¡vals!… ¡húngara!… ¡vals! –pidieron las demás–.

—Que toquen una polca –decidió Liuba con tono caprichoso–. Isái Sávvich, toque, por favor, una polquita. Este es mi maridito y la pide para mí –añadió abrazando por el cuello al maestro–. ¿Verdad, papi?

Pero él, hundiendo el cuello entre los hombros como una tortuga, se desprendió del brazo de la muchacha, y ella, sin ofenderse lo más mínimo, se fue a bailar con Niura. Tres parejas más daban giros por la sala. Siguiendo las exigencias de una de las normas de buena conducta del establecimiento, todas las chicas se afanaban por bailar con el talle erguido y la cabeza inmóvil, con total indiferencia en los rostros. Entre el bullicio, el maestro se acercó a Manka «la Pequeña».

—¿Vamos? –le dijo él ofreciéndole el brazo–.

—Vamos –contestó ella riéndose–.

Lo llevó a su cuarto, arreglado con toda la coquetería propia del dormitorio de los prostíbulos de segunda clase: una cómoda cubierta con un tapete de ganchillo, con su espejo, un ramillete de flores de papel, algunas bomboneras vacías, una polvera, una fotografía descolorida de un joven rubio con cara de orgullo y asombro, y

varias tarjetas de visita; en la pared, encima de la cama cubierta con una colcha rosa de piqué, colgaba una alfombra con la imagen de un sultán turco reclinado entre su harén fumando en narguilé; en el resto de las paredes había algunas fotografías más de hombres engalanados con apariencia de actoruchos y lacayos; en el techo, una lámpara rosa colgando de unas cadenitas; una mesa redonda cubierta con un grueso mantel y tres sillas vienesas, y, en un rincón detrás de la cama, una palangana y una jarra –ambas del mismo material esmaltado– sobre un taburete.

—Cariñito, invítame a un Lafite con limonada –pidió Manka «la Pequeña» acatando las costumbres de la casa mientras se desataba el corsé–.

—Después –respondió el maestro con severidad–, todo dependerá de ti. Además, a saber… ¿qué tipo de Lafite podéis tener aquí? Alguna porquería, seguro.

—Tenemos buen Lafite –respondió la muchacha ofendida–, a dos rublos la botella. Pero, si eres tan tacaño, compra por lo menos cerveza. ¿Vale?

—Bueno, cerveza, sí.

—Y para mí limonada y unas naranjas. ¿Sí?

—Una limonada, sí; naranjas, no. Después puede que hasta te invite a champaña, todo dependerá de ti. Si te esmeras.

—Entonces, papito, ¿pido cuatro botellas de cerveza y dos de limonada? ¿Sí? ¿Y aunque sea una chocolatina para mí? ¿Vale? ¿Sí?

—Dos botellas de cerveza, una botella de limonada y nada más. No me gusta que me regateen. Si es necesario ya lo pido yo.

—¿Y puedo invitar a una amiga?

—No, ni hablar, nada de amigas.

Manka se asomó al pasillo y gritó con voz clara:

—¡Gobernantita! Dos botellas de cerveza y una de limonada para mí.

Llegó Simeón con la bandeja y abrió las botellas con su destreza habitual. Tras él apareció en el cuarto la gobernanta, Zosia.

—Bueno, ¡qué a gusto están aquí! ¡Parecen un matrimonio! Los felicito.

—Papi, invita a la gobernantita a cerveza –pidió Manka–. Tome,

gobernantita, sírvase.

—Bueno, en ese caso, a su salud, caballero. ¿Sabe que su rostro me resulta familiar?

El alemán bebía de la cerveza saboreando la espuma y lamiéndose el bigote, y esperaba impaciente que la gobernanta se marchase. Pero ella, tras dejar el vaso y dar las gracias, dijo:

—Permítame, caballero, cobrarle. Lo que corresponde por la cerveza y por el tiempo. Es mejor para usted y más cómodo para nosotras.

Aquella petición desagradó al profesor, pues destruía por completo la parte sentimental de su propósito. Enfadado dijo:

—¡Pero bueno! ¿Qué clase de grosería es esta? No parece más que vaya a escaparme de aquí corriendo. Además, ¿acaso no saben reconocer a las personas? Sepa usted que un servidor es un hombre decente, con uniforme, y no un vagabundo cualquiera. ¡Qué impertinencia!

La gobernanta cedió un poco.

—No se me ofenda, señor. Por supuesto, por la visita usted mismo se lo dará a la señorita. Estoy segura de que no la dejará sin lo suyo; es una buena muchacha. Pero por la cerveza y la limonada sí le ruego que pague. Yo también tengo que rendir cuentas a la dueña. Dos botellas de cerveza, a cincuenta cada una, un rublo; y la limonada, treinta… un rublo con treinta en total.

—¡Dios mío, una botella de cerveza a cincuenta kopeks! –protestó el alemán–. Si en cualquier cervecería la consigo por doce.

—Bueno, vaya usted a una cervecería si es más barata allí –se ofendió Zosia–. Pero si viene usted a un establecimiento decente, aquí el precio oficial es medio rublo. No cobramos ni un kópek de más… Así, con esto está bien. ¿Sus veinte kopeks de cambio?

—Sí, mi cambio sin falta –subrayó con firmeza el maestro–. Y le ruego que no entre nadie más.

—No, no, no, ¡por favor! –se apresuró a decir Zosia junto a la puerta–. Acomódese a sus anchas, como le plazca. Que disfrute.

Manka cerró la puerta con el pestillo, se sentó en una rodilla del alemán y le pasó uno de los brazos desnudos por el cuello.

—¿Hace mucho que estás aquí? –preguntó él, sorbiendo la

cerveza. Sentía vagamente que esa imitación del amor que estaba a punto de producirse requería cierto acercamiento, una intimidad más personal. Por eso, a pesar de su impaciencia, inició la conversación habitual que casi todos los hombres mantienen en privado con las prostitutas y que las lleva a mentir de forma casi mecánica, sin pena, sin entusiasmo ni enfado, siguiendo un viejo y desgastado guion–.

—Hace poco, apenas tres meses.

—¿Y cuántos años tienes?

—Dieciséis –mintió Manka «la Pequeña», quitándose cinco años–.

—¡Oh, tan jovencita! –se sorprendió el alemán, que se levantó y se inclinó resoplando mientras se quitaba las botas–. ¿Y cómo acabaste aquí?

—Pues un oficial me quitó la virginidad allá… en mi tierra. Y mi mamá es terriblemente estricta. Si se hubiera enterado, me habría estrangulado con sus propias manos. Así que me escapé de casa y entré a trabajar aquí…

—¿Y a ese oficial lo amabas, al primero?

—Si no lo hubiera querido, no me habría ido con él. El muy canalla me prometió matrimonio y luego, cuando consiguió lo que quería, me dejó.

—¿Y qué, te dio vergüenza la primera vez?

—Claro que me dio vergüenza… Oye, papito, ¿te gusta con la luz encendida o apagada? Voy a bajar un poco la lámpara, ¿vale?

—Y dime, ¿aquí no te aburres? ¿Cómo te llamas?

—Mania. Claro que me aburro. ¡Qué vida la nuestra!

El alemán la besó fuerte en los labios y volvió a preguntar:

—¿Y te gustan los hombres? ¿Hay hombres que te resulten agradables, que te den placer?

—Cómo no va a haber –rio Mania–. A mí sobre todo me gustan así, como tú: simpáticos y rellenitos.

—¿Te gustan? ¿Eh? ¿Por qué te gustan?

—Pues porque sí, me gustan. Usted también es atractivo.

El alemán reflexionó unos segundos, sorbiendo pensativamente la cerveza. Luego dijo lo que casi cualquier hombre le dice a una prostituta en esos minutos previos a poseerla:

—Sabes, Márihen, tú también me gustas mucho. Con gusto te

mantendría.

—Está usted casado –replicó ella, tocando su anillo–.

—Sí, pero, entiéndeme, no vivo con mi esposa; está enferma, no puede cumplir con sus deberes conyugales.

—¡Pobrecita! Si supiera adónde vas, papito, seguro que lloraría.

—Dejemos eso. Mira, Mari, yo siempre ando buscando una chica como tú: tan modesta y bonita. Soy un hombre acomodado, podría ponerte un piso con calefacción, luz, comida… Y para tus caprichos, cuarenta rublos al mes. ¿Aceptarías?

—¿Por qué no? Aceptaría, claro.

La besó con ansia, pero un temor secreto se deslizó rápido en su corazón cobarde.

—¿Estás sana? –preguntó con voz hostil y temblorosa–.

—Sí, estoy sana. Aquí todos los sábados tenemos revisión médica.

Cinco minutos después, ella se apartó de él y, mientras caminaba, se guardó en la media el dinero ganado. Antes había escupido discretamente, por superstición, sobre esa primera ganancia para atraer más durante el resto de la noche. Ya no se habló ni de manutención ni de simpatías.

El alemán quedó descontento con la frialdad de Mania y mandó llamar a la gobernanta.

—¡Gobernantita, mi marido la requiere! –anunció Mania, entrando en el salón y arreglándose el pelo frente al espejo–.

Zosia salió de la sala, luego volvió y llamó a Pasha. Después reapareció ya sola en el salón.

—¿Qué ha pasado, Manka, que no has satisfecho a tu caballero? –preguntó la gobernanta riéndose–. Se ha quejado diciendo: «Eso no es una mujer, es un tronco de madera cualquiera, un pedazo de hielo». Le he enviado a Pasha.

—¡Ej, qué asqueroso! –Manka frunció el rostro con asco y escupió–. Y encima me da conversación, me pregunta: «¿Sientes algo cuando te beso? ¿Sientes una agradable emoción?». ¡Viejo verde! Y me dice que me va a mantener.

—Todos dicen lo mismo –comentó Zoia con indiferencia–.

Pero Zhenia, que estaba de mal humor desde la mañana, de pronto estalló:

—¡Pedazo de patán, paleto desgraciado! –exclamó, enrojeciendo y llevándose enérgica las manos a la cintura–. Yo lo cogería de la oreja, al viejo maldito, y lo pondría ante el espejo para que viera su jeta asquerosa. Te ves guapo, ¿eh? ¿Y te crees mejor cuando se te empieza a caer la baba, se te tuercen los ojos y empiezas a atragantarte, jadear y resoplarle a una mujer directamente a la cara? ¿Y quieres que, por tu maldito rublo, yo me deshaga entera para complacerte, y que por tu asqueroso amor se me salgan los ojos de la cara? ¡Pues te daba en todo el morro, canalla, en todo el morro! ¡Hasta hacerlo sangrar!

—¡Oh, Zhenia! ¡Basta ya! ¡Puaj! –la interrumpió Emma Eduárdovna, escandalizada por su tono vulgar–.

—¡No pienso parar! –la cortó ella bruscamente. Pero enseguida calló y se apartó furiosa, con las ventanillas de la nariz hinchándose y fuego en sus hermosos ojos oscurecidos–.

VII

La sala se fue llenando poco a poco. Apareció entonces un viejo conocido de toda Yama, Vanka-Vstanka, Vanka «el Tentetieso»: un vejete alto, flaco, de nariz roja, canoso, con uniforme de guarda forestal, botas altas y un *arshín*[13] de madera asomándole siempre del bolsillo lateral. Cliente asiduo de las salas de billar de las tabernas, donde pasaba los días y las noches medio borracho soltando chascarrillos, rimas y refranes, confraternizando con los porteros, las encargadas y las muchachas. En los establecimientos, todos –desde la patrona hasta las criadas– lo trataban con una especie de burla despreocupada, algo despectiva, aunque sin maldad. A veces resultaba incluso útil: entregaba notas de las chicas a sus amantes, iba al mercado o a la botica. A menudo, gracias a su lengua suelta y a su orgullo ya agotado, se entrometía en grupos de clientes y conseguía que se gastaran algo en él, e incluso les pedía dinero prestado; y lo que sacaba no se lo guardaba, lo gastaba casi todo en mujeres, salvo algunas monedas para tabaco. Lo toleraban con amable resignación, por pura costumbre.

—¡Ya ha llegado Vanka «el Tentetieso»! –anunció Niura una vez que él, tras haber saludado al portero Simeón con un cordial apretón de manos, se plantó en el umbral del salón, erguido, con la gorra del uniforme ladeada con chulería–. Adelante, Vanka-Tentetieso, ¡dale!

—¡Tengo el honor de presentarme! –exclamó llevándose la mano a la visera a lo militar, y empezó a hacer muecas–. Cliente honorable y misterioso de los establecimientos benéficos del lugar: príncipe Botellín, conde Traguín, barón *Tprutinkévich-Fiutinkovski.* ¡Señor Beethoven! ¡Señor Chopin! –saludó a los músicos–. ¡Tóquenme algo de la ópera *El valeroso y glorioso general Anísimov, o el tumulto en el pasillo*! Mi respeto a la gobernanta oficial Zosia. ¡Ajá! ¿Así que solo se dejar besar en Pascua? Tomo nota de ello. ¡Ay, mi Tamaritita, mi cuchi-cuchi!

Así, fue atravesando el salón entre chanzas y pellizcos que iba propinando de una muchacha a otra, hasta que por fin se dejó caer junto a la gorda Katia. Ella puso su pierna gruesa sobre la de él, apoyó el codo en la rodilla, puso la barbilla en la palma de la mano y lo miró fijamente e impasible, mientras el agrimensor se liaba un cigarrillo.

—¿Y no te cansas, Vanka-Tentetieso, siempre liándote los cigarrillos?

Vanka «el Tentetieso» entonces se puso a gesticular moviendo las cejas y la piel del cráneo, y declamó unos versos:

Cigarrillo compañero,
siempre vienes a animar,
no es capricho pasajero,
que todos te quieran liar.

—Vanka-Tentetieso, vas a estirar la pata pronto –dijo Katka, sin emoción–.

—Pronto –contestó él–.

—¡Anda, dinos algunos versos más divertidos! –le pidió Verka–.

Y él, obediente, levantándose con pose de bufón, soltó:

Luce el cielo con miles de estrellas,

contarlas no podrás, aunque quieras.
Lo intenta el viento fanfarrón,
pensará que tiene opción.
Florece el cardo borriquero,
el gallito del local entona su cacareo.

Con tales ocurrencias y payasadas se pasaba Vanka «el Tentetieso» las tardes y noches enteras por las salas del local. Y, por una especie de extraño apego, las muchachas lo tenían casi por uno de los suyos, a veces le hacían algún pequeño favor y hasta llegaban a invitarlo de su bolsillo a cerveza o a un trago de vodka.

Poco rato después de la aparición de Vanka «el Tentetieso», irrumpió un tropel de empleados de barbería que celebraban su día de descanso. Eran bulliciosos y alegres, pero incluso allí, en el burdel, sus conversaciones giraban en torno a lo mismo: hablaban sobre espectáculos de beneficio[14] –abiertos y privados– a los que asistir, sobre los dueños de sus salones y las mujeres de estos, y no dejaban de sacar cálculos minuciosos y mezquinos de sus cuentas. Todos ellos eran personas depravadas y embusteras, lo bastante como para que sus grandes esperanzas de futuro fueran, por ejemplo, acabar mantenidos por alguna condesa. Querían aprovechar al máximo su salario, ganado no sin esfuerzo, y por ello decidieron hacer una especie de revisión a fondo de todos los locales de Yama. Al único al que decidieron no entrar fue al de Tréppel, pues lo consideraban demasiado lujoso para ellos. En cambio, en casa de Anna Márkovna encargaron enseguida un baile de cuadrilla y se pusieron a bailar como auténticos parisinos, especialmente la quinta figura: un solo de caballeros, que interpretaron incluso metiendo los pulgares en las sisas del chaleco. Sin embargo, no quisieron quedarse con ninguna chica; prometieron volver más tarde, cuando terminaran de pasar revista a todos los burdeles.

Las idas y venidas empezaron, y uno tras otro fueron llegando algunos funcionarios jóvenes de pelo ensortijado y botas de charol, algunos estudiantes y oficiales; más o menos todos se sentían verdaderamente aterrados por comprometer su dignidad a ojos de la dueña y de los clientes del prostíbulo. Pero, poco a poco, en la sala

se fue creando una atmósfera tan ruidosa y sofocante que ya nadie sentía incomodidad alguna. Llegó también al local un cliente habitual, el amante de Sonka «el Timón», acudía casi a diario y pasaba las horas muertas sentado junto a su amada; la contemplaba con sus lánguidos ojos orientales, suspiraba, se derretía y le montaba escenas por vivir en un burdel, porque pecaba contra el sábado, porque comía carne *treif*, no *kosher*[15], y porque había renegado de su familia y de la santa iglesia judía.

Como de costumbre, pues esto ocurría a menudo, la gobernanta Zosia se le acercó entre el bullicio y le dijo, torciendo los labios:

—¿Qué hace sentado ahí, caballero? ¿Calentándose el trasero? Vaya mejor a entretenerse con alguna de las chicas.

Ambos eran judíos, oriundos de Gómel, y, sin duda, habían sido creados por el mismo Dios para profesarse un amor tierno, apasionado y recíproco. Pero muchas circunstancias –como el pogromo que había tenido lugar en su ciudad y la ruina en que devino, la total confusión y el miedo– los alejaron por un tiempo. Sin embargo, el amor era tan grande que el ahora aprendiz de boticario, Neiman, con muchos esfuerzos, sacrificios y humillaciones, consiguió un puesto de ayudante en una de las farmacias locales y logró encontrar a su amada. Era un verdadero judío creyente, casi fanático. Sabía que Sonia había sido vendida a un traficante de personas por su propia madre, sabía muchos detalles humillantes y vergonzosos de cómo había sido revendida de mano en mano, y su alma judía, devota y escrupulosa, verdaderamente se crispaba y estremecía ante esos pensamientos, pero, aun así, el amor estaba por encima de todo. Y cada noche él aparecía en el salón de Anna Márkovna. Cuando, con enormes privaciones, lograba apartar de sus exiguos ingresos algún rublo ocasional, llevaba a Sonia a su habitación. Pero aquello no era en absoluto una alegría ni para él ni para ella: después de una fugaz felicidad –la posesión física el uno del otro– lloraban, se reprochaban, se peleaban con la teatralidad característica de los judíos, y siempre, después de esas visitas, Sonka «el Timón» regresaba al salón con los párpados hinchados y enrojecidos.

Pero la mayor parte del tiempo no tenía dinero, así que se

consumía sentado las tardes enteras junto a su amante y esperándola paciente y celoso cuando algún cliente la elegía. Y cuando Sonka regresaba y se sentaba junto a él, cuidándose de no llamar la atención, casi sin girar la cabeza hacia ella, la llenaba de reproches. Y en sus hermosos ojos judíos humedecidos había siempre, durante esas conversaciones, una expresión de sufrimiento y dulzura.

Se presentó un gran grupo de alemanes empleados de una óptica, acto seguido apareció otro grupo de dependientes de una tienda de pescado y comestibles de Kereshkovski, y también llegaron dos jóvenes muy conocidos en el barrio de Yamka: Kolka «el Contable» y Mishka «el Cantor», como los llamaban en todas las casas de tolerancia, ambos con una enorme calva alrededor de la cual apenas quedaba un cerco de cabellos ralos, suaves y finos. A ellos, lo mismo que a Karl Kárlovich de la óptica o a Volodka del puesto de pescado, los recibían con gran cordialidad, entre exclamaciones de entusiasmo, gritos y besos, para halagar su amor propio.

La vivaracha Niurka salía corriendo al recibidor para enterarse de quién había llegado y, como de costumbre, lo anunciaba emocionada siempre a su manera:

—¡Zhenka, ha venido tu marido!

O bien:

—¡Manka «Menudita», tu amante ha llegado!

Y Mishka «el Cantor», que en realidad no era cantante, sino dueño de un almacén farmacéutico, apenas entraba empezaba a cantar con su voz de cabra, vibrante y entrecortada:

¡*Si-ee-ienten* la ve-e-erdaaad!
Tú eres la auro-o-ora…

Cosa que hacía en cada una de sus visitas a la casa de Anna Márkovna.

Casi sin descanso sonaban cuadrillas, valses, polcas, y todos bailaban. También apareció Senka, el amante de Tamara; pero, contra lo habitual, no se pavoneaba, ni venía derrochador, no pidió a Isái Sávvich que le tocara la marcha fúnebre, ni ofreció chocolate a

las muchachas… Por alguna razón estaba sombrío, cojeaba de la pierna derecha y procuraba llamar la atención lo menos posible; puede que en aquellos momentos sus asuntos profesionales no marcharan bien. Con un simple movimiento de cabeza al pasar por el salón sacó a Tamara de allí y desapareció con ella en su cuarto. Llegó también el actor Egmont-Lavretski: afeitado, alto, con un rostro vulgar y descaradamente altanero, que le daba un aire de lacayo de la corte.

Los dependientes de la tienda de comestibles bailaban con todo el empeño de la juventud y con toda la corrección que recomendaba el *Manual de buenas costumbres* de Herman Hoppe. Las muchachas hacían lo posible para responder a sus intenciones en el mismo sentido. Para unos y para otras se consideraba especialmente correcto y distinguido bailar lo más inmóviles posible, dejando caer los brazos, la cabeza levantada y ligeramente inclinada, con cierto aire orgulloso y al mismo tiempo relajado y lánguido. En los entreactos, entre figura y figura, había que abanicarse con los pañuelos con gesto aburrido y negligente… En una palabra, todos aparentaban pertenecer a la sociedad más refinada y bailar únicamente por condescendencia como prestando un pequeño favor de camaradería. Sin embargo, lo hacían con tanto empeño que de los dependientes de Kereshkovski el sudor corría a chorros.

A esas alturas de la noche ya habían ocurrido dos o tres escándalos en distintas casas. Un hombre, todo ensangrentado, cuyo rostro, a la pálida luz de la luna creciente, parecía negro de sangre, corría por la calle maldiciendo y, sin hacer el menor caso de sus heridas, buscando una gorra perdida en una pelea. En Málaya Yámskaya se habían liado a golpes unos escribientes del Estado Mayor con un grupo de marineros.

Los pianistas y músicos, ya agotados, tocaban como en un delirio, adormecidos, por pura inercia. Era ya el final de la noche.

Cuando menos lo esperaban, entraron en el establecimiento de Anna Márkovna siete estudiantes, un *privatdozent*[16] y un reportero local.

VIII

Todos ellos, salvo el reportero, habían pasado el día juntos, desde muy temprano por la mañana, celebrando una comida campestre en compañía de unas señoritas conocidas en sociedad. Pasearon en barca por el Dniéper; en una de las orillas, entre la espesura de sauces jóvenes de olor fuerte y amargo, cocinaron unas típicas gachas camperas con tocino, se bañaron –hombres y mujeres por turnos– en el agua impetuosa y tibia, bebieron *zapekanka*[17], cantaron melodiosas canciones ucranianas y regresaron a la ciudad ya entrada la noche, cuando las aguas del ancho río oscuro y correntoso azotaban alegres y a la vez siniestras los bordes de sus barcas, jugando con el reflejo de las estrellas, con las luces inclinadas de las boyas y con los plateados senderos trémulos de los faroles eléctricos de la ribera. Ya en tierra todos ellos sentían el ardor en las palmas de las manos, los músculos de brazos y piernas agradablemente doloridos, y todo el cuerpo inundado de una bienhechora y animosa fatiga.

Luego acompañaron a las señoritas hasta sus casas y, en las verjas y portales, se despidieron de ellas amistosamente durante un buen rato entre risas y con unos apretones de manos tan sueltos y enérgicos que parecía que estuvieran bombeando agua.

Todo el día había transcurrido alegre y bullicioso, incluso algo ruidoso y agotador, pero juvenilmente casto, sin embriaguez y, cosa rara, sin la menor sombra de ofensas, de celos o disgustos callados. Por supuesto, a semejante estado de ánimo tan benévolo habían contribuido el sol, la fresca brisa del río, los dulces aromas de la hierba y del agua, la gozosa sensación de fortaleza y destreza del propio cuerpo al nadar y remar, y la influencia moderadora de muchachas inteligentes, afectuosas, limpias y hermosas, todas de buena familia.

Pero, al mismo tiempo, el delicado olor de la ropa de las muchachas, calentadas al sol, los coquetos gritos de terror en el río, el dibujo de los cuerpos femeninos medio tumbados con descuido e inocente descaro en la hierba fresca alrededor del *samovar* habían despertado inconscientemente en ellos su sensualidad no de forma

imaginativa, sino una simple, sana e instintiva sensualidad de jóvenes machos juguetones, que se había ido encendiendo aún más por los encuentros fortuitos de sus manos con las manos femeninas, al abrazar servicialmente los cuerpos de las señoritas para ayudarlas a entrar en la barca o a saltar a la orilla; por todas esas inocentes libertades, tan habituales e inevitables en los picnics, en paseos campestres y travesías por el río, cuando el ser humano, en la infinita hondura de su alma, al contacto con la tierra, la hierba, el agua y el sol, tiene el secreto poder de despertar a la bestia ancestral, hermosa y libre que el hombre mantiene deformada y asustada.

Así, cuando, a las dos de la madrugada, apenas había cerrado el acogedor restaurante estudiantil Los Gorriones y los ocho, excitados por el alcohol y una copiosa cena, salieron del sofocante subterráneo, lleno de vaho y humo, a la calle, en la oscuridad de la noche dulce y turbadora, con sus luces seductoras en el cielo y su aire cálido y embriagador en la tierra, los aromas que fluían de jardines y parterres invisibles hacían que se les dilataran ansiosas las ventanillas de la nariz, y cada uno de ellos sentía la cabeza bullir y el corazón rebosante, dulce y silenciosamente, de confusos deseos. Tras el descanso les invadía una sensación de orgullo y complacencia al sentir las fuerzas renovadas en todos los músculos, el aire inundándoles los pulmones, la sangre corriendo roja a borbotones por las venas y todos los miembros del cuerpo dispuestos a cualquier reacción. Y ardían en deseos de adentrarse corriendo desnudos, sin mediar palabra ni reflexionar, en el durmiente bosque, olfatear el rastro de algunos pies en la hierba cubierta de rocío y llamar a gritos a una hembra.

Sin embargo, separarse ahora les resultaba cosa harto difícil. Haber pasado el día entero juntos los había unido a todos como a un rebaño compacto, habituado y tenaz. Parecía que, si uno solo se apartaba del grupo, se quebrantaría cierto equilibrio ya trabado, imposible después de restituir. Y por eso se demoraban, plantados en la acera, vacilantes junto a la salida del figón subterráneo, estorbando el paso a los escasos transeúntes. Discurrían con fingido empeño adónde más podrían encaminarse, para acabar de apurar la

noche. El jardín del Tívoli quedaba demasiado lejos y, además, había que pagar por las entradas, las consumiciones tenían un precio escandaloso y el programa hacía ya tiempo que había concluido. Volodia Pávlov propuso que fueran a su casa: tenía allí una docena de cervezas y un poco de coñac. Pero a todos les pareció aburrido ir a aquellas horas a una vivienda familiar, entrar de puntillas por la escalera y hablar en todo momento entre susurros.

—Pues bien, compañeros… vayamos mejor de chicas, eso será lo más seguro –dijo resolutivo el viejo estudiante Lijonin, un tipo alto, algo encorvado, ceñudo y barbudo. Era anarquista por convicción, pero, por vocación, un apasionado jugador, y jugador de vasto y fatal arrojo en el billar, las carreras y los naipes. Tan solo la víspera había ganado en un club de mercaderes cerca de mil rublos al *macao,* y aquel dinero aún le quemaba en las manos–.

—¿Y por qué no? ¡Es verdad! –apoyó alguno–. ¡Ea, camaradas!

—¿Merece la pena? Eso será juerga para toda la noche… –respondió otro con aparente prudencia y falsa fatiga–.

Y un tercero, entre un bostezo fingido, murmuró:

—Mejor vámonos, señores, a nuestras casas… aaa… a dormir… Basta ya por hoy.

—Lo bueno no le llega a uno durmiendo –observó con desprecio Lijonin–. *Herr* profesor, ¿viene usted?

Pero Yárchenko, el *privatdozent,* se plantó en la acera y parecía realmente irritado, aunque quizá ni él mismo supiera lo que se ocultaba en algún oscuro rincón de su alma.

—Déjeme en paz, Lijonin. A mi entender, señores, lo que piensan hacer es una clara y descarada guarrería. Hemos pasado un día tan maravilloso, tan sano e inocente, y ahora parece que no les baste, que necesiten revolcarse como bestias ebrias en un muladar. Yo no voy.

—Sin embargo, si la memoria no me falla –repuso Lijonin con serena mordacidad–, creo recordar que, por el otoño pasado, cierto futuro Mommsen[18] y yo bailamos la danza del vientre, vertimos un ponche helado dentro de un piano, representamos a un dios buriato, y recuerdo otras menudencias semejantes…

Lijonin decía la verdad. En sus años de estudiante y, más tarde,

estando ya de profesor adjunto en la universidad, Yárchenko había llevado una vida de lo más disipada y frívola. En todas las tabernas, *cafés-chantants* y demás lugares de recreo conocían bien su cuerpecillo menudo y rollizo, sus mejillas sonrosadas, infladas como las de un querubín, y sus ojos brillantes y bondadosos; recordaban su charla precipitada, atropellada, y su risa chillona.

Sus colegas jamás lograban comprender de dónde sacaba tiempo para entregarse a la ciencia, pero así era; superaba todos los exámenes y trabajos con brillantez, y desde el primer curso estuvo en el punto de mira de los profesores. Ahora, sin embargo, Yárchenko empezaba poco a poco a apartarse de sus antiguos contertulios y compañeros de jolgorio. Apenas había comenzado a granjearse las conexiones necesarias en el círculo del profesorado, para el año siguiente le habían ofrecido un curso sobre Historia de Roma y no pocas veces, en sus conversaciones, ya empleaba aquella frase tan corriente entre los *privatdozenten:* «¡Nosotros, los sabios!». La solidaridad estudiantil, la camaradería forzada, la obligada presencia en todas las asambleas, protestas y manifestaciones empezaban a resultarle onerosas, poco rentables y simplemente aburridas. Pero conocía el valor de la popularidad entre la juventud y por ello no se atrevía a romper de golpe con su antiguo círculo. Las palabras de Lijonin, sin embargo, le habían herido.

—¡Ay, por Dios! ¿Y acaso no hicimos mil cosas de chavales? Robábamos azúcar, nos manchábamos los calzones, arrancábamos las alas a los escarabajos –empezó a hablar Yárchenko, acalorándose y atropellando las palabras–, pero todo tiene su límite y su medida. Por supuesto, señores, no soy quién para darles consejos ni lecciones, pero hay que ser consecuentes. Todos estamos de acuerdo en que la prostitución es uno de los mayores males de la humanidad; asimismo sabemos que de ese mal no son culpables las mujeres, sino nosotros, los hombres, porque la demanda engendra la oferta. Y, por consiguiente, si resulta que después de una copa de más, pese a mis convicciones, acabo yendo a un burdel, cometo una triple infamia: ante la desdichada y necia mujer a la que por mi sucio rublo someto a la más humillante forma

de esclavitud; ante la humanidad, pues alquilando por una hora o dos a una mujer pública para mi torpe lujuria, justifico y sostengo la prostitución; y, finalmente, es una vileza contra mi propia conciencia y mi propio pensamiento. Y contra la lógica.

—¡Fiiiuuu! –chifló prolongadamente Lijonin y entonó con voz lánguida, moviendo la cabeza de lado a lado al compás–: Ya está nuestro filósofo con la misma cantinela de siempre. ¡Déjese de filosofar! «Una cuerda es una cuerda, no es más que una simple soga».

—Desde luego, no hay nada más fácil que hacer mofa de todo –replicó secamente Yárchenko–. Pero, en mi opinión, no existe nada más triste en nuestra triste vida rusa que esa desidia y corrupción del pensamiento. Ahora nos decimos: «¡Bah! ¿Qué más da que vaya o no vaya yo a un prostíbulo? Por una vez, el mundo no va a empeorar ni mejorar». Y dentro de cinco años nos diremos: «Cierto es que el soborno es una abominación, pero, ya saben… los niños, la familia…». Y lo mismo, al cabo de diez años, convertidos ya en respetables liberales rusos, sin dejar de suspirar por la libertad individual, buscaremos y nos arrodillaremos ante canallas a los que despreciamos, «Porque, ya se sabe», diremos con risita, «quien con lobos anda, a aullar se enseña». ¡Claro, no en vano uno de nuestros ministros tachó a los estudiantes rusos de futuros burócratas de escribanía!

—O de profesores –intercaló Lijonin–.

—Pero lo principal –prosiguió Yárchenko, desoyendo aquella pulla–, lo principal es que hoy los he visto a todos en el río y luego allí… en la otra orilla… con esas muchachas tan dulces, tan encantadoras. ¡Qué atentos estaban, qué correctos, qué solícitos! Pero, apenas se han despedido de ellas, sienten necesidad de prostitutas. Imagínense por un momento que hubiéramos pasado el día con nuestras hermanas y que de allí nos fuésemos directos a Yama… ¿Qué? ¿Sería eso agradable?

—Sí, pero ¿no deben existir acaso ciertos desahogos para nuestras pasiones? –observó con gravedad Borís Sobáshnikov, un joven alto, un tanto engreído y relamido, cuyo atuendo (una chaqueta corta que apenas le cubría el voluminoso trasero, pantalones de moda al estilo

de caballería, quevedos sujetos con una ancha cinta negra y una gorra de corte prusiano) le daba un aire de figurín–. ¿Encuentra usted más decoroso que uno se sirva de las caricias de las sirvientas o urda a escondidas una intriga con esposa ajena? ¿Qué quiere usted que haga yo si necesito de una mujer?

—¡Bah, menuda necesidad! –dijo Yárchenko con fastidio agitando débilmente la mano–.

En ese momento intervino un estudiante al que en el círculo de compañeros llamaban Ramsés. Era un hombrecillo de tez cetrina y nariz aguileña, con las mejillas hundidas, el mentón puntiagudo y la frente ancha, donde ya clareaban dos incipientes entradas, que le daban un corte triangular a su rostro afeitado. Llevaba una vida bastante extraña para un estudiante. Mientras sus condiscípulos se ocupaban, a ratos, de política, de amores, de teatro y un poco de ciencia, Ramsés se había entregado por completo al estudio de toda suerte de demandas y pleitos civiles, a desentrañar las sutilezas de litigios patrimoniales, familiares, territoriales y mercantiles, y a memorizar y analizar con el mayor sentido lógico las sentencias del tribunal de casación. De manera totalmente altruista, sin la más mínima necesidad de dinero, había servido un año como pasante en una notaría; otro, como amanuense en un juzgado de paz; y, durante todo el año pasado, ya en el último curso de universidad, llevaba en un periódico local la crónica de las sesiones del consejo municipal y desempeñaba, además, la modesta función de auxiliar del secretario en la administración de un sindicato de fabricantes de azúcar. Y cuando este mismo sindicato emprendió un célebre pleito contra uno de sus miembros, el coronel Baskákov, que había puesto en venta –contra lo estipulado en el contrato– un excedente de azúcar, fue Ramsés quien, desde el principio, supo vaticinar y fundamentar con suma sutileza exactamente la misma resolución que más tarde dictó la Corte Suprema sobre el caso.

A pesar de su relativa juventud, sus opiniones eran escuchadas –si bien con cierta displicencia– por juristas de bastante renombre. Nadie de los que conocían de cerca a Ramsés dudaba de que haría una brillante carrera, ni el propio Ramsés ocultaba en absoluto su seguridad de que, para los treinta y cinco años, habría amasado un

millón exclusivamente con el ejercicio de la abogacía civil. Con frecuencia lo elegían sus compañeros para presidir las asambleas o como delegado de curso, pero Ramsés rehusaba siempre tales honores, excusándose en la falta de tiempo. Sin embargo, no evitaba tomar parte en los tribunales de arbitraje estudiantiles y sus razonamientos –siempre de una lógica aplastante– poseían la sorprendente virtud de llevar los asuntos a buen término, con avenencia, para satisfacción de ambas partes en litigio. Al igual que Yárchenko, conocía muy bien el valor de la popularidad entre la juventud estudiantil y, aun cuando miraba a la gente con cierto desaire, por encima del hombro, jamás ni el más mínimo gesto de sus finos, inteligentes y enérgicos labios lo reflejaba.

—Nadie le obliga a usted, Gavrila Petróvich, a cometer forzosamente un pecado –dijo Ramsés en tono conciliador–. ¿A qué tanto patetismo y tanta melancolía cuando el asunto es de lo más sencillo? Un grupo de jóvenes caballeros rusos quiere pasar modestamente y en buena compañía lo que resta de la noche: divertirse, cantar y meterse en el cuerpo unos cuantos galones de vino y cerveza. Pero ahora todo está cerrado, salvo las casas de Yama. *Ergo…*

—Por lo tanto, ¿iremos a divertirnos con prostitutas, a un burdel? –le interrumpió Yárchenko con sorna y hostilidad–.

—¿Y por qué no? A cierto filósofo, a quien pretendían humillar, lo sentaron en un banquete junto a los músicos. Y él, al tomar asiento, dijo: «He aquí el medio más seguro de hacer que el último lugar se convierta en el primero». Y, en fin, repito: si su conciencia no le permite, como usted dice, comprar a una mujer, puede usted ir allí y marcharse conservando su inocencia en toda su floreciente inviolabilidad.

—Está usted desviando la cuestión, Ramsés –objetó contrariado Yárchenko–. Me recuerda a esos pequeños aburguesados que se agolpan para presenciar una ejecución, habiéndose levantado antes del amanecer, y dicen: «Nosotros aquí no tenemos nada que ver, estamos en contra de la pena de muerte, todo es cosa del fiscal y del verdugo».

—Dice usted bien y en parte es cierto, Gavrila Petróvich. Pero

precisamente esa es una comparación que a nosotros no nos atañe. Fíjese usted: no se puede curar una enfermedad grave desde la distancia, sin haber visto al propio enfermo. Y todos nosotros, los que ahora estamos aquí en la calle estorbando a los transeúntes, hemos de tropezar algún día en nuestra actividad con el pavoroso problema de la prostitución. Y no con cualquier prostitución, sino con la prostitución rusa. Lijonin, Borís Sobáshnikov, Pávlov y yo, como juristas; Petrovski y Tolpyguin, como médicos. Es cierto que Veltman tiene una especialidad particular: las matemáticas. Pero, al fin y al cabo, será pedagogo, un instructor de la juventud y, ¡qué demonios!, hasta padre de familia. Y, en fin, si se trata de asustar a la gente con un espantajo, lo mejor es haberlo conocido de primera mano. Y, por último, también usted, Gavrila Petróvich, erudito en lenguas muertas y futura lumbrera en la ciencia de la sepultura, ¿acaso no encuentra instructivo e indispensable comparar, pongamos por caso, los burdeles modernos con algún lupanar pompeyano o con la institución de la prostitución sagrada en Tebas o en Nínive?

—¡Bravo, Ramsés, magnífico! –bramó Lijonin–. ¿Qué más hay que discutir aquí, muchachos? ¡Agarren al profesor del pescuezo y súbanlo al carruaje!

Los estudiantes, riendo y empujándose, rodearon a Yárchenko, lo agarraron por los brazos y lo ciñeron por la cintura, Yárchenko se resistía, se enfadaba y reía, intentando soltarse. A todos por igual les atraían las mujeres, pero ninguno, salvo Lijonin, tenía el valor de tomar la iniciativa. En aquel instante, todo ese complicado asunto, desagradable e hipócrita, se redujo a una simple y ligera broma a costa de uno de los compañeros. En ese momento de alboroto se les acercó un fornido guardia urbano de bigote negro, que llevaba ya rato observándolos con mirada alerta y hostil.

—¡Caballeros estudiantes, les ruego que no armen barullo! ¡No está permitido! ¡Circulen, sigan su camino!

En tropel comenzaron a caminar, Yárchenko empezaba a sentirse más relajado.

—Caballeros, quizá estoy dispuesto a ir con ustedes… Pero no piensen, sin embargo, que me han convencido los sofismas del faraón egipcio Ramsés… No, simplemente me da lástima romper la

compañía… Pero pongo una condición: allí beberemos, charlaremos, reiremos y todo lo demás… pero nada más, ninguna obscenidad… Da vergüenza y duele pensar que nosotros, la flor y nata del intelectualismo ruso, nos derritamos y babeemos ante la primera falda que se nos cruce.

—¡Lo juro! –dijo Lijonin, alzando la mano–.

—Yo respondo por mí –dijo Ramsés–.

—¡Y yo! ¡Y yo! Sí, caballeros, prometámoslo… Tiene razón Yárchenko –añadieron los demás–.

Desde hacía rato los seguía una hilera de carruajes cuyos cocheros reían con descaro soltando improperios, se acomodaron de dos en dos y de tres en tres en varios de ellos y se pusieron en marcha. Lijonin, para asegurarse, se sentó al lado del *privatdozent* y le rodeó la cintura con un brazo, y en sus rodillas y las de su vecino acomodó al pequeño Tolpyguin, un muchacho de rostro sonrosado y agradable, en cuyas mejillas, a pesar de sus veintitrés años, todavía se apreciaba una suave y rubia pelusilla infantil.

—¡Déjenos en Doroshenko! –gritó Lijonin a los cocheros que se alejaban–. ¡En Doroshenko paramos! –repitió volviéndose hacia los de atrás–.

Se detuvieron frente al restaurante Doroshenko, todos entraron y se agolparon en torno a la barra. Estaban saciados y a ninguno le apetecía ni beber ni picar nada. Sin embargo, en el alma de cada uno de ellos quedaba aún la oscura sensación de que en ese mismo momento iban a hacer algo innecesariamente vergonzoso, a ser partícipes de una diversión frenética y artificiosa, que en absoluto era alegre. Y cada uno sentía la tentación de dejarse llevar por la embriaguez, hasta llegar a ese estado nebuloso y eufórico en el que todo da lo mismo, cuando la cabeza ya no sabe lo que hacen las manos ni los pies, ni lo que suelta la lengua. Y probablemente no solo ellos, sino todos los clientes de Yama, tanto habituales como ocasionales, experimentaban en mayor o menor grado el roce de esa espinita clavada en el alma, pues Doroshenko recibía a su clientela exclusivamente entrada la noche y nadie se quedaba mucho rato, era un local de paso. Una encrucijada.

Mientras los estudiantes bebían coñac, cerveza y vodka, Ramsés

no cesaba de mirar hacia un rincón apartado de la sala del restaurante, donde se hallaban sentados dos hombres: un anciano corpulento, de pelo canoso y desgreñado, y frente a él, de espaldas a la barra, encorvado, con los codos extendidos sobre la mesa y la barbilla apoyada en los puños entrelazados, un señor robusto, de pelo corto, vestido con traje gris. El viejo acariciaba las cuerdas de un *gusli*[19] que tenía delante y canturreaba en voz baja, ronca pero agradable:

> Valle, mi pequeño valle
> amplio y exteeennnso…

—Discúlpenme un momento, ese de ahí es uno de nuestros compañeros –dijo Ramsés y fue a saludar al caballero del traje gris. Al cabo de un minuto lo condujo hasta la barra y lo presentó a los demás–.

—Señores, permítanme presentarles a mi camarada en el oficio periodístico: Serguéi Ivánovich Platónov. El más perezoso y el más talentoso de los trabajadores del periódico.

Todos se presentaron murmurando de forma casi ininteligible sus apellidos.

—Bebamos por el encuentro –dijo Lijonin–.

Yárchenko, entonces, preguntó con la refinada cortesía que nunca lo abandonaba:

—Permítame, disculpe… de hecho, yo ya lo conozco a usted, aunque solo de oídas. ¿No fue usted quien estuvo en la universidad, cuando el profesor Priklonski defendió su tesis doctoral?

—Yo mismo –respondió el reportero–.

—¡Ah, qué agradable coincidencia! –sonrió amablemente Yárchenko y, por alguna razón, volvió a estrechar con fuerza la mano de Platónov–. Después de aquello leí su crónica: redactada al detalle, con mucha precisión y destreza… ¿Me concede el honor de brindar a su salud?

—Entonces permítanme también a mí –dijo Platónov–. Onufri Zajárich, sírvanos… una, dos, tres, cuatro… nueve copitas de coñac…

—No, de ninguna manera… usted es nuestro invitado, un colega –

objetó Lijonin–.

—¿Qué clase de colega soy yo? –rio bondadosamente el reportero–. Solo estuve en el primer curso, y fue apenas medio año, como oyente. Tome, Onufri Zajárich. Señores, por favor…

Al final, media hora después, Lijonin y Yárchenko no querían separarse de aquel reportero por nada del mundo y lo arrastraron con ellos a Yama. Aunque, en realidad, él tampoco se resistió.

—Si no les soy una carga, estaré encantado –dijo con sencillez–. Más aún, hoy tengo un dineral imprevisto. El periódico *Dniéprovskoe Slovo* me ha pagado los honorarios, y eso es un milagro igual que ganar doscientos mil rublos en la lotería con el resguardo del guardarropa de un teatro. Disculpen, ahora mismo vuelvo…

Se acercó al viejo con quien había estado sentado antes, le puso en la mano algo de dinero y se despidió cariñosamente:

—Donde yo voy, abuelito, a ti no te es posible ir. Mañana volveremos a vernos en el mismo sitio de hoy. ¡Adiós!

Todos salieron del restaurante. En la puerta, Boria Sobáshnikov, siempre un poco presumido y altanero, sin necesidad, detuvo a Lijonin y lo llevó aparte.

—Me sorprendes, Lijonin –dijo con desdén–. Nos reunimos entre amigos y a ti te da por arrastrar a un vagabundo cualquiera. ¡Dios sabe quién será!

—Venga, Boria –respondió Lijonin amistosamente–. Es un buen muchacho.

IX

—¡Pero, señores, esto es una pocilga! –gruñó Yárchenko en la entrada del local de Anna Márkovna–. Ya que hemos venido, por lo menos deberíamos entrar en un sitio decente y no en un tugurio cualquiera. De veras, caballeros, mejor vayamos al lado, a Tréppel, allí al menos está limpio y es luminoso.

—Pase, por favor, caballero –insistió Lijonin, abriendo con ceremonia cortesana la puerta ante el *privatdozent,* con una reverencia y extendiendo la mano–. Adelante.

—Pero si es una ordinariez… En casa de Tréppel, al menos, las mujeres son más guapas.

Ramsés, que iba detrás, rio secamente.

—Vaya, vaya, Gavrila Petróvich. Parece que seguimos en la misma línea… Condenaremos al ladronzuelo hambriento que roba un panecillo de cinco kopeks en un puesto, pero si un director de banco malversa un millón en caballos de carreras y puros, le suavizaremos la pena.

—Perdón, pero no entiendo esa comparación –respondió con frialdad Yárchenko–. En fin, me da lo mismo; vamos.

—Y, además –dijo Lijonin, dejando pasar al *privatdozent*–, con más razón compañeros, porque esta casa está repleta de historias. Decenas de generaciones de estudiantes nos contemplan desde lo alto de esas perchas y, encima, por derecho consuetudinario, los niños y los alumnos aquí pagan la mitad, como en el museo de cera. ¿No es así, ciudadano Simeón?

A Simeón no le gustaba que vinieran grupos grandes, porque eso siempre presagiaba escándalos al final; asimismo, despreciaba a los estudiantes por su lenguaje, que le resultaba incomprensible, por su tendencia a las bromas frívolas, por su ateísmo y, sobre todo, por rebelarse constantemente contra la autoridad y el orden. No en vano, el día aquel en que cosacos, carniceros, panaderos y pescaderos se unieron para apalear a los estudiantes en la plaza Bessarabskaia, Simeón, nada más enterarse, se encaramó al carruaje del primer *lijach* que pasaba por allí y, de pie en el pescante, cual jefe de Policía, se dirigió al lugar de la refriega para participar en ella. Él respetaba a aquellos hombres serios, corpulentos y ya mayores que venían solos, en secreto, miraban con cautela desde la entrada al salón, temerosos de encontrarse con conocidos, y se marchaban pronto y con prisa, dejando generosas propinas. A estas personas siempre se dirigía con el respetuoso «Su excelentísimo señor».

Y por eso, mientras le quitaba el ligero abrigo gris a Yárchenko, respondió con un tono sombrío e intencionado a la broma de Lijonin:

—Aquí no soy un ciudadano, sino un portero.

—Lo cual me honra y lo felicito –respondió Lijonin con una

reverencia cortés–.

En el salón había mucha gente. Los dependientes que habían estado bailando se sentaban junto a sus damas, rojos y empapados, abanicándose enérgicamente con los pañuelos; de ellos se desprendía un fuerte olor a lana de cabra vieja. Mishka «el Cantor» y su amigo «el Contable», ambos con su aro de suave pelusilla alrededor del cráneo desnudo, con los ojos turbios, nacarados por la borrachera, sentados con los codos apoyados en una mesita de mármol, uno frente a otro, intentaban arrancarse con un dúo, con voces temblorosas y entrecortadas, como si alguien les golpeara sin cesar las vértebras de la nuca:

Pre-e-e-esien-too la vee-eerdad…

Junto a ellos, Emma Eduárdovna y Zosia trataban con todas sus fuerzas de disuadirlos en su empeño de montar escándalo. Vanka «el Tentetieso» dormitaba pacíficamente en una silla, con la cabeza caída, una larga pierna cruzada sobre la otra y las manos entrelazadas abrazando la puntiaguda rodilla.

Las chicas reconocieron inmediatamente a algunos de los estudiantes y corrieron hacia ellos.

—Tamara, ha llegado tu marido, Volódenka. ¡Y el mío también! ¡Mishka! –gritó Niura, colgándose del cuello del alto, narigudo y serio Petrovski–. Hola, Míshenka. ¿Por qué has tardado tanto en venir? Te he echado de menos.

Yárchenko miró a su alrededor con incomodidad.

—Preferiríamos… Ya sabe… una salita aparte –le dijo delicadamente a Emma Eduárdovna, que se había acercado–. Y tráiganos, por favor, un poco de vino tinto… Y café… Bueno, usted ya sabe…

Yárchenko siempre inspiraba confianza al servicio y a los camareros con su elegante vestimenta y su trato, cortés pero autoritario. Emma Eduárdovna asintió de buen grado con la cabeza, como un viejo y gordo caballo de circo.

—Por supuesto, por supuesto. Pasen, señores, pasen a la sala. Por supuesto, por supuesto… ¿Y de licor? Solo tenemos Bénédictine.

¿Bénédictine, entonces? Por supuesto, por supuesto… ¿Permite que entren las señoritas?

—Si es absolutamente indispensable… –suspiró Yárchenko, encogiéndose de hombros–.

Enseguida las muchachas, una tras otra, se encaminaron hacia la salita ambientada con muebles de felpa gris y una lamparilla azul. Entraron y, mientras extendían a cada uno sus manos rígidas, poco acostumbradas a los apretones, por turno iban diciendo en voz baja y rápida su nombre: Mania, Katia, Liuba… Luego se sentaron en las rodillas de los jóvenes, los rodearon por el cuello y, como de costumbre, empezaron a mendigar:

—Mi estudiantito, usted es tan guapito… ¿me compra unas naranjas?

—Volódenka, cómprame bombones, ¿sí?

—Y a mí chocolate.

—Gordito… –se acercó Vera, con su traje de *jockey,* haciéndole carantoñas al *privatdozent* y encaramándose en sus rodillas–, tengo una amiga enferma que no puede salir al salón. ¿Le llevo manzanas y chocolate? ¿Me dejas?

—¡Anda, déjate de invenciones sobre tu amiga! Y, sobre todo, no te me pongas encima con tus carantoñas. Siéntate como una niña lista, aquí, junto a mí en la silla, así. ¡Y junta las manitas!

—¡Ay, es que no puedo…! –se arqueaba Vera con coquetería, poniendo los ojos en blanco–. ¡Es que sois tan guapos!

Y Lijonin, ante aquel mendigar profesional, solo asentía con la cabeza con gesto grave y bondadoso, y repetía, imitando el acento alemán de Emma Eduárdovna:

—*Porr supuesto, porr supuesto, porr supuesto…*

—¿Entonces le digo a Dus, el lacayo, que le lleve dulces y manzanas a mi amiga? –insistió Vera–.

Tal insistencia formaba parte implícita de sus obligaciones. Entre las chicas existía incluso una especie de infantil, absurda y extraña competición por ver quién era capaz de «sacarle más dinero al cliente»; era extraña y absurda porque ellas no obtenían de eso ningún beneficio, salvo quizá cierta benevolencia de la gobernanta o alguna palabra de aprobación de la señora de la casa. Pero en sus

vidas mezquinas, monótonas y habitualmente ociosas había, en general, mucho de juego, en parte infantil y en parte histérico.

Simeón trajo la cafetera, las tazas, una botella achaparrada de Bénédictine, fruta y bombones en una vasija de cristal, y destapó alegre y fácilmente las botellas de cerveza y vino.

—¿Y usted, es que no bebe? –le preguntó Yárchenko al reportero Platónov–. Permítame… Si no me equivoco, su nombre es Serguéi Ivánovich, ¿verdad?

—Así es.

—Permítame ofrecerle, Serguéi Ivánovich, una taza de café. Eso despeja. ¿O quizá podemos compartir este dudoso Lafite?

—No, discúlpeme que rehúse. Yo tengo mi propia bebida… Simeón, tráigame…

—¡Coñac! –se apresuró a gritar Niura–.

—¡Y con pera! –añadió también enseguida Manka «la Blanquita»–.

—Como usted mande, Serguéi Ivánovich, enseguida –respondió Simeón, que, con calma, pero con respeto, e inclinándose con un gruñido al aclararse la garganta, descorchó la botella con un chasquido–.

—¡Es la primera vez que oigo que en Yama sirven coñac! –dijo con sorpresa Lijonin–. Cuantas veces lo pedí, siempre me lo negaron.

—¿Será que Serguéi Iványich conoce alguna palabra secreta? –bromeó Ramsés–.

—¿O acaso goza aquí de algún honor especial? –lanzó con sarcasmo y enfatizando sus palabras Borís Sobáshnikov–.

El reportero, con desgana, sin volver la cabeza, echó una mirada de soslayo a Sobáshnikov, a la hilera inferior de botones de su corta y elegante chaqueta, y respondió lentamente:

—No hay nada de honorable en el hecho de que pueda beber como un caballo y nunca embriagarme, pero al menos no me peleo con nadie ni provoco a nadie. Evidentemente, esas buenas cualidades de mi carácter son bastante conocidas aquí, y por eso se fían de mí.

—¡Eh, chico listo! –exclamó alegremente Lijonin, que estaba admirado con esa especial indiferencia del reportero, un tanto despreocupada y taciturna, y a la vez tan segura de sí misma–.

¿Compartiría conmigo su coñac?

—Con mucho gusto –respondió cordialmente Platónov y, de pronto, miró a Lijonin con una sonrisa luminosa, casi infantil, que suavizó su rostro feo y anguloso–. Usted también me cayó bien desde el primer momento. Cuando lo vi allí, en Doroshenko, pensé inmediatamente que en absoluto era tan áspero como parece.

—Bueno, ya hemos intercambiado cortesías –rio Lijonin–. Lo que me sorprende es que nunca nos hayamos encontrado aquí, pero, por lo visto, ¿viene con frecuencia a la casa de Anna Márkovna?

—Con mucha, incluso.

—¡Serguéi Iványich es nuestro invitado más importante! –exclamó Niura con ingenuidad–. ¡Serguéi Iványich es como nuestro hermano!

—¡Tonta! –la interrumpió Tamara–.

—Me resulta extraño –continuó Lijonin–. Yo también soy un habitual, y, en cualquier caso, solo puedo envidiar el afecto general que se le tiene aquí.

—¡El jefe del local! –dijo Borís Sobáshnikov, torciendo los labios de arriba abajo. Pero lo dijo en voz tan baja que Platónov, si hubiera querido, podría haber fingido que no había oído nada. El reportero desde hacía tiempo ya despertaba en Borís una especie de irritación ciega y punzante. Podía aceptar que no perteneciera a «su rebaño». Pero Borís, al igual que muchos estudiantes (y también oficiales, cadetes y alumnos de liceo), estaba acostumbrado a que los «civiles», los ajenos a ese mundo uniformado, que caían por casualidad en una juerga de estudiantes, siempre se comportaran con ellos de manera algo dependiente y servil: solían adular a la juventud estudiantil, asombrarse de su valentía, reírse de sus bromas, admirar su amor propio y recordar con un suspiro de reprimida envidia sus propios años de estudiantes. Platónov, en cambio, no solo no mostraba ese habitual «menear la cola» ante la juventud, sino que, al contrario, manifestaba una especie de indiferencia distraída, tranquila y cortés–.

Además, irritaba a Sobáshnikov –y lo irritaba con una mezquina y celosa molestia– la simple y a la vez solícita consideración que todos en el establecimiento mostraban hacia el reportero, desde el portero hasta la robusta y silenciosa Katia. Esa atención se manifestaba en

cómo lo escuchaban; en la solemne delicadeza con la que Tamara le servía una copita; en el esmero con que Manka «la Blanquita» le pelaba una pera; en el placer de Zoia al atrapar hábilmente la pitillera que el reportero le había lanzado a través de la mesa, mientras en vano pedía un cigarrillo a dos de los jóvenes enfrascados en una conversación; en el hecho de que ninguna de las muchachas le pedía ni chocolate ni frutas, y en la vívida gratitud mostrada por sus pequeños favores y agasajos. «¡Vividor!», decidió con rabia para sí Sobáshnikov, pero ni él mismo se lo creyó: el reportero era demasiado feo, demasiado descuidado en su vestimenta y demasiado decente en su comportamiento.

Platónov volvió a fingir que no había oído aquella insolencia del estudiante. Solo arrugó nerviosamente la servilleta entre los dedos y la apartó ligeramente de sí. Y de nuevo su mirada se desvió hacia Borís Sobáshnikov.

—Sí, aquí, en efecto, soy como de la casa –prosiguió con tranquilidad, moviendo en círculos lentamente la copita sobre la mesa–. Figúrense: he comido en esta casa cada día durante exactamente cuatro meses.

—¿No me diga? ¿De veras? –se sorprendió y echó a reír Yárchenko–.

—Completamente en serio. Aquí se come bastante bien, por cierto. Abundante y sabroso, aunque demasiado graso.

—Pero ¿cómo ha sido eso?…

—Pues porque yo preparaba a la hija de Anna Márkovna, la dueña de esta hospitalaria casa, para ingresar en el liceo de señoritas. Y le pedí a cambio que una parte de la mensualidad me la descontaran en comidas.

—¡Qué extraña ocurrencia! –dijo Yárchenko–. ¿Y eso lo hizo por voluntad propia? ¿O…? Perdone… No quisiera parecer indiscreto… Acaso entonces… ¿pasaba usted por una gran necesidad…?

—En absoluto. Anna Márkovna me sacaba tres veces más de lo que me hubiera costado en un comedor estudiantil. Simplemente me apetecía vivir aquí más cerca, más estrechamente, digamos, entrar de un modo íntimo en este pequeño mundo.

—¡Ah! ¡Creo que empiezo a entender! –exclamó Yárchenko con

entusiasmo–. Nuestro nuevo amigo, perdone la familiaridad, ¿parece estar recopilando material costumbrista? Y quizá dentro de unos años tengamos el placer de leer…

—*¡Trrragedia de un burdel!* –interrumpió en voz alta, con tono teatral, Borís Sobáshnikov–.

Mientras el reportero respondía a Yárchenko, Tamara se levantó silenciosamente de su asiento, rodeó la mesa e, inclinándose sobre Sobáshnikov, le susurró al oído:

—Cariño, guapito, yo mejor no tocaría a este señor. Se lo puedo asegurar, será mejor para usted.

—¿Qué dices? –El estudiante la miró con arrogancia, ajustándose los quevedos con dos dedos–. ¿Es tu amante? ¿Tu chulo?

—Le puedo jurar por lo que quiera que nunca se ha quedado con ninguna de nosotras. Pero, le repito, no lo provoque.

—¡Ah, claro, claro! –replicó Sobáshnikov, con una mueca desdeñosa–. Está protegido de maravilla por todo el burdel. Y seguramente todos los gorilas de Yámskaya son íntimos amigos suyos y camaradas.

—No, no es eso –respondió Tamara con un susurro cariñoso–. Es que lo agarrará por el cuello y lo tirará por la ventana como a un cachorro. Ya he visto una vez un vuelo así. No permita Dios que le pase a nadie. Es vergonzoso y peligroso para la salud.

—¡Lárgate, escoria! –gritó Sobáshnikov, levantando el codo para golpearla–.

—Ya me voy, cariño –respondió Tamara con dulzura y se alejó de él con su paso ligero–.

Todos se volvieron por un momento hacia el estudiante.

—¡No armes lío, *Barbarís*! –le amenazó Lijonin con el dedo–. Bueno, bueno, siga hablando –le pidió al reportero–, todo lo que cuenta es muy interesante.

—No, no recopilo nada –continuó tranquilo y serio el reportero–. Sin embargo, el material que hay aquí es realmente enorme, abrumador, aterrador… Y lo terrible no son en absoluto las frases grandilocuentes sobre el comercio de carne femenina, sobre las esclavas blancas, sobre la prostitución como la úlcera corrosiva de las grandes ciudades y demás… ¡Todo eso es la vieja y aburrida

cantinela de siempre! No, lo terrible son los pequeños detalles cotidianos y habituales, los cálculos que se hacen a diario como en un comercio o negocio cualquiera, y la prosaica rutina establecida durante siglos en esta ciencia milenaria del trato amoroso. En esas nimiedades insignificantes se diluyen por completo sentimientos tales como el resentimiento, la humillación o la vergüenza. Lo que queda es una profesión a secas, un contrato, un acuerdo, casi un comercio honrado, ni peor ni mejor que el de una tienda de ultramarinos. ¿Comprenden, señores? En eso reside precisamente todo el horror: en que no hay ningún horror. Solo la rutina del bienestar propio, nada más. Todo ello con un regusto a internado femenino con su ingenuidad, su grosería, su sentimentalidad y su afán de aparentar.

—Es cierto –confirmó Lijonin, mientras el reportero proseguía, mirando pensativo su copa–.

—Todos leemos en los artículos de opinión de la prensa el clamor de personas conmovidas. Las médicos-mujeres también se pronuncian al respecto y lo hacen de forma bastante desagradable. ¡Que si la regulación! ¡Que si el abolicionismo! ¡Que si la trata de personas! ¡Las condiciones de esclavitud! ¡Las madamas, esas hetairas codiciosas! ¡Todos los repugnantes engendros de la humanidad que chupan la sangre de las prostitutas! Sin embargo, con gritos ni se asusta ni se conmueve a nadie. Ya saben el dicho: mucho ruido y pocas nueces. Más aterrador que cualquier palabra aterradora, cien veces más, lo es algún pequeño y trivial detalle que de repente te deja atónito. Miren, por ejemplo, al portero de aquí, Simeón. A ustedes les parecerá que ya no se podría caer más bajo: portero de burdel, una bestia, probablemente casi un asesino, que roba a las prostitutas, «les pone el ojo morado» como dicen aquí, es decir, las golpea simplemente por gusto. Pero ¿saben en qué coincidimos y por lo que nos hicimos amigos? En los magníficos detalles de la liturgia episcopal durante nuestras charlas, en el Canon del bienaventurado Andrés, pastor de Creta, y en los escritos del beato Juan Damasceno. ¡Es increíblemente religioso! Provocándolo un poco terminaba con lágrimas en los ojos entonándome el himno: «Venid, demos, hermanos, el último beso al

difunto…» del oficio de difuntos seculares. Señores, piénsenlo: ¡es el alma rusa la única en la que pueden convivir tales contradicciones!

—Sí, son esos que rezan y rezan, luego te degüellan y después se lavan las manos encendiendo una vela ante el icono –dijo Ramsés–.

—Exacto. Yo no conozco nada más espeluznante que esa combinación de devoción totalmente sincera y de una inclinación natural al crimen. ¿Les confieso algo? Cuando hablo a solas con Simeón, y hemos hablado largo y tendido durante horas, siento momentos de verdadero miedo. ¡Un miedo irracional! Como si estuviera de pie al anochecer sobre una tabla tambaleándose en la boca de un pozo oscuro y maloliente, y apenas alcanzara a distinguir el fondo lleno de alimañas arrastrándose. No obstante, el hombre es verdaderamente devoto y estoy convencido de que algún día ingresará en un monasterio y será un gran abstinente y orador, y vaya usted a saber de qué monstruosa forma su alma entrelazará el más puro éxtasis religioso con la blasfemia, con el sacrilegio, con alguna repugnante pasión, con el sadismo o cualquier cosa parecida.

—A pesar de eso, no sea usted demasiado compasivo respecto a él –dijo Yárchenko dirigiendo una mirada discreta hacia las chicas–.

—Bueno, ya da igual, ahora mi relación con él es más bien fría.

—¿Y eso por qué? –preguntó Volodia Pávlov, que había alcanzado a oír la última parte de la conversación–.

—Pues porque sí, no merece ni la pena contarlo. –El reportero sonrió evasivo–. Es una tontería… Acérqueme su copa, señor Yárchenko.

Pero la impaciente Niura, que no podía callarse nada, soltó de repente a toda velocidad:

—Porque Serguéi Ivánich le dio un bofetón… Por culpa de Ninka. A Ninka le llegó un viejo… y se quedó a pasar la noche, pero Ninka tenía *«la bandera roja»…* y el viejo la estuvo atormentando todo el tiempo. Y Ninka rompió a llorar y escapó.

—Basta, Niura, aburres –dijo frunciendo el ceño Platónov–.

—No rajes –le ordenó Tamara en su jerga–.

Pero a la desatada Niura no había quien la detuviera.

—Y Ninka dijo: «Yo no me quedo con él por nada del mundo, aunque me hagan pedazos… Me ha llenado entera de baba». Claro,

el viejo fue a quejarse al portero y, claro, el portero empezó a pegar a Ninka. Serguéi Ivánich me estaba escribiendo una carta para enviarla a mi casa, al pueblo, y en cuanto escuchó que Ninka gritaba…

—Zoia, ¡tápale la boca! –dijo Platónov–.

—Enseguida saltó y… ¡zas!… –de repente Niura se encontró con la mano de Zoia cortándole el torrente de palabras que salían por su boca–.

Todos se rieron excepto Borís Sobáshnikov, que entre las carcajadas murmuró con desprecio: *«Oh, chevalier sans peur et sans réproche!»*[20].

Ya estaba lo suficientemente borracho, de pie, apoyado en la pared en una postura desafiante, con las manos en los bolsillos del pantalón y mascando nervioso un cigarrillo.

—¿Quién es Ninka? –preguntó Ramsés con curiosidad–. ¿Está aquí?

—No, no está aquí. Es una muchacha pequeña de nariz respingona, ingenua y siempre está enfadada –dijo Platónov, y de repente se echó a reír franca y espontáneamente–. Discúlpenme, me ha venido a la cabeza –explicó entre risas–, como si fuera ayer, la imagen del viejo corriendo asustado por el pasillo arrastrando su ropa y los zapatos. Con ese aspecto angelical que tiene; sé hasta dónde trabaja e incluso todos ustedes lo conocen. Pero lo más divertido fue cuando llegó al salón y por fin se sintió a salvo, imagínenselo allí sentado en una silla poniéndose los pantalones sin atinar por cuál de las perneras y berreando en todo el local: «¡Es una vergüenza! ¡Qué antro infame! ¡Lo sacaré todo a relucir! ¡Mañana mismo… en veinticuatro horas…!». ¿Se dan cuenta? Esa impotencia penosa y sus gritos de amenaza eran tan desternillantes que hasta el sombrío Simeón se echó a reír. Y, por cierto, volviendo a Simeón; lo que digo es que la vida te desconcierta, te pone siempre en una encrucijada con su extraño caos y sus incoherencias. Se pueden decir miles de palabras altisonantes sobre proxenetas, pero nunca se nos ocurriría imaginar a uno como Simeón. ¡Así de variopinta es la vida! O pongamos como ejemplo también a la dueña de aquí, Anna Márkovna. Esa chupasangre, hiena, arpía y todo lo

que quieran decir… es, sin embargo, la madre más tierna que uno pueda imaginarse. Tiene una sola hija, Berta, que ahora está en quinto curso del liceo. Si vieran ustedes con cuánta cautela, con cuánta atención y preocupación se esfuerza Anna Márkovna para que su hija no llegue, por casualidad, a enterarse de su oficio. Todo lo hace por y para Bertita.

»En su presencia no se atreve ni siquiera a hablar, teme que se le escape algo de su vocabulario de madama y exprostituta; la mira a los ojos, se comporta servilmente, como una criada vieja, como una nodriza tonta y fiel, como un leal caniche decrépito y sarnoso. Hace ya tiempo que debía haberse retirado: dinero tiene, su trabajo aquí es duro y fatigoso, y tiene ya una edad respetable. Pero no: necesita otros mil más para esto, y mil más para lo otro, y más… todo para Bertita.

»Y Bertita tiene caballos, Bertita tiene una institutriz inglesa, cada año llevan a Bertita al extranjero; Bertita posee diamantes por cuarenta mil… ¡Vete a saber de quién serán esos diamantes! Y, de verdad, estoy más que seguro, sé con certeza, que, para la felicidad de Bertita, no…, ni siquiera para su felicidad. Supongamos que a Bertita le sale un simple padrastro en una uñita del dedo; pues bien, para que ese padrastrito se le quite, ¡imagínese por un segundo la posibilidad de tal situación! Anna Márkovna, sin pestañear, vendería a nuestras hermanas e hijas a la depravación, nos contagiaría a todos y a nuestros hijos de sífilis. ¿Y qué? ¿Dirían que es un monstruo? Yo diría que la mueve el mismo amor enorme, irracional, ciego y egoísta que nos hace a todos llamar «santas mujeres» a nuestras madres.

—¡Pare el carro! –comentó Borís Sobáshnikov entre dientes–.

—Perdón: no estaba comparando a las personas, solo generalizaba la fuente original del sentimiento. Igual podría poner como ejemplo el amor abnegado de las madres-animales. Pero veo que he empezado un tema aburrido. Mejor lo dejamos.

—No, termine lo que estaba diciendo –objetó Lijonin–. Presiento que tenía en mente una idea completa.

—Y muy sencilla. Hace un momento, el profesor me ha preguntado si yo observaba la vida de aquí con algún objetivo

literario. Y yo solo quería decir que sé ver, pero precisamente no sé observar. Les he puesto como ejemplo a Simeón y a la madama. No sé por qué, pero siento que en ellos se esconde una realidad terrible e insuperable de la vida; en cambio, no sé cómo contarla ni cómo mostrarla, no soy capaz de hacerlo. Para ello se necesita tener la gran habilidad de saber elegir alguna nimiedad, un detalle insignificante y descartable, y obtener de él una verdad espantosa que deje al lector tan asustado que se olvide de cerrar la boca. La gente busca lo terrible en las palabras, en los gritos, en los gestos; yo, por ejemplo, cuando leo la descripción de algún pogromo, de una paliza en la cárcel o de una represión, cuando se describe a los policías, como siervos de la arbitrariedad, *opríchniki*[21] de la modernidad, que caminan cubiertos de sangre hasta las rodillas, o como sea que se escriba en estos casos; por supuesto, lo veo indignante, doloroso y repugnante, pero esas líneas las leo y las concibo con la mente, no con el corazón. Sin embargo, una mañana, caminando por la calle Lebiazhaia, vi a una multitud reunida, en medio de la cual había una niña de cinco años que, al parecer, se había separado de su madre y se había perdido, o tal vez su madre la había abandonado. Y delante de la niña había un policía, en cuclillas. Este le preguntaba cómo se llama, de dónde es, cómo se llama su padre y cómo se llama su madre. El pobre estaba sudando por el esfuerzo, con el gorro en la nuca, la enorme cara bigotuda tan bondadosa, compasiva e indefensa, y la voz cariñosísima. ¿Qué creen que pasó al final? Como la niña estaba muy alterada, ya se había quedado sin voz de tanto llorar y se asustaba de todo, él, ese mismo policía que era el que estaba de guardia, extendió sus dos dedos negros y callosos, el índice y el meñique, y empezó con gestos a cantarle a la niña el juego de la cabra que embiste: *«¡Con los cue-e-e-ernos te embestiré, con las patas te aplastaré!».* Y entonces, mientras miraba aquella tierna escena y pensaba que en media hora ese mismo policía estaría en la comisaría pateándole la cara y el pecho a un hombre al que nunca en su vida había visto y cuyo delito le era completamente desconocido, ¡entonces, ya me entienden!, me invadió una sensación indescriptible de verdadero horror y angustia. No con la mente, sino con el corazón. Qué maldita

confusión es esta vida. ¿Bebe conmigo el coñac, Lijonin?

—¿Quiere que nos tuteemos? –propuso de repente Lijonin–.

—De acuerdo. Pero sin besitos, ¿vale? A tu salud, querido… He aquí otro ejemplo. He leído en un clásico francés una descripción magnífica de los pensamientos y emociones de un hombre condenado a muerte; narrada de forma grandilocuente, intensa y brillante, pero yo lo leo y… bueno, no me causa ninguna impresión: ni emoción, ni indignación, solo aburrimiento. En cambio, hace unos días me topé con una breve nota periodística sobre cómo ejecutaron a un asesino en algún lugar de Francia. El fiscal, que estaba presente durante el último aseo del criminal, ve que este se pone los zapatos en los pies descalzos y: «¡Estúpido!», le recuerda, «¿y las medias?». Y este lo mira y le dice pensativo: «¿Vale la pena?». ¿Entienden? ¡Esas dos breves réplicas me impactaron como una pedrada en la cabeza! De repente, se reveló ante mí todo el horror y toda la estupidez de la muerte violenta… O aquí hay otra sobre la muerte. Murió un amigo mío, capitán de infantería, un borrachín, vagabundo y el hombre más amable del mundo. Lo llamábamos, no sé por qué, «capitán Eléctrico». Yo estaba cerca en ese momento y tuve que vestirlo para su último desfile. Tomé su uniforme y empecé a colocarle las charreteras. Verán: por el ojal de los botones de las charreteras se pasa un cordoncillo, luego los dos extremos de ese cordón se hacen pasar por dos orificios bajo el cuello y se anudan por dentro, desde la entretela. Pues bien, hice todo ese procedimiento y al final me puse a atar el cordón con un lazo y, ¿saben?, no lograba que saliera bien: o quedaba demasiado flojo, o un extremo era demasiado corto. Intentaba ver cómo solucionar esa minucia y, de pronto, se me ocurrió la idea más extrañamente sencilla: sería mucho más fácil y rápido atarlo con un nudo, «total, nadie lo va a desatar». Y al instante, sí, sentí la muerte con todo mi ser. Hasta entonces había visto los ojos vidriosos del capitán, había palpado su frente fría y, sin embargo, no había llegado a percibir la muerte; fue solo cuando pensé en ese nudo que todo mi ser fue atravesado y aplastado por la simple y triste conciencia de la pérdida irremediable e ineludible de todas nuestras palabras, nuestros hechos y sensaciones, de la desaparición de todo lo que

conocemos… Y podría relatar cientos de esas pequeñas pero conmovedoras anécdotas… Solo tomando como ejemplo lo que sintieron muchos en la guerra… Pero quiero llevar mi idea a una sola conclusión. Todos pasamos por alto esos detalles tan característicos, como ciegos, sin ver que yacen a nuestros pies. Hasta que llega un artista, observa, recopila esos ínfimos fragmentos de vida y les da luz con tanta habilidad que todos quedamos boquiabiertos. «¡Oh, Dios mío!», decimos, «¡Si eso lo he visto yo mismo, en persona! Solo que nunca se me ocurrió prestarle tanta atención». Pero nuestros artistas rusos de la palabra, los más concienzudos y sinceros del mundo, por alguna razón han evitado hasta ahora la prostitución y los burdeles. ¿Por qué? La verdad, me cuesta responder a eso. Quizá por repugnancia, por cobardía, por miedo a ser tachados de escritores pornográficos o, simplemente, por temor a que nuestra crítica, tan dada al amiguismo y al chismorreo, identifique la obra artística del escritor con su vida personal y se dedique a hurgar en sus trapos sucios. O tal vez les falte tiempo, dedicación o autocontrol para sumergirse de lleno en esta vida y observarla bien de cerca, sin prejuicios, sin frases grandilocuentes, sin compasión inútil, en toda su monstruosa simplicidad y vulgar rutina. Ah, qué libro tan enorme, impactante y veraz resultaría.

—¡Pero sí que escriben! –comentó Ramsés a regañadientes–.

—¡Claro que escriben! –repitió Platónov en tono aburrido–. Pero todo es o mentira, o tratado con efectos teatrales para niños pequeños, o con un simbolismo astuto, comprensible solo para los sabios del futuro. Nadie ha tocado aún la vida misma. Un gran escritor, un hombre con un alma límpida y un talento pictórico extraordinario, abordó una vez este tema, y todo lo que pudo captar su mirada quedó reflejado en su alma como en un espejo milagroso. Pero no se atrevió ni a mentir ni a asustar a la gente. Solo con mirar el pelo del portero, áspero como el de un perro, pensó: «Él también tuvo que tener una madre». Deslizó su inteligente y precisa mirada por los rostros de las prostitutas y solo las retrató, mas no se atrevió a escribir sobre lo que no sabía. Lo notable es que este mismo escritor, fascinante por su honestidad y veracidad, se había fijado más de una vez también en los *mujiks.* Pero sintió que tanto la

lengua como la mentalidad y el alma del campesinado le resultaban oscuras e impenetrables… Y con un tacto admirable se apartó humildemente del lado del alma de esas gentes y todo el acervo de sus magníficas observaciones lo reflejó a través de la mirada de las personas de ciudad. Lo he mencionado a propósito. Verán, aquí se escribe sobre detectives, abogados, inspectores de impuestos, pedagogos, fiscales, policías, oficiales, damas voluptuosas, ingenieros, barítonos; y se escribe, lo sé muy bien, con inteligencia, sutileza y talento. Pero todas estas personas son escoria, y sus vidas no son vidas, sino una especie de delirio fantasmagórico e innecesario de la cultura mundial. Sin embargo, existen dos realidades extrañas, tan antiguas como la propia humanidad: la prostituta y el *mujik.* Y no sabemos nada de ellas, salvo algunas imágenes edulcoradas, dulces y burlonas en la literatura. Les pregunto: ¿qué ha sacado la literatura rusa de toda la pesadilla de la prostitución? Solo a Sóniechka Marmeládova[22]. ¿Qué ha dado sobre el *mujik,* aparte de escritos pastorales populistas, falsos y repugnantes? Una sola cosa, solo una, pero sin duda la obra más grande del mundo, una tragedia impresionante, cuya veracidad te deja sin aliento y te pone los pelos de punta. Sabéis de lo que estoy hablando…

—«Cuando la garra queda atrapada…»[23] –susurró Lijonin–.

—Sí –respondió el periodista mirando al estudiante con gratitud y afecto–.

—Bueno, en cuanto a Sóniechka, se trata de un arquetipo abstracto –observó Yárchenko con seguridad–. Por así decirlo, un esquema psicológico…

Platónov, que hasta entonces había estado hablando con desgana, con dejadez, de repente se enfureció:

—¡He oído esa opinión cien veces, cientos de veces! Y no es cierto en absoluto. Bajo una profesión grosera y obscena, bajo palabras malsonantes, bajo una apariencia de borracha y desagradable, ¡Sóniechka Marmeládova es un alma que sigue viva! Encarna el destino de la prostituta rusa, ¡tan trágico, lamentable, sangriento, ridículo y estúpido! Un camino en el que se entrelaza todo lo que nos es característico: el Dios ruso, la generosidad y la

despreocupación rusas, la desesperación rusa en la caída, la incultura rusa, la ingenuidad rusa, la paciencia y la desvergüenza rusas. De hecho, todas ellas a las que lleváis a vuestros dormitorios, miradlas, miradlas bien, porque todas ellas son niñas, porque todas tienen once años. El destino las empujó a la prostitución y, desde entonces, viven una vida extraña, fantástica, de juguete, sin desarrollarse, sin enriquecerse con la experiencia, ingenuas, confiadas, caprichosas, sin saber qué dirán o harán dentro de media hora, como niñas. He visto esa infantilidad luminosa y divertida en las chicas más decadentes, más viejas, tan gastadas y mutiladas como los caballos de los carreteros. Y nunca muere en ellas esa impotente compasión, esa inútil empatía por el sufrimiento humano… Por ejemplo…

Platónov miró lentamente a todos los presentes y, de repente, haciendo un gesto con la mano, dijo con voz cansada:

—Pero, en fin… ¡Al diablo! Hoy he hablado como para diez años… Y todo esto no sirve para nada.

—Serguéi Ivánovich, de verdad, ¿por qué no intenta escribirlo usted mismo? –preguntó Yárchenko–. Está tan concentrado en este tema.

—¡Lo he intentado! –respondió Platónov con una sonrisa triste–. Pero no sale nada. Empiezo a escribir y enseguida me pierdo en diferentes «qué», «cuál», «era». Los epítetos resultan vulgares. Las palabras se enfrían en el papel. Es como goma de mascar. ¿Sabe? Una vez pasó por aquí Terekov… Ese… famoso… Fui a verlo y le conté muchas cosas sobre la vida de aquí, que no le voy a contar por miedo a aburrirlo. Le pedí que utilizara mi material. Me escuchó con mucha atención y esto es lo que me dijo textualmente: «No se ofenda, Platónov, si le digo que no hay casi ninguna persona que haya conocido en mi vida que no me haya dado temas para novelas y relatos, o me haya enseñado sobre qué escribir. El material que me ha proporcionado es inmenso en cuanto a su significado y peso. Pero ¿qué puedo hacer con él? Para escribir un libro tan colosal como el que usted tiene en mente, no bastan las palabras ajenas, por muy precisas que sean, ni siquiera las observaciones tomadas con un cuaderno y un lápiz. Hay que sumergirse en esta vida, sin

fingir sabiduría, sin pensamientos literarios ocultos. Entonces saldrá un libro terrible». Sus palabras me desanimaron y, al mismo tiempo, me dieron alas. Desde entonces creo que, no ahora, no pronto, quizá dentro de cincuenta años, pero llegará un escritor genial y precisamente ruso que absorberá todas las penurias y toda la inmundicia de esta vida y nos las devolverá en forma de imágenes sencillas, sutiles e inmortalmente ardientes. Y todos diremos: «Pero si todo esto lo hemos visto y lo sabíamos nosotros mismos, ¡no podíamos imaginar que fuera tan horrible!». Creo de todo corazón en ese artista que está por llegar.

—¡Amén! –dijo Lijonin con seriedad–. Bebamos por él.

—Ay, por Dios –respondió de repente Manka «la Pequeña»–. Ojalá alguien escribiera la verdad sobre cómo vivimos aquí, malditos desgraciados…

Llamaron a la puerta y, al instante, entró Zhenia con su brillante vestido naranja.

X

Desenvuelta, con aire de independencia, como si fuera la primera de la casa, saludó a todos los hombres y se sentó junto a Serguéi Ivánovich detrás de su silla. Acababa de liberarse de aquel alemán con el uniforme de una sociedad benéfica que al principio de la tarde había elegido a Mania «la Blanquita» y después la cambió –siguiendo la recomendación de la gobernanta– por Pasha. Pero, al parecer, la belleza brava y segura de Zhenia le había calado en lo más profundo de su lascivo corazón, por lo que, después de vagar durante unas tres horas por cervecerías y restaurantes, se armó de valor y volvió al local de Anna Márkovna, esperó hasta que el cliente de Zhenia –Karl Kárlovich, el de la óptica– se marchara y se fue con ella a la habitación.

Tamara le preguntó con la mirada, sin pronunciar palabra. Zhenia frunció el rostro con asco, se le estremeció la espalda y solo asintió con la cabeza.

—Se ha ido… ¡Brrr!

Platónov distinguía a Zhenia de entre las demás chicas y casi la respetaba por su carácter fuerte, inflexible y descaradamente burlón. La observaba con especial atención. Y esa noche, volviendo la cabeza de vez en cuando, al mirarla sentía –por sus ojos ardientes y hermosos, por el rubor insano e irregular de sus mejillas, por los labios mordidos y resecos– que en la joven se agitaba con fuerza y la asfixiaba un gran resentimiento acumulado. Y pensó entonces (y más tarde lo recordaba a menudo) que nunca había visto a Zhenia tan deslumbrante y hermosa como aquella noche. También se percató de que todos los hombres presentes en la sala, salvo Lijonin, la miraban –unos abiertamente, otros de reojo o como sin querer– con curiosidad y deseo contenido. La belleza de esa mujer, unida a la idea de su fácil accesibilidad, les excitaba la imaginación.

—Algo raro te pasa, Zhenia –dijo Platónov en voz baja–.

Ella le acarició apenas la mano con los dedos.

—No hagas caso. Son… cosas de mujeres. No te interesarán.

Enseguida se volvió hacia Tamara y empezó a hablarle con rapidez y apasionamiento en una jerga adquirida, que era una mezcla salvaje de lenguas hebrea, gitana y rumana con palabrejas de ladrones y cuatreros.

—Cierra el pico, no te desparrames, aquí tenemos a un tipo que lo pilla todo –la interrumpió Tamara, sonriendo y señalando con los ojos al reportero–.

Efectivamente, Platónov la había entendido. Zhenia, indignada, estaba contando que aquella tarde y noche, por la avalancha de clientela barata, a la pobre Pasha la habían llevado a la habitación más de diez veces, siempre distintos hombres. Y que justo en ese momento había sufrido un ataque de histeria y terminó desmayándose. Apenas lograron reanimarla y darle unas gotas de valeriana con un trago de alcohol, Emma Eduárdovna volvió a enviarla al salón. Zhenia había intentado interceder por su amiga, pero la gobernanta la insultó y la amenazó con un castigo.

—¿De qué habla? –preguntó desconcertado Yárchenko, levantando las cejas–.

—No se preocupe… nada especial… –respondió Zhenia con la voz todavía alterada–. Cosas nuestras, pequeñeces familiares… Serguéi

Iványich, ¿me da un poco de su coñac?

Se sirvió medio vaso y se lo bebió de un trago, dilatando sus finas fosas nasales.

Platónov se levantó en silencio y fue hacia la puerta.

—No hace falta, Serguéi Iványich. Déjelo… –lo detuvo Zhenia–.

—¿Y por qué no? –replicó el reportero–. Voy a hacer algo muy simple e inocente: traeré aquí a Pasha y, si es necesario, pagaré por ella. Que se acueste un rato en el diván y descanse… Niura, corre, ve a por una almohada.

Apenas se cerró la puerta tras su ancha y torpe figura enfundada en el traje gris, Borís Sobáshnikov comenzó a decir con un brusco desprecio:

—¿Para qué demonios, señores, hemos metido en nuestro grupo a este tipo de la calle? No hacía falta mezclarse con semejante chusma. ¡Quién sabe quién será! Quizá incluso un soplón. ¿Quién puede responder por él? Siempre igual contigo, Lijonin.

—Boria, ¿y qué peligro ves tú en un soplón? –replicó bondadosamente Lijonin–.

—No fue Lijonin, fui yo quien lo presentó a todos –dijo Ramsés–. Lo conozco como un hombre decente y buen camarada.

—¡Bah! Tonterías. Buen camarada para beber a costa de otros. ¿Acaso no se dan cuenta ustedes mismos de que es el típico habitual de un burdel? Y lo más probable es que sea simplemente un gancho de la casa, al que pagan comisión por las consumiciones que consigue de los clientes.

—Déjalo ya, Boria. Es ridículo –le respondió con reproche Yárchenko–.

Pero Boria no podía dejarlo. Tenía la desgraciada peculiaridad de que la embriaguez no afectaba ni a sus piernas ni a su lengua, pero le ponía de mal humor, susceptible, y lo empujaba a discusiones. Y Platónov llevaba tiempo irritándolo con su tono despreocupado y sincero, confiado y serio, tan poco acorde al ambiente de un reservado de un burdel. Pero lo que más enfurecía a Sobáshnikov era la aparente indiferencia con la que el reportero pasaba por alto sus maliciosas intervenciones en la conversación.

—Y, encima, ese tono que se permite usar con nosotros –

continuaba hirviéndole la sangre a Sobáshnikov–. Ese aplomo, esa condescendencia, ese aire de profesor… ¡Un miserable escribidor de tres al cuarto! ¡Un rácano!

Zhenia, que no apartaba los ojos del estudiante y jugaba divertida y maliciosamente con el brillo oscuro de su mirada, de repente aplaudió.

—¡Eso es! ¡Bravo, estudiantito! ¡Bravo, bravo, bravo!… ¡Así se hace! De verdad, ¡cómo se atreve! En cuanto vuelva, se lo repetiré todo en su cara.

—¡Pue-e-des hacerlo! ¡Cuantas veces quieras! –dijo Sobáshnikov, arrastrando las palabras con teatralidad y haciendo muecas de arrogante desdén con la boca–. Yo mismo repetiré lo que he dicho.

—¡Sí que eres valiente, casi me enamoras! –exclamó Zhenia alegre. Y, con rabia, golpeando la mesa con el puño añadió–: «¡Se conoce al águila por el vuelo, al niño por los mocos!».

Mania «la Blanquita» y Tamara la miraron con asombro, pero, al notar las chispeantes llamaradas en sus ojos y el nervioso temblor de su nariz, ambas comprendieron y sonrieron.

Mania «la Blanquita», riendo, movió la cabeza en señal de reproche. Ese rostro lo tenía siempre Zhenia cuando su alma turbulenta presentía que se avecinaba, provocado por ella misma, un escándalo.

—No te irrites, Bórenka –dijo Lijonin–. Aquí todos somos iguales.

Llegó Niura con la almohada y la puso sobre el diván.

—¿Y eso para qué? –le gritó Sobáshnikov–. ¡Fuera! Llévatela ahora mismo. Esto no es un albergue.

—Déjala, corazón. ¿Qué te cuesta? –replicó Zhenia con voz dulce, y escondió la almohada tras la espalda de Tamara–. Espera, cariñito, mejor me siento contigo.

Rodeó la mesa, obligó a Borís a sentarse en una silla y ella misma se colocó en sus rodillas. Rodeándole el cuello con un brazo, lo besó en la boca tan fuerte y tan prolongadamente que dejó al estudiante sin aliento. Justo delante de los suyos pudo ver los ojos de la mujer: extrañamente grandes, oscuros, brillantes, borrosos e inmóviles. Durante una fracción de segundo, por un instante, le pareció que esos ojos inertes reflejaban una expresión de odio agudo y frenético;

un escalofrío de terror, un sutil presagio de alguna inevitable y terrible desgracia cruzó por la mente del estudiante. Con dificultad apartó de sí los flexibles brazos de Zhenia y la empujó, diciendo entre risas, ruborizado y con respiración agitada:

—¡Vaya temperamento! ¡Ah, Mesalina de tres al cuarto!… Creo que te llamas Zhenka, ¿no? Hermosa bribona.

Regresó Platónov con Pasha. Era lamentable y repugnante mirarla. Su rostro mostraba los rasgos del desgaste, pálido con un tono azulado e hinchado; los ojos turbios, entrecerrados, esbozaban una débil sonrisa sin sentido; los labios entreabiertos parecían dos trapos rojos, húmedos y deshilachados; y se movía con un caminar inseguro y torpe, dando un paso grande con una pierna y, con la otra, uno pequeño. Obediente, se acercó al diván y obediente se tumbó apoyando la cabeza en la almohada, sin dejar de sonreír con un leve gesto de loca. Se notaba que tenía frío.

—Disculpen, señores, me voy a quitar la chaqueta –dijo Lijonin y la echó sobre los hombros de la prostituta–. Tamara, dale chocolate y vino.

Borís Sobáshnikov volvió a ponerse de pie en un rincón, con una pose afectada, cruzando una pierna sobre la otra y con la cabeza echada hacia atrás. De pronto, en medio del silencio general, dijo en un tono de lo más petulante, dirigiéndose directamente a Platónov:

—Eh… escúcheme… usted como se llame… Esta debe de ser su amante, ¿eh? –Y señaló con la punta de la bota en dirección a Pasha–.

—¿Quéé́é? –preguntó alargándose Platónov, frunciendo el ceño–.

—O usted es su amante, eso da lo mismo… ¿Cómo se llama ese puesto aquí? Ya sabe, el de esos a los que las mujeres les bordan camisas y con los que comparten su honrada ganancia… ¿Eh?

Platónov lo miró con una mirada dura y tensa a través de los párpados entrecerrados.

—Escuche –dijo en voz baja, ronca, pronunciando cada palabra lentamente y con énfasis–. No es la primera vez hoy que busca pelea conmigo. Pero, primero: aunque tenga usted aspecto sobrio, está borracho y de muy mala manera; y segundo: lo perdono por sus compañeros. Sin embargo, le advierto: si se le ocurre volver a

hablarme así, quítese las gafas.

—¿Qué tontería es esa? –exclamó Borís, encogiéndose de hombros y resoplando por la nariz–. ¿Qué gafas? ¿Por qué las gafas? –De forma automática, con dos dedos extendidos, se ajustó la montura de los quevedos sobre el puente de la nariz–.

—Porque del golpe le romperé los cristales y pueden irle al ojo –dijo con indiferencia el reportero–.

Pese a lo inesperado del giro que había tomado la disputa, nadie rio. Solo Mania «la Blanquita» sorprendida lanzó un «¡Ay!», dando una palmada. Zhenia mostraba una ansiosa impaciencia, llevando la mirada de uno a otro.

—¡Pues supongamos que así fuera! Yo también puedo devolver el golpe de modo que no le agrade –gritó Sobáshnikov bruscamente, casi como un crío–. Pero no vale la pena ensuciarse las manos con cualquier… –quiso añadir un insulto, pero no se atrevió–, con cualquiera… Y en general, camaradas, no tengo intención de quedarme aquí más. Estoy demasiado bien educado para confraternizar con semejantes sujetos.

Se encaminó rápido y altivo hacia la puerta.

Le tocó pasar muy cerca de Platónov, que, con el rabillo del ojo, como un animal, seguía cada uno de sus movimientos. Por un instante, al estudiante se le cruzó la idea de golpearlo de improviso, por el lado, y apartarse enseguida: los compañeros seguramente los habrían separado antes de que se armara pelea. Pero en ese momento, casi sin mirar al reportero, por un instinto profundo e inconsciente, vio y sintió esas anchas manos reposando tranquilamente sobre la mesa, aquella cabeza obstinadamente inclinada con la frente amplia y todo el cuerpo torpe pero fuerte de su adversario encorvado y relajado en la silla, aunque preparado a cada segundo para un rápido y terrible empuje. Y Sobáshnikov salió al pasillo, dando un portazo tras de sí.

—Menos bulto, más claridad –se apresuró a decir Zhenia con sorna–. Tamárochka, sírveme más coñac.

Entonces se levantó Petrovski, el estudiante alto, y consideró necesario defender a Sobáshnikov.

—Como quieran, señores, es asunto de cada cual, pero yo, por

principios, me voy con Borís. Tal vez él se haya equivocado y demás, podemos reprochárselo en privado, pero ya que han ofendido a nuestro camarada, yo no puedo quedarme aquí. Me voy.

—¡Ay, Dios mío! –exclamó Lijonin, rascándose la sien con fastidio y nerviosismo–. Pero si Borís se ha comportado todo el tiempo de un modo grosero, vulgar y estúpido. ¿Qué clase de código de honor corporativo es este, vamos a ver? Salimos todos juntos en solidaridad de las asambleas políticas, de las redacciones de los periódicos, ¡y ahora también con los burdeles! No somos oficiales para tener que andar encubriendo las tonterías de cada camarada.

—Da lo mismo, como quieran, pero yo me voy por solidaridad –dijo solemnemente Petrovski y salió–.

—¡Que te vaya bien! –le gritó Zhenia mientras se alejaba–.

¡Pero cuán intrincados y oscuros son los caminos del alma humana! Ambos –Sobáshnikov y Petrovski– actuaron en su indignación con cierta sinceridad, pero el primero solo a medias y el segundo apenas a un cuarto. A Sobáshnikov, a pesar de su borrachera y de su ira, no dejaba de rondarle en la cabeza la tentadora idea de que ahora le sería más fácil y cómodo, sin los compañeros, llamar aparte a Zhenia y quedarse a solas con ella. Y Petrovski, con la misma intención y pensando también en Zhenia, siguió a Borís para pedirle prestados tres rublos. En el salón principal se pusieron de acuerdo, y al cabo de diez minutos, por la puerta entreabierta del reservado, asomó su carita bizca, rosada y astuta la gobernanta Zosia.

—Zhénechka –la llamó–, ven, que te han traído la ropa interior, ve a revisarla. Y tú, Niura, el actor pide que vayas un momento a tomar champaña con él. Está con Henrietta y con Mania «la Grande».

La rápida y absurda disputa de Platónov con Borís siguió siendo tema de conversación largo rato. El reportero siempre, en casos semejantes, sentía vergüenza, incomodidad, compasión y remordimientos. Y pese a que todos los presentes estaban de su parte, dijo con la voz cansada:

—Caballeros, de verdad, será mejor que me vaya. ¿Para qué voy a estropear su reunión? Los dos tuvimos culpa. Me voy. No se preocupen por la cuenta, ya la he pagado toda a Simeón cuando fui

a por Pasha.

Lijonin, de pronto, se alborotó el cabello y se levantó resuelto.

—No, maldita sea, los traeré a rastras de vuelta. Palabra de honor, que los dos son buenos chicos –Borís y Vaska–. Pero aún son jóvenes y le ladran a su propia sombra. Iré por ellos y le aseguro que Borís se disculpará.

Se marchó, pero regresó cinco minutos después.

—Están apaciguándose –dijo sombríamente y agitó la mano con resignación–. Los dos.

XI

En ese momento entró Simeón con una bandeja donde había dos copas de vino espumoso dorado y una enorme tarjeta de visita.

—Perdonen la molestia… ¿quién de los presentes es el señor Gavrila Petróvich Yárchenko? –preguntó con voz ceremoniosa–.

—¡Servidor! –contestó Yárchenko–.

—Aquí tiene… la envía el señor actor.

Yárchenko cogió la tarjeta, ilustrada con una enorme corona marquesal en la parte superior, la levantó con gesto teatral y leyó:

Evgueni Poluéktovich
EGMONT-LAVRETSKI
Actor dramático de los teatros de la capital

—Es extraordinario –ironizó Volodia Pávlov–, todos los «Garricks»[24] rusos tienen nombres de lo más estrafalarios: Jrisánfov, Fetísov, Mamántov, Epimájov…

—Y encima –añadió el reportero– los más famosos siempre, o arrastran la erre, o sesean, o tartamudean.

—Sí, pero lo más curioso es que yo no tengo el honor de conocer a este «actor de los teatros de la capital». Aunque esperen… detrás hay algo escrito. A juzgar por la letra, lo garabateó alguien bastante borracho y con poca escuela: *«Bevo…»,* con v y no con b –aclaró Yárchenko mientras leía en voz alta–, «*bevo* a la salud del luminar

de la ciencia rusa Gavrila Petróvich Yárchenko, a quien por fortuna vi de pasada en el pasillo. Me encantaría brindar personalmente. Y si no me recuerda, acuérdese del Teatro Popular, de *La pobreza no es un vicio* y del modesto actor que hacía de Afrikán». Sí, es cierto –dijo Yárchenko–. Me liaron para organizar aquella función benéfica en el Teatro Popular. Creo recordar vagamente algún rostro altivo y bien afeitado, pero… ¿qué hacemos, caballeros?

Lijonin respondió con buen humor:

—Pues tráiganlo aquí. A lo mejor resulta gracioso.

—¿Y usted? –preguntó el *privatdozent* a Platónov–.

—Me da lo mismo. Lo conozco un poco. Primero gritará: «¡Camarero, champaña!», luego llorará por su mujer, que es, según él, un ángel; después soltará un discurso patriótico y, al final, montará un escándalo por la cuenta, aunque no demasiado ruidoso. Pero, bueno, tiene su gracia.

—Que venga –dijo Volodia Pávlov, desde detrás del hombro de Katia, que estaba sentada en su regazo, balanceando las piernas–.

—¿Y tú, Veltman?

—¿Eh? –se sobresaltó el estudiante. Estaba sentado en el diván, de espaldas a sus compañeros, junto a la recostada Pasha, inclinado sobre ella, desde hacía rato le acariciaba amistosa y compasivamente, ora los hombros, ora el pelo sobre la nuca. Ella ya le sonreía con aquella sonrisa suya tímida y desvergonzada a la vez, sin sentido y ardientemente apasionada, entre las pestañas medio entornadas y temblorosas–. ¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Ah, sí! ¿Si se puede traer aquí al actor? No tengo nada en contra. Adelante…

Yárchenko envió la invitación a través de Simeón, el actor acudió enseguida y comenzó de inmediato su habitual representación.

Se detuvo en el umbral, iba vestido con una levita larga de brillantes solapas de seda y un sombrero de copa reluciente que sostenía con la mano izquierda a la altura del pecho, exactamente como lo haría un actor en escena representando a un maduro dandi aristócrata o a un director de banco. O al menos esos eran los personajes que él se imaginaba interiormente.

—¿Me permitirían, caballeros, irrumpir en su reducida compañía? –preguntó con voz tierna y empalagosa, inclinándose un poco de lado

en una media reverencia–.

Lo invitaron a pasar y comenzó a presentarse. Al estrechar la mano, sacaba el codo exageradamente hacia adelante y lo levantaba tan alto que la muñeca quedaba muy por debajo. Ahora ya no era el director de banco, se había transformado en un gallardo y desenvuelto mozo, deportista y calavera, típico juerguista de la alta sociedad. Pero su rostro –con las cejas hirsutas y salvajes, y los párpados desnudos, sin pestañas– era un rostro vulgar, duro y ruin, típico de un alcohólico, un libertino y un hombre mezquinamente cruel. Habían entrado con él dos damas: Henrietta –la más veterana de las muchachas de la casa de Anna Márkovna, experimentada, acostumbrada a todo, curtida como una vieja yegua de molino, dueña de una voz grave y profunda, pero todavía una mujer hermosa– y Manka «la Grande» o Manka «la Cocodrilo». Henrietta estaba desde la noche anterior sin separarse del actor, que la había llevado del burdel a un hotel.

El actor se sentó junto a Yárchenko y de inmediato comenzó a interpretar un nuevo papel: se transformó en una especie de viejo terrateniente bonachón, que había pasado por la universidad y que ahora no podía mirar a los estudiantes sin sentir una silenciosa ternura paternal.

—Créanme, caballeros, que entre la juventud me descansa el alma de todas esas miserias de la vida –decía, forzando en su rostro duro y vicioso una expresión de conmoción exagerada y poco creíble, propia de un actor–. Esa fe en el ideal sagrado, esos nobles impulsos… ¿qué puede haber más elevado y más puro que nuestro estudiantado ruso?… ¡Camarero, *champa-a-gne-e*! –gritó de repente con voz atronadora, dando un puñetazo en la mesa–.

Lijonin y Yárchenko no quisieron ser menos. Empezó la juerga. Dios sabe cómo, pero de pronto aparecieron en el reservado Mishka «el Cantor» y Kolka «el Contable», que al momento se pusieron a cantar con sus voces saltarinas:

Sien-te-e-en la ve-e-erdad,
y tú, auro-o-ora, más rá-á-ápido…

También apareció Vanka-Tentetieso, que acababa de despertarse. Con la cabeza inclinada dulcemente hacia un lado y poniendo en su arrugado rostro viejo de don Quijote unos ojillos estrechos, llorosos y melosos, hablaba con tono suplicante y persuasivo:

—Caballeros estudiantes… inviten a este viejito… Por Dios que adoro la educación… ¡Tengan la bondad!

Lijonin estaba encantado con todos, pero Yárchenko, al principio –hasta que el champaña se le subió a la cabeza–, solo arqueaba sus cortas cejas negras con una expresión asustada, sorprendida e ingenua. De pronto, el reservado se volvió estrecho, lleno de humo, ruidoso y sofocante. Simeón cerró con estrépito los postigos por fuera con los cerrojos. Las mujeres, apenas se liberaban de alguna visita o en los intervalos entre los bailes, entraban en la sala, se sentaban en las rodillas de alguno, fumaban, cantaban a coro desordenado, bebían vino, se besaban y luego volvían a irse… y otra vez regresaban. Los dependientes del Kereshkovski, ofendidos porque las chicas prestaban más atención al reservado que al salón, intentaron armar un escándalo y quisieron entrar en una encendida discusión con los estudiantes; pero Simeón los aplacó al instante con dos o tres palabras autoritarias, lanzadas de pasada.

Regresó de su cuarto Niura y, poco después, tras ella, Petrovski. Con gesto extremadamente serio, Petrovski explicó que durante todo ese tiempo había estado caminando por la calle, reflexionando sobre el incidente ocurrido y que, finalmente, había llegado a la conclusión de que el camarada Borís había estado efectivamente errado, pero que existía una circunstancia atenuante de su culpa: la embriaguez.

Luego apareció también Zhenia, pero sola: Sobáshnikov se había quedado dormido en su habitación.

El actor resultó tener un abismo de talentos. Imitaba con gran precisión el zumbido de una mosca atrapada por un borracho contra el cristal de una ventana, y también el sonido de una sierra; representaba de manera cómica, poniéndose de cara a la esquina, a una dama nerviosa hablando por teléfono; imitó el sonido de una canción de un disco de gramófono y, finalmente, representó con enorme viveza a un muchacho persa con un mono amaestrado –sosteniendo en la mano una cadena imaginaria y al mismo tiempo

enseñando los dientes, agachándose como un macaco, parpadeando con frecuencia y rascándose a ratos el trasero, a ratos el pelo de la cabeza–, mientras cantaba con voz nasal, monótona y triste, deformando las palabras:

El jovin cosaco al guierra se fue,
La jovinsita bajo la valla yase,
Ay-na, ay-na, ay-na-na-na, ay-na na-na-na.

Para terminar, tomó en brazos a Mania «la Blanquita», la envolvió con las solapas de su levita y, extendiendo la mano y poniendo cara de llanto, empezó a mover la cabeza inclinándola hacia los lados, tal como hacen los muchachitos morenos y mugrientos de Oriente que vagabundean por toda Rusia vestidos con capotes militares, con el pecho desnudo y de color bronce, llevando bajo la ropa a un monito sarnoso y tosedor:

—¿Y tú quién eres? –preguntó con severidad Katia «la Gorda», que conocía y adoraba esa broma–.

—¡Yo serbio, *siñoriiito*! –gimió el actor con voz nasal y lastimera–. ¡Regala *argo, siñoriiito*!

—¿Y cómo se llama tu monito?

—¡Matrioooshkaaa!… Él, *siñorito,* tiene hambre… él *queererrr* comeeer…

—¿Y tienes pasaporte?

—¡Nosotrooos serbiosss! ¡Da *argo, siñoriii-iiito*!

El actor resultó muy oportuno: enseguida provocó alboroto y levantó el ánimo que decaía. Y a cada momento gritaba con voz estentórea:

—¡Camarero, *champaaagneee*!

Simeón, ya acostumbrado a sus gritos, apenas le prestaba atención.

Empezó la verdadera juerga a lo ruso, ruidosa e incomprensible. Tolpyguin, el estudiante rubio de cara rosada y agraciada, se sentó al piano y se puso a tocar la seguidilla de *Carmen,* mientras Vanka «el Tentetieso» bailaba, al son de esa música, la danza folclórica *Kamárinskaya.* Alzando sus hombros delgados, ladeando todo el

cuerpo, con las manos caídas y los dedos extendidos, movía con gracia, en el sitio, sus piernas largas y delgadas. De pronto lanzaba un grito agudo, se alzaba y volvía a gritar al compás de su danza salvaje:

¡Ay! ¡Baila, Matvié,
no te den pena tus pies!…

—¡Eh, un baile como este bien vale un cuarto de rublo! –decía él, sacudiendo sus largos cabellos canosos–.

—¡Sienteeen la verdaaad! –vociferaban dos de los amigos, levantando con dificultad los párpados pesados sobre sus ojos turbios y enrojecidos–.

El actor comenzó a contar chistes obscenos, soltándolos como si los sacara de un saco, y las mujeres chillaban de entusiasmo, doblándose de la risa y dejándose caer contra los respaldos de las sillas.

Veltman, que llevaba rato susurrándole a Pasha, se escabulló disimuladamente del reservado aprovechando el bullicio y, al cabo de unos minutos, Pasha salió también, con su sonrisa callada, delirante y pudorosa.

Y, poco a poco, todos los demás estudiantes, salvo Lijonin, iban desapareciendo de la sala, unos a escondidas, otros con cualquier pretexto, y no volvían hasta pasado un buen rato. Volodia Pávlov quiso ir a mirar los bailes; a Tolpyguin le dolió la cabeza y pidió a Tamara que lo llevara a refrescarse; Petrovski, tras conseguir a escondidas tres rublos de Lijonin, salió al pasillo y desde allí mandó a la gobernanta Zosia en busca de Mania «la Blanquita». Ni siquiera el prudente y escrupuloso Ramsés pudo resistirse a la picante excitación que le había provocado la resplandeciente y morbosa belleza de Zhenia aquella noche. Dijo que por la mañana tenía un asunto urgente e inaplazable, que debía irse a casa y dormir al menos un par de horitas. Pero, al despedirse de sus camaradas, antes de salir del reservado, lanzó a Zhenia una mirada rápida y significativa hacia la puerta. Ella lo comprendió, bajó lenta y casi imperceptiblemente las pestañas en señal de acuerdo y, cuando

volvió a levantarlas, Platónov –que casi sin mirar veía aquel diálogo mudo– quedó sorprendido por la mirada de odio y amenaza con la que ella siguió la espalda de Ramsés mientras se marchaba. Esperó cinco minutos, se levantó, dijo:

—Perdonen, vuelvo enseguida.

Y salió, balanceando su corta falda naranja.

—¿Qué? ¿Ahora te toca a ti? –dijo burlonamente el reportero–.

—No, hermano, ¡te equivocas! –respondió Lijonin chasqueando la lengua–. Y no es que sea por convicción o por principios… ¡No! Yo, como anarquista, profeso que «cuanto peor, mejor…»[25]. Pero, por suerte, soy jugador, y todo mi temperamento lo gasto en el juego; además, en mí es mucho más fuerte la simple repugnancia que ese sublime sentimiento. Mas es curioso cómo han coincidido nuestros pensamientos. Justo quería preguntarte lo mismo.

—Yo no. A veces, si estoy muy cansado, duermo aquí. Le pido a Isái Sávvich la llave de su cuartito y duermo en el diván. Pero todas las chicas hace tiempo que se han acostumbrado a que yo soy un ser del «tercer sexo».

—Y de verdad… ¿nunca…?

—Nunca.

—¡Sí, eso sí que es verdad! –exclamó Niura–. ¡Serguéi Ivánich es como un santo ermitaño!

—Y también lo fui, antes, hace unos cinco años –continuó Platónov–. Pero ¿saben?, me resultó terriblemente aburrido y desagradable. Por otro lado, ¿cultivar aquí el amor?… Es algo parecido a esas moscas que acaba de imitar el señor actor: pegadas por un segundo a la ventana, de repente por alguna estúpida extrañeza se frotan la espalda con las patas traseras y luego se dispersan y desaparecen para siempre. Además, no soy yo el héroe de sus novelas. Soy feo, tímido con las mujeres, reservado y cortés. Y ellas aquí lo que ansían son pasiones salvajes, celos sangrientos, lágrimas, envenenamientos, palizas, víctimas… en una palabra, un romanticismo histérico. Y es comprensible: el corazón de una mujer siempre quiere amor, pero a ellas les hablan de él cada día con palabras agrias y babosas. Es natural que quieran un poco de picante en el amor, que no les basten palabras ardientes, sino actos

apasionadamente trágicos; por eso, sus amantes siempre serán ladrones, asesinos, proxenetas y otra gentuza. Y lo más importante –añadió Platónov– es que eso arruinaría de inmediato todas las relaciones amistosas que tan bien he entablado aquí.

—¡Anda ya, estás bromeando! –objetó con desconfianza Lijonin–. ¿Qué es lo que te lleva a pasar aquí días y noches? Si fueras escritor, sería distinto. Fácil de entender: bueno, recopilas tipos humanos, observas la vida… Como aquel profesor alemán que vivió tres años con monos para estudiar su lenguaje y costumbres. Pero si tú mismo has dicho que no te dedicas a la literatura.

—No es que no me dedique, es que sencillamente no sé, no puedo.

—Bien, tomo nota de eso. Ahora supongamos otra cosa: que vienes aquí como predicador de una vida mejor y más honesta, algo así como un salvador de almas perdidas. Ya sabes, como en los albores del cristianismo algunos santos padres, en vez de permanecer sobre una columna durante treinta años o vivir en una cueva en el bosque, frecuentaban los mercados, las casas de placer, a prostitutas y juglares. Pero tú tampoco eres de esos.

—No. No lo soy.

—¿Pues para qué demonios sigues revoloteando por aquí? Veo perfectamente que muchas cosas te repugnan, que te resultan duras y dolorosas. Por ejemplo, esa estúpida pelea con Borís o ese sirviente que pega a una mujer, y, en general, la constante contemplación de toda esa porquería: lujuria, crueldad, vulgaridad, borracheras. Bueno, si dices que no te entregas a la fornicación, te creo. Pero entonces todavía entiendo menos tu *modus vivendi,* por decirlo al modo de los artículos progresistas.

El reportero no respondió de inmediato.

—Verás –comenzó despacio, deteniéndose en sus palabras, como si por primera vez escuchara sus pensamientos y los sopesara–. Verás, a mí me interesa y atrae de esta vida su… ¿cómo decirlo…? Su espantosa y desnuda verdad. Sabes, es como si a la vida aquí se le hubieran arrancado todos los velos convencionales. No hay mentira, ni hipocresía, ni fariseísmo; no hay tratos con la opinión pública, ni con la aplastante autoridad de los antepasados, ni con la

propia conciencia. ¡Ni ilusiones, ni adornos! Simplemente el *yo* de una mujer pública, el vaso social, la cloaca por la que se escurre el exceso de lujuria de la ciudad. Que venga quien quiera: seas quien seas, no hallarás rechazo; en eso consiste mi servicio. Pero por un segundo de ese placer apresurado pagarás con dinero, con repugnancia, con enfermedad y con vergüenza. Y eso es todo. No existe en la vida humana ningún otro ámbito en el que la verdad esencial resplandezca con tan horrenda, fea y desnuda claridad, sin la menor sombra de mentira ni de autoengaño.

—¡Bueno…! –dijo Lijonin–. Esas mujeres mienten como bellacas. Ve a preguntarles sobre la primera vez que cayeron en esto. Te soltarán cualquier cuento.

—Pues no preguntes. ¿Qué te importa a ti eso? Pero incluso si mienten, lo hacen como los niños. Y tú mismo sabes que los niños son los primeros y más encantadores embusteros y, al mismo tiempo, las personas más sinceras del mundo. Y lo curioso es que tanto unas como otros, prostitutas y niños, solo nos mienten a nosotros, los hombres y los adultos. Entre ellas no se mienten: lo que hacen es improvisar con inspiración. Pero a nosotros nos mienten porque nosotros mismos se lo exigimos, porque nos entrometemos en sus almas, que nos son completamente ajenas, con nuestras estúpidas preguntas y artimañas, y, en último término, porque en secreto nos consideran unos grandes tontos y unos farsantes sin sentido. Mira, si quieres, te puedo contar ahora mismo con los dedos de una mano cuáles son las ocasiones en que una prostituta miente, y verás por ti mismo que siempre es el hombre quien la empuja a la mentira.

—Bueno, bueno, veamos –respondió Lijonin–.

—Primero: se maquilla sin piedad, incluso a veces en detrimento de sí misma. ¿A causa de qué? A causa de cada jovencito acneico, al que su pubertad le pesa tanto que en primavera se vuelve tonto como un urogallo en celo, y de algún mísero burócrata del comité policial de orden y moralidad, cuya mujer está embarazada y que ya tiene nueve hijos. Ambos vienen aquí no con la sensata y simple intención de descargar un exceso de pasión. No. Ese tipo de canalla viene a gozar y a cada uno de ellos, ¡estetas de pacotilla!, les hace

falta belleza. ¿Y cómo entienden la belleza todas estas muchachas, hijas del gran pueblo ruso humilde y sin pretensiones? Así: «Lo dulce es sabroso y lo rojo es bonito». Pues ahí tienes: disfruta tu belleza hecha de kohl, polvos y colorete.

»Eso es lo primero. Lo segundo es que ese mismo caballerito encantador no solo quiere belleza, no, también hay que darle algo parecido al amor, que sienta que sus caricias encienden en la mujer ese mismo «¡fuego de la insensaaa-ta paaa-si-óóón!», que cantan en esos estúpidos romances populares. ¿Ah, eso quieres? ¡Toma! Y la mujer le miente con el rostro, con la voz, con los suspiros, con los gemidos y con los movimientos del cuerpo. Él mismo, en el fondo de su alma, sabe perfectamente que se trata de una farsa profesional; pero ¡qué importa!, con gusto se deja engañar: «¡Ah, qué hombre tan guapo soy! ¡Ah, les encanto a las mujeres! ¡Ah, las llevo al éxtasis!». Sabemos que a veces a uno lo adulan con el descaro más desesperado, de la forma más inverosímil, lo vemos y lo sabemos perfectamente; pero ¡qué demonios!, es una sensación que te endulza el alma. Así es también aquí. Entonces, la pregunta es: ¿de quién es la iniciativa en esa mentira? Y aquí va, Lijonin, un tercer punto. Tú mismo me lo has sugerido. Mienten más que nada cuando se les pregunta: «¿Cómo llegaste a esta vida?». ¿Qué derecho tienes tú a preguntarle eso?, ¡maldita sea! ¿Acaso ella se mete en tu vida íntima? Ella no se interesa por tu primer «santo» amor ni por la virginidad de tus hermanas o de tu prometida. ¡Ah! ¿Tú pagas dinero? Maravilloso. La madama, el gorila, la Policía, la medicina y la administración municipal velan por tus intereses. Perfecto. Tienes garantizado un comportamiento cortés y decoroso por parte de la prostituta que has contratado para el amor, y tu persona es intocable… aunque solo sea en el sentido más literal, en el sentido de la bofetada que, por supuesto, te mereces por tus preguntas inútiles y quizá incluso dolorosas. ¿Quieres por tu dinero, además, la verdad? Pues eso nunca podrás pagarlo ni controlarlo. Te contarán exactamente la típica historia que tú, hombre de clichés y vulgar, digieres con más facilidad. Porque la vida real es para ti, o demasiado ordinaria y aburrida, o tan inverosímil como de hecho lo es la vida misma. Y ahí tienes la eterna historia ordinaria del oficial,

del dependiente, del hijo y del padre anciano que allá, en el pueblo, llora a su hija descarriada y le ruega que vuelva a casa. Pero ten en cuenta, Lijonin, que todo lo que digo no tiene nada que ver contigo. En ti, palabra de honor, siento un alma sincera y grande… ¿Brindamos por tu salud?

Ambos bebieron.

—¿Sigo hablando? –continuó Platónov con vacilación–. ¿Es aburrido?

—No, no, te lo ruego, sigue.

—También mienten –añadió–, y mienten con una especial inocencia, a quien se pavonea ante ellas de su posición política. En ese caso están de acuerdo con todo lo que quieras. Hoy me dirán: «¡Abajo el orden burgués moderno! ¡Destruyamos a los capitalistas, a los terratenientes y a la burocracia con bombas y puñales!». Ella coincidirá conmigo con entusiasmo. Pero mañana el tendero Nozdrunov vendrá gritando que hay que colgar a todos los socialistas, despellejar a todos los estudiantes y aplastar a todos los judíos que comulgan con sangre cristiana. Y ella estará alegremente de acuerdo también con él. Y si además le enciendes la fantasía, la haces enamorarse de ti, te seguirá a donde quieras: al pogromo, a la barricada, al robo o al asesinato. Pero los niños son igual de influenciables. Y ellas ¡por Dios que son niñas!, mi querido Lijonin…

»A los catorce años la corrompieron, y a los dieciséis ya era una prostituta patentada, con su cartilla amarilla[26] y con una enfermedad venérea. Y así toda su vida quedó rodeada y aislada del resto del universo por una especie de muro caprichoso, ciego y sordo. Fíjate en su vocabulario cotidiano: treinta o cuarenta palabras, no más, exactamente como el de un niño o un salvaje: comer, beber, dormir, hombre, cama, gobernanta, rublo, amante, médico, hospital, ropa, agente de Policía, y nada más. Su desarrollo mental, su experiencia, sus intereses se quedan en un nivel infantil hasta su muerte, exactamente igual que una supervisora ingenua y ya canosa, vigía de la moral de un internado del que no ha vuelto a salir desde los diez años, o como la novicia que fue entregada al convento siendo niña. En una palabra, imagínate un gran árbol de una especie genuina, pero cultivado bajo una campana de vidrio o

un frasco de mermelada. Precisamente a este lado infantil de su existencia es al que yo atribuyo su obligada mentira: tan inocente, tan sin propósito y tan habitual… En cambio, ¡qué terrible, cruda y desnuda verdad, sin adorno alguno, hay cuando se trata de regatear el precio de una noche; de esos diez hombres en una sola jornada; de esos reglamentos impresos y publicados por los padres de la ciudad sobre el uso de la solución de ácido bórico y sobre el deber de mantenerse limpia; de los reconocimientos médicos semanales; de esas asquerosas enfermedades, que ellas consideran con la misma ligereza y broma, con la misma naturalidad y sin sufrimiento, como si se tratara de un resfriado; de la profunda repugnancia de esas mujeres hacia los hombres, tan profunda que todas ellas, sin excepción, la compensan de manera lésbica y ni siquiera lo ocultan en lo más mínimo! Toda esa absurda vida la veo como si la tuviera en la palma de la mano, con todo su cinismo, su horrible y brutal injusticia; pero en ella no hay esa mentira ni esa hipocresía ante los demás y ante sí mismas que envuelven a toda la humanidad de arriba abajo. Piensa, querido Lijonin, cuánto engaño prolongado, tedioso y repugnante, y cuánto odio existe en cualquier convivencia matrimonial en noventa y nueve casos de cada cien. Cuánta ciega y despiadada crueldad (no una crueldad animal, sino humana, racional, premeditada, calculadora) se esconde en el sacrosanto sentimiento materno, ¡y mira con qué delicadas flores lo adornan! Y todas esas profesiones inútiles, ridículas, inventadas por el hombre «culto» para proteger «mi nido, mi pedazo de carne, mi mujer, mi hijo»: vigilantes, controladores, inspectores, jueces, fiscales, carceleros, abogados, jefes, funcionarios, generales, soldados y cientos y miles de nombres más. Todos ellos sirvientes de la avaricia humana, de la cobardía, del vicio, de la esclavitud, de la lujuria legalizada, de la holgazanería… ¡es mendicidad! Sí, esa es justo la palabra: mendicidad humana. En cambio, ¡qué palabras tan grandilocuentes la encubren! El altar de la patria, la compasión cristiana hacia el prójimo, el progreso, el deber sagrado, la sagrada propiedad, el santo amor. ¡Bah! Ya no creo en ninguna palabra hermosa, me dan náuseas estos mentirosos, cobardes y glotones sin medida. ¡Mendigos!… El hombre ha nacido para una gran alegría,

para una creación incesante, en la cual él mismo es un dios; para amarlo todo sin trabas, amplia y libremente: los árboles, el cielo, el ser humano, los perros, la dulce, humilde y hermosa tierra; oh, especialmente la tierra con su bendita maternidad, con sus mañanas y noches, con sus maravillosos milagros cotidianos. ¡Y el hombre ha sucumbido a la mentira, a la mendicidad y a la humillación…! ¡Ay, Lijonin, qué tristeza!

—Yo, como anarquista, en parte te entiendo –dijo Lijonin pensativo. Parecía que escuchaba y no escuchaba al reportero. Una pesada idea, por primera vez, iba naciendo en su cabeza–. Pero una cosa no alcanzo a comprender. Si ya te repugna tanto la humanidad, ¿cómo aguantas, y además durante tanto tiempo, todo esto –dijo Lijonin trazando un movimiento circular con la mano sobre la mesa–, lo más vil que el género humano pudo inventar?

—Yo mismo tampoco lo sé –dijo con franqueza Platónov–. Verás, soy un trotamundos y amo la vida con pasión. He sido tornero, tipógrafo, he sembrado y vendido tabaco (del más barato: *majorka-serebrianka*), he navegado como fogonero por el mar de Azov, como pescador en el mar Negro, he faenado en Dubinín, he transportado sandías y ladrillos por el Dniéper, he viajado con el circo, he sido actor… y más que no recuerdo. Y nunca me ha empujado la necesidad. No, solo una sed de vida desmesurada y una curiosidad insoportable. Le juro por Dios que quisiera ser por unos días caballo, planta o pez, o ser mujer y experimentar un parto; quisiera vivir la vida interior y ver el mundo con los ojos de cada persona que encuentro. Y así vago despreocupado por ciudades y villas, sin atarme a nada, sé y adoro decenas de oficios, y navego contento allá dondequiera que el destino dirija mi vela… Así fue como vine a dar con una casa de tolerancia, y cuanto más de ella observo, más crece en mí la inquietud, la incomprensión y una gran rabia. Pero también esto pronto terminará. Cuando llegue el otoño, me pondré en marcha otra vez. Iré a trabajar a una fábrica de laminado de carriles. Tengo un amigo que me arreglará la cosa… Espera, Lijonin, un momento… Escucha al actor… Ahora viene el tercer acto.

Egmont-Lavretski, que hasta entonces había imitado ya con mucho acierto al cerdito que meten en un saco y la riña de un gato

con un perro, ahora empezó poco a poco a descorazonarse y venirse abajo. Le tocaba el turno ya a sus versos de autoinculpación, en el arrebato del momento intentó varias veces besarle la mano a Yárchenko. Sus párpados se habían enrojecido, alrededor de la boca, bajo una barba pinchosa de tres días, se le habían marcado arrugas lastimeras, y en la voz se notaba que la nariz y la garganta se le llenaban de lágrimas.

—¡Actúo en la comedia! –decía golpeándose el pecho con el puño–. ¡Hago el payaso con calzones a rayas para diversión de una multitud hastiada! ¡He apagado mi luz y enterrado mi talento como si fuera un esclavo perezoso! ¡Pero annn-teees, ah, a-a-antes! –se lamentaba en un tono trágico que parecía un balido–. ¡Aa-aan-te-ees! ¡Pregunten por mis giras en Novocherkassk, pregunten en Tver, en Ustiuzhna, en Zvenígorodka, en Kryzhopol! ¡Qué magníficamente interpreté a Jádov, a Beluguin, a Max, qué personaje creé de Veltíshchev, ¡ese fue mi papel estelar! ¡Nadín-Perekópski comenzó conmigo en Sumbekov! ¡Actué con Nikíforov-Pávlenko! ¿Y quién dio a conocer el nombre de Legúnov-Pocháinin? ¡Yo! ¿Y ahooora…?

Reprimió un sollozó y se lanzó a besar al *privatdozent.*

—¡Sí! Desprécienme, condénenme, honrados ciudadanos. Hago el payaso, me emborracho… ¡He vendido y profanado el aceite de la sagrada unción, mi talento como actor! Frecuento un antro con mercancía comprada. ¡Y mi mujer… santa, pura, mi palomita!… ¡Oh, si ella supiera, si tan solo lo supiera! Ella trabaja, tiene una tienda de moda, y sus dedos, esos dedos angelicales, están marcados por los pinchazos de las agujas, ¡y yo!… ¡Oh, mujer santa! ¡Y yo, un sinvergüenza! ¿Por quién te cambio yo a ti? ¡Oh, horror! –exclamaba el actor agarrándose del pelo–. Profesor, déjeme besar su mano erudita. Usted es el único que me entiende. Venga, se la presentaré, verá usted qué ángel es… Ella me espera, no duerme por las noches, les junta las manos a mis pequeñitos y con ellos susurra: «Señor, salva y guarda a papá».

—¡Mientes, actor! –dijo de pronto, ebria, Manka «la Blanquita», mirando con odio a Egmont-Lavretski–. Ella no murmura nada; duerme tranquilamente con un hombre en tu cama.

—¡Cállate, p…! –bramó el actor con furia, y, cogiendo una botella

por el cuello, la alzó bien alto sobre la cabeza–. ¡Sujétenme o le reventaré la cabeza a esa zorra! No te atrevas a profanar con tu lengua inmunda…

—¡Mi lengua no es inmunda, yo comulgo! –replicó insolente la mujer–. Y tú, imbécil, llevas cuernos. Tú mismo andas de putas y encima quieres que tu mujer no te engañe. ¡Y mira el lugar que has escogido, pedazo de necio, para venir a lloriquear! ¿Para qué has tenido que mencionar a los niños aquí? ¡Mal padre! No me pongas esos ojos ni rechines los dientes. ¡No me asustas! ¡Tú sí que eres un c…!

Hicieron falta muchos esfuerzos y mucha elocuencia por parte de Yárchenko para calmar al actor y a Manka «la Blanquita», que siempre, después de beber bénédictine, armaba algún escándalo. Al final, el actor rompió a llorar de una forma exagerada y fea, como un viejo, sonándose ruidosamente hasta que se quedó sin fuerzas y Henrietta se lo llevó a su cuarto.

El cansancio ya se había apoderado de todos. Los estudiantes regresaban uno tras otro de los dormitorios, y junto a ellos volvían, con gesto indiferente, sus amantes esporádicas. Y, en efecto, unos y otras parecían esas moscas –macho y hembra– que acaban de despegarse del cristal de una ventana. Bostezaban, se desperezaban, y en sus rostros pálidos por la falta de sueño, con un brillo insano, permanecía largo rato una involuntaria expresión de melancolía y de repugnancia. Y cuando, antes de marcharse, se despedían unos de otros, en sus ojos fulguraba un sentimiento hostil, como el de los cómplices de un mismo crimen sucio e innecesario.

—¿Y tú adónde vas ahora? –preguntó Lijonin en voz baja al reportero–.

—Ah, la verdad, ni yo mismo lo sé. Pensaba pasar la noche en el despacho de Isái Sávvich, pero me da pena perder una mañana tan maravillosa. Creo que me daré un baño y luego tomaré el barco para ir al monasterio de Lipsk, donde tengo un conocido monje borrachín. ¿Por qué?

—Quiero pedirte que te quedes un poco más y esperes a que se vayan los otros. Necesito decirte un par de cosas muy importantes.

—De acuerdo.

El último en marcharse fue Yárchenko. Alegó dolor de cabeza y cansancio. Pero, apenas salió del local, el reportero agarró a Lijonin de la mano y lo arrastró rápidamente hacia el vestíbulo acristalado de la entrada.

—¡Mira! –dijo, señalando la calle–.

A través del cristal anaranjado de la ventana, Lijonin vio al *privatdozent* que llamaba a la puerta de la casa de Tréppel. Al cabo de un minuto aquella se abrió y Yárchenko desapareció en su interior.

—¿Cómo lo sabías? –preguntó asombrado Lijonin–.

—Un simple detalle. Vi su cara y sus manos acariciando el maillot de Verka. Los demás no eran tan tímidos. Pero él se avergonzaba más.

—Bueno, vamos –dijo Lijonin–. No te retendré mucho.

XII

De todas las muchachas solo quedaban dos en el reservado: Zhenia, que había entrado con un blusón de noche, y Liuba, que ya hacía rato dormía enroscada como un gatito en un gran sillón de felpa. El fresco rostro pecoso de Liuba había adquirido una expresión apacible, casi infantil, y sus labios, sonriendo como en sueños, mantenían la leve huella de esa sonrisa clara, tranquila y tierna.

El ambiente de la sala se veía azulado y acre por el denso humo de tabaco; en los candelabros, la cera derretida de las velas se había coagulado en chorretones deformes y verrugosos; la mesa, empapada en café y vino, llena de cortezas de naranja, tenía un aspecto espantoso.

Zhenia estaba sentada con las piernas sobre el diván, abrazándose las rodillas. Y de nuevo Platónov quedó sorprendido por el fuego sombrío de sus ojos profundos, hundidos bajo las cejas oscuras, que tenía fruncidas en ángulo hacia el puente de la nariz en tono amenazante.

—Voy a apagar las velas –dijo Lijonin–.

La penumbra matinal, húmeda y aletargada, llenó la habitación a través de las rendijas de las contraventanas. Las mechas apagadas de las velas humeaban aún en débiles hilillos. El humo del tabaco flotaba ondeante en capas azuladas cuando un rayo de sol, que se filtró por la hendidura en forma de corazón de la contraventana, atravesó la estancia en diagonal como una espada dorada, alegre y polvorienta, derramándose por el papel pintado de la pared cual oro líquido y ardiente.

—Así está mejor –dijo Lijonin, sentándose–. La conversación será corta, pero… no sé cómo diablos empezar.

Miró distraídamente a Zhenia.

—Entonces, ¿me voy? –dijo ella con indiferencia–.

—No, quédate –respondió el reportero por Lijonin–. Ella no estorbará –añadió, dirigiéndose al estudiante con una ligera sonrisa–. Después de todo, la conversación será sobre prostitución, ¿no es así?

—Sí… bueno, algo así…

—Perfecto. Pues, escúchala con atención. Sus opiniones suelen ser extraordinariamente cínicas, pero a veces muy acertadas.

Lijonin se frotó enérgicamente el rostro con las palmas, luego entrelazó los dedos y los hizo crujir nerviosamente dos veces. Era evidente que estaba alterado y hasta incómodo por lo que iba a decir.

—¡Ay, bueno!, ¿qué más da? –exclamó de pronto con enojo–. Hoy hablabas de estas mujeres… Yo escuchaba… Es cierto que no me has dicho nada nuevo. Pero lo extraño es que, por alguna razón, es como si por primera vez en toda mi disipada vida hubiera mirado esta cuestión con los ojos abiertos… Te pregunto: ¿qué es, a fin de cuentas, la prostitución? ¿Qué es? ¿Un delirio enfermizo de las grandes ciudades o un fenómeno histórico eterno? ¿Desaparecerá alguna vez? ¿O morirá únicamente con la muerte de toda la humanidad? ¿Quién me responderá a esto?

Platónov lo observaba con atención, con los ojos un poco entornados como de costumbre. Le interesaba descubrir cuál era la idea principal que tan sinceramente atormentaba a Lijonin.

—¿Cuándo desaparecerá? Nadie te lo sabrá decir. Quizá cuando se

hagan realidad las hermosas utopías de socialistas y anarquistas, cuando la tierra sea común y de nadie, cuando el amor sea absolutamente libre y se rija solo por sus deseos ilimitados, y la humanidad se funda en una única familia feliz, donde desaparezca la diferencia entre «tuyo» y «mío», se haga el paraíso en la tierra, y el hombre vuelva a renacer como un ser desnudo, bienaventurado y sin pecado. Tal vez entonces…

—¿Y ahora? ¿Ahora qué? –pregunta Lijonin con creciente inquietud–. ¿Quedarnos mirando de brazos cruzados? ¿Cada uno a su avío? ¿Soportarlo como un mal inevitable? ¿Darlo por perdido? ¿Bendecirlo?

—No es un mal inevitable, sino invencible. Pero ¿a ti qué más te da? –replicó Platónov con fría sorpresa–. ¿Tú no eres anarquista?

—¿Qué diablos soy yo un anarquista? Bueno sí, soy anarquista, porque mi razón, cuando pienso en la vida, lógicamente me conduce al principio anárquico. Y en teoría yo lo veo así: dejad que los hombres peguen, engañen y esquilen a la gente como a rebaños de ovejas, ¡adelante! La violencia engendrará tarde o temprano la cólera. Que violen a niños, que pisoteen el pensamiento creativo, que exista la esclavitud, la prostitución, que roben, se burlen, derramen sangre… ¡Que lo hagan! *Cuanto peor, mejor;* más cerca del final. En mi opinión, hay una gran ley que es aplicable tanto para los objetos inanimados como para toda la vasta, multimillonaria y milenaria vida humana: la fuerza de la acción es igual a la fuerza de la reacción. *Cuanto peor, mejor.* Que se acumulen en la humanidad el mal y la venganza, que crezcan y maduren como una monstruosa úlcera, una úlcera del tamaño de todo el globo terráqueo. ¡Porque algún día reventará! Y que venga el horror y un dolor insoportable. Que el pus inunde el mundo entero. Pero la humanidad, o se ahogará en él y perecerá, o, tras padecer, renacerá a una vida nueva y hermosa.

Lijonin bebió con ansia una taza de café negro frío y continuó con ardor:

—Sí. Justamente así es como yo, y muchos otros, teorizamos, sentados en nuestras habitaciones, con el té, el panecillo y la salchicha hervida, considerando que el valor de cada vida humana

es, digamos, equivalente a un número infinitesimal en una fórmula matemática. Sin embargo, cuando veo que maltratan a un niño, me hierve la sangre de ira. Y cuando contemplo, cuando de veras contemplo, el trabajo del *mujik* o del obrero, me invade la vergüenza al pensar en esos cálculos algebraicos. Porque existe, ¡maldita sea!, existe en el hombre algo absurdo, completamente irracional, que en ese momento nos resulta más fuerte que la lógica humana.

Y así ha sido hoy… ¿Por qué me siento ahora como si hubiera robado a alguien dormido, o engañado a un niño de tres años, o golpeado a un hombre atado? ¿Y por qué me parece ahora que yo mismo soy culpable del mal de la prostitución? Culpable con mi silencio, con mi indiferencia, con mi connivencia indirecta. ¿Qué debo hacer, Platónov? –exclamó el estudiante con dolor en la voz–.

Platónov guardó silencio, entrecerrando los ojillos. Pero Zhenia dijo de pronto con tono ácido:

—Pues haz como hizo una inglesa que vino aquí… Una vieja marimacho con una pelambrera roja. Debía de ser de mucha importancia, porque llegó con toda una comitiva… todos funcionarios… Antes que ella vino el ayudante del alguacil con el inspector del distrito, Kérbesh. El ayudante nos advirtió así, sin rodeos: «Si vosotras, zorras, hacéis esto o aquello, o si soltáis una sola grosería, no quedará piedra sobre piedra en vuestro local; os voy a dar una paliza a todas en la comisaría y a dejar que os pudráis en la cárcel». Pues vino esa arpía. Parloteó en un idioma extranjero, todo el rato señalando al cielo con la mano, y al final nos repartió a cada una un evangelio de cinco kopeks y se fue. Pues haga usted lo mismo, cariñito.

Platónov soltó una carcajada ruidosa. Pero, al ver la cara ingenua y triste de Lijonin, que no comprendía ni sospechaba la burla, se contuvo y dijo en serio:

—No puedes hacer nada, Lijonin. Mientras exista la propiedad, existirá también la miseria. Mientras exista el matrimonio, la prostitución no morirá. ¿Sabes quiénes son los que siempre la van a sostener y alimentar? Los llamados hombres decentes, los honorables padres de familia, los esposos intachables, los hermanos cariñosos. Ellos siempre hallarán un pretexto respetable para

legalizar, reglamentar y certificar la lujuria de pago, porque saben perfectamente que, de no ser así, esa lujuria se desbordaría en sus alcobas matrimoniales y en los dormitorios de sus hijos.

Para ellos, la prostitución es un desvío, una válvula de escape que aparta la lascivia ajena de su propio y legítimo lecho conyugal. Cuanto más, ese mismo padre de familia honorable tampoco desdeña en secreto entregarse a orgías amorosas. Porque, a fin de cuentas, se cansa uno de lo mismo de siempre: la esposa, la doncella y la amante. El ser humano, en esencia, es un animal extremadamente polígamo. Y sus instintos amorosos, tan alborotados como los de un gallo, siempre se complacerán en desplegarse en un invernadero suntuoso, como el de Tréppel o el de Anna Márkovna. ¡Oh, claro! El esposo equilibrado o el feliz padre de seis hijas ya adultas siempre gritará contra el horror de la prostitución. Incluso organizará, con ayuda de una rifa y de una función de aficionados, una sociedad para la salvación de las mujeres caídas, o creará un asilo en nombre de santa María Magdalena. Pero bendecirá y sostendrá la existencia de la prostitución.

—¡Los asilos de María Magdalena! –repitió Zhenia con una risa floja, llena de un odio antiguo que no la había abandonado–.

—Sí –dijo Lijonin interrumpiéndola–, sé que todas esas medidas falsas son una tontería y un continuo ultraje. Pero que me llamen ridículo y tonto: no quiero quedarme siendo un espectador compasivo que se sienta en el banco del hogar, mira el incendio y pronuncia: «¡Ay, padre mío, que está ardiendo… por Dios, ardiendo!», «¡Quizás hasta la gente esté ardiendo!», y solo se lamenta y se da golpes en los muslos.

—Bien –dijo severo Platónov–, ¿vas a coger una jeringuilla y ponerte a apagar el incendio con ella?

—¡No! –exclamó acalorado Lijonin–. ¿Quizá? ¿Quién sabe? Quizá logre salvar aunque sea a un alma viva… Por eso quería pedirte ayuda, Platónov, y tienes que ayudarme… Te lo ruego, sin burlas y sin desanimarme.

—¿Quieres sacar a una chica de aquí? ¿Salvarla? –le preguntó Platónov mirándolo con atención. Ahora entendía adónde iba toda la

conversación–.

—Sí… no lo sé… lo intentaré –respondió inseguro Lijonin–.

—Volverá –dijo Platónov–.

—Volverá –repitió con convicción Zhenia–.

Lijonin se le acercó, le tomó las manos y empezó a hablarle en un susurro tembloroso:

—Zhénechka… quizá usted… ¿eh? No la llamo como amante… sino como amiga… Sin grandes expectativas… medio año de descanso… y después aprenderemos algún oficio… leeremos juntos…

Zhenia, con fastidio, le apartó las manos.

—¡Vete al diablo! –casi gritó ella–. ¡Bien que los conozco yo a ustedes! ¿Qué, remendarte las medias? ¿Prepararte la comida en un hornillo de queroseno? ¿Pasar las noches sin dormir por tu culpa, mientras tú, con tus muchachitas de pelo corto, estarás charlando de tus teorías? ¿Y cuando te conviertas en doctor, o abogado, o funcionario, me darás la patada? «¡Fuera a la calle, zorra pública, me has arruinado mi juventud! Quiero casarme decentemente, con una limpia, con una inocente…».

—Yo sería como un hermano… sin eso… –balbuceó turbado Lijonin–.

—Ya me los conozco yo a esos «hermanos». Hasta la primera noche… ¡Déjalo ya, no me digas más tonterías! Aburre escucharte.

—Espera, Lijonin –comenzó el reportero con seriedad–. También tú te vas a cargar con un peso insoportable. Yo conocí a idealistas populistas que, por principio, se casaban con campesinas sencillas. Pensaban así: naturaleza, tierra fértil, fuerzas intactas… Pero esa «tierra fértil» al cabo de un año se convertía en una gorda mujerona, que pasaba todo el día tirada en la cama comiendo pasteles, o se llenaba los dedos de anillos baratos, los estiraba y se los contemplaba. O bien se sentaba en la cocina, bebía licor dulce con el cochero y montaba con él un romance bien real. ¡Y piénsalo, aquí será aún peor!

Los tres guardaron silencio. Lijonin estaba pálido y se secaba la frente sudorosa con el pañuelo.

—¡No, al diablo! –gritó de pronto con terquedad–. ¡No los creo! ¡No quiero creerlos! ¡Liuba! –llamó fuerte a la muchacha dormida–.

¡Liúbochka!

La joven se despertó, se pasó la mano por los labios de un lado a otro, bostezó y sonrió de modo gracioso, infantil.

—No dormía, lo escuché todo –dijo–. Solo me había quedado un poquitito poquitito traspuesta.

—Liuba, ¿quieres irte de aquí conmigo? –le preguntó Lijonin, tomándola de la mano–. Pero del todo, para siempre, para no volver jamás ni a la casa pública ni a la calle.

Liuba miró a Zhenia con interrogación y desconcierto, como si en silencio buscara de ella una explicación a aquella broma.

—Ya basta –dijo Zhenia con picardía–. Usted mismo aún está estudiando. ¿Y cómo va a mantener a una muchacha?

—¡No es para mantenerte, Liuba!… Solo quiero ayudarte… Al fin y al cabo, aquí en la casa pública no lo pasas nada bien.

—Claro, esto no es un dulce… Si yo fuera tan orgullosa como Zhénechka o tan atrayente como Pasha… pero de ninguna manera me puedo acostumbrar aquí…

—¡Pues entonces vámonos, vente conmigo! –insistía Lijonin–. Tú seguramente sabes algún trabajo manual, coser algo, bordar, planchar…

—¡No sé nada! –respondió Liuba con timidez, se echó a reír, se sonrojó y se tapó la boca con el brazo–. Lo que se necesita en el campo, eso sí sé, pero nada más. Cocinar sé un poquito… viví con un pope, cocinaba para él.

—¡Y eso es maravilloso! ¡Es perfecto! –se alegró Lijonin–. Yo te ayudaré, abriremos un comedor… ¿Comprendes? Un comedor barato… Yo te haré la publicidad… ¡Los estudiantes vendrán! ¡Magnífico!…

—¡Se van a reír de mí! –replicó Liuba un poco ofendida, y otra vez miró de soslayo a Zhenia, interrogativamente–.

—No bromea –respondió Zhenia con una voz extrañamente temblorosa–. Lo dice de verdad, en serio.

—¡Te doy mi palabra de honor de que es en serio! ¡Por Dios! –exclamó con ardor el estudiante, incluso, sin saber por qué, se persignó hacia un rincón vacío–.

—Pues, si es de verdad –dijo Zhenia–, llévese a Liubka. Ella no es

como yo. Yo soy como una yegua vieja y con genio: ni con heno ni con látigo se me puede cambiar. Y Liubka es una muchacha sencilla y buena. Y todavía no se ha acostumbrado a nuestra vida. ¿Qué miras con esos ojos, tontuela? ¡Responde cuando te preguntan! ¿Eh? ¿Quieres o no?

—¿Y por qué no?… Si no se burla y es de veras… Zhénechka, ¿tú qué me aconsejas?

—¡Ah, qué leño eres! –se enfadó Zhenia– ¿Qué te parece mejor: pudrirte con la nariz hundida sobre la paja? ¿Morir bajo una valla como un perro? ¿O volverte una mujer honrada? ¡Tonta! Tendrías que besarle la mano, y tú haciéndote la difícil.

La ingenua Liuba, en efecto, se inclinó con los labios hacia la mano de Lijonin, y este gesto hizo reír a todos y, al mismo tiempo, los conmovió un poco.

—¡Magnífico! ¡Maravilloso! –se agitaba, lleno de alegría, Lijonin–. Ve ahora mismo y dile a la dueña que te marchas de aquí para siempre. Y llévate lo imprescindible. Ahora no es como antes: ahora una muchacha, si quiere, puede salir de una casa pública.

—No, así no se puede –lo detuvo Zhenia–. Que ella pueda irse, eso sí, es cierto, pero habrá un sinfín de problemas y escándalos. Haz una cosa, estudiante. ¿Te da pena gastar diez rublos?

—Claro, claro… Por favor.

—Que Liuba le diga a la gobernanta que tú la llevas contigo esta noche a tu habitación. Esa es la tarifa, diez rublos. Y luego, bueno, aunque sea mañana, vienes a buscar su cartilla amarilla y sus cosas. No te preocupes, lo arreglaremos de forma limpia.

»Después, debes ir a la Policía con su cartilla y declarar que tal y tal Liubka está contratada contigo como sirvienta y que deseas cambiar la cartilla por su pasaporte auténtico.

—Vamos, Liubka, rápido. Toma el dinero y en marcha.

—Ah, ten cuidado con la gobernanta, esa perra te lo leerá en los ojos. Y no te olvides –le gritó cuando ya se iba–, quítate el colorete de la cara. Si no, los cocheros te señalarán con el dedo.

Media hora después, Liuba y Lijonin subían a un carruaje frente a la puerta del burdel. Zhenia y el reportero se quedaron de pie en la acera.

—Cometes una gran tontería, Lijonin –dijo perezosamente Platónov–, pero respeto y aprecio en ti ese noble impulso. He aquí una idea y he aquí la acción. Eres un chico valiente y magnífico.

—¡Os felicito! –se reía Zhenia–. No os olvidéis de invitarme al bautizo.

—¡No lo esperéis! –rio Lijonin, agitando la gorra–.

Se marcharon. El reportero miró a Zhenia y, sorprendido, vio lágrimas en sus ojos calmados.

—Dios lo quiera, Dios lo quiera… –murmuró ella–.

—¿Qué te pasa hoy, Zhenia? –le preguntó él con ternura–. ¿Qué es? ¿Te sientes mal? ¿Puedo ayudarte en algo?

Ella se volvió de espaldas y se inclinó sobre la barandilla tallada del porche.

—¿Cómo puedo escribirte, si hiciera falta? –preguntó con voz apagada–.

—Muy fácil. A la redacción *Ecos.* A mi nombre. Me lo harán llegar enseguida.

—Yo… yo… yo… –empezó Zhenia, pero de pronto rompió a llorar fuerte, con pasión, cubriéndose la cara con las manos–. Te escribiré…

Y sin apartar las manos del rostro, sacudida por los sollozos, subió corriendo al porche y desapareció en la casa, cerrando la puerta con estrépito.

---

[1] Iván Pávlovich Ropet (1845-1908). Arquitecto impulsor del estilo neorruso, una corriente estética de renacimiento nacional, que destaca por sus casas de madera talladas con motivos tradicionales *[N. de la T.].*

[2] Hace referencia a la deformidad del tabique o el cartílago nasal que configura una nariz muy chata, a consecuencia de la sífilis. También se conoce como nariz en silla de montar *[N. de la T.].*

[3] Konstantín Y. Makovski (1839-1915). Pintor academicista y realista ruso. Considerado un icono de la pintura social *[N. de la T.].*

[4] Planta de la familia de las ciperáceas. Según una antigua tradición, el día de Pentecostés se cubrían los suelos de casas e iglesias con hojas de cárices. Dicha tradición tenía, por un lado, un significado folclórico y pagano: ese día se pisaba sobre «suelo vivo» como una conexión con la naturaleza; por otro, uno religioso: en las iglesias se expiaban los pecados sobre el cárex

y así este quedaba bendecido, se llevaba a casa y se colocaba en algún lugar como símbolo de protección *[N. de la T.].*

[5] Sopa tradicional ucraniana de remolacha que se sirve con *smetana* (crema agria). En 2022 fue declarada por la UNESCO patrimonio cultural inmaterial de la humanidad bajo protección *[N. de la T.].*

[6] Dulce tradicional de Turquía, también conocido como *rahat-lokum* o delicias turcas *[N. de la T.].*

[7] Dulce tradicional de Oriente Medio, Grecia, Balcanes y algunas zonas de Asia, hecho a base de semillas de sésamo o girasol y azúcar o miel *[N. de la T.].*

[8] Café concierto o *café-concert,* establecimientos de restauración en los que se celebraban espectáculos musicales. Durante el Imperio ruso, la ciudad de Odesa fue la más conocida por sus numerosos *cafés-chantants [N. de la T.].*

[9] Hace referencia al llamado «rincón rojo». Una tradición que se remonta al siglo X tras el paso del paganismo al cristianismo ortodoxo, por la cual en todas las casas existía un lugar destinado a los iconos. Un hombre que cruzaba el umbral de una casa se volvía primero hacia los iconos y se persignaba, luego saludaba a los anfitriones *[N. de la T.].*

[10] Región del este de Georgia en cuyos valles verdes y poco profundos se producen vinos más fuertes y abundantes en taninos que los europeos *[N. de la T.].*

[11] Cochero que pertenecía a la categoría de más alto nivel, de los llamados temerarios por su velocidad, en la Rusia imperial. Se distinguían por llevar los mejores carruajes y caballos, el atuendo más elegante, tener las tarifas más elevadas y a una clientela selecta *[N. de la T.].*

[12] Hace referencia al personaje de Margarete Gretchen de la obra *Fausto* de Goethe, que se convirtió, especialmente para los románticos, en arquetipo de muchacha rubia, inocente, sencilla y de modales dulces, y en símbolo de moralidad, pureza y fragilidad *[N. de la T.].*

[13] Antigua medida de longitud rusa que consistía en una barra de madera de unos 71 cm. Originariamente era la medida del brazo de un hombre, desde la mano hasta el hombro *[N. de la T.].*

[14] Referido a espectáculos, conciertos o funciones teatrales que se hacían para un artista en especial, el cual era normalmente el único protagonista y recibía todos los beneficios. Podían ser espectáculos para el público en general o para grupos exclusivos *[N. de la T.].*

[15] Palabra derivada del hebreo *trefah,* que quiere decir quebrado, partido, roto, prohibido. Se refiere también a los alimentos no comestibles o permitidos. Por el contrario, los alimentos aptos son *kosher [N. de la T.].*

[16] Termino alemán que hace referencia al profesor que trabaja de manera independiente, sin cátedra, en una universidad *[N. de la T.].*

[17] Licor tradicional de Ucrania y el sur de Rusia elaborado a base de

vodka o alcohol de centeno, frutas y especias. Se caracteriza por su maceración en caliente *[N. de la T.].*

[18] Es una referencia sarcástica a Theodor Mommsen (1817-1903), un célebre jurista, historiador y clasicista alemán que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1902 *[N. de la T.].*

[19] Instrumento de cuerda tradicional. Según las referencias, el más antiguo de Rusia *[N. de la T.].*

[20] ¡Oh, caballero sin miedo y sin tacha!

[21] *Opríchniki* (plural de *opríchnik*) son los miembros de la guardia formada por el zar Iván «el Terrible» para preservar sus dominios. Los *opríchniki* eran símbolo de lealtad y crueldad arbitraria *[N. de la T.].*

[22] Es uno de los personajes principales de la novela *Crimen y castigo,* de Fiódor M. Dostoievski (1866-1867; Madrid, Akal, 2008), una joven que se ve obligada a prostituirse, pero, a pesar de ello, es profundamente religiosa y abnegada, y no pierde la entereza de su alma, ni sus valores. Representa la generosidad, el sacrificio y la compasión *[N. de la T.].*

[23] Hace referencia a la obra teatral *El poder de las tinieblas,* de Lev N. Tolstói (1886), ambientada en el mundo campesino ruso *[N. de la T.].*

[24] Hace alusión a David Garrick (1717-1779), actor de teatro inglés que revolucionó el mundo de la interpretación del siglo XVIII con su estilo realista y naturalista *[N. de la T.].*

[25] Lema sucinto: cuanto peor sea la situación, tanto mejor será porque acelera la catarsis o la revolución. Era popular entre los círculos radicales rusos prerrevolucionarios de socialistas utópicos y marxistas que discutían sobre si la violencia y el sufrimiento acumulado desencadenarían la revolución *[N. de la T.].*

[26] Documento identificativo de una prostituta, que servía a la vez como permiso de residencia, licencia para ejercer la prostitución y tarjeta de revisión médica, y era expedido por la Policía. La prostituta, al registrarse, dejaba su pasaporte o permiso de residencia en la comisaría local a cambio de esta, por lo que era conocido también como la cartilla de permuta *[N. de la T.].*

SEGUNDA PARTE

I

Aún hoy, diez años después, los antiguos habitantes de Yama recuerdan aquel año fatídico, repleto de acontecimientos desgraciados, sucios y sangrientos, que comenzó con una serie de pequeños escándalos insignificantes y un buen día terminó con la administración tomando y arruinando por completo el viejo nido de prostitución bien establecido, legalizado y creado por ella misma; dispersando sus restos por hospitales, cárceles y las calles de la gran ciudad. Aún hoy, las pocas de las antiguas propietarias que quedan vivas, ya completamente decrépitas, y las que fueron gobernantas, ahora gordas y roncas como carlinos viejos, recuerdan esa completa ruina con dolor, horror y estúpida perplejidad.

Como patatas cayendo de un saco roto, comenzaron a sucederse peleas, robos, enfermedades, asesinatos y suicidios, y parecía que nadie era culpable de ello. Todas aquellas desgracias simplemente se iban haciendo más frecuentes, se acumulaban con otras, crecían y se multiplicaban; lo mismo que una pequeña bola de nieve, tras ser empujada por los pies de un niño, comienza a rodar y por sí sola adhiere a ella la nieve derretida, se ensancha más y más, crece hasta superar la altura de un hombre y, finalmente, en un último pequeño esfuerzo, se precipita por un barranco y se desprende creando una enorme avalancha. Las antiguas propietarias y gobernantas, por supuesto, nunca habían oído hablar de la fatalidad, pero en lo más profundo de su alma sentían su misteriosa presencia en las inevitables calamidades de aquel año horrible.

Y cierto es que, en todos los aspectos de la vida donde las personas están unidas por intereses comunes, lazos de sangre, origen o beneficios profesionales, en grupos cerrados y aislados, se observa inevitablemente esa misteriosa ley de acumulación, de amontonamiento repentino de los acontecimientos, su carácter epidémico, su extraña continuidad y conexión, y su incomprensible duración. Así sucede –y desde hace mucho lo ha recogido la sabiduría popular– cuando en las familias la enfermedad o la muerte

sobreviene de pronto a los allegados sucesiva, inevitable e inexplicablemente. «Las desgracias nunca vienen solas». «Un mal otro trae detrás». Ocurre también en los monasterios, los bancos, los ministerios, los regimientos, los centros de enseñanza y otras instituciones sociales donde, durante largos años, casi decenas, la vida fluye tranquila, igual que un río de aspecto pantanoso; y de pronto, después de algún suceso del todo insignificante, comienzan los traslados, los ceses, las expulsiones, las pérdidas y las enfermedades. Los miembros de la comunidad, como si se hubieran puesto de acuerdo, mueren, enloquecen, roban, se disparan o se ahorcan; se libera una vacante tras otra, se suceden los ascensos, llegan nuevos elementos y, al cabo de dos años, no queda en su puesto ni una sola persona de las antiguas; todo es nuevo, si es que la institución no se ha desmoronado o desintegrado por completo. ¿Y acaso no es ese el mismo destino asombroso que sobreviene a las grandes organizaciones sociales y mundiales –ciudades, Estados, pueblos, países– y, quién sabe, tal vez incluso al universo entero?

Algo similar a esa incomprensible fatalidad se cernió también sobre el barrio de Yámskaya, llevándolo a una ruina rápida y escandalosa. Ahora, en lugar del bullicioso Yamka, queda un tranquilo y cotidiano extrarradio habitado por horticultores, gateros, tártaros, porcicultores y carniceros de los mataderos cercanos. A petición de estas respetables personas, incluso el propio nombre –barrio de Yámskaya–, que avergonzaba a los residentes por su pasado, fue rebautizado como Golubievka, en honor al comerciante Golubiev, propietario de la tienda de comestibles y *ktitor*[1] de la iglesia local.

Los primeros temblores subterráneos de esta catástrofe comenzaron en pleno verano, durante la feria anual, que ese año fue excepcionalmente admirable. Su extraordinario éxito, la gran afluencia de público y los numerosos negocios cerrados allí se debieron a un cúmulo de circunstancias: la construcción de tres nuevas azucareras en los alrededores, a lo que se sumó una cosecha inusualmente abundante de cereales y, sobre todo, de remolacha; el inicio de las obras para la instalación del tranvía eléctrico y el alcantarillado; la construcción de una nueva carretera de setecientas

cincuenta verstas, y, lo principal, la fiebre constructiva que se apoderó de toda la ciudad, de todos los bancos y demás instituciones financieras, y de todos los propietarios de viviendas. Las fábricas de ladrillos crecían en las afueras como setas. Se inauguró una grandiosa exposición agrícola. Surgieron dos nuevas compañías navieras que, junto con las antiguas, competían ferozmente entre sí, transportando mercancías y a peregrinos. La competencia llegó a tal punto que se llegaron a bajar los precios para los viajes de tercera clase de setenta y cinco kopeks a cinco, tres, dos e incluso un kópek. Finalmente, agotada por la feroz lucha, una de las navieras ofreció el viaje gratuito a todos los pasajeros de tercera clase. Inmediatamente después, su competidor añadió al viaje gratuito media hogaza de pan blanco. Pero la obra más grande y significativa de ese año fue la instalación de un enorme puerto fluvial, que atrajo a cientos de miles de trabajadores y costó quién sabe cuánto dinero.

Cabe además añadir que en esa época la ciudad celebraba el milenario del más venerado y el más rico de entre los monasterios conocidos de Rusia[2]. Desde todos los rincones del país –desde Siberia, desde las costas del océano Glacial Ártico, desde el extremo sur, desde las orillas del mar Negro y las del Caspio– acudían allí innumerables peregrinos para venerar las reliquias locales y a los santos del monasterio, que descansan bajo tierra en profundas cuevas de piedra caliza. Basta con decir que el monasterio daba cobijo y algo de comida a cuarenta mil personas diarias, y aquellos que no encontraban espacio dormían por las noches amontonados como leña en sus amplios patios y calles.

Fue un verano casi de cuento. La población de la ciudad se había triplicado con todo tipo de gente llegada de fuera. Albañiles, carpinteros, pintores, ingenieros, técnicos, extranjeros, campesinos, corredores de bolsa, turbios negociantes, marineros fluviales, holgazanes ociosos, turistas, ladrones, tahúres, todos ellos abarrotaron la ciudad y ni el hotel más sucio y dudoso tenía habitaciones libres. Los alquileres se pagaban a precios disparatados. La Bolsa jugaba a lo grande, como nunca antes, ni después de ese verano, lo hiciera. El dinero fluía por millones, a

raudales, pasaba de unas manos a otras, y de esas a otras más. En una hora se creaban riquezas colosales, pero, al mismo tiempo, muchas firmas antiguas quebraban y los ricos de ayer se convertían en mendigos. Los obreros más humildes se bañaban en aquel río de oro. Estibadores del puerto, carreteros, cocheros, carretilleros, acarreadores de ladrillos y peones de zanjas aún recuerdan cuánto dinero podían ganar al día durante ese loco verano. Cualquier vagabundo, descargando barcazas con sandías, ganaba no menos de cuatro o cinco rublos diarios. Y toda esa ruidosa turba de forasteros embriagados por el dinero fácil, ebrios de la sensual belleza de la antigua y encantadora ciudad, hechizados por la dulzura de las noches sureñas, perfumadas con el suave aroma de la acacia blanca; esos centenares de miles de bestias insaciables y desenfrenadas, con forma de hombres, clamaban al unísono su voluntad colectiva: «¡Mujeres!».

En un solo mes surgieron en la ciudad varias decenas de nuevos locales de ocio: los elegantes Tívoli, Châteaux-de-Fleurs, Olimpo, Alcázar y demás, con coros y con operetas; muchos restaurantes y cervecerías con terrazas de verano, y tabernas sencillas cerca del puerto en construcción. En la esquina de cualquier cruce se abrían a diario los llamados *establecimientos de violetitas,* pequeñas casetas hechas de tablones en las que, aparentemente se vendía *kvas*[3], pero en cada uno de las cuales dos o tres mujeres ya mayores se vendían ellas mismas, justo al lado, tras una mampara de listones; y para muchos padres y madres ese verano fue doloroso e imborrable debido a las humillantes enfermedades de sus hijos: jóvenes colegiales y cadetes. Se requería servicio doméstico para los huéspedes forasteros y eventuales, y miles de muchachas campesinas acudieron a la ciudad desde las aldeas circundantes. Inevitablemente, la demanda de prostitución se disparó de forma extraordinaria. Y así, de Varsovia, Łódź, Odesa, Moscú, incluso de San Petersburgo y hasta de países más lejanos llegó un sinfín de mujeres extranjeras; había de todo: *cocottes* de fabricación rusa, prostitutas de tropa más corrientes y elegantes francesas y vienesas. La influencia corruptora de cientos de millones de rublos descontrolados se hizo sentir con fuerza. Esta cascada de oro

parecía haber anegado, arremolinado y ahogado toda la ciudad. El número de robos y asesinatos creció con una rapidez asombrosa. La Policía, a pesar de haber aumentado el número de efectivos, estaba perdida y exhausta. Pero más tarde, atiborrada de abundantes sobornos, comenzó a parecerse a una *boa constrictor,* que, una vez saciada, se vuelve inevitablemente somnolienta y perezosa. La gente era asesinada por nada, sin motivo alguno. A veces, simplemente se acercaban a un hombre a plena luz del día en alguna calle poco transitada y le preguntaban: «¿Cómo te apellidas?»; «Fiódorov»; «¡Ajá, Fiódorov! ¡Pues toma!», y le abrían el vientre con un cuchillo. Así, en la ciudad apodaron a esos granujas «los acuchilladores», y había entre ellos nombres de los que la crónica urbana parecía enorgullecerse: los Polishchúk, dos hermanos (Mitka y Dundás), Volódka «el Griego», Fiódor Miller, el capitán Dmítriev, Sivojó, Dobrovolski, Shpáchek y muchos otros.

Tanto de día como de noche, en las calles principales de la ciudad, la multitud enloquecida se movía, se detenía y gritaba, como en un incendio. Era casi imposible describir lo que sucedía entonces en Yamka. A pesar de que las propietarias habían más que doblado su personal y triplicado los precios, sus pobres muchachas, frenéticas, no daban abasto para satisfacer las exigencias de una clientela ebria y descontrolada, que gastaba el dinero a espuertas. A veces en el salón atestado de gente, donde había tanta aglomeración como en un mercado, a cada muchacha la esperaban siete, ocho, en ocasiones incluso diez hombres. ¡Fue una época verdaderamente convulsa, de locura y borrachera!

A partir de ese momento comenzaron todas las desgracias del barrio de Yamka, hasta llevarlo a la ruina. Y, junto con Yamka, sucumbió la casa que tan bien conocemos de la vieja gorda de ojos claros Anna Márkovna.

II

El tren de pasajeros corría alegre de sur a norte, atravesando campos dorados de trigo y hermosos robledales, pasando con

estrépito por puentes de hierro sobre ríos cristalinos y dejando tras de sí remolinos de humo en el aire.

En un compartimento de segunda clase, incluso con la ventana abierta, hacía un calor sofocante y se respiraba un aire viciado. El olor a humo sulfuroso irritaba la garganta. El traqueteo y el bochorno tenían agotados a los pasajeros, salvo a uno: un judío alegre, enérgico y vivaz, con un atuendo impecable, servicial, sociable y conversador. Viajaba con una joven y se notaba enseguida, especialmente por ella, que eran unos recién casados; el rostro se le encendía con un rubor inesperado ante cada pequeña muestra de cariño de su esposo. Cuando alzaba los párpados para mirarlo, los ojos le brillaban como estrellas y se humedecían. Su rostro era tan hermoso como solo lo son los rostros de las jóvenes judías enamoradas: todo de un delicado color rosado, con labios también rosados, perfilados con una inocencia encantadora, y ojos tan negros que era imposible distinguir la pupila del iris.

Sin avergonzarse por la presencia de desconocidos, él prodigaba caricias constantes –y hay que decir que bastante toscas– a su acompañante. Con la descarada desenvoltura del que se siente poseedor de algo, con ese egoísmo particular de los enamorados –que parecen gritarle al mundo: «¡Miren lo felices que somos! Eso también los hace felices, ¿verdad?»–, le acariciaba la pierna, que se marcaba firme y prominente bajo el vestido, le pellizcaba la mejilla o le hacía cosquillas en el cuello con su bigote negro, rizado y rígido peinado hacia arriba. Aunque resplandecía de entusiasmo, algo depredador, cauteloso e inquieto irradiaban sus ojos, que parpadeaban con frecuencia, el tic del labio superior y la línea dura de la barbilla cuadrada, prominente y afeitada, con una leve hendidura en el centro.

Frente a la parejita de enamorados había tres pasajeros: un anciano general retirado, delgado y pulcro, con el cabello engominado y peinado hacia delante; un terrateniente gordo que se había quitado el cuello almidonado y aun así jadeaba por el calor y se secaba constantemente el rostro sudoroso con un pañuelo empapado, y un joven oficial del cuerpo de infantería. La verborrea interminable de Semión Yákovlevich (el joven ya había informado a

sus vecinos que así se llamaba, Semión Yákovlevich Gorizont) los agotaba e irritaba un poco, como el zumbido de una mosca que en un día caluroso de verano golpea rítmicamente contra el cristal de una ventana en una habitación cerrada y sofocante. Sin embargo, él sabía cómo animar el ambiente: mostraba trucos de magia, contaba chistes judíos llenos de un humor fino y peculiar. Cuando su esposa salía a la pasarela del vagón a refrescarse, relataba historias que hacían al general esbozar una sonrisa de felicidad, al terrateniente reír a carcajadas, sacudiendo la barriga bien alimentada gracias a sus fértiles tierras del sur, y al alférez, un muchacho imberbe recién salido hacía un año de la academia militar, contener la risa y la curiosidad, girándose hacia un lado para que los otros no vieran que se sonrojaba.

La esposa cuidaba de Gorizont con una atención conmovedora e ingenua: le secaba el rostro con un pañuelo, lo abanicaba, le ajustaba la corbata una y otra vez. En esos momentos, el rostro de él se volvía ridícula y arrogantemente engreído, absurdamente satisfecho de sí mismo.

—Disculpe –dijo el general, tosiendo cortésmente–, permítame preguntarle, ¿a qué se dedica usted, estimado señor?

—¡Ay, Dios mío! –respondió Semión Yákovlevich con encantadora franqueza–. ¿A qué puede dedicarse un pobre judío en estos tiempos? Soy un poco viajante de comercio y comisionista. Ahora mismo estoy alejado de los negocios. ¡Je, je, je! Ustedes comprenderán, caballeros. Luna de miel, ¡no te sonrojes, Sárochka!, no es algo que se repita tres veces al año. Pero después tendré que trabajar y viajar mucho. Cuando lleguemos a la ciudad, Sárochka y yo visitaremos a sus parientes, y luego otra vez en marcha. Para el primer viaje pienso llevarme a mi esposa. Ya saben, como un viaje de bodas. Soy representante de la marca Sidris y de otras dos firmas inglesas. Si les apetece ver algo, tengo muestras aquí…

Con gran agilidad, sacó de un maletín de cuero amarillo pequeño y elegante varias libretas largas de cartón plegable y, con la destreza de un sastre, comenzó a desplegarlas, sosteniéndolas por un extremo, de modo que las hojas caían rápidamente con un leve crujido.

—Miren qué muestras tan excelentes, no tienen nada que envidiar a las extranjeras. Fíjense. Este, por ejemplo, es un tejido ruso y este de aquí es un *tricot* inglés, o miren este *cashmere* y este *cheviot.* Compárenlas, tóquenlas, y verán que los rusos no tienen casi nada que envidiar a los importados. Esto habla del progreso, del crecimiento de la cultura. Europa nos considera bárbaros a los rusos, ¡y qué equivocada está!

»Así pues, haremos nuestras visitas familiares, veremos la feria, pasearemos un poco por el Château-de-Fleurs, nos divertiremos, y luego iremos al Volga, hasta Tsaritsyn, al mar Negro, a todos los balnearios, y de vuelta a casa, a Odesa.

—Un viaje magnífico –dijo tímidamente el subteniente–.

—¡Sin duda magnífico! –asintió Semión Yákovlevich–. Pero no hay rosa sin espinas. El oficio de viajante es muy duro y requiere muchos conocimientos, no tanto del negocio en sí, sino, ¿cómo decirlo?, del alma humana. Hay quienes no quieren hacer un pedido, y tú debes convencerlos, como a mulas, hasta que comprendan la sinceridad y la entereza de tus palabras. Porque yo solo me dedico a negocios absolutamente limpios, sin sombra de duda. No me metería en un negocio sucio o fraudulento, aunque me ofrecieran millones. Pregunten en cualquier tienda que venda telas o tirantes Gloire, también represento esa firma, o botones Helios. Pregunten quién es Semión Yákovlevich Gorizont y todos les dirán: «Semión Yákovlevich es un hombre desinteresado, de una honestidad impecable, un tesoro».

Mientras hablaba, seguía desplegando cajas alargadas con tirantes de marca y hojas de cartón brillantes cubiertas con filas ordenadas de botones multicolores.

—También surgen desagradables inconvenientes cuando el terreno está saturado, cuando antes de ti han pasado otros marchantes. Entonces, para muchos no hay nada que hacer: ni siquiera te escuchan, solo agitan las manos. Pero ese no es mi caso: ¡yo soy Gorizont! Sé convencerlos, podría venderle hielo a un esquimal siberiano. Es aún más fastidioso cuando dos competidores del mismo negocio coinciden en una ciudad. Y peor aún si aparece un charlatán que no logra nada para él mismo y a ti te arruina el negocio.

Entonces recurres a toda clase de trucos: lo emborrachas o lo envías por un camino falso. ¡No es un oficio fácil! Además, también soy marchante de ojos y dientes postizos. Pero no es rentable. Quiero dejarlo. Y estoy pensando en abandonar todo esto. Entiendo que está bien revolotear como mariposa cuando eres joven y estás en la flor de la vida, pero cuando tienes una esposa, y tal vez una familia entera… –dio un juguetón golpecito en la pierna de su mujer, que se puso roja como un tomate y se volvió aún más hermosa–. Porque a nosotros, los judíos, Dios nos ha bendecido con fertilidad por todas nuestras desgracias… Entonces quieres tener un negocio propio, asentarte en un lugar, tener tu casa, tus muebles, tu dormitorio, tu cocina. ¿No es así, su excelencia?

—Claro, claro… oh… por supuesto –respondió condescendiente el general–.

—Y así tomé a Sárochka junto con una pequeña dote. Bueno, ¡una pequeña dote! ¡Para un Rothschild[4] es una cantidad que ni se molestaría en mirar, pero en mis manos es un capital! Aunque debo decir que también tengo algunos ahorrillos. Y firmas conocidas me darán crédito. Si Dios quiere, tendremos nuestro pan con mantequilla y, los sábados, nuestro delicioso pescado relleno.

—¡Excelente pescado, el lucio a la judía! –dijo el terrateniente, jadeando–.

—Abriremos nuestra firma, Gorizont e hijo. ¿Verdad, Sárochka, «e hijo»? Y espero, caballeros, que me honren con sus pedidos. Cuando vean el letrero Gorizont e hijo, recuerden que una vez viajaron en un tren con un joven que enloqueció de amor y felicidad.

—¡Por supuesto! –dijo el terrateniente–.

Inmediatamente, Semión Yákovlevich se volvió hacia él:

—También soy corredor de fincas: la venta, la compra, el arreglo de una segunda hipoteca; no encontrarán un especialista mejor ni más barato que yo. Puedo servirles si lo necesitan. –Y, con una reverencia, le entregó al terrateniente su tarjeta de visita y, de paso, dio una a cada uno de sus vecinos–.

El terrateniente rebuscó en un bolsillo lateral y sacó también su propia tarjeta.

—«Iósif Ivánovich Vengzhenovski» –leyó en voz alta Semión

Yákovlevich–. ¡Mucho mucho gusto! Si me necesita…

—¿Por qué no? Tal vez… –dijo pensativo el terrateniente–. De hecho, quizá sea una feliz casualidad. Viajo a K. [Kiev] precisamente por la venta de una dacha en el bosque. Podría venir a verme. Siempre me hospedo en el Grand Hotel. Tal vez lleguemos a un acuerdo.

—¡Oh, querido Iósif Ivánovich, estoy casi seguro de que llegaremos! –exclamó Gorizont alegre y le dio a Vengzhenovski un leve y cuidadoso golpecito con las yemas de los dedos en la rodilla–. Quédese tranquilo: si Gorizont se encarga de algo, se lo agradecerá usted como a un padre, ¡ni más ni menos!

Media hora después, Semión Yákovlevich y el subteniente imberbe estaban en la pasarela del vagón, fumando.

—¿Va a menudo a K., señor subteniente? –preguntó Gorizont–.

—Imagínese, es mi primera vez. Mi regimiento está en Chernobob. Soy de Moscú.

—¡Ay, ay, ay! ¿Cómo terminó tan lejos?

—Tuve que hacerlo. No había otra vacante al graduarme.

—¡Pero Chernobob es un agujero! La ciudad más miserable de toda Podolia.

—Cierto, pero así fue.

—Entonces, el joven oficial va a K. para divertirse un poco, ¿no?

—Algo así. Pienso quedarme dos o tres diitas. En realidad, voy a Moscú. Tengo un permiso de dos meses, pero quería ver la ciudad de paso. Dicen que es muy bonita.

—¡Oh, ni que lo diga! ¡Es una ciudad extraordinaria! Muy europea. Si viera las calles, la electricidad, los tranvías, los teatros. Y si conociera los *cafés-chantants.* ¡Se chuparía los dedos! Le recomiendo, joven, que visite sin falta el Château-de-Fleurs, el Tívoli, y que vaya a la isla. Es algo especial. ¡Y qué mujeres, quéééé mujeeeres!

El subteniente se sonrojó, desvió la mirada y preguntó con voz temblorosa:

—Sí, he oído hablar de eso. ¿Realmente son tan hermosas?

—¡Que me castigue Dios! Créame, allí no hay mujeres guapas.

—¿Cómo es eso?

—Porque solo hay bellezas. ¿Entiende? Es una combinación afortunada de sangres: polaca, ucraniana y judía. Cómo lo envidio, joven, por ser libre y soltero. En mi juventud, ¡yo habría dado lo mejor de mí allí! Y lo más notable es que son mujeres extraordinariamente apasionadas. ¡Como el fuego! ¿Y sabe qué más? –preguntó de pronto en un susurro conspirador–.

—¿Qué? –preguntó el alférez, asustado–.

—Lo más maravilloso es que en ningún sitio, ni en París ni en Londres, y créame, esto me lo contaron personas que han visto el mundo entero, en ninguno encontrará formas de amor tan refinadas como en esta ciudad. Es algo único, como dicen nuestros judíos, ¡inventan cosas que ninguna imaginación podría concebir! ¡Es para volverse loco!

—¿En serio? –dijo en voz baja el subteniente, con la respiración entrecortada–.

—¡Que me castigue Dios! Pero, es más, espere, joven. Yo fui soltero, y, claro, usted entiende, todos pecamos… Ahora es diferente, soy un hombre encadenado. Pero de aquellos días me quedó una colección notable. Espere, se la muestro. Pero, por favor, mírela con precaución.

Gorizont ojeó a su alrededor con cautela, sacó del bolsillo una cajita larga y estrecha de tafilete, parecida a las que guardan naipes, y se la pasó al alférez.

—Aquí tiene. Solo le pido que lo haga con cuidado.

El subteniente comenzó a hojear una tras otra las tarjetas. Eran fotografías, algunas en blanco y negro, y otras en color, que mostraban todas las posturas posibles, las más inverosímiles y brutales, de esa forma de amor que a veces reduce a los hombres a un nivel más bajo y vil que un babuino. Gorizont miraba por encima de su hombro, le daba golpecitos con el codo y susurraba:

—¿Qué le parece? ¿No es pura elegancia? ¡Es el verdadero chic de París y Viena!

El subteniente revisó toda la colección de principio a fin. Cuando le devolvió la cajita, le temblaba la mano, tenía las sienes y la frente húmedas, los ojos nublados y un rubor marmóreo y moteado en las mejillas.

—¿Sabe qué? –dijo de pronto Gorizont, en tono alegre–. Ya no me importa, estoy fuera de juego. Yo, como decían en la Antigüedad, «He quemado mis barcos», he quemado todo lo que adoraba y no hay vuelta atrás. Hace tiempo que buscaba a alguien a quien vender estas tarjetas. No me importa mucho el precio. Las dejo a la mitad de lo que me costaron. ¿No quiere comprarlas, señor oficial?

—Bueno… yo… ¿por qué no? Tal vez…

—¡Estupendo! Por este agradable encuentro, se las dejo a cincuenta kopeks cada una. ¿Es caro? Bueno, está bien, ¡que sea como le parezca a usted! Sé que está de viaje, no quiero aprovecharme: treinta kopeks. ¿Todavía es caro? ¡De acuerdo! ¿Cerramos el trato por veinticinco cada una? ¡Ay, es usted duro de convencer! ¡Por veinte! Después me lo agradecerá. Y sabe qué más, cuando llego a K., siempre me hospedo en el hotel Ermitage. Puede encontrarme fácilmente por la mañana temprano o alrededor de las ocho de la tarde. Tengo muchas amigas encantadoras que le puedo presentar. Y, entiéndame, no es por dinero. No, no. Solo quieren pasar un buen rato con un hombre joven, sano y guapo como usted. Nada de dinero, ¡al contrario! Ellas mismas pagarán gustosas el vino o la botella de champaña. Así que recuerde: Ermitage, Gorizont. Y si no quiere, recuérdeme igual, podría serle útil. Estas tarjetas son un tesoro, nunca se quedarán sin comprador. Los aficionados pagan hasta tres rublos por una. Claro, son ricos, ancianos. Y, ¿sabe? –Gorizont se acercó al oído del oficial, entrecerró un ojo y dijo con un susurro pícaro–. Muchas damas adoran estas tarjetas. Usted es joven, guapo y ¡con tantos romances que le quedan por vivir!

Tras recibir el dinero y contarlo cuidadosamente, Gorizont tuvo el descaro de extender la mano y estrechar la del alférez, que no se atrevía a mirarlo a los ojos. Luego, como si nada, dejándolo atrás, regresó al pasillo del vagón.

Era un hombre extraordinariamente sociable. De camino a su compartimento, se detuvo junto a una encantadora niña de tres años, a la que llevaba un rato haciendo muecas y payasadas desde lejos. Se agachó frente a ella, le hizo el juego de la cabra con los dedos y, con voz melosa y ceceante, preguntó:

—¿Y a dónde va la *zeñorita*? ¡Uy, uy, qué mayor! ¿Viaja *zola, zin*

mamá? ¿Ella *mizma* compró el billete? ¡Qué niña tan *travieza*! ¿Y dónde *eztá* la mamá de la niña?

En ese momento, salió de un compartimento una mujer alta, hermosa y segura de sí misma, que dijo con calma:

—Déjela tranquila. ¡Qué asco molestar a los niños de otros!

Gorizont se puso de pie de un salto y exclamó nervioso:

—¡Señora! No he podido resistirme… ¡Es una niña tan maravillosa, tan elegante, tan delicada! ¡Un verdadero cupido! Entienda, señora, soy padre, tengo mis propios hijos… ¡No pude contenerme de la admiración!

Pero la dama le dio la espalda, tomó a la niña de la mano y entró en el compartimento, dejando a Gorizont haciendo reverencias y murmurando cumplidos y disculpas.

Varias veces durante el trayecto, Gorizont se acercó a los vagones de tercera clase, entró en dos de ellos, ambos separados entre sí por casi todo el tren. En uno había tres hermosas mujeres en compañía de un hombre de barba negra, silencioso y sombrío. Con él, Gorizont intercambiaba frases extrañas en una jerga especial. Las mujeres lo miraban con ansiedad, como si quisieran preguntar algo, pero no se atrevieran. Solo una vez, cerca del mediodía, una de ellas se aventuró a decir tímidamente:

—¿Entonces es cierto? Lo que dijo sobre ese lugar… Entiéndalo, mi corazón está inquieto.

—¡Ay, Margarita Ivánovna! –respondió Gorizont–. Si yo lo he dicho, es tan cierto como el dinero que hay en el banco estatal. Escuche, Lázer –se dirigió al hombre barbudo–, en la próxima estación compre bocadillos para las señoritas, cuantos quieran. El tren estará parado veinticinco minutos.

—Yo quisiera un caldo –dijo tímidamente una de ellas, una rubia pequeña de cabello como el trigo maduro y los ojos como flores de aciano–.

—Querida Bela, lo que usted desee. En la estación me encargaré de que le traigan caldo con carne y hasta empanadas. No se preocupe, Lázer, yo me ocuparé de todo.

En el otro vagón, Gorizont tenía un verdadero plantel de mujeres, unas doce o quince. Todas bajo el mando de una vieja gorda de

cejas negras, enormes y aterradoras. Hablaba con voz grave, y sus papadas, pechos y lorzas de la barriga temblaban bajo un vestido holgado al ritmo del traqueteo del tren, como gelatina de manzana. Ni la vieja ni las jóvenes dejaban lugar a dudas sobre su profesión.

Las mujeres, tiradas en los bancos, fumaban, jugaban a las cartas –al *sesenta y seis*–, bebían cerveza. A menudo, los hombres del vagón las molestaban y ellas respondían con un lenguaje grosero y voces roncas. Los jóvenes les ofrecían cigarrillos y vino.

Aquí, Gorizont estaba irreconocible: grandioso, despreocupado, con un aire de superioridad burlona. Cada palabra que le dirigían sus «clientas» estaba cargada de servilismo y adulación. Él las inspeccionaba a todas –una mezcla extraña de rumanas, judías, polacas y rusas– y se aseguraba de que todo estuviera en orden, disponía que les trajeran bocadillos y se retiraba imponente. En esos momentos, parecía un tratante de ganado que transporta reses por ferrocarril y, al parar en una estación, revisa su carga y les da de comer. Luego regresaba a ,su compartimento y volvía a mimar a su esposa, mientras los chistes judíos salían de su boca a borbotones.

En las paradas largas, iba al bufet solo a organizar lo necesario para sus clientas. A sus vecinos les decía:

—Da igual si es *kósher* o no. No noto ninguna diferencia. Pero ¿qué puedo hacer con mi estómago? En estas estaciones a veces te dan comida asquerosa. Pagas tres o cuatro rublos y luego gastas cien en médicos. A lo mejor tú, Sárochka –se dirigía a su esposa–, ¿quieres bajar a la estación a comer algo? ¿O te lo traigo yo aquí?

Sárochka, feliz por su atención, se sonrojaba, lo miraba con ojos agradecidos y rehusaba.

—Eres muy bueno, Senia, pero no quiero. Estoy saciada.

Entonces Gorizont sacaba de una cesta carne cocida, pollo, pepinos y una botella de vino palestino, comía con calma y apetito; ofrecía a su esposa, que comía con delicadeza, levantando los meñiques de sus hermosas manos blancas, y luego envolvía cuidadosamente los restos en papel y los guardaba sin prisa, con esmero, en la cesta.

A lo lejos, más allá de la locomotora, comenzaban a brillar los destellos dorados de las cúpulas de las iglesias. Un cobrador pasó

por el compartimento e hizo una señal imperceptible a Gorizont, que salió tras él a la pasarela.

—Pronto pasará el control –dijo el revisor–. Haga el favor de quedarse con su esposa en la pasarela de tercera clase.

—¡Bueno, bueno! –asintió Gorizont–.

—Y ahora, el dinero, como acordamos.

—¿Cuánto te debo?

—Como quedamos: la mitad del suplemento, dos rublos con ochenta kopeks.

—¿Qué? –estalló Gorizont–. ¿Dos rublos con ochenta? ¿Crees que estoy loco? Toma un rublo y da gracias a Dios.

—¡Disculpe, señor! Eso no tiene sentido, ¡habíamos acordado…!

—¡Acordado, acordado! Toma otro medio rublo y ni un kópek más. ¡Qué descaro! Y encima podría denunciarte al revisor por llevar pasajeros sin billete. ¡No te equivoques conmigo!

Los ojos del cobrador se abrieron de golpe, inyectados de sangre.

—¡Maldito judío! –rugió–. ¡Ojalá te aplastara el tren!

Pero Gorizont se le enfrentó como gallo de pelea:

—¿Que me aplastara el tren? ¿Tú sabes lo que pasa por decir eso? ¡Amenazas a mí! Ahora mismo gritaré: «¡Guardia!» y tiraré de la palanca de emergencia. –Y con tal determinación agarró el mango de la puerta que el cobrador solo agitó la mano y escupió–.

—¡Así te atragantes con mi dinero, judío carroñero!

Gorizont llamó a su esposa desde el compartimento:

—¡Sárochka! Vamos a la pasarela, la vista es mejor. ¡Es tan bonito! ¡Parece un cuadro!

Sara lo siguió obediente, sosteniendo torpemente su vestido nuevo, probablemente de estreno, inclinándose como si temiera rozarse con la puerta o la pared.

A lo lejos, entre la bruma jovial y rosada del atardecer, brillaban las cúpulas y sus cruces doradas. En lo alto de una colina, las iglesias blancas y esbeltas parecían flotar en esa neblina mágica y colorida. Bosques de rizados árboles y arbustos descendían desde la cima hasta el borde de un barranco. Y el precipicio blanco y escarpado, que bañaba sus pies en un río azul, parecía surcado aleatoriamente por venas y protuberancias verdes. La ciudad

antigua, de una belleza de fábula, parecía salir al encuentro del tren.

Cuando este se detuvo, Gorizont ordenó a los mozos que llevaran el equipaje a primera clase y pidió a su esposa que lo siguiera. Pero él aguardó en la puerta de salida para dejar pasar a sus dos grupos. A la vieja que vigilaba a la docena de mujeres, le dijo brevemente mientras pasaba:

—Recuerde, señora Berman, hotel América, Ivaniukóvskaya, veintidós.

Y al hombre de barba negra:

—No olvide, Lázer, dé de comer a las chicas y llévelas al cine. A las once de la noche espéreme, hablaremos entonces. Si alguien me necesita con urgencia, ya sabe mi dirección: Ermitage. Llame. Si no estoy, pase por el café Reiman o por la cantina judía de enfrente. Estaré comiendo pescado relleno. ¡Buen viaje!

III

Todas las historias de Gorizont sobre su vida como viajante de comercio eran pura mentira, descarada y vil. Todas esas muestras de telas de sastrería, los tirantes Gloire, los botones Helios, los dientes y ojos postizos no eran más que una fachada para ocultar su verdadera ocupación: el comercio del cuerpo femenino. Cierto es que, unos diez años atrás, había viajado por Rusia como representante de una firma de vinos, desconocida y de dudosa procedencia, y aquella experiencia le otorgó a su lengua la desenvoltura desinhibida típica de los marchantes. Fue precisamente esa primera ocupación la que lo llevó a su verdadera profesión. En un viaje a Rostov del Don, logró enamorar a una joven costurera. Ella aún no figuraba en los registros policiales (de la moral), pero veía el amor y su propio cuerpo sin prejuicios elevados. Gorizont, entonces un joven inexperto, apasionado y frívolo, arrastró a la costurera en sus andanzas llenas de aventuras e imprevistos. Seis meses después, la muchacha le resultaba insoportable. Era ya una carga demasiado pesada, como una muela de molino colgada del cuello de un hombre –como él– de energía, movimiento y empuje.

Además, las eternas escenas de celos, la desconfianza, el control constante y las lágrimas –consecuencias inevitables de una larga vida en común– lo agotaban. Entonces empezó a golpearla, poco a poco. La primera vez, ella se sorprendió; la segunda, se volvió sumisa y obediente. Es sabido que las «mujeres del amor» nunca conocen el término medio en las relaciones amorosas. O son mentirosas histéricas, embaucadoras, hipócritas, con una mente fría y depravada, y un alma oscura y tortuosa, o son animalillos infinitamente abnegadas, ciegamente devotos, estúpidos e ingenuos, que no conocen los límites ni en sus concesiones ni en la pérdida de su dignidad personal. La costurera pertenecía a esta segunda categoría, y pronto Gorizont, sin mucho esfuerzo, la convenció de que saliera a la calle a venderse. Desde la misma noche en que su amante lo obedeció y trajo a casa los primeros cinco rublos ganados así, Gorizont sintió por ella un desprecio ilimitado. Curiosamente, por más mujeres que pasaron por sus manos después –y fueron varios cientos–, ese sentimiento de asco y desprecio masculino hacia ellas nunca lo abandonó. Se burlaba de la pobre mujer de todas las formas posibles, torturándola moralmente, buscando sus puntos más vulnerables. Ella solo callaba, suspiraba, lloraba y, arrodillándose ante él, le besaba las manos. Esa sumisión silenciosa irritaba aún más a Gorizont. La echaba de su lado, pero ella no se iba. La empujaba a la calle, y ella regresaba una o dos horas después, temblando de frío, con un sombrero empapado cuyas alas dobladas chorreaban como canalones el agua de la lluvia recogida. Finalmente, un oscuro amigo le dio a Semión Yákovlevich un consejo cruel y astuto que marcó el resto de su vida: vender a su amante a un burdel.

A decir verdad, al embarcarse en aquella empresa, Gorizont apenas creía en su éxito. Pero, contra todo pronóstico, el negocio salió a la perfección. La dueña del establecimiento (esto fue en Járkov) aceptó de buena gana su propuesta. Conocía bien y desde hacía tiempo a Semión Yákovlevich, el tipo que entretenía a todos tocando el piano, bailaba de maravilla y hacía reír a todo el salón con sus ocurrencias, pero, sobre todo, el que sabía «sacarles el dinero» a los grupos de juerguistas, con una destreza descarada.

Solo faltaba convencer a su compañera sentimental, eso resultó ser lo más difícil. Ella se negaba a separarse de su amado, amenazaba con suicidarse, juraba que le quemaría los ojos con ácido sulfúrico, prometía que presentaría quejas al jefe de Policía –y realmente conocía algunos trapos sucios de Semión Yákovlevich que olían a delito–. Entonces, Gorizont cambió de táctica. Se transformó de pronto en su amigo tierno y atento, su amante incansable. Luego, de repente, cayó en una profunda melancolía. Ante las preguntas inquietas de la mujer, se limitaba a guardar silencio, dejaba caer como al descuido alusiones a un error en su vida, y después comenzó a mentir con descaro y gran inspiración. Hablaba de que la Policía lo seguía, de que no escaparía de la cárcel, tal vez incluso de trabajos forzados o la horca, de que necesitaba esconderse unos meses en el extranjero. Sobre todo, insistía en un negocio fantástico que le haría ganar cientos de miles de rublos. La costurera lo creyó y se angustió con esa preocupación femenina, desinteresada, casi santa, que tiene siempre algo de maternal. Entonces fue fácil convencerla de que viajar juntos era peligroso para él y que lo mejor era que se quedara allí, esperando a que sus asuntos se resolvieran favorablemente. Después de eso, persuadirla de esconderse en un burdel, como el refugio más seguro contra la Policía y los detectives, fue pan comido. Una mañana, Gorizont le dijo que se arreglara bien, se rizara el cabello, se empolvara y se pusiera un poco de colorete en las mejillas, y la llevó al antro de su conocida. La chica causó una buena impresión y ese mismo día su pasaporte fue cambiado en la Policía por la llamada «cartilla de permuta», la cartilla amarilla. Tras despedirse de ella con largos abrazos y lágrimas, Gorizont entró en el cuarto de la dueña y recibió su pago: cincuenta rublos (aunque había pedido doscientos). No le importó demasiado que el precio fuera bajo; lo importante era que, por fin, había encontrado su verdadera vocación y había puesto la primera piedra de su futura prosperidad.

Por supuesto, la mujer que vendió quedó para siempre atrapada en las garras del burdel. Gorizont la olvidó por completo, tanto que al cabo de un año ni siquiera recordaba su rostro. Pero quién sabe… tal vez se mentía a sí mismo.

Ahora era uno de los principales traficantes de cuerpos femeninos de todo el sur de Rusia. Tenía tratos con Constantinopla y Argentina, trasladaba grupos enteros de chicas de los burdeles de Odesa a Kiev, de Kiev a Járkov y de Járkov a Odesa. También distribuía a ciudades secundarias de provincias y a condados más ricos la mercancía rechazada o demasiado conocida en las grandes ciudades. Había establecido una enorme clientela, y entre sus consumidores contaba con muchas personas de posición social destacada: vicegobernadores, coroneles de la gendarmería, abogados prominentes, médicos reconocidos, terratenientes ricos, comerciantes libertinos. Todo el mundo oscuro –dueñas de burdeles, *cocottes* independientes, alcahuetas, propietarias de casas de citas, proxenetas, actrices y coristas de segunda– le era tan familiar como el cielo estrellado a un astrónomo. Su prodigiosa memoria, que le permitía prescindir prudentemente de las libretas de notas, guardaba miles de nombres, apellidos, alias, direcciones y características. Conocía a la perfección los gustos de sus clientes de alto rango: unos buscaban un libertinaje extravagante, otros pagaban sumas exorbitantes por vírgenes, a otros había que conseguirles menores. Tenía que satisfacer inclinaciones sádicas y masoquistas, y a veces atender perversiones sexuales completamente antinaturales, aunque, hay que decirlo, solo aceptaba estos últimos casos cuando prometían una ganancia grande y segura. Dos o tres veces tuvo que pasar por la cárcel, pero esas estancias le fueron útiles: no solo no perdió su audacia depredadora ni su energía en los negocios, sino que con cada experiencia se volvía más valiente, ingenioso y emprendedor. Con el tiempo, a su descaro se sumó una enorme sabiduría práctica para los negocios.

Se había casado unas quince veces, y siempre se las arreglaba para obtener una dote considerable. Una vez que se apoderaba del dinero de la esposa, un buen día desaparecía sin dejar rastro y, si había oportunidad, la vendía provechosamente a un burdel secreto o a un prostíbulo público de lujo. A veces, los padres de la víctima engañada acudían a la Policía para encontrarlo. Pero, mientras era buscado por todos sitios como Shperling, él ya viajaba de ciudad en ciudad como Rosenblum. A lo largo de su carrera, a pesar de su

envidiable memoria, cambió tantas veces de apellido que no solo olvidó en qué año había sido Natanaelzon o Bakaliar, sino que su propio apellido comenzaba a parecerle uno más de sus seudónimos.

Asombrosamente, no encontraba nada criminal ni reprochable en su profesión. Para él era como si comerciara con madera, cal, harina, carne o arenques. A su manera, era devoto. Si el tiempo se lo permitía, asistía con fervor a la sinagoga los viernes. Celebraba con devoción la Pascua judía, Tabernáculos y el día de la Expiación allá donde fuera que lo llevara el destino. En Odesa tenía a su anciana madre y a su hermana jorobada, y les enviaba, no regularmente, pero sí con frecuencia y perseverancia, sumas de dinero –ya fueran grandes o pequeñas– desde casi todas las ciudades, por muy alejadas que estuviesen: desde Kursk, Varsovia o Samara. Había acumulado ahorros considerables en el Crédit Lyonnais y los incrementaba gradualmente, sin tocar nunca los intereses. Sin embargo, no era codicioso ni tacaño. Más bien, lo que le atraía de su negocio era la emoción, el riesgo y el orgullo profesional. Por las mujeres sentía una completa indiferencia; pese a que las entendía y sabía valorarlas, en su relación con ellas se parecía a un buen cocinero que, con un entendimiento profundo de su oficio, sufre una falta crónica de apetito. Para persuadir, seducir o hacer que una mujer cumpliera sus deseos, no necesitaba esfuerzo alguno: ellas acudían a su llamada y en sus manos se volvían obedientes, sumisas y maleables. Había desarrollado un aplomo firme, inquebrantable y seguro, al que ellas se sometían como un caballo rebelde se somete instintivamente a la voz, la mirada y las caricias de un jinete experimentado.

Bebía con mucha moderación y nunca solo. Era indiferente a la comida. Pero, como cualquier hombre, tenía su pequeña debilidad: le apasionaba vestirse bien y gastaba sumas considerables en su atuendo. Cuellos de moda de todos los estilos, corbatas, gemelos de diamantes, llaveros, ropa interior elegante y calzado sofisticado eran sus principales pasiones.

Desde la estación, fue directo al hotel Ermitage. Los mozos del hotel, con las blusas azules y gorras reglamentarias, llevaron sus

pertenencias al vestíbulo. Él entró detrás, del brazo de su esposa, ambos elegantes y distinguidos, él especialmente imponente, con su amplio abrigo inglés en forma de campana, un nuevo sombrero panamá de ala ancha y un bastoncito con un pomo de plata en forma de mujer desnuda que sostenía descuidadamente en la mano.

—No se permite la entrada sin permiso de residencia –dijo el portero, un hombretón enorme y gordo, mirándolo desde arriba con una expresión somnolienta e impasible–.

—¡Ay, Zajar! ¡Otra vez con lo de «no se permite»! –exclamó Gorizont alegremente, dando una palmadita al gigante en el hombro–. ¿Qué significa «no se permite»? Cada vez me sale usted con eso. Serán solo tres días. Voy a firmar un contrato de arrendamiento con el conde Ipátiev y me iré de inmediato. ¡Dios bendito! ¡Puede quedarse después con todo el hotel si quiere! Pero mire primero, Zajar, qué joyita le he traído de Odesa. ¡Quedará satisfecho!

Con un movimiento ágil, discreto y experimentado, deslizó una moneda de oro en la mano del portero, que ya la tenía preparada detrás de la espalda, en forma de barquito.

Lo primero que hizo Gorizont al instalarse en una amplia habitación con alcoba fue colocar en el pasillo, junto a la puerta, seis pares de magníficos zapatos y mandó llamar al botones, que acudió raudo al sonido del timbre:

—¡Límpialos todos ahora mismo! ¡Que brillen como espejos! Tú eres Timoféi, ¿verdad? Debes de conocerme: los servicios que me dan nunca quedan sin recompensa. ¡Que brillen como espejos!

IV

Gorizont permaneció en el hotel Ermitage no más de tres días y en ese tiempo logró reunirse con trescientas personas. Su llegada parecía haber revitalizado la alegre y gran ciudad portuaria. Lo visitaban encargadas de agencias de contratación para criadas, propietarias de casas de citas y viejas alcahuetas, canosas y curtidas en el negocio del tráfico de mujeres. No tanto por codicia, sino más

bien por orgullo profesional, Gorizont se esforzaba al máximo por obtener el mayor porcentaje posible, por comprar mujeres al precio más bajo. Por supuesto, no le importaba ganar diez o quince rublos más, pero la sola idea de que su competidor, Yampolski, pudiera obtener más beneficios en una venta lo ponía furioso.

Al día siguiente de su llegada, fue al estudio del fotógrafo Mézer, llevando consigo a Bela, la chica rubia del tren, y le hicieron fotos en varias poses; él recibió tres rublos por cada negativo, a ella le dio un rublo por cada foto. Hicieron veinte. Después, se dirigió a casa de Barsukova.

Esta era una mujer, mejor dicho, una antigua prostituta, de las que solo se encuentran en el sur de Rusia, mitad polaca mitad ucraniana, ya lo suficientemente mayor y rica como para permitirse el lujo de mantener a un esposo (y, con él, un *café-chantant*), un polaco atractivo y cariñoso. Gorizont y Barsukova se encontraron como viejos conocidos. Parecía que no había ni miedo, ni vergüenza, ni escrúpulos cuando hablaban entre sí.

—¡Señora Barsukova! Puedo ofrecerle algo especial. Tres mujeres: una alta, morena, muy recatada; otra pequeña, rubia, dispuesta a todo, ya me entiende; y la tercera, una mujer misteriosa que solo sonríe y no dice nada, pero promete mucho… ¡y es una belleza!

La señora Barsukova lo miró y negó con la cabeza, desconfiada.

—¡Señor Gorizont! ¿Me toma el pelo? ¿Quiere hacerme lo mismo que la última vez?

—¡Dios me libre!, ¿cómo voy a querer engañarla? Pero eso no es lo importante. También le ofrezco una mujer realmente culta. Haga con ella lo que quiera. Seguro que tiene algún cliente interesado.

Barsukova esbozó una sonrisa astuta y preguntó:

—¿Otra esposa?

—No. Pero es noble.

—Pues eso significa otra vez problemas con la Policía.

—¡Ay, Dios mío! No le pido mucho: por las cuatro, unos míseros mil rublos.

—Hablemos claro: quinientos. No quiero comprar gato por liebre.

—Señora Barsukova, sabe que no es la primera vez que hacemos negocios, no la engañaré. Y se la traeré ahora mismo. Solo le pido

que no olvide que usted será «mi tía», y que actúe en consecuencia. No estaré en la ciudad más de tres días.

La señora Barsukova se rio alegremente mientras todo su cuerpo se agitaba: los pechos, las lorzas de la barriga y la papada.

—No vamos a regatear por una minucia. Además, no nos engañemos, ahora hay mucha demanda de mujeres. ¿Qué le parece, señor Gorizont, si le ofrezco una copa de vino tinto?

—Gracias, señora Barsukova, con mucho gusto.

—Hablemos como viejos amigos. Dígame, ¿cuánto gana usted al año?

—Ah, señora, ¿cómo decirlo? Doce mil, veinte mil aproximadamente. Pero piense en los enormes gastos que suponen los viajes constantes.

—¿Ahorra un poco?

—Bueno, poca cosa: unos dos o tres mil al año.

—Pensaba que eran diez, veinte…

Gorizont se puso en guardia, sintiéndose amenazado, como si lo llevaran a una trampa, y preguntó con cautela:

—¿Por qué le interesa eso?

Anna Mijáilovna tocó el timbre eléctrico de su mesa y ordenó a la elegante criada que trajera café con nata fundida y una botella de Chambertin. Conocía los gustos de Gorizont. Luego preguntó:

—¿Conoce al señor Shepsheróvich?

Gorizont al momento exclamó:

—¡Dios mío! ¡Quién no conoce a Shepsheróvich! ¡Es un dios, un genio!

De repente se animó y, olvidando esa sensación de amenaza, habló con entusiasmo:

—¡Imagínese lo que hizo Shepsheróvich el año pasado! Llevó a Argentina a treinta mujeres de Kovno, Vilna y Zhitomir. Vendió a cada una de ellas por diez mil rublos, lo que suma, señora, treinta mil rublos. ¿Cree que Shepsheróvich se conformó con eso? No. Con ese dinero, para pagarse los gastos del barco, compró varias mujeres negras y las distribuyó por Moscú, San Petersburgo, Kiev, Odesa y Járkov. Sepa usted, señora, ese no es un hombre, es un águila. ¡Alguien que sí sabe hacer negocios!

Barsukova le puso cariñosamente la mano en la rodilla. Había estado esperando ese momento y le dijo amablemente:

—Pues bien, le propongo, señor… por cierto, no sé cómo se hace llamar ahora…

—Digamos, Gorizont.

—Señor Gorizont, ¿no tiene usted chicas vírgenes? Ahora hay una gran demanda de ellas. Voy a ser sincera con usted. No escatimaré con el dinero. Ahora está de moda. Tenga en cuenta, Gorizont, que le devolveremos a sus clientas tal como las dejó. Se trata, ya sabe, de una pequeña perversión que yo no consigo entender…

Gorizont bajó la mirada, se rascó la cabeza y dijo:

—Verá, tengo a mi esposa… Bueno, casi esposa.

—Ajá. Pero ¿por qué «casi»?

—Me da vergüenza confesarlo, pero… bueno, digamos que ella es todavía como mi prometida…

Barsukova se echó a reír de nuevo.

—¡Sabe, Gorizont, nunca imaginé que fuera usted tan canalla! Deme a su esposa, ¿qué más da? Pero ¿de verdad se ha contenido usted?

—¿Mil? –preguntó Gorizont, serio–.

—¡Bah! Eso no es nada, trato hecho: mil. Pero dígame, ¿podré manejarla?

—¡Pamplinas! –dijo Gorizont con seguridad–. Supongamos que usted vuelve a ser «mi tía» y le dejo a mi esposa. Ya se imaginará usted, señora Barsukova, que esta mujer está enamorada de mí como una gata. Si le dice que, para mi bienestar, debe hacer esto o aquello, ¡no habrá discusión!

Parecía que no tenían más qué hablar. La señora Barsukova sacó una hoja de pagaré y, con dificultad, escribió su nombre, patronímico y apellido. El pagaré, por supuesto, era ficticio, pero existe un vínculo, una complicidad, una conciencia criminal. En estos negocios no se engaña. De lo contrario, la muerte acecha, ya sea en la cárcel, en la calle o en un burdel.

Inmediatamente, como un fantasma salido de la nada, apareció su amado polaco, un joven de bigotes retorcidos, dueño del *café-chantant.* Bebieron vino, hablaron de la feria, de la exposición, se

quejaron un poco de los malos negocios. Luego, Gorizont llamó por teléfono a su hotel, hizo venir a su esposa, la presentó a su «tía» y al «primo de la tía», y dijo que unos asuntos políticos secretos lo obligaban a dejar la ciudad. Abrazó tiernamente a Sara, derramó unas lágrimas y se fue.

V

Con la llegada de Gorizont (aunque Dios sabe cómo se llamaba en realidad: ¿Gogolévich, Guidalévich, Okúnev, Rozmitalski?), en fin, con la llegada de este individuo todo cambió en las calles de Yámskaya. Empezaron los trasiegos. De Tréppel pasaban chicas a la casa de Anna Márkovna, de Anna Márkovna a burdeles de a rublo, y de ahí a alguno de los de cincuenta kopeks. Ascensos no había: solo descensos. Con cada movimiento Gorizont ganaba de cinco a cien rublos. ¡Verdaderamente, tenía una energía comparable a la de la cascada de Imatra! Una mañana, sentado en casa de Anna Márkovna, entornando los ojos por el humo del cigarrillo y balanceando una pierna sobre la otra, le decía:

—Pregunto yo… ¿para qué demonios necesita usted a esa Sonka? Un establecimiento decente no es sitio para ella. Si la colocamos en otro lado, usted se embolsa cien rublos y yo veinticinco. Dígame con franqueza, ¿acaso tiene demanda?

—¡Ay, señor Shatski! ¡Usted siempre sabe cómo convencer! Pero créase que me da lástima. Es una chica tan delicada…

Gorizont se quedó pensativo un instante. Buscaba una cita oportuna y de pronto soltó:

—¡Si alguien ha de caer, patada con él! Y estoy seguro, señora Shaibes, de que no hay demanda alguna para ella.

Isái Sávvich, que era un vejete pequeño y enfermizo, pero suspicaz y muy decidido en los momentos precisos, respaldó a Gorizont:

—Y es muy sencillo. Realmente no tiene demanda. Imagínate, Ánechka, además, por sus trastos conseguimos cincuenta rublos: veinticinco se los lleva el señor Shatski, veinticinco nos quedan a ti y

a mí. ¡Y santas pascuas, nos libramos de ella! Al menos no comprometerá nuestro establecimiento.

De este modo, Sonka Rul, saltándose un paso, fue trasladada directamente a un antro de medio rublo, donde toda clase de gentuza, durante las noches enteras, se ensañaba con las chicas como le venía en gana. Allí se requería una salud de hierro y una gran fortaleza mental. Sonka tembló de horror una noche cuando Fiokla, una mole de noventa y ocho kilos, salió al patio y, mientras hacía sus necesidades, le gritó a la gobernanta que pasaba por su lado:

—¡Gobernanta! ¡Oiga, llevo ya treinta y seis hombres!… ¡No lo olvide!

Por suerte, a Sonka la molestaban poco: incluso en aquel antro era demasiado fea. Nadie reparaba en sus preciosos ojos y la escogían solo cuando no había ninguna otra disponible. El farmacéutico la localizó y cada noche iba a verla. Pero, bien la cobardía, bien esa escrupulosidad judía tan particular, incluso una repugnancia física, no le permitían llevarse a la chica de esa casa. Pasaba noches enteras junto a ella, esperaba pacientemente a que volviera cuando tenía un cliente ocasional, le armaba escenas de celos y, pese a todo, la amaba; y, mientras permanecía horas y horas tras el mostrador de su farmacia, enrollando alguna que otra píldora maloliente, pensaba en ella sin descanso y se consumía de amor.

VI

En la entrada de un *café-chantant* de las afueras brillaba con una fuerte luz eléctrica un parterre artificial lleno de bombillas de colores en lugar de flores, y desde allí se adentraba hacia el fondo del jardín una alameda igualmente iluminada, formada por amplios arcos semicirculares que se iban estrechando hacia el final. Más adelante había una ancha explanada de arena amarilla; a su izquierda, un escenario al aire libre, un teatro y una galería de tiro; al frente, una concha para la banda militar y quioscos de flores y cerveza; a la derecha, la larga terraza de un restaurante. La explanada quedaba

iluminada con una luz cruda y mortecina que emanaba de los pálidos globos eléctricos colgantes de unas altas farolas; contra sus cristales esmerilados, protegidos por redes de alambre, chocaban nubes de mariposas nocturnas cuyas sombras –difusas y enormes– revoloteaban abajo, en el suelo. De un lado a otro iban y venían en pareja mujeres hambrientas, con paso ya cansado y arrastrado, vestidas con demasiada ligereza, acicalamiento y extravagancia, cuyos rostros conservaban una expresión, bien de alegría despreocupada, bien de altiva e indignada inaccesibilidad.

En el restaurante, todas las mesas estaban ocupadas, sobre ellas no cesaba un continuo golpeteo de cuchillos contra platos y en el aire flotaba un murmullo abigarrado que se esparcía en oleadas y se mezclaba con el tufo acre y pesado de la cocina. En el centro, sobre el escenario, tocaban unos músicos rumanos vestidos con frac rojo, todos morenos, de dientes blancos, con caras de monos bigotudos, engominados y repeinados. El director de la orquesta, inclinado hacia delante y balanceándose con afectación, tocaba el violín y ponía ojitos dulzones e indecentes al público –ojitos de prostituta masculina–. Y todo aquello junto a la exuberancia de las luces eléctricas y molestas, los atuendos exageradamente chillones de las damas, el fuerte olor de los perfumes de moda, esa música tintineante –con retardos caprichosos del tempo, con pausas interminables en las transiciones y exaltaciones en los pasajes turbulentos–, todo encajaba, formando un cuadro general de locura y ostentación estúpida, un ambiente de falsa juerga alegre e indecente.

Arriba, alrededor de toda la sala, discurría una galería abierta con una especie de balconcitos que daban acceso a los reservados. En uno de ellos se encontraban sentadas dos damas y dos caballeros: la cantante Rovínskaya, una artista célebre en toda Rusia, era una mujer grande y hermosa con los ojos verdes rasgados, como egipcios, y una boca larga, roja y sensual cuyos ángulos se curvaban hacia abajo con una mueca de ave rapaz; la baronesa Téfting, pequeña, elegante, pálida –siempre la veían en compañía de la artista–; el ilustre abogado Ryazánov, y Volodia Chaplinski, un joven de mundo, rico, compositor diletante, autor de unas cuantas

romanzas breves y de numerosas sátiras sobre la actualidad que corrían por la ciudad.

Las paredes del gabinete eran rojas con motivos dorados. Sobre la mesa, entre unos candelabros encendidos, dos botellas dentro de un cubo de alpaca, empañado por el frío, enseñaban sus cuellos blancos y resinados; la luz jugaba en las copas lisas, llenas de vino, poniendo en ellas reflejos de un dorado acuoso y tembloroso. Fuera, junto a la puerta, apoyado en la pared montaba guardia un lacayo; le acompañaba un *maître* alto, corpulento, con aire importante, que mantenía tieso e inmóvil el dedo meñique de la mano derecha donde llevaba un brillante enorme, y se detenía a menudo cerca de la puerta, poniendo una oreja para escuchar atentamente lo que pasaba dentro.

La baronesa, con el rostro pálido y aburrido, miraba perezosa a través de los impertinentes hacia la muchedumbre que zumbaba, masticaba y bullía abajo. Entre los vestidos rojos, blancos, azules y color crema de las mujeres, las figuras uniformes de los hombres parecían grandes escarabajos negros y robustos. Rovínskaya miraba con indiferencia, pero también con atención hacia el escenario y el público; su cara expresaba cansancio, aburrimiento y quizá ese hastío hacia todos los espectáculos, tan propio de las celebridades. Los bellos dedos de su mano izquierda, largos y finos, reposaban sobre el terciopelo carmesí del antepecho. Unas esmeraldas de rara belleza se sostenían en ellos con tal descuido que parecían a punto de caer, y de pronto se echó a reír.

—Miren –dijo–, qué figura tan graciosa, o, mejor dicho, qué profesión tan graciosa. Ahí, ahí, el que toca la «flauta de siete cañas».

Todos miraron en la dirección de su mano. En efecto, la escena era bastante cómica. Detrás de la orquesta rumana estaba sentado un hombre gordo y bigotudo, puede que fuera padre o quizá incluso abuelo de una familia numerosa, y soplaba con todas sus fuerzas en siete flautas de madera pegadas entre sí. Como le resultaría difícil mover el instrumento entre los labios, giraba la cabeza a izquierda y derecha con extraordinaria rapidez.

—Qué ocupación tan asombrosa –dijo Rovínskaya–. A ver,

Chaplinski, intente menear la cabeza así.

Volodia Chaplinski, enamorado perdidamente y en secreto de la artista, obedeció y se esforzó por hacerlo, pero a los treinta segundos se rindió.

—Es imposible –dijo–, se necesita mucho entrenamiento o una habilidad innata. Me da vueltas la cabeza.

La baronesa, mientras tanto, arrancaba pétalos de una rosa y los lanzaba a su copa; luego, reprimiendo a duras penas un bostezo, dijo con un leve mohín:

—Por Dios, ¡qué aburrida es la diversión aquí en K.! Miren: ni risas, ni cantos, ni bailes. Parece un rebaño al que han traído a propósito para divertirse.

Ryazánov alzó perezoso su copa, bebió un sorbo y respondió con indiferencia en su encantadora voz:

—¿Acaso en su París o su Niza es más divertido? Hay que reconocer, queridos, que la alegría, la juventud y la risa han desaparecido para siempre de la vida humana y difícilmente volverán. Me parece que debemos ser más tolerantes con la gente. ¿Quién sabe si para todos los que están ahí abajo esta noche es noche de descanso, de fiesta?

—Discurso de la defensa –intercaló Chaplinski con su habitual calma–.

Rovínskaya se giró rápidamente hacia los hombres y sus grandes ojos esmeralda se entrecerraron. Eso era un signo de ira en ella, que a veces la llevaba a cometer estupideces incluso con personas de la realeza. Sin embargo, se contuvo de inmediato y continuó con indiferencia:

—No entiendo de qué están hablando. Ni siquiera entiendo por qué hemos venido aquí. Lo cierto es que ya no hay distracciones en el mundo. Yo, por ejemplo, he visto corridas de toros en Sevilla, Madrid y Marsella, un espectáculo que, aparte de repulsión, no provoca nada. He visto boxeo y lucha libre, dos deportes repugnantes y groseros. También tuve que participar en una cacería de tigres, sentada bajo un dosel a lomos de un elefante blanco grande e inteligente… En fin, ustedes lo saben muy bien. Y de toda mi gran, variopinta y ruidosa vida, que tanto me ha envejecido…

—¡Oh!, ¿qué dice usted, Elena Víktorovna? –dijo Chaplinski con afectuoso reproche–.

—¡Déjese de cumplidos, Volodia! Yo misma sé que aún soy joven y tengo un cuerpo hermoso, pero, sinceramente, a veces me siento como si tuviera noventa años. Así de desgastada está mi alma. Como decía, en toda mi vida hay solo tres impresiones que se han quedado fuertemente grabadas en mi alma. La primera fue cuando, siendo aún una niña, vi como un gato acechaba a un gorrión y yo seguía con horror e interés los movimientos y la mirada aguda del pájaro. Hasta ahora no sé qué me causó más impresión: la destreza del gato o la agilidad del gorrión. El gorrión resultó ser más rápido. Al instante se posó en un árbol y desde allí comenzó a lanzarle al gato tal avalancha de insultos que me habría sonrojado de vergüenza si hubiera entendido alguna palabra. Y el gato, ofendido, puso la cola rígida y trató de aparentar ante sí mismo que no había pasado nada especial. En otra ocasión tuve que cantar un dúo en la ópera con un gran artista…

—¿Con quién? –preguntó rápidamente la baronesa–.

—¿Acaso importa? ¿De qué sirven los nombres? Cuando empezamos a cantar juntos, sentí que estaba en manos de un genio. ¡Qué maravilla, qué armonía tan prodigiosa crearon nuestras voces! ¡Ay! Es imposible describir esa sensación. Probablemente solo ocurra una vez en la vida. Mi papel requería que llorara, y lloré con lágrimas sinceras y auténticas. Y cuando, tras caer el telón, se acercó a mí, me acarició el pelo con su mano cálida y grande, y me dijo con su encantadora sonrisa: «¡Maravilloso! Es la primera vez en mi vida que canto así…». Yo, que soy una persona muy orgullosa, le besé la mano, y todavía tenía lágrimas en los ojos…

—¿Y la tercera? –preguntó la baronesa, y en sus ojos se encendieron chispas de auténticos celos–.

—Ah, la tercera –respondió la artista con tristeza–, la tercera es más que fácil. La temporada pasada, cuando estuve viviendo en Niza, vi en un escenario al aire libre, en Fréjus, *Carmen,* con la participación de Cécile Kettén, que ahora –la artista se santiguó sinceramente– ha fallecido… No sé, la verdad, si por suerte o por desgracia para ella.

De repente, en un instante, los hermosos ojos se le llenaron de lágrimas y brillaron con una luz verde tan mágica como el brillo de una estrella vespertina en los cálidos crepúsculos del verano. Volvió el rostro hacia el escenario y, durante un rato, sus dedos largos y nerviosos apretaron convulsivamente la tapicería carmesí del palco. Pero, cuando volvió a girarse hacia sus amigos, los ojos ya estaban secos y en sus labios enigmáticos, perversos y autoritarios brillaba una sonrisa serena.

Entonces Ryazánov le preguntó con cortesía, en un tono suave, pero deliberadamente tranquilo:

—Pero, Elena Víktorovna, su enorme fama, sus admiradores, el rugido de la multitud, las flores, el lujo… en fin, el entusiasmo que provoca en sus espectadores, ¿de verdad eso no le provoca ni siquiera un cosquilleo?

—No, Ryazánov –respondió ella con voz cansada–, usted sabe tan bien como yo lo que eso cuesta. Un entrevistador descarado que necesita entradas para sus conocidos y, de paso, veinticinco rublos en un sobre. Colegiales, colegialas, estudiantes de liceo y universitarios que te piden fotos con autógrafos. Algún viejo tonto con rango de general que decide acompañarme cantando en voz alta durante mi aria. El eterno susurro a tus espaldas cuando pasas: «¡Mira, ahí está la famosa!». Cartas anónimas, la insolencia de los habituales entre bastidores… ¡Es imposible enumerarlo todo! Seguramente a usted también lo acosan a menudo las psicópatas esas que lo juzgan todo, ¿no?

—Sí –respondió Ryazánov con firmeza–.

—Pues eso es. Y añádale a ello lo más terrible, el hecho de que, cada vez que siento verdadera inspiración, me invade al momento la dolorosa sensación de que estoy fingiendo y haciendo el ridículo ante la gente… ¿Y el miedo al éxito de tu rival? ¿Y el eterno miedo a perder la voz, a dañarla o a resfriarse? ¿La eterna y dolorosa lucha con las cuerdas vocales? No, de verdad, es difícil llevar la fama sobre los hombros.

—Pero ¿y la gloria del artista? –objetó el abogado–. ¡El poder de un genio! ¡Es un verdadero poder moral, superior incluso a cualquier poder regio del mundo!

—Sí, sí, claro, tiene razón, querido. Pero la fama y la celebridad son dulces rosas desde lejos, cuando solo se sueña con ellas. Sin embargo, cuando las alcanzas, te clavas sus espinas. Y cuando ves cómo se van marchitando, es aún más doloroso. Y se me olvidó decir algo más. Nosotros, los artistas, tenemos un trabajo agotador. Por la mañana, ejercicios; por la tarde, ensayos; apenas hay tiempo para comer, y ya es el momento de la función. De milagro consigues una hora para leer o entretenerte, como hacemos ahora nosotros. Y aun así… el entretenimiento es bastante mediocre…

Ella movió con indiferencia y cansancio los dedos de la mano que tenía apoyada en el antepecho.

Volodia Chaplinski, emocionado por la conversación, preguntó de repente:

—Bueno, Elena Víktorovna, ¿qué le gustaría que entretuviera su imaginación y le hiciera olvidar el aburrimiento?

Ella lo miró con sus ojos enigmáticos y respondió en voz baja, como si fuera un poco tímida:

—En la Antigüedad, la gente vivía más alegremente y no tenía prejuicios. Creo que en aquel entonces yo habría estado en mi lugar y habría tenido una vida plena. ¡Oh, antigua Roma!

Nadie la entendió, excepto Ryazánov, quien, sin mirarla, pronunció lentamente con su aterciopelada voz de actor la clásica frase latina conocida por todos:

—*Ave, Caesar, morituri te salutant*[5].

—¡Exacto! Ryazánov, lo amo por lo listo que es. Siempre capta las ideas al vuelo, aunque he de decir que esa no es una cualidad especialmente elevada del intelecto. Pero, en efecto, entonces era así: dos personas, amigos, que ayer habían compartido charla y mesa, al día siguiente se reencontraban y uno de ellos debía morir. ¿Entiende?, abandonar la vida para siempre. Pero ninguno de ellos sentía ni rencor ni miedo. ¡Es el espectáculo más hermoso que puedo imaginar!

—Cuán cruel puedes ser –dijo pensativa la baronesa–.

—Sí, ¡qué le vamos a hacer! Mis antepasados eran caballistas y saqueadores. Bueno, señores, ¿nos marchamos?

Todos salieron del jardín. Volodia Chaplinski mandó que trajeran

su automóvil. Elena Víktorovna se apoyaba en su brazo. Y de repente preguntó:

—Dígame, Volodia, ¿adónde suele ir usted cuando se despide de las llamadas mujeres decentes?

Volodia sabía perfectamente que no se podía mentir a Rovínskaya, y vaciló:

—Mmm… Me da miedo ofender su sensibilidad. Mmm… A los gitanos, por ejemplo… A los cabarets nocturnos…

—¿Y algo más? ¿Algo peor?

—La verdad, me está poniendo en una situación incómoda. Desde que estoy tan locamente enamorado de usted…

—¡Déjese de romanticismos!

—Bueno, cómo decirlo… –balbuceó Volodia, sintiendo que se le ruborizaba no solo el rostro, sino también la espalda y todo el cuerpo–. Bueno, claro, con mujeres. Ahora, personalmente, ya no lo hago…

Rovínskaya apretó con malicia el codo de Chaplinski contra ella.

—¿A un burdel?

Volodia no respondió. Entonces ella dijo:

—Entonces, ahora nos llevará allí en su coche y nos mostrará esa vida que me es ajena. Pero recuerde que confío en su protección.

Los otros dos consintieron, probablemente de mala gana, pero contrariar a Elena Víktorovna no habría sido posible. Ella siempre hacía lo que quería. Además, todos habían oído y sabían que en San Petersburgo las damas de la alta sociedad, e incluso las señoritas, se permitían, por esnobismo, extravagancias mucho peores que lo que proponía Rovínskaya.

VII

De camino a Yámskaya, Rovínskaya le dijo a Volodia:

—Primero me llevará al establecimiento más lujoso, luego a uno mediano y después al más sucio.

—Querida Elena Víktorovna –replicó con vehemencia Chaplinski–, por usted estoy dispuesto a todo. Le digo sin falsa jactancia que

daría mi vida por usted, arruinaría mi carrera y mi posición con solo una señal suya… pero no quisiera arriesgarme a llevarla a una de esas casas. Las costumbres rusas son groseras y hasta inhumanas. Temo que la ofendan con palabras soeces e indecentes, o que un cliente cualquiera haga ante usted una estupidez obscena…

—¡Ay, Dios mío! –lo interrumpió impaciente Rovínskaya–. Cuando cantaba en Londres, muchos me rondaban, pero no me sentía intimidada yendo en compañía selecta a ver los antros más inmundos de Whitechapel. Le diré que allí me trataron con mucho cuidado y consideración. Le diré también que me acompañaban dos aristócratas ingleses, lores, ambos deportistas, hombres de extraordinaria fuerza física y moral, que jamás habrían permitido que se ofendiera a una mujer. Aunque, a lo mejor, Volodia, ¿usted es de la raza de los cobardes?

Chaplinski se sonrojó:

—No, no es eso, Elena Víktorovna. Solo la advertía por el amor que le tengo. Pero, si lo ordena, estoy dispuesto a seguirla a donde quiera. No solo en esta dudosa empresa, sino hasta la muerte misma.

En ese momento ya llegaban al establecimiento más lujoso de los de Yamka: el de Tréppel. El abogado Ryazánov dijo, con su habitual sonrisa irónica:

—Y así comienza la visita al zoológico.

Los llevaron a una sala con un empapelado carmesí sobre el cual se repetía un patrón de estilo Imperio, con pequeñas coronas laureadas en dorado. Rovínskaya reconoció al instante, con su excelente memoria de artista, exactamente el mismo papel que había en el gabinete que acababan de dejar.

Cuatro alemanas del Báltico entraron en la sala; todas eran gordas, pechugonas, rubias, e iban empolvadas, muy serias y respetuosas. Al principio la conversación no cuajaba. Las chicas permanecían inmóviles, como estatuas de piedra, esforzándose por fingir que eran damas decentes. Ni siquiera el champaña que pidió Ryazánov relajó el ambiente. Rovínskaya fue la primera en romper el hielo. Dirigiéndose a la más gorda, la más rubia, que parecía un bollo, le preguntó cortésmente en alemán:

—Dígame, ¿de dónde es usted? ¿Es de Alemania?

—No, *gnädige Frau*[6], soy de Riga.

—¿Qué la obliga a servir aquí? Espero que no sea la necesidad.

—Claro que no, *gnädige Frau.* Pero, verá usted, mi prometido Hans trabaja de camarero en un restaurante automático[7] y somos demasiado pobres para casarnos ahora. Yo llevo lo que gano al banco, y él hace lo mismo. Cuando juntemos los diez mil rublos que necesitamos, abriremos nuestra propia cervecería y, si Dios quiere, nos permitiremos el lujo de tener hijos. Dos hijos. Un niño y una niña.

—Pero escuche, *meine Fräulein*[8] –se sorprendió Rovínskaya–. Usted es joven, guapa, sabe dos idiomas…

—Tres, *madam* –intercaló orgullosa la alemana–. También sé estonio. Terminé la escuela y tres cursos de instituto.

—Pues entonces, ya lo ve… –se animó Rovínskaya–, con esa educación siempre podría encontrar una colocación, conseguiría unos treinta rublos hasta con manutención y alojamiento. Por ejemplo, de ama de llaves, niñera, dependienta jefa en una buena tienda, cajera… Y si su futuro prometido… Fritz…

—Hans, *madam…*

—Si Hans resultara una persona trabajadora y ahorradora, en tres o cuatro años se habrían abierto camino fácilmente. ¿Qué opina?

—Ah, *madam,* se equivoca un poco. Ha olvidado que, incluso privándome de todo, en el mejor de los puestos no podría ahorrar más de quince o veinte rublos al mes; aquí, ahorrando de forma sensata, llego hasta cien y los llevo inmediatamente a la caja de ahorros. Además, imagínese, *gnädige Frau*, ¡lo humillante que es ser sirvienta en una casa! ¡Depender siempre de los caprichos o del humor de los amos! Y, luego, el amo siempre atosigando con tonterías, y la ama celosa, quisquillosa y gruñona. ¡Puf!

—No… no lo entiendo… –dijo pensativa Rovínskaya, sin mirar a la alemana a la cara, bajando la vista al suelo–. He oído mucho sobre su vida aquí, en estas… ¿cómo se llaman…?, casas. Cuentan cosas horribles. Que las obligan a amar a los hombres más repugnantes, viejos y feos; dicen que las despluman y explotan de la manera más vil…

—Oh, eso nunca, *madam…* Cada una tiene su libreta de cuentas, donde anota puntualmente su ingreso y su gasto. El mes pasado yo gané un poco más de quinientos rublos. Como siempre, la dueña se queda con dos tercios por la comida, alojamiento, calefacción, luz, ropa de cama… A mí me quedan más de ciento cincuenta, ¿no es así? Cincuenta los gasto en trajes y otras pequeñas cosas. Ahorro cien… ¿Dónde está la explotación, *madam,* me pregunto? Y si un hombre no me gusta nada, cierto es que hay algunos demasiado asquerosos, siempre puedo decir que estoy enferma, y en mi lugar irá alguna de las nuevas…

—Pero… perdone, no sé su nombre…

—Elsa.

—Dicen, Elsa, que las tratan con mucha grosería… a veces las golpean… las obligan a hacer cosas que no quieren y les repugnan.

—Nunca, *madam* –replicó Elsa con altivez–. Aquí todas vivimos como una familia unida. Todas somos paisanas o parientas, y ojalá que muchas vivieran en sus familias tan bien como nosotras aquí. Es cierto que en las calles de Yámskaya hay escándalos, peleas y malentendidos. Pero eso es allá… en esos… en los establecimientos de a rublo. Las rusas beben mucho y siempre tienen un amante. Y no piensan para nada en su porvenir.

—Usted es sensata, Elsa –dijo Rovínskaya con tono grave–. Todo eso está bien. Pero ¿y una enfermedad fortuita?, ¿un contagio? ¡Eso es la muerte! ¿Cómo darse cuenta a tiempo?

—De nuevo le digo que no, *madam.* No voy a dejar que un hombre se acueste conmigo sin hacerle antes un examen médico detallado… Estoy segura al menos en un setenta y cinco por ciento.

—¡Diablos! –exclamó de pronto Rovínskaya encendiéndose y dando un puñetazo en la mesa–. ¡Pero su Albert…!

—Hans… –corrigió suavemente la alemana–.

—Perdone… ¡Su Hans seguro que no estará muy contento de que viva usted aquí y de que lo engañe cada día!

Elsa la miró con sincero y vivo asombro.

—Pero, *gnädige Frau…* ¡yo nunca lo he engañado! Eso lo hacen otras chicas perdidas, sobre todo las rusas, que tienen amantes y gastan en ellos el dinero que tan duramente han ganado. Pero ¿yo?,

¿permitir algo así? ¡Puf!

—¡No imaginaba que se pudiera caer tan bajo! –dijo Rovínskaya con asco y alzando la voz mientras se levantaba–. Paguen, caballeros, nos vamos a otro sitio.

Ya en la calle, Volodia la tomó del brazo y dijo en tono suplicante:

—Por Dios, ¿no le basta con una experiencia?

—¡Qué vulgaridad! ¡Qué vulgaridad!

—Por eso, digo yo, dejemos este experimento.

—No, pase lo que pase, llegaré hasta el final. Muéstrame algo mediano, más sencillo.

Volodia Chaplinski, que no dejaba de sufrir por Elena Víktorovna, propuso lo más adecuado: entrar en el establecimiento de Anna Márkovna, a solo diez pasos.

Pero allí les esperaban impresiones fuertes. Para empezar, Simeón no quería dejarlos pasar y solo unos rublos que le dio Ryazánov lo amansaron. Ocuparon una sala casi igual a la de Tréppel, apenas un poco más destartalada y descolorida. Emma Eduárdovna ordenó a las chicas que entraran. Aquello fue como mezclar vinagre y sosa. Y el error mayor fue dejar entrar también a Zhenka –irritada, llena de insolencia y con chispas de malicia en la mirada–. La última en pasar fue la modesta y callada Tamara, con su sonrisa tímida y lasciva de Mona Lisa. Al final se juntó en la sala casi todo el personal del establecimiento. Rovínskaya ya no se arriesgó a preguntar «¿Cómo han llegado a esta vida?». Por otra parte, hay que decir que las muchachas la recibieron con una aparente hospitalidad. Elena Víktorovna les pidió que cantaran sus canciones habituales, y ellas lo hicieron de buena gana:

Se acerca el lunes,
debo salir del hospital,
pero el doctor Krásov no me dejará…
¡Que se vaya al diablo, pues!

Y siguieron con otra:

Pobre, pobre, pobre de mí,

vodka no puedo comprar,
la cabeza me dolerá sin fin…

Arde como un brasero
en la cama el ratero
y la prostituta,
fría como hielo…
¡Ja-ja-ja!

Por casualidad se juntaron:
ella, fulana;
él, ladronzuelo.
Pareja buena formaron…
¡Ja-ja-ja!

Al empezar el día,
él bolsillos merodea;
ella de risa se partía
y de la cama no se menea…
¡Ja-ja-ja!

Por la mañana al chico
se lo llevan los maderos,
a ella, la prostituta,
la esperan los compañeros…
¡Ja-ja-ja!

Y una más, de presidiarios:

Perdido estoy, chaval,
perdido para siempre,
y los años se me van
por el desagüe de la muerte.

Y otra:

No llores, Marusia mía.
Tú serás mi mujer
cuando cumpla el servicio,

contigo me casaré.

Pero de pronto, para sorpresa de todas, la gorda Katka, habitualmente callada, se echó a reír. Era oriunda de Odesa.

—Permítanme cantar una canción. La cantan en Moldavanka y Peresip los ladrones y las fulanas en las tabernas.

Y con un bajo espantoso y una voz ronca e inflexible, cantó haciendo gestos absurdos, imitando evidentemente a una cantante de varietés de tercera que había visto alguna vez:

¡Ay! Voy al duque, a la cantina,
y me siento en una esquina.
Me quito el sombrero
y lo tiro en el suelo.
Pregunto a la moza,
«¿Qué vas a beber?».
Y ella me responde:
«Me duele la cabeza, no quieras saber».
«Lo que te duele no es de mi interés,
te pregunto qué vas a beber:
¿vino o cerveza, matarratas o nada?
¿Vas a escoger o no tienes parné?».

Todo habría ido bien si de pronto no hubiera irrumpido en la sala Manka «la Blanquita». Iba en camisola y pantaloncitos de encaje blanco. Andaba de juerga con un comerciante que la víspera había organizado una noche paradisiaca, y el maldito bénédictine, que siempre le hacía efecto como dinamita, la había puesto en su habitual estado de alborotadora. Ya no era Manka «la Pequeña», ni Manka «la Blanquita», sino Manka «la Escandalosa». Al entrar a la sala, tropezó y cayó al suelo; se quedó tumbada de espaldas, riéndose con tanta sinceridad que todos los demás rieron también. Sin embargo, la risa duró poco… Manka se sentó de golpe en el suelo y gritó:

—¡Hurra, nos han llegado chicas nuevas!

Eso fue totalmente inesperado. Y la reacción de la baronesa demostró aún mayor falta de tacto. Dijo:

—Yo soy patrona de un convento para chicas perdidas y, por tanto, por deber de mi cargo, debo recopilar datos sobre ustedes.

En ese instante estalló Zhenka:

—¡Fuera de aquí ahora mismo, vieja idiota! ¡Inútil! ¡Asqueroso trapo viejo!… ¡Sus asilos de María Magdalena son peores que la cárcel! Sus secretarios nos usan como perros carroñeros. Sus padres, maridos y hermanos vienen a nosotras, y nosotras les contagiamos toda clase de enfermedades… ¡A propósito! Y ellos a su vez os contagian a vosotras. Sus supervisoras viven con cocheros, porteros y guardias, y a nosotras nos encierran en el calabozo por reírnos o bromear entre nosotras. Y, si han venido aquí como si fueran al teatro, tendrán que oír la verdad a la cara.

Pero Tamara la frenó con calma:

—Para, Zhenia, déjame a mí… ¿De verdad cree, baronesa, que nosotras somos peores que las llamadas mujeres decentes? Viene un hombre, me paga dos rublos por visita o cinco por noche, y yo no lo oculto a nadie en el mundo… Dígame, baronesa, ¿conoce usted a una dama casada, solo a una, que no se entregue a escondidas, ya sea por pasión a un joven o por dinero a un viejo? Sé perfectamente que el cincuenta por ciento de ustedes vive a costa de sus amantes y el otro cincuenta, las de más edad, mantiene a jovencitos. Sé también que muchas, ¡oh, cuántas!, viven con sus padres, hermanos e incluso hijos, pero esconden esos secretos en un cofre oculto. Y esa es toda la diferencia entre nosotras. Nosotras hemos caído, pero no mentimos ni fingimos; ustedes caen y, encima, mienten. Piensen ahora ustedes mismas: ¿quién es mejor?

—¡Bravo, Tamárochka, eso es! –gritó Manka sin levantarse del suelo; con el cabello rubio, rizado y alborotado, parecía en ese momento una niña de trece años–.

—¡Eso, sigue! –la animó Zhenka, con los ojos encendidos–.

—¿Por qué no, Zhénechka? Seguiré. De nosotras apenas una entre mil se ha hecho un aborto. Y todas ustedes, varias veces. ¿Qué? ¿O no es verdad? Y ninguna de ustedes lo ha hecho por desesperación ni por la crueldad de la pobreza, sino por temor a estropearse la figura y la belleza –su único capital–. O porque buscan solo una lujuria animal, y el embarazo y la lactancia les estorban para

entregarse a ella.

Rovínskaya desconcertada susurró rápidamente:

—*Faites attention, baronne, que dans sa position cette demoiselle est instruite*[9].

—*Figurez-vous, que moi, j'ai aussi remarqué cet étrange visage. Comme si je l'ai déjà vu… est-ce en rêve?… en demi-délire? ou dans sa petite enfance?*[10].

—*Ne vous donnez pas la peine de chercher dans vos souvenires, baronne* –intervino de pronto Tamara con insolencia en su conversación–. *Je puis de suite vous venir en aide. Rappelez-vous seulement Kharkoffe, et la chambre d'hôtel de Koniakine, l'entrepreneur Solovieitschik, et le ténor di grazzia… A ce moment vous n'étiez pas encore m-me la baronne de…*[11]. Pero dejemos ya el francés… Usted era entonces una simple corista y trabajábamos juntas.

—Pero dígame, por Dios, ¿cómo ha acabado aquí, *mademoiselle* Marguerite?

—Oh, eso nos lo preguntan todos los días. Una mañana simplemente me levanté aquí…

Y con un cinismo indescriptible añadió:

—Espero que paguen el tiempo que hemos pasado con ustedes.

—¡No, que os den por saco! –gritó de pronto Manka «la Blanquita», levantándose rápidamente de la alfombra–.

Y de pronto, sacando dos monedas de oro de la media, las tiró sobre la mesa.

—¡Tomad! ¡Esto de mi parte para el cochero! ¡Marchaos ahora mismo o rompo aquí todos los espejos y botellas!

Rovínskaya se levantó y dijo con lágrimas sinceras y cálidas en los ojos:

—Claro que nos iremos, y la lección de *mademoiselle* Marguerite no caerá en saco roto. Su tiempo será pagado –ocúpese, Volodia–. Sin embargo, han cantado tanto para nosotras que permítanme cantar yo para ustedes.

Rovínskaya se acercó al piano, tocó unos acordes y empezó a cantar la preciosa romanza de Dargomizhski:

Con orgullo nos separamos, ni suspiros,
ni palabras de reproche celoso te di…
Nos alejamos para siempre,
el designio lo quiso así.
Pero ¡si pudiera volverte a ver!
¡Ah, tan solo volverte a ver!

Ni lágrimas ni quejas, mi destino acepté…
Y habiéndome hecho tanto mal en la vida,
¿me amaste alguna vez? ¿Cómo lo sabré?
Pero ¡si pudiera volverte a ver!
¡Ah, tan solo volverte a ver!

Esa romanza tierna y apasionada, interpretada por la gran artista, recordó de pronto a todas esas mujeres el primer amor; la primera caída; la despedida tardía en una fresca mañana de un amanecer primaveral, con la hierba plateada de rocío y el cielo tiñendo de rojo las copas de los abedules; el último abrazo estremecedor, y el corazón lleno de pena susurrando certero: «No, nunca más, ¡esto no se repetirá!». Y en ese momento sentir los labios helados y secos, y, sobre el cabello, la niebla húmeda de la mañana.

Calló Tamara, calló Manka «la Escandalosa» y de pronto Zhenka, la más indómita de todas las chicas, corrió hacia la artista, cayó de rodillas y rompió a llorar a sus pies.

Y la propia Rovínskaya, conmovida, le abrazó la cabeza y dijo:

—Hermana mía, deja que te bese.

Zhenka le susurró algo al oído.

—Son tonterías –dijo Rovínskaya–, unos meses de tratamiento y todo pasará.

—No, no, no… Quiero contagiarlos a todos. Que se pudran y se mueran.

—Ah, querida mía –dijo Rovínskaya–, yo en su lugar no haría algo así.

Y entonces Zhenka, la orgullosa Zhenka, empezó a besar las rodillas y las manos de la artista, y dijo:

—¿Por qué me ha tratado tan mal la gente? ¿Por qué me han ofendido tanto? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¡Tal es el poder del Creador! ¡El único poder capaz de acoger en un cálido abrazo el alma pura del ser humano sin juzgar la mente mezquina! La orgullosa Zhenka escondía su rostro en el vestido de Rovínskaya; Manka «la Blanquita», sentada pudorosa en una silla, se cubría el rostro con un pañuelo; Tamara, con el codo en la rodilla y la cabeza apoyada en la palma de la mano, miraba pensativa hacia el suelo; el portero Simeón, que espiaba por si acaso desde la puerta, abría los ojos de asombro.

Rovínskaya susurró muy bajito al oído de Zhenka:

—Nunca desesperes. A veces todo se pone tan mal que dan ganas de ahorcarse, y, mira, al día siguiente la vida da un vuelco. Querida mía, hermana mía, ahora soy una celebridad mundial. Pero ¡si supieras por cuántos mares de humillaciones y vilezas he tenido que pasar! Cuídate, querida mía, y ten fe en tu estrella.

Se inclinó hacia Zhenka y la besó en la frente. Y jamás después de aquello Volodia Chaplinski, que seguía la escena con el alma en vilo, pudo olvidar los cálidos y hermosos destellos que en ese momento se encendieron en los ojos verdes, grandes y egipcios de la artista.

La compañía salió de allí sin alegría, pero Ryazánov se demoró un instante.

Se acercó a Tamara; respetuoso, le besó la mano con ternura y dijo:

—Si es posible, perdonen nuestra salida de tono… Tenga por seguro que no se repetirá. Pero, si alguna vez me necesita, sepa que estaré siempre a su disposición. Tenga mi tarjeta. No la exhiban en sus cómodas, tan solo recuerden que desde esta noche soy su amigo.

Y, besando una vez más la mano de Tamara, bajó el último la escalera.

VIII

El jueves no cesó de lloviznar desde primera hora de la mañana, y pronto las hojas lavadas de los castaños, las acacias y los álamos reverdecieron. De repente todo pareció adquirir un tono

ensoñadoramente silencioso, como perezoso y aburrido. Meditabundo y monótono.

A la hora de siempre, todas las chicas estaban reunidas en la habitación de Zhenka, como de costumbre. Pero algo extraño le sucedía a esta última. No hacía chistes, no reía, ni leía como siempre su habitual folletín, que ahora yacía intacto sobre su pecho o su vientre; estaba enfadada, abstraída y triste, y en sus ojos ardía un fuego amarillo que irradiaba odio. En vano Manka «la Blanquita», Manka «la Escandalosa», que la adoraba, intentaba atraer su atención; Zhenka parecía no notar su presencia. Ninguna entablaba conversación. Era angustioso. O quizás a todas les afectaba la insistente llovizna de agosto, que parecía haberse instalado allí desde hacía semanas.

Tamara se sentó en la cama junto a Zhenka, la abrazó cariñosamente y, acercándole la boca al oído, le susurró:

—¿Qué te pasa, Zhénechka? Hace tiempo que veo que te ocurre algo raro. Y Manka también lo percibe. Mira cómo se ha marchitado sin tus caricias. Dime. A lo mejor puedo ayudarte en algo.

Zhenka cerró los ojos y negó con la cabeza. Tamara se apartó un poco, pero siguió acariciándole el hombro con ternura.

—Cómo quieras, Zhénechka. No me atrevo a meterme en tus asuntos. Solo pregunto porque tú eres la única persona que…

Zhenka se levantó de pronto de la cama; decidida, agarró a Tamara de la mano y dijo en tono cortante y autoritario:

—¡Bien! Salgamos. Te lo contaré todo. Chicas, esperadnos un momento.

En el pasillo iluminado, Zhenka puso las manos sobre los hombros de su amiga y, con el rostro desencajado, repentinamente pálido, dijo:

—Pues escucha: alguien me ha contagiado la sífilis.

—¡Ay, querida, pobrecita mía! ¿Hace mucho?

—Mucho. ¿Recuerdas cuando vinieron los estudiantes? ¿Cuándo armaron el escándalo con Platónov? Lo supe ese día. Me enteré por la tarde.

—Sabes –observó Tamara bajando la voz–, casi lo intuía, sobre todo cuando te arrodillaste ante la cantante y le susurraste algo.

Pero, aun así, querida Zhénechka, tendrías que curarte.

Zhenka, con un gesto de rabia, dio una patada al suelo y rompió en dos el pañuelo de batista que arrugaba nerviosamente entre las manos.

—¡No! ¡Ni loca! A ninguna de vosotras os contagiaré. Tú misma habrás notado que en las últimas semanas no como en la mesa del comedor y que lavo a conciencia yo misma la vajilla. Precisamente por eso intento apartar de mí a Manka, a la que sabes que amo sincera y profundamente. Pero a esos canallas de dos patas los estoy contagiando a propósito, cada noche a diez, a quince de ellos. ¡Que se pudran, que transmitan la sífilis a sus mujeres, sus amantes, sus madres (sí, sí, a sus madres) y padres, y a las institutrices, incluso a sus bisabuelas! ¡Que perezcan todos, auténticos desgraciados!

Tamara acarició con cuidado y ternura la cabeza de Zhenka.

—¿De verdad irás hasta el final, Zhénechka?…

—Sí. Y sin piedad alguna. Vosotras, sin embargo, no tenéis nada que temer. Yo misma elijo a los hombres. Los más tontos, los más guapos, los más ricos y los más importantes, pero después no los dejo acercarse a ninguna de vosotras. ¡Oh, les monto tales escenas de pasión que te partirías de risa si lo vieras! Les muerdo, los araño, grito y tiemblo como una loca. Ellos, idiotas, se lo creen.

—Tú sabrás, Zhénechka, tú sabrás –dijo pensativa Tamara, mirando al suelo–, quizá tengas razón. ¿Quién sabe? Pero, dime, ¿cómo has engañado al médico?

Zhenka se volvió de pronto, apoyó la cara en un ángulo del marco de la ventana y rompió a llorar con lágrimas amargas, ardientes –lágrimas de rencor y venganza–, al tiempo que hablaba ahogándose y temblando:

—Porque… porque… ¡porque Dios me ha concedido un favor especial: me duele en un lugar donde seguramente ningún médico pueda ver! Encima, el nuestro es un viejo y un tonto…

Y de pronto, con una fuerza de voluntad extraordinaria, Zhenka dejó de llorar tan repentinamente como había empezado.

—Volvamos a mi cuarto, Tamárochka –dijo–. Sé que no dirás nada de más, ¿verdad?

—Claro que no.

Y regresaron a la habitación de Zhenka, ambas serenas y contenidas.

Entró Simeón. Este, a pesar de su insolencia natural, siempre trataba a Zhenka con un viso de respeto. Simeón dijo:

—Oye, Zhénechka, ha venido Su Excelencia a ver a Vanda. Déjala que salga diez minutos.

Vanda, una rubia de ojos azules, con una gran boca roja y el típico rostro de lituana, miró suplicante a Zhenka. Si Zhenka hubiera dicho «no», se habría quedado en la habitación, pero no dijo nada e incluso cerró los ojos deliberadamente. Vanda salió obediente.

Su Excelencia era un general que venía dos veces al mes, cada dos semanas, puntualmente (lo mismo que a Zoia le venía diariamente otro huésped de honor, apodado en el local como «el Director»).

Zhenka, en un arrebato, lanzó de pronto el viejo y manoseado libro por encima de su hombro. Sus ojos pardos centellearon chispas de auténtico fuego.

—No deberíais despreciar a este general –dijo–. He conocido a muchos peores. Tuve un cliente: un verdadero idiota. No podía amarme de otro modo… de otro modo… bueno, digamos que me pinchaba los pechos con alfileres… Y en Vilna venía a verme un cura. Me vestía toda de blanco, me obligaba a empolvarme y me acostaba en la cama. Encendía tres velas a mi alrededor. Y cuando consideraba que yo parecía completamente muerta, se me echaba encima.

Manka «la Blanquita» exclamó de pronto:

—¡Tienes razón, Zhenka! Yo también tuve un imbécil. Me obligaba todas las veces a fingir que era virgen, a llorar y gritar. Y ni siquiera tú, Zhénechka, la más lista de nosotras, adivinarías a qué se dedicaba…

—¿Inspector de prisiones?

—Era comandante de bomberos.

De pronto Katia soltó una carcajada con su voz de bajo:

—Y yo tuve un profesor. Enseñaba no sé qué aritmética, no lo recuerdo. Me obligaba todas las veces a imaginar que yo era el

hombre y él la mujer, y que yo lo… lo tomara a la fuerza… ¡Y qué idiota! Imaginaos, chicas, gritaba sin parar: «¡Soy tuya! ¡Toda tuya! ¡Tómame! ¡Tómame!».

—¡Están todos locos! –dijo de forma inesperada y decidida, con su voz de contralto, la vivaracha Verka de ojos azules–. ¡Locos de atar!

—No, ¿por qué? –replicó de pronto Tamara sin perder su dulzura y su modestia–. No están locos, simplemente, como todos los hombres, son unos depravados. En casa se aburren y aquí por su dinero pueden obtener el placer que quieran. ¿No es evidente?

Zhenia, que había guardado silencio escuchándolas, se sentó de golpe en la cama con un movimiento rápido.

—¡Sois todas idiotas! –gritó–. ¿Por qué les perdonáis todo eso? Antes yo también era tonta, pero ahora los obligo a arrastrarse a cuatro patas delante de mí, a besarme los pies, y lo hacen con gusto… Todas sabéis, chicas, que no me gusta el dinero, pero a los hombres los desplumo como puedo. Esos miserables me regalan retratos de sus mujeres, novias, madres, hijas…, los mismos que seguramente habéis visto en nuestro retrete. Pensadlo bien, hijas mías… La mujer ama una vez, pero para siempre; el hombre, en cambio, como un semental… Que sea infiel es lo de menos, lo peor es que ni siquiera alberga un simple sentimiento de gratitud ni hacia su antigua amante ni hacia la nueva. Dicen, he oído, que ahora entre la juventud hay muchos chicos puros. Lo creo, aunque yo no he visto ni conocido a ninguno. Todos los que he visto son puteros, canallas y sinvergüenzas. No hace mucho leí una novela de nuestra desdichada vida. Era casi lo mismo que digo ahora.

Regresó Vanda. Se sentó despacio y con cuidado en el borde de la cama de Zhenia, en un lado donde caía la sombra de la pantalla de la lámpara. Movidas por un profundo sentimiento de delicadeza, aunque a la vez feo, propio de los condenados a muerte, los presidiarios y las prostitutas, ninguna se atrevió a preguntarle cómo había pasado esa hora y media. De pronto tiró veinticinco rublos sobre la mesa y dijo:

—Traedme vino blanco y sandía.

Y, hundiendo el rostro en las manos apoyadas sobre la mesa, rompió a sollozar sin ruido. De nuevo nadie se permitió hacerle

pregunta alguna. Solo Zhenka palideció de rabia y se mordió el labio inferior tan fuerte que le quedó una hilera de marcas blancas.

—Sí –dijo Zhenia–, ahora entiendo a Tamara. Escucha, Tamara, me disculpo contigo. A menudo me reía de que estuvieras enamorada de tu ladrón Senka. Pero ahora digo que de todos los hombres el más decente es el ladrón o el asesino. No oculta que quiere a una chica y, si hace falta, cometerá un crimen por ella, robará o asesinará. ¡Y estos otros! Todo son mentiras, falsedad, pequeñas astucias, depravación a escondidas. Este desgraciado tiene tres familias: su mujer y cinco hijos, dos hijos en el extranjero con una institutriz y, de su primer matrimonio, otro niño y una hijastra. Toda la ciudad lo sabe, salvo sus hijos pequeños. Aunque también es posible que sospechen algo y cuchicheen entre ellos. Y ya lo ves, es una persona respetable, honrada por todo el mundo… Hijas mías, me parece que nunca hemos tenido ocasión de hablarnos francamente entre nosotras, pero os diré que, a mí, cuando tenía diez años y medio, mi propia madre me vendió al doctor Tarabukin en Zhitómir. Yo le besaba las manos, le suplicaba que se apiadara de mí, le gritaba: «¡Soy pequeña!». Y él me respondía: «No pasa nada, no pasa nada: ya crecerás». Bueno, claro, dolor, asco, suciedad… Y después difundió como una simple anécdota el grito desesperado de mi alma.

—Bueno, si vamos a hablar, hablemos hasta el final –dijo de pronto Zoia con calma, y sonrió despreocupada y triste–. A mí me desvirgó un maestro de la escuela, Iván Petróvich Sus. Un día simplemente me hizo ir a su casa; su mujer en ese momento había ido al mercado a por un lechón, era Navidad. Me dio caramelos y luego dijo que una de dos: o yo le obedecía en todo, o me expulsaba inmediatamente de la escuela por mala conducta. Y vosotras sabéis, chicas, cómo temíamos a los profesores. Aquí no nos dan miedo porque hacemos con ellos lo que queremos, ¡pero entonces…! Entonces nos parecían más que un zar o que un dios.

—Y a mí un estudiante. Daba clases a los hijos de los señores. Allí donde yo servía…

—Pues a mí… –exclamó Niura, pero de pronto, volviéndose hacia la puerta, se quedó boquiabierta. Zhenka siguió la dirección de su

mirada y en un gesto juntó las manos. En la puerta estaba Liubka, demacrada, con ojeras negras, y, como sonámbula, buscaba con la mano el picaporte como punto de apoyo–.

—¡Liubka, idiota, ¿qué te pasa?! –gritó fuerte Zhenka–. ¡Qué?

—Pues, ¿qué va a ser? Que me ha echado.

Nadie dijo palabra. Zhenka se cubrió los ojos con las manos, respiraba acelerada; se veía cómo bajo las mejillas se le tensaban en rápidos movimientos los músculos de las mandíbulas.

—Zhénechka, tengo en ti mi última esperanza –dijo Liubka con profunda expresión de angustia e impotencia–. A ti te respetan todos. Habla, alma mía, con Anna Márkovna o con Simeón… Que me readmitan.

Zhenka se enderezó en la cama, clavó en Liubka los ojos secos, ardientes, pero como llorosos, y preguntó cortante:

—¿Has comido algo hoy?

—No. Ni ayer ni hoy. Nada.

—Oye, Zhénechka –preguntó Vanda en voz baja–, ¿y si le doy vino blanco? ¿Y, mientras, Verka corre a la cocina por carne? ¿Eh?

—Haz lo que veas conveniente. Claro, es una buena idea. Pero mirad, chicas, ¡está empapada! ¡Ah, qué idiota! ¡Vamos! ¡Rápido! ¡Desnúdate! Manka «la Blanquita» o tú, Tamárochka, dadle ropa interior seca, calcetas y zapatillas. Bueno, tonta, ahora –se volvió a Liubka– cuéntanos todo lo que te ha pasado.

IX

Fue a mediados del verano la madrugada cuando Lijonin tan repentinamente –incluso para sí mismo– se llevó a Liubka del alegre establecimiento de Anna Márkovna. Los árboles aún estaban verdes, pero en el olor del aire, de las hojas y la hierba ya se sentía ligeramente, como de lejos, el aroma tierno, melancólico y al mismo tiempo encantador del otoño que se acercaba. El estudiante miraba con asombro los árboles tan límpidos, inocentes y silenciosos, como si Dios los hubiera puesto allí durante la noche sin que los hombres lo advirtieran, y los árboles mismos miraran con sorpresa a su

alrededor. Parecían inclinarse hacia el agua azul y tranquila, como aletargada aún en los charcos y en el pequeño riachuelo bajo el puente de madera, y mirar de reojo erguidos hacia el cielo alto, como recién lavado, que despertaba con el alba, rosado, perezoso y sonriente al encuentro del sol naciente.

El corazón del estudiante se ensanchaba y palpitaba por la belleza de esa mañana dichosa, por la alegría de existir, por el aire dulce que refrescaba sus pulmones tras la noche en vela en un local estrecho y cargado de humo. Pero aún más lo enternecía la belleza y la grandeza de su propio acto.

«¡Sí, acaba de obrar como un hombre, un verdadero hombre, en el sentido más elevado de la palabra! Y ahora no se arrepiente de lo que ha hecho. ¡Bien por aquellos (quiénes eran esos "aquellos", ni el mismo Lijonin lo entendía del todo) que hablan de los horrores de la prostitución, pero hablan tomando té con panecillos y embutido, en presencia de muchachas puras y cultas! ¿Alguno de sus colegas ha dado un verdadero paso para liberar a una mujer de la perdición? ¿Eh? ¡Y luego está el que va a ver a alguna "Sóniechka Marmeládova", le suelta un montón de sandeces, le pinta horrores, entrando en lo más hondo de su alma hasta hacerla llorar, y después él mismo solloza y empieza a consolarla, a abrazarla, a acariciarle la cabeza, a besarla primero en la mejilla, luego en los labios, y ya se sabe qué más! ¡Puf! ¡En cambio él, Lijonin, adecuaba sus actos a sus palabras!».

Abrazó a Liubka por la cintura y la miró con ojos cariñosos, casi enamorados, aunque convencido en ese momento de que la miraba como padre o hermano.

A Liubka le pesaba terriblemente el sueño, se le cerraban los ojos, y los abría con esfuerzo para no dormirse; en sus labios reposaba la misma sonrisa ingenua, infantil y cansada que Lijonin había advertido ya en la salita. Y de una comisura de la boca le colgaba un hilillo de saliva.

—¡Liuba, querida mía! ¡Dulce mujer que tanto has sufrido! ¡Mira qué bonito está todo alrededor! ¡Dios mío! Hace ya cinco años que no veía como es debido el amanecer. O el juego, o las borracheras, o hay que correr a la universidad. ¡Mira, alma mía, allí resplandece la

aurora! ¡Va a salir el sol! ¡Esta es tu aurora, Liúbochka! ¡Empieza tu nueva vida! Te apoyarás con valentía en mis fuertes brazos. ¡Te conduciré al camino del trabajo honrado, al sendero de la lucha valiente con la vida, sin bajar la cabeza!

Liubka lo miró de reojo. «Vaya, aún le dura el alcohol», pensó con cariño. «Pero no importa: es bueno y simpático. Solo un poco feo». Y, con una sonrisa soñolienta, dijo en tono de reproche infantil:

—¡Síííí! ¡Seguro que me engañará usted! Todos los hombres son así. Primero vais a por lo vuestro, a saciaros, y luego ni caso.

—¿¡Yo!? ¿¡Que yo qué!? –exclamó acalorado Lijonin y hasta se golpeó el pecho con la mano que tenía libre–. ¡Mal me conoces! ¡Soy demasiado honrado para engañar a una chica indefensa! ¡No! ¡Pondré todas mis fuerzas y toda mi alma en educar tu mente, en ampliar tus horizontes, en hacer que tu pobre corazón martirizado olvide todas las heridas y ofensas que le ha infligido la vida! ¡Seré para ti padre y hermano! ¡Protegeré cada uno de tus pasos! ¡Y si llegas a amar a alguien con un amor verdaderamente puro y santo, bendeciré el día y la hora en que te arranqué de ese infierno dantesco!

Durante esta acalorada perorata, una risa significativa, aunque silenciosa, estremecía la espalda del viejo cochero. Estos cocheros viejos oyen mucho –sentados en el pescante lo escuchan todo perfectamente, cosa que los pasajeros no sospechan– y saben mucho de lo que pasa entre las personas. ¿Quién sabe si ese viejo cochero no había oído discursos más descabellados o más elevados?

Por alguna razón, a Liubka le pareció que Lijonin se había enfadado con ella o que ya sentía celos de algún rival imaginario. Declamaba muy alto y con demasiada excitación. Se despertó del todo, miró a Lijonin con los ojos muy abiertos, perplejos y, al mismo tiempo, sumisos, y rozó ligeramente con los dedos la mano derecha del estudiante, que ceñía su cintura.

—No se enfade, mi querido. Yo nunca lo cambiaré por otro. ¡Se lo juro por Dios, palabra de honor! Palabra de honor, ¡nunca! ¿Acaso no comprendo que quiere usted asegurarme un futuro? ¿Cree que no lo entiendo? ¡Es usted tan simpático, guapo, jovencito! Si fuera viejo y feo…

—¡Ah! ¡No es eso! –gritó Lijonin y de nuevo, en estilo elevado, empezó a hablarle de la igualdad de la mujer, de la santidad del trabajo, de la justicia humana, de la libertad y de la lucha contra el mal que impera en el mundo–.

De todas sus palabras, Liubka no entendió ni una sola. Se sentía de algún modo culpable, se entristeció, bajó la cabeza, se hizo un ovillo y calló. Un poco más y quizá se hubiera echado a llorar en plena calle, pero, por suerte, en ese momento llegaron a la casa donde vivía Lijonin.

—Pues ya estamos en casa –dijo el estudiante–. ¡Para, cochero!

Y, cuando pagó, no pudo contenerse y con el brazo extendido ante sí, con un gesto teatral, pronunció patéticamente:

¡Y a mi casa entra valiente y serena,
dueña absoluta de ella!

De nuevo una sonrisa misteriosa y profética frunció el rostro moreno del viejo cochero.

X

La habitación donde vivía Lijonin estaba en el quinto piso y medio. Y medio porque hay edificios de cinco, seis y siete plantas, con pisuchos piojosos de alquiler barato que están abarrotados, sobre los que se construyen cuchitriles de hojalata aún más miserables, algo así como buhardillas o, mejor dicho, casetas para pájaros, donde en invierno hace un frío espantoso y en verano un calor como en el trópico. Liubka subía con dificultad. Le parecía que bastaba con dos pasos más para derrumbarse sobre los escalones y quedarse profundamente dormida. Y, mientras tanto, Lijonin decía:

—¡Querida mía! Veo que estás cansada. Pero no importa. Apóyate en mí. ¡Vamos siempre hacia arriba! ¡Cada vez más alto! ¿No es este el símbolo de todas las aspiraciones humanas? ¡Amiga mía, hermana mía, apóyate en mi brazo!

Aquello empeoró la situación de la pobre Liubka. Ya apenas subía

por sí sola y ahora encima tenía que arrastrar a Lijonin, que parecía pesar cada vez más. Y su peso no era para tanto, lo peor era su verborrea, que ya empezaba a irritarla, como irrita a veces el llanto incesante y aburrido de un bebé con dolor de muelas, el pitido agudo de un canario o alguien silbando desafinado sin parar en la habitación de al lado.

Por fin llegaron a la habitación de Lijonin. No había llave en la puerta. De hecho, nunca la cerraban con llave. Lijonin empujó la puerta y entraron. En la habitación reinaba la oscuridad porque las cortinas estaban echadas. Olía a ratones, queroseno, *borsch* del día anterior, ropa de cama usada y humo rancio de tabaco. En la penumbra alguien invisible roncaba de forma variopinta y atronadora.

Lijonin descorrió una cortina. El mobiliario era el habitual de un estudiante soltero pobre: una cama hundida y sin hacer con la manta arrugada, una mesa coja y, sobre ella, un candelero sin vela, varios libros en el suelo y en la mesa, colillas por todas partes; y frente a la cama, a lo largo de la otra pared, un diván viejísimo donde ahora dormía y roncaba, con la boca muy abierta, un joven de cabello y bigote negros. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado, y por la abertura se veía el pecho y el vello negro, tan espeso y rizado como el de los corderos de Karachái.

—¡Nizheradze! ¡Eh, Nizheradze, levántate! –gritó Lijonin y le dio un empujón en el costado–. *¡Kniaz!*[12].

—M-m-m…

—¡Levántate, te digo, mula de carga caucásica, idiota osetio!

—M-m-m…

—¡Maldita sea tu estirpe, la de tus antepasados y la de tus descendientes! ¡Así los expulsen de las montañas del bello Cáucaso! ¡Y que nunca lleguen a ver la bendita Georgia! ¡Levántate, desgraciado! ¡Levántate, dromedario de Arabia! ¡Kintoshka[13]!

Pero de pronto, para sorpresa de Lijonin, intervino Liubka. Lo tomó de la mano y dijo tímidamente:

—Queridito, ¿por qué lo torturas? A lo mejor quiere dormir, quizá está cansado. Déjalo que duerma. Mejor me voy a casa. ¿Me das cincuenta kopeks para el cochero? Mañana vendrás otra vez a

verme. ¿Verdad, alma mía?

Lijonin se quedó desconcertado, le pareció extraña la intervención de la muchacha, tan callada y medio muerta de sueño. Por supuesto, no se dio cuenta de que sus palabras eran fruto de una compasión instintiva e inconsciente hacia quien no ha dormido lo suficiente, o quizá un respeto profesional por el sueño ajeno. Pero, aunque el desconcierto fue solo momentáneo, por alguna razón Lijonin se ofendió. Levantó el brazo del dormilón, que colgaba hasta el suelo con un cigarrillo apagado aún entre los dedos, y, sacudiéndolo fuerte, dijo con voz seria, casi severa:

—Escucha, Nizheradze, te lo pido en serio por última vez. ¡Serás cerdo! ¡Entiende, demonios, que no estoy solo! ¡Hay una mujer aquí!

El efecto de esas palabras fue milagroso: el joven dormido se incorporó de golpe, como si un resorte hubiera saltado debajo de su cuerpo. Se sentó en el diván, se frotó rápidamente los ojos, la frente y las sienes con las palmas, vio a la mujer y al instante, desconcertado, murmuró mientras se abrochaba apresuradamente la camisa:

—¿Eres tú, Lijonin? Te estuve esperando y esperando y me dormí. Pídele a la camarada desconocida que se dé la vuelta un momento.

Se puso rápidamente la chaqueta gris de estudiante y se revolvió con ambas manos los vistosos rizos negros para recomponérselos. Liubka, con el coqueteo propio de todas las mujeres, sea cual sea su edad y posición, se acercó a un trozo de espejo colgado en la pared para retocarse el pelo. Nizheradze, moviendo los ojos hacia ella, le inquirió a Lijonin con la mirada.

—No pasa nada. No hagas caso –respondió este en voz alta–. Pero salgamos. Te lo contaré todo ahora mismo. Perdone, Liúbochka, deme solo un minuto. Vuelvo enseguida, la acomodo y luego me evaporaré como el humo.

—No se preocupe –replicó Liubka–, aquí en el diván estaré bien. Y usted acomódese en la cama.

—No, eso no es lo apropiado, ángel mío. Tengo un colega aquí cerca. Iré a dormir a su casa. Vuelvo en un segundo.

Los dos estudiantes salieron al pasillo.

—¿Qué significa esto? ¿Es un sueño? –preguntó Nizheradze,

abriendo de par en par los ojos orientales y algo aborregados–. ¿De dónde ha salido esta criatura encantadora, esta camarada con falda?

Lijonin meneó la cabeza con expresión elocuente y frunció el rostro. Ahora que el trayecto en carruaje con el aire fresco de la mañana y la vuelta a su ambiente habitual de ajetreo diario le habían devuelto casi del todo la sobriedad, empezaba a sentir en el alma una cierta sensación de incomodidad, de innecesariedad de su acto repentino, y, al mismo tiempo, una especie de irritación muda contra sí mismo y contra la mujer que se había llevado. Ya presentía el peso de la vida en común, las muchas preocupaciones, molestias y gastos, las sonrisas ambiguas o simplemente las preguntas indiscretas de sus camaradas, y, finalmente, un serio obstáculo para los exámenes estatales. Pero, apenas empezó a hablar con Nizheradze, se avergonzó de su cobardía y, tras un comienzo vacilante, poco a poco sus palabras se llenaron de gallardía y volvió a cabalgar a lomos de su heroico corcel.

—Verás, *Kniaz* –dijo inquieto, girando un botón de la chaqueta del camarada y sin mirarlo a los ojos–, estás equivocado. No es una camarada con falda, sino… bueno, simplemente estuve con colegas, estuve… o sea, no estuve, solo pasé un momento con camaradas por las calles de Yamka, a casa de Anna Márkovna.

—¿Con quién? –preguntó Nizheradze animándose–.

—Bueno ¿qué más te da, *Kniaz*? Estaban Tolpyguin, Ramsés, el *privatdozent* (Yárchenko), Boria Sobáshnikov y otros… no recuerdo. Estuvimos paseando en barca toda la tarde, luego nos metimos en una taberna y después, como cerdos, en Yamka. Ya sabes que yo soy muy moderado. Solo estuve sentado empapándome de coñac como una esponja con un conocido, un reportero. Y los demás, bueno, pecaron todos. Y por la mañana, no sé por qué, mi alma se había enternecido, ¡me daba tanta lástima ver a esas mujeres tan desgraciadas! Pensaba en cómo nuestras hermanas gozan de toda la atención, amor y protección; nuestras madres están envueltas en la más reverente adoración. ¡Que intente alguien decirles una palabra grosera, empujarlas, ofenderlas: le rajaríamos el cuello a cualquiera!, ¿verdad?

—¡M-m?… –murmuró el georgiano, con un tono ni del todo

interrogativo ni expectante, y desvió los ojos a un lado–.

—Entonces pensé: cualquier sinvergüenza, cualquier mocoso o cualquier viejo decrépito puede conseguir a cada una de esas mujeres por un rato o una noche, como un capricho del momento, y con total indiferencia, una y miles de veces, profanar y mancillar en ella lo más preciado que hay en el ser humano: el amor… ¿Entiendes? Deshonrarla, pisotearla, pagar la visita y marcharse tranquilo, con las manitas en los bolsillos, silbando. Y lo más horrible es que todo eso ya se ha convertido en una costumbre: a ellas les da igual y a ellos también. Sus emociones están embotadas, sus almas, oscurecidas. ¿No lo ves? ¡Y en cada una de ellas se desvanece una maravillosa hermana y una madre santa! ¿Eh? ¿No es cierto?

—¿M-m-m…? –balbuceó Nizheradze desviando de nuevo la mirada–.

—Y pensé: ¿de qué sirven las palabras y exclamaciones superfluas? ¡Al diablo los discursos hipócritas de los congresos! ¡Al diablo el abolicionismo, la reglamentación… –de pronto, sin quererlo, le vinieron a la mente las recientes palabras del reportero– y todos esos libros piadosos distribuidos por los establecimientos y asilos de María Magdalena! Yo voy a obrar como hombre honesto de verdad: voy a sacar a la chica del abismo, la pondré en suelo firme y real, la calmaré, la animaré, la mimaré.

—¡Aaah, pillín! –murmuró Nizheradze, sonriendo–.

—¡Uf, *Kniaz*! Siempre con tus guarradas en la cabeza. Entiendes que no hablo de la mujer, sino del ser humano; no de la carne, sino del alma.

—Está bien, está bien, alma *mío,* ¡sigue!

—Pues lo siguiente fue que, como lo pensé, lo hice. La he sacado hoy de casa de Anna Márkovna y la he traído por ahora a la mía. Luego, Dios dirá. Primero la enseñaré a leer y escribir, luego le abriré una pequeña cantina o, quizá, una tiendecita de comestibles. Creo que los camaradas no me negarán su ayuda. El corazón humano, hermano mío, *Kniaz,* todo corazón necesita calor y cariño. Y mira: en un año, en dos, devolveré a la sociedad un miembro bueno, trabajador, digno, con un alma virgen, abierta a todas las grandes

posibilidades… porque ella solo ha vendido su cuerpo, pero su alma es pura e inocente.

—¡Tse, tse, tse! –chasqueó la lengua el *Kniaz*–.

—¿Qué significa eso, asno de Tiflis?

—¿Y le comprarás una máquina de coser?

—¿Por qué precisamente una máquina de coser? No entiendo.

—Siempre es así en las novelas, alma *mío.* En cuanto el héroe salva a una pobre criatura perdida, le pone inmediatamente una máquina de coser.

—Deja de decir tonterías. –Se enfadó Lijonin y lo apartó con la mano–. ¡Payaso!

El georgiano se acaloró de pronto, centellearon sus ojos negros y en su voz se oyó al instante el acento de Cáucaso.

—¡No, nada de tonterías, alma *mío*! Aquí una de dos, y ambas con el mismo resultado. O te juntas con ella y a los cinco meses la echas a la calle, y volverá al burdel o a las aceras. ¡Eso es un hecho! O no te juntas con ella, sino que le impones trabajo manual o intelectual, y tratas de desarrollar su mente ignorante y oscura, y ella por aburrimiento huirá de ti y acabará de nuevo en una acera o en un burdel. ¡También es un hecho! Aunque hay una tercera combinación. Tú la cuidarás como un hermano, como el caballero Lancelot, y ella a escondidas se enamorará de otro. Alma *mío,* créeme: una mujer, mientras sea mujer, es mujer. Y no puede vivir sin amor. Entonces huirá de ti hacia otro. Y el otro jugará un poco con su cuerpo y a los tres meses la echará y se verá en la calle o en un burdel.

Lijonin suspiró profundamente. En algún recóndito lugar, no en la mente, sino en los recovecos más ocultos, casi imperceptibles de la conciencia, le sobrevino la idea de que algo parecido a lo que decía Nizheradze podría suceder. Pero se dominó con rapidez, meneó la cabeza y, extendiendo la mano al *Kniaz,* pronunció solemnemente:

—Te prometo que en seis meses te retractarás de tus palabras y, en señal de disculpa, tú, salchichón de Ereván, berenjena de Armavir, me darás una docena de botellas de tu vino de Kajetia.

—¡Vale! ¡Hecho! –el *Kniaz* dio una palmada fuerte en la mano de Lijonin–. Con gusto. Pero, si es como yo digo, pagarás tú.

—Pagaré yo. Bueno, adiós, *Kniaz.* ¿Dónde duermes?

—Aquí mismo, por este pasillo, en casa de Soloviov. Y tú, claro, como caballero medieval, ¿pondrás una espada de doble filo entre ti y la bella Rosamunda? ¿Eh?

—Tonterías. Yo mismo quería dormir en casa de Soloviov. Pero ahora iré a pasear por las calles y pasaré por casa de alguien: Záitsevich o Shtrump. ¡Adiós, *Kniaz*!

—¡Espera, espera! –lo llamó Nizheradze cuando ya se había alejado unos pasos–. Lo principal se me olvidó decirte. ¡A Partsán lo han pillado!

—Ah, ¿sí? –Se sorprendió Lijonin y al instante bostezó larga, profunda y dulcemente–.

—Sí. Pero nada grave: solo por posesión de folletos. No estará más de un año.

—No pasa nada, es un chico fuerte, no se vendrá abajo.

—Es fuerte –confirmó el *Kniaz*–.

—¡Adiós!

—Hasta la vista, caballero de Grunwald.

—Hasta la vista, semental kabardino.

XI

Lijonin se quedó solo. En medio del pasillo en penumbra olía al queroseno de una lamparita de hojalata que se apagaba, y a tabaco rancio. La luz del día penetraba débilmente solo desde arriba, a través de dos pequeños huecos acristalados hechos en el tejado.

Lijonin se encontraba en ese estado a un tiempo relajado y eufórico que tan familiar resulta a todo aquel que ha pasado mucho tiempo sin dormir. Era como si hubiera salido de los límites de la realidad cotidiana y esa vida se le hiciera lejana e indiferente, y se encontrara en un estado de nirvana cristalino que lo embriagaba con un encanto soporífero y abrumador, pero en el cual sus pensamientos y emociones adquirían una claridad serena y una precisión fría.

De pie, junto a la puerta de su cuarto, apoyado en la pared, sentía, oía y veía claramente a su alrededor y debajo de él a decenas de personas sumidas en el profundo sueño que precede al amanecer, con las bocas abiertas, la respiración profunda y rítmica, y los rostros pálidos, macerados y abrillantados por el sueño; y le sobrevino un pensamiento que guardaba desde su infancia: qué espantosas son las personas dormidas, mucho más espantosas que los difuntos.

Luego recordó a Liubka. Su «yo» interior, oculto y misterioso, le susurró: «Deberías entrar rápido a la habitación y ver si la chica esta cómoda, y disponer lo necesario para el té de la mañana». Pero se fingió a sí mismo que ni siquiera lo había pensado y bajó a la calle.

Caminaba observando todo lo que encontraban sus ojos con una

curiosidad nueva para él, ociosa y precisa, y cada trazo que veía se le dibujaba con tal relieve que le parecía palparlo con los dedos… Pasó una mujer. Llevaba una vara de carga al hombro con un gran cubo de leche colgando en cada extremo; su rostro no era joven, tenía las sienes marcadas por una red de arrugas, y dos profundos surcos desde las aletas de la nariz hasta las comisuras de la boca, pero las mejillas sonrosadas se veían tersas y los ojos castaños tenían el brillo y la sonrisa vívida de las ucranianas. Al compás del movimiento de la pesada vara, las caderas se balanceaban rítmicamente a izquierda y derecha, y en esos movimientos ondulantes había una belleza tosca y sensual.

«Menuda mujer, y qué vida tan pintoresca habrá tenido», pensó Lijonin. Y, sin esperarlo, sintió de pronto un deseo irresistible hacia esa mujer totalmente desconocida, ni guapa ni joven, probablemente sucia y vulgar, que a él le parecía una gran manzana jugosa, de las que caen maduras al suelo, algo comida por los gusanos, pero que aún conserva el color vivo y el aroma vinoso y fragante.

Lo adelantó raudo un coche fúnebre negro, iba vacío, con dos caballos en el tiro y dos más atados a las columnas de la parte trasera. Los portadores de las antorchas y los sepultureros, ya borrachos desde la mañana, con los rostros rojos parecidos a bestias, llevaban chisteras raídas y amarillentas en la cabeza, iban sentados, apiñados en una montonera sobre sus libreas de gala, sobre las mantas de malla de los caballos y sobre los faroles fúnebres, y desentonaban a gritos una canción, con voces roncas y oxidadas. «Seguro que van deprisa al entierro, o quizá ya lo han terminado», pensó Lijonin, «¡qué tipos tan alegres!». Se detuvo en el bulevar y se sentó en un banco bajo de madera pintado de verde. Dos hileras de castaños centenarios y poderosos se perdían en la lejanía hasta fundirse como la punta de una flecha verde y recta. En los árboles ya colgaban las castañas grandes y espinosas. Lijonin recordó de pronto que a principios de primavera había estado sentado precisamente en ese bulevar y precisamente en ese mismo banco. Entonces era una tarde tranquila, dulce, de un tono púrpura ahumado, que se dormía silenciosa, como una chica que sonríe

cansada. Y esos poderosos árboles estaban cuajados por completo, entre su denso follaje –más ancho abajo y estrecho arriba–, de racimos de flores que crecían en conos rosados, finos y claros apuntando directos al cielo, como si alguien por error hubiera metido en todos esos castaños, a modo de candelabros, las velas rosadas de Navidad. En ese preciso momento, Lijonin sintió con una agudeza extraordinaria –tarde o temprano cada persona pasa inevitablemente por ese momento de recogimiento interior– que ya maduraban las castañas donde antes había velitas rosadas florecientes, y que habría muchas más primaveras y muchas flores más, pero esta, que ya había pasado, nadie ni nada podrían devolvérsela. Mirando con tristeza la profundidad de la alameda espesa que se alejaba, notó de pronto que lágrimas de sentimiento le inundaron los ojos.

Se levantó y siguió caminando, observando todo lo que encontraba con una atención incesante, agudizada y al mismo tiempo serena, como si contemplara el mundo creado por Dios por primera vez. Pasó junto a él por la calzada una cuadrilla de albañiles, y todos se reflejaron en su visión interna con una viveza exagerada y colorida, como en el cristalito mate de una cámara oscura. El capataz, de barba pelirroja enmarañada a un lado y ojos azules severos; un tipo grandullón con el ojo izquierdo hinchado y la cara amoratada desde la frente hasta el pómulo y desde la nariz hasta la sien; un chico con rostro ingenuo de campesino, con la boca abierta como un polluelo, floja y húmeda, y un viejo que, rezagado, corría detrás del grupo con un ridículo trote de cabra; las ropas de todos ellos manchadas de cal, sus delantales y sus cinceles… todo aquello pasó ante él como una procesión inanimada, como una cinta cinematográfica a color, abigarrada, pero muerta.

Tuvo que cruzar el mercado Novo-Kishiniovski. De pronto, un olor graso y delicioso a algo frito le dilató las aletas de la nariz y le hizo recordar que no había comido nada desde el mediodía anterior. Al instante Lijonin sintió hambre y giró a la derecha hacia el interior del mercado.

En días de hambruna –y los había padecido más de una vez–, venía aquí al mercado y, con las míseras monedas ganadas con dificultad, se compraba pan y salchicha frita. Solía ser más frecuente

en invierno. Iba a un puesto donde la vendedora, envuelta en muchas capas de ropa, se sentaba habitualmente, para entrar en calor, sobre un tiesto con brasas de carbones y, delante de ella, en una placa de hierro chisporroteaba y crepitaba la gruesa salchicha casera, cortada en trozos de un cuarto de *arshín* de largo y generosamente aliñada con ajo. Un trozo de salchicha costaba diez kopeks y el pan, dos.

Hoy el mercado estaba abarrotado de gente. Desde lejos, mientras se abría paso hacia su puesto favorito, Lijonin oyó música. Al pasar entre una multitud que formaba un corro en torno a uno de los puestos, vio un espectáculo cándido y adorable, de los que solo se pueden ver en el bendito sur de Rusia. Diez o quince vendedoras, que en condiciones normales son chismosas, ordinarias y disponen de una variedad inagotable de insultos, estaban juntas como amigas tiernas y cariñosas, era evidente que habían estado de juerga desde la noche anterior y ahora sacaban al mercado su euforia ruidosa. Unos músicos contratados –dos violines, un primero y un segundo, y un pandero– tocaban un motivo monótono pero vivo, gallardo y pícaro. Algunas mujeres brindaban y se besaban, derramando vodka unas sobre otras; otras les llenaban las copas y servían las mesas; las demás, batiendo las palmas al ritmo de la música, se ponían en cuclillas, se alzaban y lanzaban gritos al aire. En el centro del círculo, sobre el empedrado, pateaba y giraba como una peonza una mujer gruesa, de unos cuarenta y cinco años, pero aún hermosa, con labios rojos y carnosos, y los ojos húmedos, embriagados, como henchidos, que brillaban alegres bajo unas típicas cejas ucranianas negras, arqueadas y perfectas. Toda la gracia y el arte de su baile consistía en los movimientos de su cabecita, que, ora inclinaba lanzando miradas desafiantes enmarcadas por las negras cejas, ora la echaba hacia atrás mientras bajaba las pestañas y extendía los brazos a los lados, marcando sus enormes pechos, que al ritmo del baile se balanceaban y temblaban bajo la blusa de percal rojo. Al tiempo que bailaba, alternando tacones y puntas con sus zapatos de piel de cabra, cantaba:

En la calle suena el violín,

retumba con él el contrabajo.
Mi madre no me deja ir
y mi querido me espera abajo.

Era la tía Gripa, una conocida de Lijonin, la misma que, en tiempos de apuros, le vendía e incluso le fiaba. Lo reconoció enseguida, se abalanzó sobre él, lo abrazó, apretujándolo contra su pecho, y lo besó en los labios con los suyos gruesos, húmedos y calientes. Luego extendió las manos, chocó las palmas, entrelazó los dedos y le arrulló con una dulzura que solo saben otorgar las mujeres de Podolia:

—¡Mi señorcito, tesoro mío, mi plata bendita, mi amor! Perdone a esta mujer borracha. ¿Y qué quiere? ¡Me he desmadrado! –Se lanzó a besarle la mano–. ¡Sé que usted no es orgulloso como otros señoritos! ¡Deme, pececito mío, que le bese la manita! ¡Ande, deme, deme! ¡Se lo ruego, se lo ruego!…

—¡Déjate de tonterías, tía Gripa! –la interrumpió Lijonin, animándose de pronto–. Mejor nos besamos como se debe. ¡Con esos labios tan dulces!

—¡Ay, corazoncito mío! ¡Solecito radiante, manzanita mía del paraíso! –Se enterneció Gripa–. ¡Dame tus morritos! ¡Dame esa trompita linda!…

Lo apretó con ardor contra sus pechos descomunales y volvió a babearlo entero con aquellos labios hotentotes, húmedos y calientes. Luego lo agarró del brazo, se lo llevó al centro del corro y empezó a caminar a su alrededor con pasitos menudos y fluidos, arqueando coquetamente la cintura y cantando en ucranio:

¡Ay! ¡Quién a quién,
y yo voy a ver a Paraska,
que tengo al diablo metido en los calzones,
y ella, un tesoro en las enaguas!

Y luego pasó de pronto, apoyada por los músicos, a un alegre y desvergonzado *hopak*[14]:

¡Ay, ay, ay, ay, da igual,

su delantal se ha levantado,
y tú, Prysko, no te apures,
frótalo mientras esté mojado!
Trailará, trailará…
Duerme Jima y hace que no oye
que el cosaco con ella pasa la noche.
Mientes, Jima, todo lo notas
y solo así gozas.
Ay, ay, trailará…

Sin ni siquiera esperarlo, Lijonin, muy animado, saltó de pronto como un cabrito a su alrededor, parecía un satélite en torno a un planeta en movimiento, encorvado, con los brazos y las piernas larguiruchas y descoordinadas. Su entrada fue recibida con un berrido general, pero bastante amistoso. Luego lo sentaron a la mesa, lo obsequiaron con vodka y salchicha. Él, por su parte, había mandado a un mendigo, al que conocía, por cerveza y, con la copa en la mano, hizo tres brindis absurdos: uno por la independencia de Ucrania; otro por la dignidad de la salchicha ucraniana que, de algún modo, conectó con la belleza y el carácter familiar de las mujeres ucranianas, y, el tercero, por alguna razón, por el comercio y la industria en el sur de Rusia. Sentado junto a Gripa, intentaba todo el tiempo abrazarla por la cintura, y ella no se resistía. Pero por más que estirara los largos brazos, no podía abarcar el majestuoso talle de la mujer. Entretanto, por debajo de la mesa, la mano de ella, enorme, suave y ardiente como brasas, le apretaba la suya fuerte, hasta magullarla.

En ese momento, entre las vendedoras, que poco antes se besaban con ternura, salieron a relucir viejas rencillas y agravios no resueltos. De pronto dos mujeres, inclinándose una hacia la otra como gallos dispuestos a la pelea, con las manos en jarras, se insultaron en ucraniano de un modo atroz.

—¡Idiota, puerca, hija de perra! –gritaba una–. ¡No mereces besarme ni aquí! –Y, volviéndose de espaldas a la rival, se dio una palmada fuerte en el trasero–. ¡Largo de aquí! ¡Tira, fu!

Y la otra respondió chillando furiosa:

—¡Mientes, puta, me merezco eso y más!

Lijonin aprovechó el momento. Como recordando algo, se levantó apresuradamente del banco y gritó:

—¡Espérame, tía Gripa, vuelvo en tres minutos! –Y se coló entre el animado círculo de espectadores–.

—¡Señorito! ¡Señorito! –le gritaba ella–. ¡Vuelva pronto! ¡Tengo que decirle una cosita!

Dobló la esquina de una de las calles y durante un rato se esforzó por recordar qué era lo que tenía que hacer sin falta en ese momento, en ese preciso instante. En lo más profundo de su alma lo sabía perfectamente, pero de nuevo se resistía a admitirlo. Eran las nueve o diez de la mañana de un día claro y luminoso. Los porteros regaban las calles con mangueras de goma. Las floristas ocupaban ya sus sitios en las plazas y junto a las verjas de los bulevares con rosas, alhelíes y narcisos. La alegre y rica ciudad sureña se animaba. Pasó traqueteando por el pavimento un carruaje con una jaula de hierro llena de perros de todas las razas, pelajes y edades. En el pescante iban dos cazadores –o, como ellos se llamaban a sí mismos respetuosamente, «cazadores reales»–, es decir, capturadores de perros callejeros, que volvían a casa con la captura de la mañana.

«Ya se habrá despertado», manifestó al fin su pensamiento secreto, «y, si no, me tumbaré en silencio en el diván y dormiré».

La lámpara de queroseno seguía brillando débilmente y humeando agonizante, y una luz grisácea y sucia apenas alumbraba el pasillo largo y estrecho. La puerta de la habitación seguía sin cerrar. Lijonin la abrió sin hacer ruido y entró.

Por las rendijas de la ventana y entre las cortinas se filtraba una tenue luz azulada. Lijonin se detuvo en medio de la habitación y, con una tensa ansiedad, escuchó la respiración tranquila y somnolienta de Liubka. Le temblaron las rodillas y los labios se le pusieron tan calientes y resecos que tenía que lamerlos sin parar.

«Preguntarle si necesita algo», pasó de pronto por su cabeza.

Como borracho, respirando pesadamente, con la boca abierta, tambaleándose con las piernas temblorosas, se acercó a la cama.

Liuba dormía boca arriba, con un brazo desnudo extendido a lo largo del cuerpo y el otro sobre el pecho. Lijonin se inclinó

acercándose a su rostro. Respiraba regular y profundamente. Ese aliento de un cuerpo joven y sano era, a pesar del sueño, puro y casi aromático. Pasó con cuidado los dedos por el brazo desnudo y le acarició el pecho un poco más abajo de las clavículas. «¡¿Qué hago?!», gritó de pronto en él la razón con horror, pero otro respondió por Lijonin: «No hago nada. Solo quiero preguntar si ha dormido cómoda y si quiere té».

Pero Liubka se despertó de pronto, abrió los ojos, los cerró un minuto y los abrió de nuevo. Se estiró larga, largamente, y con una sonrisa cariñosa, aún no consciente, rodeó con un brazo cálido y fuerte el cuello de Lijonin.

—¡Alma mía! ¡Querido! –pronunció la mujer con voz arrulladora, un poco ronca por el sueño–. Te esperaba, te esperaba e incluso me enfadé. Luego me dormí y toda la noche te vi en sueños. ¡Ven conmigo, mi pollito, mi muñequito!

Lo atrajo hacia sí, pecho contra pecho. Lijonin casi no se resistió; temblaba todo, como febril, y repetía sin sentido en un susurro entrecortado, rechinándole los dientes:

—No, Liuba, no hace falta… De verdad, no hace falta, Liuba, así… Ah, dejémoslo, Liuba… No me tortures. No respondo de mí… Déjame, Liuba, por Dios…

—¡Mi tontito! –exclamó ella con voz risueña y alegre–. ¡Ven conmigo, alegría mía! –Y, superando la última resistencia, ya insignificante, apretó su boca contra la de él y lo besó fuerte y con pasión, lo besó sinceramente, quizá por primera y última vez en su vida–.

«¡Oh, canalla! ¿Qué estoy haciendo?», declamó en Lijonin alguien honrado, prudente y falso.

—Bueno, ¿mejor? –preguntó cariñosamente Liubka, besando de nuevo los labios de Lijonin–. ¡Ay, mi estudiante!…

XII

Dolido en el alma, lleno de resentimiento y asco hacia sí mismo, hacia Liubka y, al parecer, hacia todo el mundo, Lijonin se tiró, sin

quitarse la ropa, sobre el diván de madera destartalado y hundido, sentía tanta vergüenza que hasta los dientes le seguían rechinando. No lograba dormirse, pensaba una y otra vez en ese estúpido –como él mismo lo llamaba– rapto de Liubka, acto en el que veía entrelazarse de una forma repugnante un sórdido vodevil con un profundo drama. «No importa», se repetía obstinado, «he hecho una promesa y la llevaré hasta el final. Y, por supuesto, lo que acaba de pasar nunca, nunca se repetirá. ¡Dios mío! ¿Pero quién puede no caer cuando se pierde todo dominio sobre uno mismo? Un filósofo demostró una verdad profunda y notable al expresar que el valor del alma humana se mide por la altura de sus vuelos y la profundidad de su caída. ¡Pero ha sido el diablo el que ha obrado en este estúpido día de hoy a través de los razonamientos de doble filo de Platónov y de mi propio y absurdo impulso caballeresco! Es verdad, todo esto no parece real, parece sacado de la novela *¿Qué hacer?* de Chernyshevski. ¿Y cómo demonios la miraré mañana a los ojos?».

Le ardía la cabeza, le quemaban los párpados, se le secaban los labios. Fumaba nervioso un cigarrillo tras otro y a cada momento se incorporaba del diván y agarraba de la mesa una jarra de agua de la que bebía directamente y con ansia grandes tragos. Luego, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, logró apartar de su cabeza los pensamientos de la noche pasada, y al momento un sueño profundo, limpio de visiones y figuras, lo envolvió como un abrazo suave y oscuro.

Despertó mucho después del mediodía, a las dos o tres, tardó en volver en sí, al principio chasqueaba la boca y miraba la habitación, adormilado, con ojos turbios y pesados. Toda la noche pasada parecía haber volado de su memoria. Pero al ver a Liubka, sentada en silencio e inmóvil en la cama, con la cabeza gacha y las manos cruzadas sobre el regazo, gimió y gruñó con fastidio e incomodidad. En ese momento lo recordó todo y experimentó en sí mismo lo duro que es enfrentarse por la mañana, cara a cara, a los despropósitos de la noche anterior.

—¿Despertaste, alma mía? –preguntó cariñosamente Liubka–.

Se levantó de la cama, se acercó al diván, se sentó a los pies de Lijonin y le acarició con cuidado la pierna por encima de la manta.

—Yo me desperté hace rato y me quedé sentada: tenía miedo de molestarte. Dormías muy profundo.

Se inclinó hacia él y le besó la mejilla. Lijonin frunció el ceño y la apartó un poco.

—Espera, Liúbochka. Espera. No hace falta. ¿Entiendes? No hay que recaer en eso, nunca más. Lo de ayer fue… un accidente. Una debilidad. Diría incluso más: un momento de bajeza. Pero, por Dios, créeme, Liuba, te juro que no quería hacerte mi amante. Quería verte como amiga, hermana, compañera… No, no pasa nada, todo se arreglará. Se superará. No hay que desanimarse. Y ahora, querida mía, acércate y mira un poco por la ventana, voy a adecentarme.

Liubka hizo un leve puchero y se acercó a la ventana, dándole la espalda a Lijonin. Todas esas palabras sobre amistad, fraternidad y camaradería le resultaban incomprensibles a su cerebro de gallina y a su alma de zafia campesina. A su imaginación le complacía mucho más que el estudiante –al fin y al cabo no era un cualquiera, sino un hombre culto, que podía llegar a médico, abogado o juez– la mantuviera… Y ahora resultaba que, cuando había satisfecho su capricho y había conseguido lo que quería, ya se echaba atrás. ¡Todos los hombres son iguales!

Lijonin se levantó apresuradamente, se echó varias palmadas de agua en la cara y se secó con una servilleta vieja. Luego abrió las cortinas y ambas contraventanas. La luz dorada del sol, el cielo azul, el ruido de la ciudad, el verdor del espeso follaje de los tilos y castaños, el timbre de los tranvías, el olor seco de la calle caliente y polvorienta, todo irrumpió de golpe en la pequeña buhardilla. Lijonin se acercó a Liubka y le dio unas palmaditas amistosas en el hombro.

—No pasa nada, querida… Lo hecho, hecho está, es una lección para el futuro. ¿No ha pedido usted té todavía, Liúbochka?

—No, lo estaba esperando. Y no sabía a quién decírselo. Y usted tampoco ha hecho bien. Oí cómo, después de irse con el camarada, volvió y se quedó un rato junto a la puerta. Y ni siquiera se despidió de mí. ¿Está bien eso?

«Primera riña familiar», pensó Lijonin, pero sin maldad, en broma.

La frescura en su cara, la belleza del cielo sureño dorado y azul, el rostro ingenuo de Liubka –en parte sumiso, en parte descontento– y

la conciencia de que él era el hombre y que le tocaba a él, no a ella, responder por el lío que había armado: todo junto sacudió sus nervios y lo obligó a dominarse. Abrió la puerta y gritó hacia la oscuridad del apestoso pasillo:

—¡Aleksaaandraaa! ¡Samovaaar! ¡Dos panecillooos, mantequillaaa y embutidooo! ¡Y un cuartillo de vooodkaaa!

En el pasillo se oyó el chancleteo de unas zapatillas y una voz senil masculló desde lejos:

—¿Por qué berreas? ¿Por qué berreas? ¡Oooh! ¡Oooh! ¡Como un semental en celo! No eres un niño, ya eres perro viejo, y te comportas como un golfillo callejero. Bueno, ¿qué quieres?

Entró en la habitación una ancianita menuda, con ojos enrojecidos, estrechos como un ojal, y un rostro asombrosamente apergaminado, en el que sobresalía lúgubre y siniestra una nariz larga y puntiaguda. Era Aleksandra, antigua sirvienta de aquel nido de estudiantes, amiga y acreedora de todos, una mujer de unos sesenta y cinco años, respondona y refunfuñona.

Lijonin repitió la orden y le dio un billete de rublo. Pero la vieja no se iba, se quedó ahí parada, resoplaba, apretaba las mandíbulas y miraba con mala cara a la muchacha, sentada de espaldas a la luz.

—¿Qué pasa, Aleksandra, te has petrificado? –preguntó Lijonin riendo–. ¿O te has quedado embobada? Pues que sepas que es mi prima, mi prima hermana, Liubov… –Titubeó un segundo, pero al instante soltó–: Liubov Vasílievna, para mí simplemente Liúbochka. La conozco desde que era así –y marcó un cuarto de *arshín* desde la mesa–. Cuando le daban rabietas por algún capricho, le tiraba de las orejas y le daba azotes en el sitio donde crecen las piernas. Y le cazaba bichos… ¡Bueno, bueno… pero vete, vete ya, momia egipcia, reliquia de la Antigüedad! ¡Una pierna detrás de la otra!

Sin embargo, la vieja se demoraba, dando vueltas en el sitio, apenas se giraba lentamente hacia la puerta y no apartaba la mirada, aguda, sarcástica y de reojo, de Liubka, mientras murmuraba con la boca hundida:

—¡Prima! ¡Ya conozco yo a esas primas! Muchas pasean por la acera de la calle Kashtánova. ¡Vaya machos insaciables!

—¡Vete de una vez, Venus prehistórica! ¡Rápido y sin refunfuñar! –

le gritó Lijonin–. ¡O, como te hizo tu amigo el estudiante Triásov, te encierro en el retrete veinticuatro horas!

Aleksandra se fue y aún se la oyó rezongar y arrastrar sus pasos seniles largo rato por el pasillo. Su bondad gruñona y fastidiosa era capaz de perdonar muchas cosas a los jóvenes estudiantes a los que servía desde hacía unos cuarenta años. Perdonaba las borracheras, los escándalos, las deudas, que jugaran a las cartas o cantaran a voces, pero, ay, era virgen, y su alma casta no podía tolerar una cosa: el libertinaje.

XIII

—¡Estupendo…! Muy bien, magnífico –decía Lijonin, atareado alrededor de la mesa coja y recolocando sin necesidad la vajilla del té–. Hace tiempo que yo, viejo dinosaurio, no tomaba un té como Dios manda, en un ambiente familiar. Siéntese, Liuba, siéntese, querida, aquí, en el diván, haciendo de ama de casa. Vodka por las mañanas seguro que no toma, pero yo, con su permiso, sí lo haré… Esto sacude los nervios al instante. A mí, por favor, sírvame el té bien fuerte, con un trocito de limón. ¡Ah, qué puede haber más rico que una taza de té caliente servido por unas manos femeninas adorables!

Al principio, Liubka escuchaba, aquel tropel de palabras, demasiado ruidosas para parecer del todo naturales, con una sonrisa desconfiada y cautelosa, que poco a poco se fue suavizando e iluminando. Sin embargo, con el té no le iba especialmente bien. En su remota aldea natal, donde esta bebida aún era considerada casi una rareza, una golosina de lujo para familias acomodadas, solo se preparaba para huéspedes de honor o en grandes fiestas, y allí el rito de servir el té lo oficiaba el hombre mayor de la familia. Más tarde, cuando Liubka servía «para todo» en una pequeña ciudad de provincia, primero en casa de un pope y luego en la de un agente de seguros –quien la empujó por primera vez al camino de la prostitución–, las dueñas, la esposa del pope, flaca, biliosa y sarcástica, y la del agente, gorda, vieja, flácida, mala, grasienta,

celosa y avara, solían dejarle preparado un té aguado, recalentado, apenas tibio, con un terrón de azúcar mordisqueado. Por eso ahora el mero acto de preparar té le resultaba tan difícil como a todos nosotros en la infancia distinguir la mano izquierda de la derecha o hacer un lazo con una cuerda. El ajetreo de Lijonin solo la molestaba y la avergonzaba.

—Querida mía, la preparación del té es un arte, un gran arte. Hay que aprenderlo en Moscú. Primero se calienta ligeramente la tetera vacía. Luego se echa el té y se escalda rápidamente con agua hirviendo. El primer líquido, que arrastra el amargor, se desecha, hay que verterlo inmediatamente en la taza de enjuague: así el té queda más limpio y aromático; por cierto, se sabe que los chinos son paganos y preparan su hierba de forma muy sucia. Después se llena de nuevo la tetera hasta un cuarto de su volumen, se deja en la bandeja, se cubre con una servilleta y se mantiene así tres minutos y medio. Luego se llena casi hasta arriba con agua hirviendo, se cubre otra vez, se deja reposar un poquito… y así, querida mía, se obtiene una bebida divina, aromática, refrescante y fortificante.

El rostro agradable, aunque no bello, de Liubka, todo moteado de pecas como un huevo de cuco, se alargó un poco y palideció.

—Perdone, por Dios, no se enfade conmigo… Vasil Vasílich, así se llama, ¿verdad? No se enfade, mi querido Vasil Vasílich… Le aseguro que pronto aprenderé, soy hábil. ¿Y por qué me trata de usted todo el tiempo? Ya no somos extraños, ¿no?

Lo miró con cariño. Y sinceramente, esa mañana –aun sin hacerlo con placer, sino más bien por gratitud y lástima–, por primera vez en su corta pero dañada vida, había entregado su cuerpo a un hombre voluntariamente, no por dinero, no por coacción, ni bajo amenaza de ser echada o por temor a un escándalo. Su corazón femenino, inmarcesible, inclinado siempre al amor como el girasol a la luz, se sentía ahora puro y enternecido.

Pero Lijonin sintió de pronto una vergüenza punzante y cierta hostilidad hacia esa mujer hasta ayer desconocida y ahora convertida en su amante fortuita. «Aquí empiezan las delicias del hogar familiar», pensó involuntariamente, pero se levantó de la silla, se acercó a Liubka, la tomó de la mano, la atrajo hacia sí y le

acarició la cabeza.

—Querida mía, hermana mía adorada –dijo con voz conmovedora y falsa–, lo que ha pasado hoy no debe repetirse nunca más. La culpa es solo mía y, si quieres, estoy dispuesto a pedirte perdón de rodillas. Entiéndelo, entiende que esto ha sucedido al margen de mi voluntad, de forma espontánea, repentina, de golpe. ¡Yo mismo no esperaba que fuera así! ¿Comprendes? Hacía mucho… que no tenía tan cerca a una mujer… Despertó en mí la bestia, una bestia repugnante y desbocada… y… no me pude resistir. Pero ¡Dios mío!, ¿es tan grande mi culpa? Hombres santos, recluidos, eremitas, monjes, estilitas, anacoretas o mártires, muy superiores a mí en fuerza de espíritu, también caían en la lucha contra la tentación diabólica de la carne. Pero juro por lo que quieras que no se repetirá… ¿Verdad?

Liubka tiraba obstinadamente para liberar su mano de la de él. Sus labios se fruncieron un poco y los ojos entornados parpadeaban con frecuencia.

—Síií –dijo alargando la palabra, como un niño que se resiste a hacer las paces–, ya veo que no le gusto. Bueno, pues… dígamelo directamente, deme para pagar al cochero y algo más si quiere… El dinero de la noche ya está pagado, solo tengo que llegar… allí.

Lijonin se agarró del pelo, se puso a dar vueltas por la habitación y declamó:

—¡Ah, no es eso, no, no! ¡Entiéndeme, Liuba! Continuar lo de esta mañana sería… una guarrada, una bestialidad indigna de un hombre que se respeta a sí mismo. ¡El amor! ¡El amor! Esa fusión perfecta de dos mentes, pensamientos, almas e intereses, y no solo de cuerpos. El amor es un sentimiento enorme, inmenso, poderoso como el mundo, y no consiste en revolcarse en la cama. Ese amor no existe entre nosotros, Liúbochka. Si llega, será una felicidad maravillosa para ti y para mí. Pero por ahora soy tu amigo, tu fiel compañero en el camino de la vida. Y basta, y punto… Aunque no soy ajeno a las debilidades humanas, me considero un hombre honrado.

Liubka languideció. «Piensa que quiero que se case conmigo. Y no me hace falta para nada», pensaba con tristeza. «Se puede vivir así.

Otras viven de mantenidas. Y dicen que es mucho mejor que pasar por el altar. ¿Qué tiene de malo? Es tranquilo, sosegado, noble… Le remendaría los calcetines, fregaría los suelos, cocinaría… lo más simple. Claro, algún día le tocará casarse con una rica. Pero para entonces seguro que no me echará a la calle como mi madre me trajo al mundo. Aunque es un poco tonto y habla mucho, se ve que es buena persona. Algo me dejará. Y quizá de verdad se acostumbre, se encariñe. Soy una chica sencilla, modesta, incapaz de engañar. Dicen que eso pasa… Solo hay que disimular. Y en cuanto a que esta misma noche volverá a mi cama, eso es tan cierto como que Dios existe».

Lijonin, por su parte, también reflexionaba ensimismado y entristecido; ya sentía el peso de la hazaña imposible que se había echado encima. Por eso se alegró cuando llamaron a la puerta y, a su grito de «¡Pasad!», entraron dos estudiantes: Soloviov y Nizheradze, que había dormido en su cuarto.

Soloviov, alto y ya bastante corpulento, con el rostro ancho y sonrosado de los ribereños del Volga y una barbita rubia y rizada, era uno de esos buenos, alegres y sencillos muchachos que abundan en cualquier universidad. Dividía su tiempo de ocio –que comprendía las veinticuatro horas del día– entre la cervecería y los paseos por los bulevares, entre el billar, el *vint* –juego de cartas del que era un apasionado–, el teatro, la lectura de periódicos y novelas, y los espectáculos de lucha circense; los breves intervalos de tiempo que le quedaban los pasaba comiendo, durmiendo, en su cuarto remendando su vestuario con hilos, cartón, imperdibles y tinta, y en amores, breves y muy reales, con alguna mujer que conocía fortuitamente en la cocina, en la antesala o en la calle. Al igual que todos los jóvenes de su círculo, se consideraba revolucionario, aunque en realidad detestaba las discusiones políticas, las rencillas y las pullas entre camaradas, y, como no soportaba la lectura de folletos y revistas revolucionarias, era casi un completo ignorante en la materia. Por eso no había llegado a ser ni siquiera iniciado en el partido, aunque a veces le encomendaban, sin explicación alguna, encargos de cierto peligro. Y no en vano confiaban en su íntegra conciencia: todo lo cumplía con puntualidad, audacia y exactitud,

con una fe firme en la importancia mundial del asunto, con una sonrisa despreocupada y un enorme desdén ante la posible fatalidad. Ocultaba a camaradas ilegales, guardaba literatura y tipografías prohibidas, pasaba pasaportes y dinero. Provisto de una gran fuerza física, bondad y sencillez, que provenían de su fértil tierra natal, a menudo recibía de casa, de algún rincón de las provincias de Simbirsk o Ufá, sumas de dinero bastante grandes para un estudiante, pero en dos días las gastaba o las repartía por todas partes con la despreocupación de un noble francés del siglo XVII, mientras pasaba el invierno con una sola chaqueta y unas botas remendadas por él mismo.

Además de todas estas cualidades ingenuas, conmovedoras, ridículas, elevadas y negligentes, que, por otra parte, caracterizan a cualquier viejo estudiante ruso –y Dios sabe si para bien o para mal pasarán a los anales de la historia–, poseía otra habilidad asombrosa: sabía hacer dinero y apañar créditos, actividades que solía llevar a cabo en pequeños restaurantes y tabernas. Todos los empleados de las casas de empeño y cajas de préstamo, todos los usureros conocidos y clandestinos, y los trapicheros lo conocían muy bien.

Y, si por alguna razón no se podía recurrir a ellos, también ahí Soloviov sabía demostrar su ingenio. En ocasiones, se ponía a la cabeza de un grupito de amigos empobrecidos y agobiados por sus habituales responsabilidades laborales, y, de pronto, iluminado por una inspiración interior, hacía desde lejos, a través de la calle, una seña misteriosa a un tártaro que pasaba con su fardo al hombro y desaparecía con él unos segundos en el portal más cercano. Volvía rápido sin chaqueta, con la camisa por fuera ceñida con un cordón, o en invierno sin abrigo, con el traje a pelo, o, en vez de la gorra nueva recién comprada, con un diminuto gorrito de *jockey* que milagrosamente se sostenía en su coronilla.

Todos lo querían: sus camaradas, los sirvientes, las mujeres, los niños. Y todos lo trataban con familiaridad. Gozaba de especial cariño entre sus amigos tártaros, que parecían considerarlo un bendito. En verano, a veces le traían de regalo *kumis*[15] fuerte y embriagador en grandes garrafas de un cuarto de galón, y en sus

fiestas lo invitaban a comer asado de potro lechal. Por increíble que parezca, en momentos críticos Soloviov confiaba a los tártaros algunos libros y folletos, les decía con la mayor naturalidad e importancia: «Lo que te entrego es el Gran Libro. Habla de que Alá es grande y Mahoma es su profeta, de que hay mucho mal y pobreza en el mundo, y de que las personas deben ser misericordiosas y justas entre sí».

Tenía otras dos peculiaridades: leía muy bien en voz alta y jugaba al ajedrez de forma asombrosa, magistral, simplemente genial, venciendo con facilidad a jugadores de primera. Su ataque era siempre rápido y cruel, la defensa sabia y cautelosa, principalmente en dirección oblicua; cuando cedía una pieza al adversario estaba sutil y previsoramente calculado para asestar un golpe mortal. Jugaba con rapidez, sin pensar más de cuatro o cinco segundos en cada movimiento, como por instinto o inspiración, y con un decidido desprecio hacia las veneradas tradiciones.

Consideraban su estilo salvaje y a nadie le gustaba tenerlo como adversario. Sin embargo, a veces jugaban con él por grandes sumas que, como era de esperar, Soloviov siempre ganaba y después ofrecía gustoso en aras de las necesidades de sus camaradas. Pero rehusaba participar en concursos que podrían haberle dado el estatus de estrella en el mundo ajedrecístico: «No siento amor ni respeto por esta tontería», decía. «Me limito a sacar provecho de una capacidad mecánica de la mente, una especie de monstruosidad psíquica. Es algo como la destreza de los zurdos. Por eso no tengo orgullo profesional, ni alegría en la victoria, ni hiel en la derrota».

Tal era el veterano estudiante Soloviov. Y Nizheradze era su camarada más cercano, lo cual no impedía, sin embargo, que ambos discutieran, se insultaran y se burlaran uno del otro día y noche. Dios sabe cómo y de qué vivía el *Kniaz* georgiano. Se decía a sí mismo que tenía la capacidad del camello de alimentarse para varias semanas y luego pasar un mes sin comer. De casa, de su bendita Georgia, recibía muy poco, y la mayoría consistía en provisiones. En Navidad, Pascua o su santo (en agosto) le enviaban –siempre a través de algún paisano que iba de paso– cestas que eran un verdadero tesoro, cargadas de cordero, uvas, *churchjela*[16],

salchichas, nísperos secos, *rahat-lokum*[17], berenjenas y sabrosos panes planos, y pellejos con excelente vino casero, fuerte y aromático, pero que olía un poco a oveja. Entonces el *Kniaz* convocaba en casa de algún camarada (no tenía piso propio) a todos los amigos cercanos y paisanos, y organizaba un opulento festín –un *«toy»,* como se llama en el Cáucaso– en el que acababan con todos los manjares de la fértil Georgia; cantaban canciones de su tierra y, por supuesto, siempre empezaban con: *«Mravalzhamieri»* y *«Todo huésped nos es enviado por Dios, sea cual sea su tierra»;* bailaban sin descanso la *lezginka*[18], blandiendo salvajemente cuchillos de mesa en el aire, y la mayoría de las veces el propio Nizheradze hacía de *tulumbash* (¿o se llama *tamadá*[19]?) y proponía los brindis con discursos improvisados.

Era un gran maestro del habla y, cuando se entusiasmaba, podía pronunciar unas trescientas palabras por minuto. Su estilo se distinguía por el fervor, la pompa y la fantasía, y su discurso no solo no se veía afectado, sino que incluso de alguna manera extraña era adornado por su peculiar acento caucásico inundado de las características *«tss»* y sonidos guturales parecidos, ora al gargajeo de una becada, ora al graznido de un águila. Y fuera de lo que fuera que hablara, siempre acababa su monólogo refiriéndose al país más hermoso, fértil, avanzado, caballeresco y al mismo tiempo más ofendido: Georgia. E invariablemente citaba versos de *La piel del irbis* del poeta georgiano Rustaveli, asegurando que ese poema era mil veces superior a todo Shakespeare multiplicado por Homero.

Era irascible, pero en absoluto rencoroso, y en el trato era cariñoso, atento, de una ternura casi femenina, pero sin perder su orgullo natural… Una cosa en él no gustaba a los camaradas: su exótico y exagerado amor por las mujeres. Estaba convencido sin remedio, hasta lo más sagrado o hasta la estupidez, de que era irresistiblemente hermoso, de que todos los hombres lo envidiaban, todas las mujeres estaban enamoradas de él y los maridos, celosos… Esa jactancia sobre el bello sexo era insistente, no lo abandonaba ni un minuto, ni siquiera en sueños. Mientras caminaba por la calle, iba dando codazos constantemente a Lijonin, Soloviov u otro compañero, y les decía con su acento, chasqueando la lengua y

asintiendo con la cabeza hacia una mujer que pasaba: «Tse, tse, tse… ¡vaaayaa! ¡Qué *hermosuro* de mujer! ¿Has visto cómo me ha mirado? Si yo quisiera…».

Todos conocían y se burlaban con humor y sin miramientos de ese ridículo defecto suyo, pero se lo perdonaban gustosos por dos de sus grandes cualidades, que demostraba de forma tan natural: su ardor desinteresado por servir a los camaradas y la lealtad a la palabra dada a un hombre (los juramentos a mujeres no contaban). Aunque, de hecho, hay que reconocer que tenía gran éxito con las mujeres. Costureras, modistas, coristas, pasteleras y telefonistas se derretían ante la mirada fija, dulce, lánguida e intensa de sus ojos de un negro azulado.

—¡A esta casa y a todos los que en ella habitan justa, pacífica e inmaculadamente…! –empezó a entonar Soloviov como un protodiácono; de pronto se detuvo unos instantes y murmuró asombrado intentando continuar con el tono bromista–. ¡Santo Dios! Pero si es… es… ¡ah, diablos…! Es Sonia, no, me equivoco, Nadia… ¡Sí! Liuba, de Anna Márkovna…

Liubka se sonrojó tanto que hasta se le saltaron las lágrimas, y se cubrió el rostro con las manos. Lijonin lo notó, sintió la desolación de la chica y acudió en su ayuda. Detuvo a Soloviov con severidad, casi con rudeza.

—Exactamente, Soloviov. Así lo dice el registro civil. Liuba de Yamka. Antes prostituta. Es más, hasta ayer mismo prostituta. Hoy, mi amiga, mi hermana. Que así la mire todo el que me respete, aunque sea un poco. Si no…

El corpulento Soloviov se lanzó a abrazar a Lijonin fuertemente y con sinceridad, y lo zarandeó.

—Vale, querido, vale… en el calor del momento he dicho una tontería. No se repetirá. Hola, hermana pálida. –Extendió ampliamente la mano por encima de la mesa hacia Liubka y apretó sus dedos flojos, pequeños y cortos con las uñas diminutas y mordidas–. Magnífico que hayas venido a nuestro humilde *wigwam*[20]. Nos dará algo de aire fresco e introducirá en nuestro ambiente costumbres tranquilas y decentes. ¡Aleksandra! ¡Cerveeezaaa! –gritó fuerte–. Nos hemos convertido en salvajes,

groseros, nos hemos sumido en la blasfemia, la embriaguez, la pereza y otros vicios. Y todo porque carecíamos de la influencia benéfica y pacificadora de la compañía femenina. De nuevo estrecho su mano, dulce y pequeña mano. ¡Cervezaaa!

—Voy –se oyó detrás de la puerta la voz descontenta de Aleksandra–. Voy, no grites. ¿Para cuántos?

Soloviov salió al pasillo para dar explicaciones. Lijonin sonrió agradecido y el georgiano le dio una palmada afectuosa entre los omóplatos. Ambos entendieron y valoraron la delicadeza tardía y tosca de Soloviov.

—Ahora –dijo Soloviov al volver a la habitación y sentarse con cuidado en una vieja silla–, ahora pasemos al orden del día. ¿En qué puedo serles útil? Si me dan media hora, corro un momento a la cafetería y desplumo al mejor ajedrecista que haya allí. En una palabra, pueden disponer de mí.

—¡Qué gracioso es usted! –dijo Liubka, cohibida y riendo. No entendía el estilo jocoso e inusual del estudiante, pero algo en él atraía a su sencillo corazón–.

—No es necesario, en absoluto –intervino Lijonin–. Por ahora soy asquerosamente rico. De hecho, creo que podemos ir todos juntos a alguna taberna, voy a necesitar que me aconsejéis sobre un asunto. Al fin y al cabo, sois mis mejores amigos y, además, no sois tan tontos e inexpertos como parecéis a simple vista. Luego quiero intentar arreglar lo de su… el pasaporte de Liuba. Y vosotros podéis esperarme aquí, no tardaré… En fin, ya entendéis de qué va todo esto, creo que no gastaréis bromas innecesarias. Yo… –su voz se quebró con un tono sentimental y falso– quiero que compartáis conmigo parte de mi carga. ¿Hecho?

—¡Va! ¡Va, seguro! –exclamó el *Kniaz* (pero con su acento le salió: «tarugo») y por alguna razón miró significativamente a Liubka y se retorció el bigote. Lijonin lo miró de reojo. Y Soloviov dijo con la mayor sencillez–:

—Hecho. Has emprendido algo grande y hermoso, Lijonin. El *Kniaz* me lo contó anoche. Bueno, ¿para qué está la juventud si no es para hacer santas locuras? Dame la botella, Aleksandra, la abro yo, no vaya a ser que te hernies y te reviente una vena. ¡Por una nueva

vida, Liúbochka, perdón… Liubov… Liubov…!

—Liubov Nikónovna. Llámeme… Liuba.

—Está bien, Liuba. *Kniaz, ¡alaverdí*[21]*!*

—*¡Yakshi-ol!* ¡A tu salud! –respondió Nizheradze y brindó con él–.

—Y además diré que me alegro mucho por ti, amigo Lijonin –continuó Soloviov, dejando el vaso y lamiéndose el bigote–. Me alegro y me inclino ante ti. Solo tú eres capaz de un verdadero acto de heroísmo ruso, y de hacerlo de una forma natural, modesta y sin palabras superfluas.

—Déjalo… ¿Qué heroísmo? –frunció el ceño Lijonin–.

—Es verdad –confirmó Nizheradze–. Mira, siempre me reprochas que hablo de más, y ahora eres tú el que dice tonterías.

—¡Da igual! –replicó Soloviov–. Puede que suene rebuscado, pero da igual. Como veterano de nuestra comuna del ático, declaro a Liuba miembro honorario y de pleno derecho de esta comunidad.

Se levantó, extendió ampliamente los brazos y pronunció patéticamente:

> ¡Y a nuestra casa entra valiente y libre,
> dueña querida de ella!

Lijonin recordó vívidamente haber pronunciado una frase semejante de la misma forma teatral al amanecer, y hasta cerró los ojos de vergüenza.

—Basta de payasadas. Vamos, señores. Vístete, Liuba.

XIV

Hasta el restaurante Los Gorriones no había mucho trecho, unos doscientos pasos. Por el camino, Liubka tomó a Lijonin del brazo y, sin hacerse notar, lo atrajo hacia sí de modo que quedaron unos pasos atrás de Soloviov y Nizheradze, que iban delante.

—¿Entonces va usted en serio, Vasil Vasílich, querido mío? –le preguntó, mirándolo desde abajo con sus ojos oscuros y tiernos–. ¿No se burla de mí?

—¿Burlarme, Liúbochka? Sería el hombre más despreciable si jugara contigo de esa manera. Te repito que para ti soy más que un amigo: soy tu hermano, tu camarada. Y no hablemos más de ello. En cuanto a lo de esta mañana, puedes estar tranquila, no volverá a ocurrir. Hoy mismo te alquilaré una habitación aparte.

Liubka suspiró. No era que le ofendiera la decisión casta de Lijonin –en la que, a decir verdad, creía poco–, sino que su mente estrecha y sombría no era capaz de concebir, ni aun teóricamente, otra relación entre un hombre y una mujer que no fuese la sensual. Además, pesaba un sentimiento de rivalidad jactanciosa, viejo y profundamente arraigado, adquirido en casa de Anna Márkovna, que ahora se manifestaba en un mudo pero sincero y feroz despecho de hembra preferida y rechazada. Y, por alguna razón, tampoco creía demasiado a Lijonin, percibía instintivamente lo fingido y poco sincero de sus palabras. A Soloviov, en cambio –aunque hablase de forma incomprensible, como la mayoría de los estudiantes que ella conocía cuando bromeaban entre ellos o con las chicas del salón (porque en privado, una vez en la habitación, todos los hombres, sin excepción, decían y hacían lo mismo)–, a Soloviov lo creería antes y más fácilmente. Una cierta sencillez emanaba de sus ojos grises, muy separados, alegres y chispeantes.

En Los Gorriones, Lijonin era respetado por su formalidad, su buen carácter y su rectitud con el dinero. Por eso le asignaron enseguida un pequeño reservado, un honor del que podían presumir muy pocos estudiantes. En esa sala, el gas ardía todo el día, pues la luz entraba únicamente por la estrecha franja inferior de una ventana a ras del techo, desde la cual solo podían verse las botas, los zapatos, los paraguas y los bastones de quienes pasaban por la acera.

Al grupo hubo que sumar otro estudiante más, Simanovski, con quien se toparon junto al guardarropa. «¿Esto es adrede? Parece que quiere exhibirme», pensó Liubka, «como si se estuviera jactando delante de ellos». Y, aprovechando un momento libre, le susurró a Lijonin, que se inclinaba hacia ella:

—Cariñito, ¿para qué tanta gente? Yo soy muy tímida… no sé llevar una conversación.

—No pasa nada, no pasa nada, mi querida Liúbochka –le susurró

apresuradamente Lijonin, deteniéndose en la puerta del reservado–. No pasa nada, hermana mía; todos son gente de confianza, buenos camaradas. Te ayudarán, nos ayudarán a los dos. No hagas caso si a veces bromean y dicen tonterías. Tienen un corazón de oro.

—Pero me siento tan incómoda, me da vergüenza. Todos saben ya de dónde me sacaste.

—¡Y no importa, no importa! Que lo sepan –replicó Lijonin con vehemencia–. ¿Por qué avergonzarse del propio pasado, por qué ocultarlo? Dentro de un año mirarás a cualquiera a los ojos, con valentía, y dirás: «Quien no ha caído, no se ha levantado». Vamos, vamos, Liúbochka.

Mientras les traían unos modestos entremeses y pedían la comida, todos, excepto Simanovski, se sentían incómodos y claramente tensos. En parte, el motivo de ello era el propio Simanovski: un joven con quevedos, afeitado, de pelo largo, con la cabeza echada orgullosamente hacia atrás y unos labios finos, cuyas comisuras caían hacia abajo en una expresión despectiva. No tenía amigos íntimos entre sus camaradas, pero sus opiniones y juicios gozaban de una autoridad considerable. Difícilmente alguien habría sabido explicarse de dónde provenía esa influencia suya: si de su apariencia segura de sí, de su habilidad para captar y expresar en términos generales los pensamientos que otros solo alcanzan a enunciar de manera fragmentada y confusa, o de que siempre se reservaba sus conclusiones para el momento más oportuno.

En casi todos los círculos sociales hay individuos de este tipo: unos influyen en su entorno mediante sofismas; otros, con la firmeza pétrea e inamovible de sus convicciones; otros, con la potencia de su voz; otros, por medio de burlas maliciosas; algunos, simplemente con el silencio, que hace suponer en ellos una profundidad de pensamiento; otros, con una ruidosa pero vacua erudición verbal; algunos, con un sarcasmo cortante contra todo lo que se dice… muchos, con el uso constante de la terrible palabra rusa *«ierundá»*[22].

«¡Ierundá!», dicen con desprecio ante un pensamiento apasionado, sincero, quizá cierto, pero torpemente expresado. «¿Y por qué tonterías?» «Porque es una estupidez, un disparate»,

responden ellos encogiéndose de hombros, y aplastan a la persona como si le descargaran una piedra sobre la cabeza. Muchos de estos, además, son capaces de dominar a los más tímidos, apocados, a los noblemente mesurados y, a menudo, incluso a grandes inteligencias; y Simanovski pertenecía a ese grupo.

Sin embargo, hacia la mitad del almuerzo se soltaron las lenguas de todos, salvo la de Liubka, que guardaba silencio, respondía con monosílabos –«Sí», «No»– y apenas tocaba la comida. Los que más hablaban eran Lijonin, Soloviov y Nizheradze. El primero lo hacía con determinación y seriedad, procurando ocultar bajo palabras solícitas su verdadero y punzante malestar interior. Soloviov hablaba con entusiasmo juvenil, gesticulando ampliamente y golpeando la mesa con el puño. Nizheradze, con leves dudas y medias palabras, como si supiera lo que debía decir pero lo ocultara. Cada uno expresaba su opinión acerca del extraño destino de la muchacha, que parecía haber despertado el interés de todos, y, por alguna razón, lo hacían dirigiéndose invariablemente a Simanovski, mientras este, por su parte, permanecía más bien callado y miraba a cada uno por debajo de sus quevedos, alzando para ello la cabeza.

—Bien, bien, bien –dijo al fin, tamborileando con los dedos sobre la mesa–. Lo que ha hecho Lijonin es hermoso y valiente. Y que el *Kniaz* y Soloviov lo apoyen, eso también está muy bien. Por mi parte, estoy dispuesto a ayudar en lo que pueda a vuestras iniciativas. Pero ¿no sería mejor que condujéramos a nuestra conocida por el camino, digamos, natural de sus inclinaciones y capacidades? Dígame, querida mía –se dirigió a Liubka–, ¿qué sabe usted hacer? ¿Algún trabajo, por ejemplo? Coser, tejer, bordar…

—No sé nada –murmuró Liubka, bajando la cabeza, toda colorada y apretándose los dedos bajo la mesa–. No entiendo nada de lo que está pasando aquí.

—Claro, por supuesto –intervino Lijonin–, hemos empezado mal. Hablando de ella en su presencia no hacemos sino ponerla en un aprieto. Mirad: del desconcierto ni siquiera puede articular palabra. Vamos, Liuba, te acompaño un momentito a casa y volveré en diez minutos. Mientras tanto, aquí, sin ti, pensaremos qué y cómo hacer. ¿De acuerdo?

—Por mí… no importa –respondió Liubka casi inaudible–. Haré lo que a usted le parezca, Vasil Vasílich. Solo que preferiría no ir a casa.

—¿Por qué?

—Sola allí me siento incómoda. Mejor lo espero a usted a la entrada del bulevar, en un banco.

—¡Ah, claro! –cayó en la cuenta Lijonin–. Esa Aleksandra la ha llenado de miedo. ¡Ya le daré yo su merecido a esa vieja lagarta! Vamos, Liúbochka.

Ella, tímida y torpemente, tendió a cada uno la mano y salió acompañada de Lijonin.

A los pocos minutos, él regresó y volvió a sentarse en su sitio. Sentía que en su ausencia se había hablado de él, y miró con inquietud a sus camaradas. Luego, apoyando las manos sobre la mesa, empezó:

—Señores, los considero a todos ustedes amigos buenos y cercanos –dirigió una mirada breve y de soslayo a Simanovski–, personas comprensivas y generosas. Les pido de todo corazón que me ayuden. He actuado precipitadamente, lo confieso, pero lo he hecho movido por un impulso sincero y limpio del corazón.

—Y eso es lo principal –interrumpió Soloviov–.

—Me da absolutamente igual lo que vayan a decir de mí conocidos o desconocidos, pero no pienso renunciar a mi propósito de salvar, perdonen esta estúpida palabra que se me ha escapado, a mi propósito de animar y apoyar a esta muchacha. Desde luego, puedo alquilarle una habitación barata y encargarme de su manutención durante algún tiempo, pero qué hacer después, eso es lo que veo más difícil. El problema, claro está, no es el dinero, que siempre podría encontrar para ella, pero mantenerla así y, al mismo tiempo, darle la posibilidad de no hacer nada equivale a condenarla a la pereza, a la indiferencia, a la apatía, y ya se sabe cómo suele acabar eso. Es preciso, pues, pensar en encontrarle alguna ocupación. Eso es en lo que debemos ahondar. Estrújense el cerebro, señores, aconséjenme algo.

—Lo primero que hay que saber es de qué es capaz –dijo Simanovski–. Al fin y al cabo, algo haría antes de entrar en la casa.

Lijonin extendió los brazos con aire desesperanzado.

—Casi nada. Un poco de costura, como cualquier muchacha campesina. No tenía ni quince años cuando la desvió del camino algún funcionario. Barrer la habitación, lavar la ropa, quizá cocinar una sopa de coles o unas gachas… Parece que nada más.

—Poca cosa –dijo Simanovski, chasqueando la lengua–.

—Y además es analfabeta.

—¡Eso no importa! –intervino Soloviov con vehemencia–. Si tuviéramos que tratar con una muchacha instruida o, peor aún, medio instruida, no obtendríamos nada de todo lo que estamos planeando, sería una tontería; pero aquí tenemos ante nosotros un terreno virgen, una tierra intacta.

—¡Ja-ja-ja! –soltó Nizheradze con una ambigüedad grosera–.

Soloviov, ya no en broma sino con auténtica ira, se lanzó contra él:

—¡Oye, *Kniaz*! No se necesita mucha inteligencia ni dignidad para ridiculizar y ensuciar un pensamiento santo o una buena acción. Si te vas a comportar como un burro con lo que nos proponemos hacer, ahí tienes a Dios y ahí la puerta. ¡Vete!

—Pero si tú mismo hace un momento, en la habitación… –objetó el *Kniaz,* confuso–.

—Sí, yo… –soltó Soloviov calmándose de inmediato–, yo solté una estupidez y me arrepiento de ello. Pero ahora reconozco de corazón que Lijonin es un tipo estupendo y una persona excelente, y estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano. Y repito que la alfabetización es cosa secundaria. Se aprende jugando. Con una mente tan virgen, aprender a leer, escribir y contar, sobre todo sin la obligación de ir a una escuela, por gusto, es pan comido. En cuanto a lo de encontrar algún oficio del que pueda vivir y alimentarse, hay cientos de ellos que se aprenden fácilmente en dos semanas.

—¿Por ejemplo? –preguntó el *Kniaz*–.

—Pues, por ejemplo… por ejemplo… bueno, hacer flores artificiales. O mejor aún, entrar en una tienda como florista. Es un trabajo bonito, limpio y agradable.

—Se necesita tener gusto para eso –dejó caer Simanovski con desdén–.

—No existen gustos innatos, como tampoco capacidades innatas.

De ser así, el talento surgiría solo en el seno de la sociedad refinada y altamente instruida; los pintores nacerían solo de pintores y los cantantes, de cantantes, y eso no es así. En fin, no voy a discutir. Si no florista, pues entonces que sea otra cosa. Yo, por ejemplo, vi hace poco en la calle, en el escaparate de una tienda, a una señorita sentada ante una especie de máquina de pedal.

—¡Vaya! ¡Otra vez la maquinita! –dijo el *Kniaz,* sonriendo y mirando a Lijonin–.

—Para ya, Nizheradze –respondió Lijonin en voz baja, pero con severidad–. Te estás pasando.

—¡Imbécil! –le soltó Soloviov, y prosiguió–. Pues bien, la máquina se mueve hacia delante y hacia atrás, y sobre ella, en un bastidor cuadrado, está tensada una tela fina. No sé, la verdad, cómo funciona aquello, no logré entenderlo, pero la señorita pasó por la superficie una especie de instrumento metálico y le salió un dibujo maravilloso con sedas de colores. Ni lo imagináis, era un lago cubierto de nenúfares, con sus corolas blancas y estambres amarillos, grandes hojas verdes alrededor; sobre el agua, dos cisnes blancos nadando el uno hacia el otro y, al fondo, un parque oscuro con una avenida. Todo tan fino y preciso como una acuarela. Me despertó tanta curiosidad que entré a preguntar el precio. Resulta que cuesta solo un poco más que una máquina de coser corriente y se vende a plazos. Cualquiera que sepa coser un poco en una máquina sencilla puede aprender este arte en una hora. Hay infinidad de modelos preciosos. Y lo principal es que este trabajo es muy apreciado para decorar biombos, álbumes, pantallas de lámparas, cortinas y toda clase de bagatelas, y lo pagan muy bien.

—Sí, eso también podría ser –asintió Lijonin, alisándose pensativo la barba–. Pero, a decir verdad, yo había pensado otra cosa. Quería abrir para ella… abrir una pequeña cantina o casa de comidas; al principio, claro está, lo más diminuta posible, pero donde todo se preparase muy barato, limpio y sabroso. A muchos estudiantes les da absolutamente igual dónde comer y qué comer. En el comedor universitario casi nunca hay sitio. Así que, quién sabe, quizá logremos arrastrar allí a todos nuestros conocidos y amigos.

—Eso es cierto –asintió el *Kniaz*–, pero poco práctico:

empezaremos a comer fiado. ¡Y tú sabes qué pagadores tan puntuales somos! En un negocio así hace falta una persona práctica, un zorro viejo; y, si es una mujer, que saque las garras, y, aun así, debe respaldarla forzosamente un hombre. Porque, vamos a ver, no será Lijonin quien se quede vigilando la caja y mirando cómo alguno come, bebe y se escabulle.

Lijonin lo miró de frente, con insolencia casi desafiante, pero se limitó a apretar los dientes y guardar silencio.

Con su tono mesurado e incuestionable, jugueteando con los cristales de los quevedos, tomó la palabra Simanovski:

—Su intención es excelente, señores, no hay duda. Pero, puede que no hayan reparado en un aspecto importante que, por así decirlo, queda más a la sombra. Abrir una cantina o montar un taller, todo eso exige, al principio, dinero, ayuda, lo que podríamos llamar respaldo ajeno. El dinero no es problema, es verdad; en eso estoy de acuerdo con Lijonin. Pero semejante comienzo en la vida laboral, en el que cada paso está asegurado de antemano, ¿no conduce acaso a una inevitable laxitud, a la negligencia y, en última instancia, a una indiferencia desdeñosa hacia el trabajo? Incluso un niño no aprende a andar hasta que no se ha caído unas cincuenta veces. No. Si de verdad quieren ayudar a esta pobre muchacha, denle la posibilidad de valerse por sí misma desde el primer momento, como una persona trabajadora y no como una zángana. Es cierto que requerirá trabajo duro, sacrificio, y tropezará; pero si logra sobreponerse a todo eso, también se sobrepondrá a lo demás.

—¿Y qué propone usted? ¿Que se meta a fregar platos? –preguntó Soloviov con desconfianza–.

—Pues sí –replicó Simanovski con calma–: a fregar platos, a lavar ropa, a servir en la cocina. Todo trabajo ennoblece al ser humano.

Lijonin meneó la cabeza.

—Sabias palabras salen de su boca, Simanovski. Cocinera, fregona, criada, ama de llaves… Pero…, en primer lugar, dudo mucho de que ella sea capaz de eso; y, en segundo lugar, ya ha servido en otras casas y ha probado las delicias de los gritos de los señores delante de todos y los pellizcos de estos mismos a escondidas, tras las puertas, en los pasillos. Dígame, ¿es que no

sabe usted que el noventa por ciento de la prostitución se recluta entre el servicio doméstico femenino? Eso significa que, a la primera injusticia, al primer tropiezo, la pobre Liuba volverá más fácil y gustosamente al mismo sitio de donde yo la saqué; y podría ser incluso peor, puede que después de soportar el trato vejatorio de los señores el burdel ya no le resulte tan terrible y hasta lo prefiera. Además, ¿merece la pena? Quiero decir, ¿merece la pena para todos nosotros tanto esfuerzo, tanta preocupación, tanto afán, para liberar a una persona de una esclavitud y arrojarla a otra?

—Es verdad –confirmó Soloviov–.

—Como quieran –murmuró Simanovski con aire desdeñoso–.

—Por mi parte –observó el *Kniaz*–, como amigo tuyo y como hombre curioso, estoy dispuesto a presenciar este experimento y a participar en él. Pero ya te he advertido esta mañana, Lijonin, que tales experimentos se han hecho antes y siempre han acabado en un fracaso vergonzoso, al menos los que conocemos de primera mano; y los que solo conocemos de oídas son dudosos en cuanto a su veracidad. Pero tú has empezado, y adelante. Nosotros te ayudaremos.

Lijonin golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡No! –exclamó con obstinación–. Simanovski tiene en parte razón diciendo que es muy peligroso llevar a una persona de la mano como a un inválido. Pero no veo otra solución. Al principio la ayudaré alquilándole una habitación y con la comida… le buscaré un trabajo sencillo y le compraré lo necesario. ¡Que pase lo que tenga que pasar! Y haremos todo lo posible por educar, aunque sea un poco, su inteligencia; porque su corazón y su alma son hermosos, de eso estoy seguro. No tengo motivos racionales para creerlo, pero estoy seguro, casi lo sé. Y tú, ¡Nizheradze! ¡No hagas el payaso! –gritó bruscamente, palideciendo–. Me he contenido muchas veces ante tus salidas estúpidas. Hasta ahora te consideraba un hombre con conciencia y con sentimiento. Una sola burla más fuera de lugar y cambiaré de opinión sobre ti; y que sepas que será para siempre.

—Pero si yo no he hecho nada… Yo, de verdad… ¿por qué te enojas, alma *mío*? No te gusta que sea un hombre alegre, pues me callo. ¡Venga esa mano, Lijonin! ¡Bebamos!

—Bueno, vale, ya déjame en paz. ¡Salud! Pero no te comportes como un borreguito osetio. Bien, continúo, señores. Si no encontramos nada que coincida con la razonable opinión de Simanovski sobre la dignidad del trabajo independiente y sin apoyo, entonces me quedo, pese a todo, con mi sistema: enseñar a Liuba todo lo que se pueda, llevarla al teatro, a exposiciones, a conferencias populares, a museos, leerle en voz alta, darle la posibilidad de escuchar música, claro está, una música que pueda comprender. Yo solo, naturalmente, no podré con todo eso. Espero vuestra ayuda, y luego… que Dios disponga.

—¿Por qué no? –exclamó Simanovski–. Es algo nuevo, poco trillado, y quién sabe lo que puede salir. Tal vez, Lijonin, acabe usted convirtiéndose en el verdadero padre espiritual de una buena persona. Yo también ofrezco mis servicios.

—¡Y yo! ¡Y yo! –secundaron los otros dos, y allí mismo, sin levantarse de la mesa, los cuatro estudiantes elaboraron un programa amplísimo y extraordinariamente pintoresco para la educación e ilustración de Liubka–.

Soloviov se encargaría de enseñarle gramática y escritura. Para no cansarla con lecciones tediosas y como recompensa por sus progresos, le leería en voz alta narrativa accesible, rusa y extranjera. Lijonin se reservó la enseñanza de la aritmética, la geografía y la historia.

El *Kniaz* dijo con sencillez, sin su habitual tono burlón esta vez:

—Yo, hijos míos, no sé nada, y lo poco que sé lo sé muy mal. Pero le leeré la obra admirable del gran poeta georgiano Rustaveli y se la traduciré verso por verso. Confieso que no valgo como pedagogo: intenté trabajar de profesor y me echaron cortésmente después de la segunda lección. Sin embargo, nadie mejor que yo podrá enseñarle a tocar la guitarra, la mandolina y la zurna[23].

Nizheradze hablaba con tal seriedad que Lijonin y Soloviov se echaron a reír a carcajadas; pero, de manera totalmente inesperada y para asombro de todos, Simanovski tomó partido en favor del georgiano.

—El *Kniaz* dice algo sensato. El dominio de un instrumento eleva en cualquier caso el gusto estético y, además, en ocasiones puede

resultar muy útil en la vida. Por mi parte, señores… propongo leer con la joven *El capital* de Marx y la historia de la cultura humana. Y, además, estudiar con ella física y química.

De no haber sido por la autoridad habitual de Simanovski y por la gravedad con que hablaba, los tres se habrían reído en su cara. Se limitaron a mirarlo con los ojos desorbitados.

—Sí –prosiguió imperturbable Simanovski–, le mostraré toda una serie de experimentos químicos y físicos que pueden realizarse en casa, que son interesantes y útiles para la mente y que destruyen los prejuicios. De paso, le explicaré algo sobre la estructura del mundo y las propiedades de la materia. En cuanto a Karl Marx, recuerden que los grandes libros son igualmente accesibles a la comprensión tanto del sabio como del campesino analfabeto, siempre que estén explicados con claridad. Toda gran idea es sencilla.

Lijonin encontró a Liubka en el lugar convenido, en un banco de la entrada del bulevar. A ella le costó mucho acompañarlo a casa. Tal como como había supuesto Lijonin, a aquella muchacha, que hacía tiempo vivía al margen de la realidad cotidiana, dura y colmada de pequeñas miserias, le aterraba el simple hecho de encontrarse con la gruñona Aleksandra; y además le abrumaba que Lijonin no quisiera ocultar su pasado. Pero en casa de Anna Márkovna había perdido su voluntad y desde hacía tiempo era una muchacha despersonalizada, dispuesta a seguir la llamada de cualquiera sin cuestionarla. De modo que lo siguió sin mediar palabra.

La ladina Aleksandra había tenido tiempo de ir al administrador del edificio a dar las quejas sobre Lijonin: que había llegado con una muchacha, que había pasado la noche con ella en la habitación, que Lijonin decía que era su prima, pero que Aleksandra no sabía quién era esa muchacha, que no le había mostrado el pasaporte. Lijonin tuvo que explicarse largo y tendido, dando toda clase de agotadores detalles al administrador, un hombre grosero y descarado, que trataba a todos los inquilinos como a habitantes de una ciudad conquistada y solo se amilanaba con unos pocos que a veces le plantaban cara. Finalmente, solo logró aplacarlo alquilando en el

acto para Liubka otra habitación, a unas cuantas puertas de la suya, justo bajo la pendiente del tejado. El cuarto por dentro parecía una pequeña pirámide truncada de cuatro lados, con una sola ventanita.

—De cualquier manera, mañana sin falta deberá usted presentar el pasaporte, señor Lijonin –dijo el administrador con insistencia al despedirse–. De momento, hago la vista gorda con usted porque es una persona respetable y trabajadora, y nos conocemos desde hace tiempo, y además paga puntualmente. Pero ya sabe que los tiempos ahora están difíciles, si alguien denuncia podrían no solo multarme, sino hasta expulsarme de la ciudad. Las medidas ahora son muy estrictas.

Por la noche, Lijonin y Liubka pasearon por el Jardín del Príncipe, escucharon la música que tocaban en la Sociedad Nobiliaria y regresaron temprano a casa. Él acompañó a Liubka hasta la puerta de su habitación y se despidió enseguida; eso sí, la besó con ternura, de manera casi paternal, en la frente. Pero diez minutos después, cuando ya estaba en la cama, desvestido, leyendo derecho constitucional, de pronto Liubka, como una gata, arañando la puerta, entró en su cuarto.

—Cariñito, amor mío… Perdóneme por molestarlo. ¿No tendrá usted una aguja y un poco de hilo? Y no se enfade conmigo, me marcho enseguida.

—¡Liuba! Te pido que te vayas, no enseguida, ahora, en este mismo instante. ¡Te lo exijo!

—Palomita mía, amorcito –entonó Liubka con un tono a la vez cómico y lastimero–, ¿por qué me grita usted siempre? –Y, soplando de pronto la vela, en la oscuridad se abrazó fuerte contra él, riendo y llorando a un tiempo–.

—No, Liuba, así no puede ser. Esto no puede continuar así –decía Lijonin diez minutos después, de pie en la puerta, envuelto en la manta como un hidalgo español en su capa–. Mañana mismo te alquilaré una habitación en otra casa. Y, en general, ¡que esto no vuelva a suceder! Ve con Dios, buenas noches. Pero aun así debes darme tu palabra de honor de que en lo sucesivo nuestras relaciones serán solo amistosas.

—Te la doy, cariñito, te la doy, te la doy, la doy –balbuceó ella,

sonriendo, y lo besó instintivamente, primero en los labios y luego en la mano–.

Este último gesto fue completamente inconsciente y quizá inesperado incluso para la propia Liubka. Nunca en su vida había besado la mano de un hombre, salvo la del pope. Tal vez quiso con ello expresar su gratitud y veneración hacia Lijonin, como lo haría ante un ser superior.

XV

Es algo ya reconocido por muchos que entre los intelectuales rusos hay un número considerable de personas extraordinarias, verdaderos hijos de la patria y la cultura rusas, capaces de mirar heroicamente a la muerte a la cara sin pestañear, capaces por una idea de soportar pacientemente privaciones y sufrimientos inimaginables, equivalentes a una tortura; pero esas mismas personas se encogen ante la altivez de un portero, se erizan ante el grito de una lavandera y entran en una comisaría de Policía con timidez y una angustia penosa. Precisamente uno de esos era Lijonin. A la mañana siguiente (la víspera no había podido hacerlo porque era día feriado y por lo avanzado de la hora), se despertó muy temprano, con la idea de que tenía que ir a hacer gestiones por el pasaporte de Liubka, y se sintió tan mal como en los viejos tiempos, cuando aún era estudiante del liceo y tenía que ir a un examen sabiendo que seguramente lo suspendería. Le dolía la cabeza, y las piernas y los brazos le parecían de algún modo extraños, innecesarios; además, desde la mañana caía una lluvia menuda y como sucia. «Siempre igual, cada vez que hay algo desagradable, llueve», pensaba Lijonin mientras se vestía despacio.

Desde su casa hasta la calle Yámskaya había un pequeño trecho, no más de una versta de distancia. En general, él solía frecuentar aquella zona, pero nunca le había tocado ir allí de día, y por el camino le parecía que cada transeúnte, cada cochero y cada guardia urbano lo miraban con curiosidad, con reproche o con desprecio, como si adivinaran a dónde se dirigía. Como sucede siempre en una

mañana lluviosa y desapacible, todos los rostros que se cruzaban ante sus ojos le parecían pálidos, feos y con defectos grotescamente acentuados. Por el camino se imaginaba decenas de veces todo lo que diría, primero, en el local de Anna Márkovna y, luego, en la Policía, y cada vez le salía de manera distinta. Enfadado consigo mismo por ese ensayo prematuro, a veces se detenía:

—¡Ah! No hay que pensar, deja de suponer lo que dirás. Siempre resulta mucho mejor cuando se hace improvisando…

Y enseguida volvían a empezar en su cabeza los diálogos imaginarios:

—Usted no tiene derecho a retener a la muchacha contra su voluntad.

—Sí, pero ha de ser ella misma quien diga que se va.

—Yo actúo en su nombre.

—Bien, ¿y cómo puede usted demostrarlo?

Y de nuevo se interrumpía mentalmente.

Comenzó el ejido de la ciudad –donde pacían las vacas– y caminó por su acera de tablones, a lo largo de una cerca, y por los puentecillos inestables sobre arroyuelos y zanjas. Luego torció hacia Yámskaya. En la casa de Anna Márkovna estaban echados los postigos, con sus recortes en forma de corazón en el centro, de todas las ventanas. De igual modo estaban cerradas todas las demás casas, y la calle se veía desierta, vacía como después de una peste. Con el corazón oprimido, Lijonin tiró de la manilla del timbre.

Al sonido del timbrazo abrió la puerta una criada. Iba descalza, con el bajo del vestido recogido, un trapo mojado en la mano y el rostro con rayas de suciedad; acababa de fregar el suelo.

—Quisiera ver a Zhenka –pidió Lijonin con timidez–.

—Pues la señorita Zhenia está ocupada con un visitante. Aún no se han despertado.

—Entonces, a Tamara.

La criada lo miró con desconfianza.

—La señorita Tamara… no sé… Parece que también está ocupada. ¿Y usted viene de visita o a qué?

—Ah, qué más da. Digamos que de visita.

—No sé. Iré a mirar. Espere.

Ella se fue, dejando a Lijonin en el vestíbulo en penumbra. Columnas polvorientas azuladas, que salían de los orificios de las contraventanas, atravesaban en línea recta y oblicua la pesada oscuridad. En aquella atmósfera enturbiada, los muebles pintados y las empalagosas oleografías de las paredes se veían como manchas disformes. Olía agrio, a humedad, al tabaco de la noche anterior y a algo más, indefinible, de sitio inhabitado, ese olor particular por las mañanas de los locales en los que solo se vive unas horas: teatros vacíos, salas de baile, auditorios. De la lejanía de la ciudad llegaba el traqueteo intermitente de los carruajes. Y se oía el tic-tac monótono de un reloj de pared detrás del tabique.

Lijonin caminaba de un lado a otro del vestíbulo con una extraña inquietud, se frotaba y estrujaba las manos temblorosas, y por alguna razón se encorvaba y sentía frío.

«No debía haber empezado toda esta falsa comedia», pensaba con irritación. «Ni que decir tiene que ahora voy a ser el hazmerreír de toda la universidad. ¡El demonio me ha empujado a hacerlo! Ayer por la tarde aún estaba a tiempo, cuando ella dijo que estaba dispuesta a volver. Si le hubiera dado para el cochero y alguna moneda más para ella, se habría ido y todo habría sido perfecto, y ahora yo sería libre, no tendría que pasar por esto y no sentiría esta sensación en el alma tan dolorosa y vergonzante. Pero ya es tarde para retroceder. Mañana será aún más tarde, y pasado mañana todavía más. Una vez cometida una tontería, hay que cortarla enseguida; si no lo haces a tiempo, arrastra tras de sí otras dos, y estas, veinte nuevas. ¿O quizá todavía no sea tarde? Al fin y al cabo, es tonta, ignorante y, probablemente, como la mayoría de ellas, una histérica. ¡Es un animal, apto solo para comer y para la cama! ¡Oh, demonios!».

Lijonin se apretó con fuerza las mejillas y la frente con las manos, y cerró los ojos.

«¡Y ojalá al menos me hubiera resistido a la simple y burda tentación física! Ya he caído dos veces y volveré a caer y caer…».

Pero junto a esos pensamientos discurrían otros, completamente opuestos:

«¡Pero yo soy un hombre! ¡Mantengo mi palabra! ¡Aquello que me

empujó a este acto fue hermoso, noble y elevado! Recuerdo perfectamente el entusiasmo que me invadió cuando mi pensamiento se convirtió en un hecho. Fue un sentimiento puro y enorme. ¿O acaso no fue más que una fantasía de mi mente, arrebatada por el alcohol, consecuencia de la noche en vela, del tabaco y de esa charla larga y abstracta?».

Y en aquel momento se le apareció Liubka, se le apareció desde lejos, como desde las profundidades brumosas del tiempo: torpe, tímida, con su rostro poco agraciado y dulce, que de pronto comenzaba a parecerle infinitamente cercano, familiar y al mismo tiempo, sin motivo, injustamente desagradable.

«¿Soy acaso un cobarde y un pelele?», gritaba Lijonin para sus adentros, retorciéndose los dedos. «¿De qué tengo miedo, ante quién me avergüenzo? ¿No me he enorgullecido siempre de ser el único dueño de mi vida? Supongamos incluso que se me ocurrió la fantasía, el capricho, de hacer un experimento psicológico con un alma humana, un experimento raro, con un noventa y nueve por ciento de probabilidades de fracasar. ¿Por qué habría de rendirle cuentas a nadie o temer al qué dirán? ¡Lijonin, mantén siempre la cabeza bien alta!».

En la habitación entró Zhenia, despeinada, somnolienta, con una camisola de noche blanca sobre la enagua.

—¡A-a-a! –bostezó, tendiéndole la mano–. ¡Buenos días, querido estudiante! ¿Cómo se siente Liúbochka en su nueva casa? Invítenos algún día. ¿O están celebrando su luna de miel en secreto? ¿Sin testigos curiosos?

—Déjate de tonterías, Zhenia. He venido por lo del pasaporte.

—Ajá… por el pasaporte –reflexionó Zhenka–. Pues no hay pasaportes aquí. Tiene que pedirle a la gobernanta un formulario. Ya sabe, nuestro formulario habitual de prostituta, y luego en la comisaría se lo cambiarán por el documento auténtico. Solo que, en este asunto, cariño, no le seré de gran ayuda. Capaz que la gobernanta junto con el portero me apalee si me meto en esto. Le diré lo que hará: mande a la criada a buscar a la gobernanta, dígale que le transmita que ha venido un visitante, un habitual, por un asunto que requiere tratar con ella personalmente. A mí discúlpeme,

me retiro, y no se enfade, por favor. Ya sabe: cada cual barre para su casa. Pero ¿qué hace aquí solo, en la oscuridad? Vaya mejor al saloncito. Si quiere, pediré que le lleven cerveza. O, si prefiere, café. O… –y sus ojos brillaron con picardía– o quizá le apetece una chica. Tamara está ocupada, podría ser Niura o Verka…

—¡Basta, Zhenia! He venido por un asunto serio e importante, y usted…

—Vale, vale, ya me callo. Solo era por decir. Veo que guarda fidelidad. Es muy noble de su parte. Venga conmigo.

Lo hizo pasar al saloncito, descorrió el cerrojo interior de la contraventana y la abrió de par en par. La luz del día se derramó suave y lánguida sobre las paredes rojas con dorados, sobre los candelabros y los muebles tapizados de terciopelo rojo.

«Aquí fue donde todo empezó», pensó Lijonin con una tristeza llena de arrepentimiento.

—Yo me voy –dijo Zhenka–. Usted no se achique ni ante ella ni ante Simeón. Trátelos como perros que son. Ahora es de día y no se atreverán a hacerle nada. Si hace falta, amenácelos con ir directamente a ver al gobernador y presentar una denuncia. Dígales que en veinticuatro horas les cerrarán y los echarán de la ciudad. Con los gritos se vuelven de seda. Bueno, le deseo suerte.

Se fue. Diez minutos después entró silenciosa en el gabinete la gobernanta Emma Eduárdovna, con una bata de raso azul, corpulenta, con el rostro solemne que se ensanchaba desde la frente hacia las mejillas, como una horrible calabaza, con todas sus papadas que llegaban en cascada hasta los pechos, con unos pequeños ojos negros, perspicaces, sin pestañas, y con los labios finos, maliciosos y apretados. Lijonin, levantándose un poco, estrechó la mano mullida que ella le tendía, cubierta de anillos, y de pronto pensó con repugnancia: «¡Maldita sea! Si esta alimaña tuviera alma, y si esa alma pudiera leerse, ¡cuántos crímenes directos e indirectos se sabrían!».

Hay que decir que, al ir a Yamka, Lijonin, además del dinero, se había llevado un revólver y durante el camino metía a menudo la mano en el bolsillo, sintiendo el frío contacto del metal. Esperaba insultos, violencia, y se había preparado para afrontarlos como

correspondía. Pero, para su sorpresa, todo lo que había supuesto y temido resultó ser una invención cobarde de su fantasía. El asunto era mucho más simple, más aburrido, más prosaico y, al mismo tiempo, más desagradable.

—*Ja, mein Herr*[24] –dijo con indiferencia y un poco desde arriba la gobernanta, sentándose en un sillón bajo y encendiendo un cigarrillo–. Usted pagó por una noche y, en lugar de eso, se llevó a la muchacha un día más y otra noche más. *Also*[25] debe usted veinticinco rublos. Cuando dejamos salir a una chica por una noche, cobramos diez rublos, y por un día completo, veinticinco. Es la tarifa. ¿Desea fumar, joven? –le tendió una pitillera y Lijonin, casi sin darse cuenta, tomó un cigarrillo–.

—Yo quería hablar con usted de algo completamente distinto.

—¡Oh! No *tómese* la molestia de explicar, comprendo todo perfectamente. En realidad, joven, usted quiere llevarse de aquí a esa chica, a *ese* Liubka, para *mantenerlo* o para, ¿cómo dicen en ruso?, para *sálvala.* Sí, sí, sí, eso ocurre. Estoy viviendo veintidós años en burdeles, siempre en *las* mejores y más decentes, y *lo sé* que esto pasa a jóvenes muy tontos. Pero le aseguro que de eso no sale nada –dijo con un fuerte acento alemán–.

—Que salga o no salga es asunto mío –respondió sordamente Lijonin, mirando hacia abajo, a los dedos que le temblaban sobre las rodillas–.

—Oh, por supuesto, asunto suyo, joven estudiante. –Y una risa silenciosa pasó como una ola por las flácidas mejillas y majestuosas papadas de Emma Eduárdovna–. Le deseo de corazón amor y buena relación, pero tenga la bondad de decirle a esa miserable, a esa Liubka, que no se atreva a asomar las narices por aquí cuando usted la eche a la calle como a una perrita. ¡Que se muera de hambre bajo una cerca o que vaya a un antro de medio rublo para soldados!

—Créame, no volverá. Solo le ruego que me entregue inmediatamente su certificado.

—¿El certificado? ¡Ah, con mucho gusto! Ahora mismo, si quiere. Pero primero tenga la bondad de pagar todo lo que ella tomó aquí a crédito. Mire, aquí está su libreta de cuentas. La he traído adrede conmigo, sabiendo en qué terminaría nuestra conversación.

Del escote de la bata –mostrando por un instante a Lijonin su enorme, amarillenta y grasienta pechuga– sacó un librito de tapas negras con el título «Cuenta de la muchacha Irina Voshchenkova en la casa de tolerancia regentada por Anna Márkovna Shaibés, en la calle Yámskaya, n.º…» y se lo puso delante sobre la mesa. Lijonin pasó la primera página y leyó tres o cuatro párrafos impresos del reglamento de la casa. Allí se decía seca y brevemente que de la libreta existían dos ejemplares, uno en poder de la dueña y otro en poder de la prostituta; que en ambos se anotaban todos los ingresos y gastos; que, por convenio, la prostituta recibía comida, vivienda, calefacción, luz, ropa de cama, aseo y otras cosas, y que por ello pagaba a la dueña no más de dos tercios de sus ganancias; con el resto estaba obligada a vestirse limpia y decentemente, teniendo al menos dos vestidos de fiesta. Luego se mencionaba que el pago se realizaba mediante sellos que la dueña entregaba a la prostituta al recibir el dinero y que las cuentas se cerraban cada fin de mes. Y, finalmente, que la prostituta podía abandonar la casa de tolerancia en cualquier momento, incluso si quedaba una deuda, la cual, sin embargo, se comprometía a saldar conforme a las leyes civiles vigentes.

Lijonin señaló con el dedo el último punto y, devolviéndole la libreta, dijo con tono triunfal:

—¡Ajá! ¿Lo ve? Tiene derecho a abandonar la casa en cualquier momento. Por lo tanto, en el momento que quiera puede dejar este antro repugnante, este nido maldito de violencia, vileza y depravación, en el que ustedes…

—¡Oh! No lo pongo en duda, en absoluto –lo interrumpió con calma–. Que se vaya. Solo tiene que pagar.

—¿Y pagarés? Ella puede firmar pagarés.

—¡Chst! ¡Pagarés! En primer lugar, es analfabeta y, segundo, ¿de qué valdría un pagaré suyo? ¡Puf! ¡De nada! Que se busque un fiador que sea digno de confianza y, si lo encuentra, entonces no tengo nada en contra.

—Pero en las normas no hay escrito nada de fiadores.

—¡Muchas cosas no están escritas en las normas! Tampoco se dice que se pueda sacar a una muchacha de la casa sin avisar a los

dueños.

—Pero, en cualquier caso, usted tendrá que devolverme su documento.

—¡Jamás haré semejante estupidez! Preséntese aquí con alguna persona respetable acompañado de la Policía y que la Policía certifique que esa persona es solvente, que es conocido suyo y que responderá por usted; y que, además, la Policía certifique que usted no se lleva a la muchacha para comerciar con ella o revenderla a otro establecimiento; entonces, ¡por supuesto!, ¡le daré lo que haga falta!

—¡Demonios! –exclamó Lijonin–. Pero si ese fiador soy yo mismo, ¡yo! Si le firmo en el acto los pagarés…

—¡Joven! No sé qué les enseñan en sus universidades, pero ¿de verdad me toma usted por imbécil? ¡Vaya a saber si, además de los que lleva puestos, tendrá usted otros pantalones! ¡A saber si tendrá para comer al menos un día sí y otro no, aunque sean recortes de salchicha de la charcutería! ¿Y me habla de pagarés? ¡Deje de marearme la cabeza!

Lijonin perdió definitivamente la paciencia. Sacó la cartera del bolsillo y la estampó sobre la mesa.

—¡En ese caso pago yo y aquí mismo!

—Ah, eso ya es otra cosa –entonó dulzonamente la gobernanta, aunque todavía con desconfianza–. Haga el favor de pasar la página y mire cuál es la cuenta de su amada.

—¡Cállate, zorra! –le gritó Lijonin–.

—Me callo, imbécil –respondió tranquilamente la gobernanta–.

En las hojas cuadriculadas de la izquierda figuraban los ingresos y en las de la derecha, los gastos.

«Recibido en sellos el 15 de febrero», leía Lijonin: «10 rublos; el 16, 4 r.; el 17, 12 r.; el 18, enferma; el 19, enferma; el 20, 6 r.; el 21, 24 r.».

«¡Dios mío!», pensó Lijonin con asco y horror. «¡Doce hombres en una sola noche!».

Al final del mes figuraba:

«Total: 330 rublos».

«¡Dios mío! ¡Qué atrocidad! Ciento sesenta y cinco visitas», pensó

Lijonin, que había ido calculándolo mentalmente, y aún seguía pasando las páginas.

Luego comenzó con las columnas de la derecha: «Hecho vestido de seda rojo con encajes, 84 r. Modista Yeldokímova. Matiné de encaje, 35 r. Modista Yeldokímova. Medias de seda, seis pares, 36 rublos», etcétera, etcétera. «Pagado al cochero, pagado en caramelos, comprados perfumes», etcétera, etcétera. «Total: 205 rublos».

Después, de los 330 rublos ganados restaban 220 rublos que era la parte de la dueña por el hospedaje. Quedaba la cifra de 110 rublos. El final de la liquidación mensual decía:

«En total, descontados los pagos a la modista y otros gastos por ciento diez rublos, a cargo de Irina Vóshchenkova queda una deuda de noventa y cinco (95) rublos y, sumados a los cuatrocientos dieciocho rublos del año pasado, quinientos trece (513) rublos».

Lijonin se vino abajo. Luego, indignado, intentó indagar en el precio exagerado de los materiales, pero la gobernanta replicó fríamente que eso a ella no le incumbía en absoluto, que el local solo exige que la muchacha vaya vestida de forma decente, como corresponde a una joven de casa respetable, y que lo demás no era asunto suyo. El establecimiento únicamente les concedía crédito a las chicas, pagando sus gastos.

—¡Una arpía, una sanguijuela con forma humana es lo que es esa modista suya! –gritaba Lijonin fuera de sí–. ¡Y usted, chupasangre asquerosa, vejestorio repugnante, está conchabada con ella! ¡Adefesio! ¿Dónde tiene usted la conciencia?

Cuanto más se exaltaba él, más fría y burlona se mostraba ella.

—Repito: no es asunto mío. Y usted, joven, deje de blasfemar o llamaré al portero y lo pondrá en la calle.

Lijonin tuvo que regatear largo rato y de manera feroz, hasta quedarse ronco, con aquella cruel mujer. Por fin accedió a aceptar doscientos cincuenta rublos en efectivo y doscientos en un pagaré, pero solo consintió cuando Lijonin le hubo demostrado con el certificado semestral que ese año terminaba los estudios y se hacía abogado…

Mientras la gobernanta fue a buscar la cartilla de Liuba, Lijonin

empezó a pasearse de un lado a otro por el despacho. Ya había más que visto todos los cuadros de las paredes: Leda con el cisne, un baño en la orilla del mar, una odalisca en el harén, un sátiro que lleva en brazos a una ninfa desnuda, cuando de pronto reparó en un pequeño cartel impreso, medio oculto por una cortina, enmarcado y protegido por un cristal. Se trataba del reglamento y conjunto de disposiciones relativas al funcionamiento de los prostíbulos. Era la primera vez que Lijonin lo veía, y el estudiante leía con sorpresa y repugnancia aquellas líneas redactadas en el lenguaje muerto y oficial de las comisarías. En él se hablaba, con una vergonzosa frialdad administrativa, de toda clase de medidas y precauciones contra los contagios, del aseo íntimo femenino, de los exámenes médicos semanales y de toda la habituación necesaria para ello. Lijonin leyó también que el establecimiento no debía situarse a menos de cien pasos de iglesias, centros de enseñanza y edificios judiciales; que solo podían regentar casas de tolerancia personas del sexo femenino; que junto a la dueña solo podían vivir sus parientes, también exclusivamente mujeres, y no mayores de siete años, y que tanto las muchachas como las dueñas y el servicio debían observar entre sí y con los clientes cortesía, silencio, urbanidad y decoro, sin permitirse en absoluto borracheras, insultos, ni peleas. Asimismo, se decía que la prostituta no debía permitir caricias amorosas estando ebria ni con un hombre ebrio, ni tampoco durante ciertos procesos fisiológicos. Se prohibía terminantemente a las prostitutas practicar abortos.

«¡Qué visión tan seria y moral de las cosas!», pensó Lijonin con amarga ironía.

Por fin se dio por concluido el asunto con Emma Eduárdovna. Tras embolsarse el dinero y el pagaré, escribió un recibo y se lo entregó junto con la cartilla a Lijonin; durante esta operación, ambos se miraban a los ojos y a las manos con tensión y cautela. Se notaba que ninguno sentía una gran confianza en el otro. Lijonin guardó los papeles en la cartera y se dispuso a marcharse. La encargada lo acompañó hasta el porche y, cuando el estudiante ya estaba en la calle, ella, que aguardaba en la escalera, se asomó y lo llamó:

—¡Estudiante! ¡Eh, estudiante!

Él se detuvo y se volvió.

—¿Y ahora qué?

—Ahora le diré que su Liubka es una basura, una ladrona y está enferma de sífilis. Ninguno de los buenos clientes la pedía y, de todos modos, si usted no se la hubiera llevado, mañana la habríamos puesto en la calle. También le diré que estaba liada con el portero, con los barrenderos, con guardias y con raterillos. ¡Mis felicitaciones por su matrimonio legal!

—¡Uuh! ¡Alimaña! –le gruñó Lijonin–.

—¡Pipiolo imbécil! –gritó la gobernanta y cerró de un portazo–.

Lijonin tomó un carruaje para ir a la comisaría. Por el camino recordó que no había tenido tiempo de mirar bien el documento, esa famosa «cartilla amarilla» de la que tanto había oído hablar. Era una simple hojita blanca, del tamaño de un sobre de carta. En una cara, en la casilla correspondiente, figuraban el nombre, patronímico y apellido de Lubka y su profesión: «prostituta»; en la otra, breves extractos de las reglas vergonzosas e hipócritas sobre la conducta decente y la higiene, que acababa de leer en aquel cartel: «Todo visitante», leyó, «tiene derecho a exigir a la prostituta un certificado escrito del médico que la haya examinado por última vez». Y de nuevo una sentimental compasión le oprimió el corazón.

«¡Pobres mujeres!», pensó con tristeza. «¿Qué no os habrán hecho, cuánto no se habrán burlado de vosotras, antes de acostumbraros a todo esto, como si fuerais yeguas ciegas atadas a una noria?».

En la comisaría lo recibió el inspector del distrito, Kérbesh, quien, habiendo pasado la noche de guardia, sin dormir, no estaba de humor. Su ostentosa barba roja, en forma de abanico, estaba erizada. La mitad derecha de su ya sonrosado rostro aún ardía por haber estado apoyada largo rato sobre un incómodo cojín de hule. Pero sus asombrosos ojos claros, como porcelana azul, brillantes y fríos, miraban con dureza y nitidez. Tras terminar de interrogar, tomar los datos e insultar con terribles palabrotas a un montón de andrajosos que habían dormido la borrachera en el calabozo y ahora eran enviados a sus respectivos distritos, se respaldó en el diván,

entrelazó las manos tras la nuca y se estiró con tanta fuerza que en toda su enorme figura de forzudo le crujieron los ligamentos y las articulaciones. Miró a Lijonin como si fuera un objeto y preguntó:

—¿Y usted qué quiere, señor estudiante?

Lijonin expuso brevemente su asunto.

—Y ahora quiero –concluyó– llevármela conmigo… Como quiera que se haga en estos casos… en calidad de sirvienta o, si quiere, como pariente, en fin… ¿cómo se debe hacer?

—Bueno, como mantenida o como esposa –replicó indiferente Kérbesh, dándole vueltas a una pitillera de plata grabada con un monograma y figurillas–. Pero yo no puedo hacer absolutamente nada por usted… al menos ahora. Si desea casarse con ella, presente el permiso correspondiente de las autoridades de su universidad. Y si la toma como mantenida… pues piense usted qué lógica hay en eso: saca a una muchacha de un burdel para cohabitar con ella en una relación disoluta.

—Como sirvienta, entonces –interrumpió Lijonin–.

—Sí. Como sirvienta también. Presente un certificado de su casero –porque supongo que usted no será propietario–; es decir, un certificado de que está en condiciones de mantener servicio doméstico, y además todos los documentos que acrediten que usted es realmente quien dice ser: certificados de su distrito, de la universidad y todo lo demás. Porque, espero, estará empadronado. ¿No será usted de los ilegales?

—¡No, estoy empadronado! –replicó Lijonin, empezando a perder la paciencia–.

—Magnífico. ¿Y la muchacha por la que usted tanto se preocupa?

—No, ella aún no está empadronada. Pero tengo aquí su documento, que usted, espero, me cambiará por su pasaporte verdadero, y entonces la empadronaré de inmediato.

Kérbesh se encogió de hombros y volvió a juguetear con la pitillera.

—No puedo hacer nada por usted, señor estudiante, absolutamente nada, mientras no presente todos los papeles exigidos. En cuanto a la muchacha, al no tener domicilio, será enviada inmediatamente a la Policía y retenida allí, a menos que ella

misma desee volver al lugar de donde la sacó. Quede usted con Dios.

Lijonin se caló la gorra bruscamente y se dirigió a la puerta. Pero de pronto le cruzó por la cabeza una idea ingeniosa, de la que, sin embargo, él mismo sintió repugnancia. Y con náuseas en el estómago, con las manos húmedas y frías, y un desagradable hormigueo en los dedos de los pies, volvió a acercarse a la mesa y dijo con indiferencia, pero con la voz entrecortada:

—Disculpe, señor inspector. Olvidé lo principal: un conocido común nuestro me encargó entregarle su pequeña deuda.

—¿Hm? ¿Conocido? –preguntó Kérbesh, abriendo mucho sus hermosos ojos azules–. ¿Y quién es ese?

—Bar… Barbarísov.

—¿Ah, Barbarísov? Vaya, vaya, vaya. Lo recuerdo, lo recuerdo.

—Pues bien, ¿quiere usted aceptar estos diez rublos?

Kérbesh movió la cabeza, pero no cogió el billete.

—Menudo cerdo ese su… quiero decir, nuestro Barbarísov. No me debe diez rublos, sino veinticinco. ¡Qué sinvergüenza! Veinticinco rublos, y además unas moneditas. Bueno, la calderilla se la perdono. ¡Que le aproveche! Es una deuda de billar. Debo decir que juega sucio, el canalla… Así que, joven, suelte otros quince.

—¡Vaya, qué astuto es usted, señor inspector! –dijo Lijonin, sacando el dinero–.

—¡Usted comprenda! –respondió Kérbesh ya del todo bonachón–. Mujer, hijos… Nuestro sueldo, ya sabe usted cuál es… Tome, joven, el pasaportito. Firme aquí la recepción. Le deseo…

***

¡Cosa extraña! La conciencia de que el pasaporte estaba por fin en su bolsillo tranquilizó de pronto a Lijonin y volvió a animarlo y templarle los nervios.

«¡Bueno!», pensaba, caminando deprisa por la calle. «El comienzo ya está hecho, lo más difícil está superado. Aguanta ahora, Lijonin, y no decaigas. Lo que has hecho es sublime, aunque me convierta en víctima de mi propio acto, ¡qué importa! Sería vergonzoso esperar

de inmediato la recompensa de una buena obra. No soy un perrito faldero, ni un dromedario amaestrado, ni la novata de un instituto de señoritas nobles. Fue estúpido por mi parte que ayer me fuera de la lengua con esos portadores de la ilustración, una charla inútil, sin tacto y, en todo caso, prematura. Pero todo se arregla en este mundo. Soportas lo más duro, lo más vergonzoso, y, pasado el tiempo, luego lo recuerdas como minucias…».

Para su sorpresa, Liubka no se sorprendió demasiado ni se alegró en absoluto cuando él le mostró solemnemente el pasaporte. Solo se alegró de volver a ver a Lijonin. Al parecer, aquella alma primitiva e ingenua ya había logrado apegarse a su protector. Se lanzó a echarle los brazos al cuello, pero él la detuvo y en voz baja, casi al oído, le preguntó:

—Liuba, dime… no tengas miedo de decir la verdad, pase lo que pase… Allí, en la casa, me han dicho que, al parecer, estás enferma de cierta enfermedad… ya sabes, de esa que llaman la mala enfermedad. Si me crees, aunque sea un poco, dime, palomita, dime, ¿es verdad o no?

Ella se sonrojó, se cubrió el rostro con las manos, cayó sobre el diván y rompió a llorar.

—¡Queridito mío! ¡Vasil Vasílich! ¡Vásenka! ¡Por Dios! ¡Por Dios que nunca he tenido nada semejante! Siempre he sido tan cuidadosa. Le tenía un miedo horrible a eso. Yo se lo habría dicho sin falta. ¡Yo lo quiero tanto! –Le tomó las manos, las apretó contra su rostro mojado y siguió jurándoselo con la graciosa y conmovedora sinceridad de un niño injustamente acusado–.

Y él en su fuero interno la creyó al instante.

—Te creo, hija mía –dijo en voz baja, acariciándole el cabello–. No te inquietes, no llores. Solo no volvamos a dejarnos llevar por nuestras debilidades. Lo pasado, pasado está, pero no lo repetiremos más.

—Como usted quiera –balbuceaba la muchacha, besándole unas veces las manos, otras el puño de la levita–. Si yo no le gusto, pues claro, como usted quiera.

Sin embargo, aquella misma noche la tentación volvió y cayeron, y se repitió tantas veces que los momentos de caída dejaron de

despertar en Lijonin aquella vergüenza abrasadora y se convirtieron en costumbre, devorando y apagando el arrepentimiento.

XVI

Hay que hacer justicia a Lijonin: hizo todo lo posible para procurar a Liubka una existencia tranquila y sin penurias. Sabiendo que tarde o temprano tendrían que abandonar su buhardilla, esa pajarera que se alzaba sobre la ciudad –y no tanto por la estrechez o la incomodidad, como por el carácter de la vieja Aleksandra, que cada día se volvía más cruel, quisquillosa y gruñona–, se decidió a alquilar en las afueras de la ciudad, en Borshchagovka, un pisito barato. Por nueve rublos al mes tenía dos habitaciones y una cocina, sin leña. Es cierto que Lijonin se vio obligado a recorrer, siempre con prisas, un buen trecho para llegar a sus clases, pero confiaba firmemente en su resistencia y buena salud, y solía decir:

—Tengo unas buenas piernas. No me da miedo usarlas.

De hecho, era un gran maestro caminando. Una vez, por diversión, se colocó un podómetro en el bolsillo del chaleco y al anochecer marcaba veinte verstas, lo que, teniendo en cuenta la extraordinaria longitud de sus piernas, equivaldría a unas veinticinco. De cualquier forma, le era necesario caminar, y mucho, pues los trámites por el pasaporte de Liubka y la compra de algunos muebles para el piso habían consumido todas sus ganancias, obtenidas gracias al juego. Intentó volver a jugar, empezando con pequeñas apuestas, pero pronto se convenció de que su estrella de jugador se había apagado y había entrado sin remedio en una mala racha.

Para ninguno de sus compañeros era ya un secreto el verdadero carácter de su relación con Liubka, pero él aún continuaba, en su presencia, representando una farsa de relaciones amistosas y fraternales con la joven. Por alguna razón, no podía o no quería darse cuenta de que hubiera sido mucho más inteligente y ventajoso para él admitirlo francamente y no mentir ni disimular. ¿O puede que, aun siendo consciente de ello, ahora ya no supiera cómo cambiar el tono adoptado desde un principio? En la intimidad, Lijonin

desempeñaba inevitablemente un papel secundario y pasivo. La iniciativa, en forma de ternura o caricias, siempre partía de Liubka (ella seguía siendo para él Liubka, Lijonin se había olvidado por completo de que en el pasaporte había leído su verdadero nombre: Irina). Ella, que hasta hacía poco entregaba su cuerpo con indiferencia o, al contrario, con fingida pasión a decenas de hombres al día, a cientos al mes, se había apegado a Lijonin con todo su feminidad, amante y celosa; se había unido a él con todo su ser, en cuerpo, alma y pensamiento. Le resultaba divertido e interesante el *Kniaz;* cercano y entretenido Soloviov; ante la autoridad aplastante de Simanovski sentía un terror irracional; pero Lijonin era para ella a la vez un amo y una deidad, y, lo más terrible, su propiedad, y la fuente de su placer carnal.

Es sabido desde antiguo que un hombre que se ha entregado con exceso a las pasiones amorosas, quien ha sido roído, mordido, agotado y desgastado por las fauces de los goces sexuales, nunca volverá a amar con un amor fuerte y único, abnegado a la vez que puro y apasionado. En cambio, para la mujer, en este sentido, no hay ni leyes ni límites. Liubka era una prueba viviente de ello. Estaba dispuesta a arrastrarse con gusto ante Lijonin, a convertirse en su esclava, pero al mismo tiempo ansiaba que él le perteneciera más que su mesa, más que un perrito, más que su camisón. Y él siempre se dejaba llevar, siempre cedía ante aquel amor impetuoso que tan repentinamente pasó de ser un manso arroyo a convertirse en un río desbocado. Y a menudo pensaba, con amargura y burla: «Cada noche interpreto el papel del casto José, pero él al menos se liberó, dejando su túnica en los brazos de la ardiente señora; pero ¿cuándo me liberaré yo de mi yugo?».

Ya lo consumía una hostilidad secreta hacia Liubka. Cada vez más, le venían a la mente planes traicioneros de liberación. Algunos eran tan deshonestos que, horas después o al día siguiente, al recordarlos, Lijonin se retorcía de vergüenza.

«Estoy decayendo moral e intelectualmente», pensaba a veces con horror. «No en vano leí o escuché en alguna parte que la relación de un hombre culto con una mujer poco inteligente nunca la elevará a ella al nivel del hombre; por el contrario, aplastará a este y

lo rebajará al horizonte moral e intelectual de la mujer».

Al cabo de dos semanas, la muchacha ya no excitaba su imaginación. Se dejaba hacer, casi a la fuerza, cediendo a sus largas caricias y ruegos, y a menudo también a un sentimiento de compasión.

Mientras tanto, Liubka, descansada y sintiendo que pisaba terreno firme y vivo, embellecía con una rapidez asombrosa, como un botón floral, ayer casi marchito, que se abre de repente tras una lluvia abundante y cálida. Las pecas desaparecían de su delicado rostro, sus labios se sonrosaron y en sus ojos oscuros la expresión de desconcierto y perplejidad, que la hacía parecer una joven grajilla, se tornaba en brillo y frescura. Su cuerpo se fortaleció y se redondearon sus formas. Pero Lijonin la veía a diario y no lo notaba, ni creía los cumplidos que sus amigos le prodigaban. «Estos niñatos se burlan de mí con bromas estúpidas», pensaba frunciendo el ceño.

Liubka resultó ser una pésima ama de casa. Es cierto que sabía cocinar una sopa de col, pero le quedaba tan grasienta y espesa que en ella la cuchara se mantenía de pie, y no alcanzaba a preparar más que albóndigas torpemente enormes y deformadas. En cambio, siguiendo las instrucciones de Lijonin, adquirió rápidamente gran maestría en la preparación de un sabroso té (a setenta y cinco kopeks la libra), pero no pudo progresar más, porque probablemente para cada arte y cada persona hay límites infranqueables. Sin embargo, adoraba fregar el suelo, y lo hacía con tal frecuencia y empeño que pronto aparecieron manchas de humedad y cochinillas por el piso.

Una vez, seducido por un anuncio en el periódico, Lijonin le compró pagando a plazos una máquina de tejer medias. El arte de manejar ese instrumento, que según el anuncio podía producir tres rublos diarios de beneficio neto, resultó tan sencillo que Lijonin, Soloviov y Nizheradze lo dominaron en pocas horas. Lijonin incluso logró tejer un calcetín de resistencia extraordinaria y tamaño tal que habría servido para los pies de Minin y Pozharski[26] en Moscú, en la Plaza Roja. Únicamente Liubka no lograba comprender este oficio; en cada error necesitaba la ayuda de los hombres. A pesar de ello, aprendió rápido a hacer flores artificiales y, contra lo que predijo

Simanovski, las hacía con gran elegancia y gusto, de modo que, en un mes, las tiendas de sombrerería y especializadas empezaron a comprarlas. Para sorpresa de todos, solo tomó dos lecciones de una especialista, lo demás lo aprendió por sí misma, siguiendo las ilustraciones del manual. No podía producir más de un rublo de flores a la semana, pero ese dinero era su orgullo, y con el primer medio rublo ganado compró a Lijonin una boquilla para fumar.

Varios años después, Lijonin admitía en su interior, con arrepentimiento y melancolía silenciosa, que aquel periodo había sido el más tranquilo, pacífico y confortable de toda su carrera y hasta de su vida como abogado. Esa torpe, desmañada, quizá incluso tonta Liubka poseía cierta habilidad instintiva e imperceptible para crear un hogar, para generar a su alrededor un ambiente de calma, de luz, y una ligera quietud. Fue ella quien logró que el piso de Lijonin pronto se convirtiera en un lugar acogedor y apacible, donde todos sus compañeros, para quienes, como para la mayoría de los estudiantes de la época, era necesario soportar la dura lucha contra las difíciles condiciones de vida, se sentían cómodos, acogidos y descansaban el alma tras penas, necesidades y hambre. Lijonin recordaba con agradecida tristeza la disposición amistosa, discreta y atenta de la muchacha durante esas veladas junto al samovar, cuando se hablaba, se discutía y se soñaba mucho.

La formación de la joven iba muy lenta. Todos esos autoproclamados educadores, juntos o por separado, decían que la educación de la mente y del alma humanas debía surgir de motivaciones individuales, pero en realidad trataban de inculcar a Liubka todo lo que a ellos les parecía indispensable, luchando para superar con ella obstáculos científicos que podrían haberse dejado de lado sin perjuicio alguno.

Para Lijonin, cuando le enseñaba aritmética, era inaceptable su extraña, bárbara, primitiva o, mejor dicho, infantil e ingenua manera de contar. Ella contaba únicamente de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres y de cinco en cinco. Por ejemplo, doce eran dos veces dos treses, diecinueve eran tres cincos y dos doses; había que reconocer que con su sistema operaba con rapidez casi hasta el cien. Más allá no se atrevía y tampoco veía la necesidad. En vano Lijonin

intentaba una y otra vez que aprendiera el sistema decimal. No lograba nada, salvo enfurecerse y gritarle, mientras ella lo miraba en silencio, con los ojos llenos de asombro, de culpabilidad y de lágrimas que se le pegaban en las pestañas. Gracias a su caprichosa manera de pensar comenzó con cierta facilidad a dominar la suma y la multiplicación, pero la resta y la división le resultaban un muro insondable. Sin embargo, con sorprendente rapidez, habilidad y agudeza resolvía todo tipo de problemas de ingenio y lógica, muchos de los cuales recordaba del uso popular milenario del campo. En geografía era completamente inepta. Pese a que se orientaba en la calle, en el jardín o en casa mucho mejor que Lijonin –un instinto campesino antiguo–, rehusaba con tenacidad admitir la esfericidad de la Tierra y no concebía el horizonte; si le decían que la Tierra se movía en el espacio, solo resoplaba. Los mapas geográficos siempre le parecían una mancha incomprensible de varios colores, aunque memorizaba las figuras individuales con precisión y rapidez.

—¿Dónde está Italia? –le preguntaba Lijonin–.

—Aquí. La bota –respondía Liubka, señalando con orgullo la península itálica–.

—¿Suecia y Noruega?

—Un perro que salta desde el tejado.

—¿El mar Báltico y el mar Negro?

—La viuda que está de rodillas y el zapato.

—¿España?

—Un gordo con gorra. Aquí está…

Y así sucesivamente.

Con la historia no le iba mejor. Lijonin no tenía en cuenta que ella, con su alma infantil y ansiosa de fantasía, podría aprender fácilmente los hechos históricos mediante anécdotas graciosas, heroicas o conmovedoras; él, acostumbrado a preparar alumnos para exámenes de cuarto o quinto grado, la agotaba con nombres y fechas. Además, le faltaba paciencia, se cansaba e irritaba pronto, y su odio secreto, usualmente reprimido pero cada vez más creciente hacia esta chica, que tan abrupta e ilógicamente había trastornado su vida, afloraba con mayor frecuencia e injusticia durante las lecciones.

Mucho más éxito como pedagogo tenía Nizheradze. Su guitarra y su mandolina estaban siempre en el comedor colgadas con cintas a unos clavos. Liubka se sentía más atraída por el sonido suave y cálido de la guitarra que por el metálico y estridente rebuzno de la mandolina. Cuando Nizheradze los visitaba (unas tres o cuatro tardes por semana), ella misma bajaba la guitarra de la pared, la limpiaba cuidadosamente con un pañuelo y se la entregaba. Él, tras entretenerse afinándola durante un rato, carraspeaba, cruzaba las piernas, se recostaba despreocupadamente en el respaldo de la silla y, con un fuerte acento que deformaba las palabras, comenzaba a cantar con su voz de tenor algo ronco, pero agradable y firme:

El atrevido sonido de un beso
resonó en el silencio nocturno;
él, ardiendo, hechizando el corazón,
alcanzó la frente enamorada
.....
en un instante de encuentro.

Interpretaba extasiarse con su propio canto, cerraba los ojos, sacudía la cabeza en los pasajes apasionados o, durante las pausas, levantaba la mano derecha de las cuerdas y, quedándose petrificado por un instante, clavaba en Liubka los ojos humedecidos, tiernos y aborregados. Conocía un sinfín de romances, canciones y viejas bromas musicales. A Liubka le gustaban especialmente los versos sobre el popular personaje armenio Karapet, figura típica de muchas de esas composiciones:

Karapet tiene un bufé,
en el bufé hay un caramel,
el caramel tiene una imagen,
es el mismo Karapet.

Nizheradze conocía muchísimos de esos cantares (en el Cáucaso los llaman *kintouri*[27]), que siempre tenían el mismo estribillo absurdo:

Bravo, bravo, Katenka,
Katerina Petrovna,
no me beses en el moflete,
besa en el cogote.

Nizheradze cantaba estas estrofas siempre en voz baja y ponía la cara muy seria con una expresión de admiración hacia Karapet, mientras Liubka se reía hasta no poder más, hasta las lágrimas, hasta dolerle y sufrir espasmos nerviosos. Una vez, entusiasmada, no pudo contenerse y comenzó a acompañarlo, logrando un canto muy armonioso. Poco a poco fue perdiendo la timidez hacia el *Kniaz* y cantaban juntos con mayor frecuencia. Liubka poseía una voz suave y grave, de contralto, ciertamente débil, pero sin rastros de su vida pasada de resfriados, alcohol y excesos profesionales. Lo más importante –algo que ya era un curioso don divino– era que poseía una capacidad instintiva y natural para llevar la segunda voz de forma precisa, bella y siempre original. Llegó un momento, hacia el final de su relación, en el que no era Liubka quien pedía al *Kniaz,* sino al contrario: él le suplicaba cantar alguna de sus canciones populares favoritas, de las que ella conocía muchas. Y entonces, acodada sobre la mesa y apoyando la cabeza en la mano, como hacen las mujeres, comenzaba a cantar con el acompañamiento suave y meticuloso de la guitarra de Nizheradze:

¡Ay, pesadas y aburridas son las noches
separada de mi amado, de mi amigo!
¡Ay, acaso he hecho una tontería, mujer,
habiendo enfadado a mi amigo:
llamándolo borracho amargado!…

—¡Borracho amargado! –repetía el *Kniaz* con ella, moviendo con expresión de tristeza su cabeza inclinada llena de rizos–.

Y ambos intentaban terminar la canción de modo que el delicado temblor de las cuerdas y las voces desapareciera gradualmente, sin notarse cuándo terminaba el sonido y comenzaba el silencio.

Con la obra *La piel de irbis* del famoso poeta georgiano Rustaveli, Nizheradze fracasaba completamente. Para él, la belleza del poema

residía, claro, en las cadencias en su lengua materna, pero, cuando lo leía con sus frases guturales, chasqueantes y gargajeantes, Liubka empezaba a reírse a carcajadas durante un buen rato hasta que al final estallaba en una larga risotada que resonaba por toda la habitación. Entonces Nizheradze, enfadado, cerraba el libro de su amado poeta y la reprendía llamándola burra y camello; sin embargo, pronto se reconciliaban.

Había ocasiones en las que Nizheradze bromeaba con ataques de burlón travieso. Fingía querer abrazar a Liubka, la miraba con ojos exageradamente apasionados y le decía con voz teatral y susurrante:

—¡Alma *mío*! La mejor rosa en el jardín de Alá. ¡Miel y leche en tus labios, y tu aliento es mejor que el aroma del *shashlik*[28]! Déjame beber el éxtasis de *la* nirvana de tu boca, oh, mi mejor *churchjela* de Tiflis.

Y ella reía, se enfadaba, le golpeaba las manos y amenazaba con contárselo a Lijonin.

—¡Bah! –agitaba las manos el *Kniaz*–. ¿Lijonin? Lijonin es mi amigo, mi hermano y mi compadre. Pero ¿acaso sabe lo que es *la* amor? ¿Ustedes, los pueblos del norte comprenden *la* amor? Nosotros, los georgianos, estamos hechos para amar. ¡Mira, Liuba! ¡Te voy a mostrar ahora lo que es *la amooorr*! –apretaba los puños, se arqueaba hacia delante y comenzaba a girar los ojos de manera salvaje, a rechinar los dientes y a rugir como un león de tal forma que Liubka, aunque sabía que era una broma, sentía un miedo infantil y corría a esconderse a otra habitación–.

Sin embargo, es preciso decir que, para este joven, generalmente muy poco contenido cuando se trataba de aventuras amorosas ocasionales, existían ciertas prohibiciones morales especialmente estrictas, inculcadas con la leche materna georgiana, normas sagradas respecto a la mujer de un amigo. Seguramente él entendía –y es preciso decir que estos orientales, pese a su aparente ingenuidad, o quizá gracias a ella, poseen cuando quieren una fina intuición espiritual– que, si hiciera de Liubka su amante siquiera un minuto, perdería para siempre aquel refugio de las tardes de calma íntima y familiar que tanto apreciaba. Y él, a pesar de que trataba sin formalismos y con confianza a casi toda la universidad, no por

ello dejaba de sentirse solo en una ciudad extraña y en un país que seguía siendo ajeno para él.

Era Soloviov quien más placer sentía con estas lecciones. Aquel joven grande, fuerte y despreocupado, sin pretenderlo y de manera inadvertida, pronto quedó sometido al encanto oculto, sutil y elegante de la feminidad, que a menudo se oculta bajo la más dura y tosca apariencia. Gobernaba la alumna, obedecía el maestro. El temperamento primitivo pero fresco, profundo y original de Liubka tendía a no seguir métodos ajenos, sino a buscar sus propias y extrañas maneras. Por ejemplo, como muchos niños, aprendió a escribir antes que a leer. No era ella, dulce y dócil por naturaleza, sino algún rasgo particular de su mente que obstinadamente no quería unir vocal con consonante al leer; sin embargo, en la escritura lo lograba. En cuanto a la caligrafía, contrariamente al hábito general, sentía gran atracción: escribía inclinada sobre el papel, suspiraba con esfuerzo, soplaba sobre la hoja como si retirara polvo imaginario, se humedecía los labios y empujaba por dentro una y otra mejilla con la lengua. Soloviov, en vez de contrariarla, la seguía por los caminos que su instinto marcaba. En ese mes y medio, el joven se apegó con toda su enorme, expansiva y poderosa alma a aquel ser frágil que el azar le había traído de manera temporal. Era un amor cuidadoso, divertido, desprendido, un poco sorprendente, como el amor y el cuidado tierno de un elefante bondadoso hacia un frágil y desamparado polluelo amarillo.

La lectura era un placer para ambos, y de nuevo la elección de las obras la guiaba el gusto de Liubka; Soloviov solo se dejaba llevar por su corriente. Por ejemplo, Liubka no pudo con *Don Quijote,* se cansó y, finalmente, lo abandonó con gusto para escuchar *Robinson Crusoe,* con el que lloró a mares en la escena del encuentro con los familiares. Le gustaba Dickens y captaba fácilmente su humor lúcido, aunque las costumbres inglesas le eran extrañas e incomprensibles. También leyeron varias veces a Chéjov, y Liubka se adentraba con facilidad en la belleza de sus imágenes, en su sonrisa y en su tristeza. Los cuentos infantiles la conmovían tanto que verla mientras los escuchaba era hasta divertido. Una vez, Soloviov le leyó el conocido relato de Chéjov *El ataque,* en el que un estudiante entra

por primera vez en un burdel y al día siguiente se retuerce en espasmos de intenso sufrimiento moral y conciencia de culpabilidad colectiva. Soloviov no esperaba la enorme impresión que este relato causaría en ella. Lloraba, protestaba, gesticulaba y exclamaba constantemente:

—¡Dios mío! ¿De dónde saca todo esto y cómo lo describe con tanta habilidad? ¡Es exactamente como en el nuestro!

Una vez trajo consigo un libro titulado *Historia de Manon Lescaut y el caballero des Grieux,* obra del abate Prévost. Soloviov leía este maravilloso libro por primera vez, pero fue Liubka quien lo apreció con mayor profundidad y sutileza. A él, la ausencia de trama, la ingenuidad del relato, el exceso de sentimentalismo y la forma anticuada de escribir le aburrían, apagaron su entusiasmo. Liubka, en cambio, no solo escuchaba con los oídos, sino que parecía percibir con los ojos y con todo su corazón ingenuamente abierto los detalles alegres, tristes, conmovedores y frívolos de esta curiosa novela inmortal.

—«Nuestra intención de casarnos fue olvidada en Saint-Denis –leía Soloviov, inclinando bajo la lámpara sus rizos dorados y despeinados–, transgredimos las leyes de la Iglesia y, sin pensarlo, nos convertimos en esposos».

—¿Pero, entonces, ellos…? ¿Por su cuenta? ¿Sin pope? ¿Tal cual? –preguntó Liubka con inquietud, interrumpiendo el trabajo de sus flores artificiales–.

—Pues claro. ¿Y qué? Amor libre, simplemente. Como usted y Lijonin.

—¡Como yo no! Eso es algo completamente diferente. Él me sacó, ya sabe usted de dónde. Y ella es una señorita inocente y noble. Es una bajeza de su parte hacer eso. Y créame, Soloviov, él la dejará luego. ¡Ay, pobre muchacha! Bueno, bueno, bueno, siga leyendo.

Pero, unas pocas páginas después, toda la simpatía y preocupación de Liubka por Manon se trasladaron hacia el caballero engañado.

—«Sin embargo, las visitas y escapadas secretas del señor des B. me desconcertaban. Recordé también las pequeñas compras de Manon, que superaban nuestras posibilidades. Todo eso olía a la

generosidad de un nuevo amante. "Pero no, no", me repetía, "¡es imposible que Manon me engañe! Sabe que vivo solo por ella, sabe perfectamente que la adoro"».

—¡Ay, tonto, tonto! –exclamó Liubka–. ¿Acaso no se ve de inmediato que ella está mantenida por ese rico? ¡Ah, es una basura!

Y cuanto más se desarrollaba la novela, más viva y apasionadamente se involucraba. No le importaba que Manon, con ayuda de su amante y de su hermano, engañara a sus nuevos protectores, ni que des Grieux se dedicara a hacer trampas en el juego por los tugurios, pero cada nueva traición de Manon la enfurecía y los sufrimientos del caballero la hacían llorar. Una vez preguntó:

—Soloviov, querido, y el autor, ¿quién era?

—Era un sacerdote francés.

—¿No era ruso?

—No, te digo, francés. Fíjate, todo ahí son ciudades francesas y personas con nombres franceses.

—¿Y era sacerdote? ¿Cómo podía saber todo eso?

—Así era. Antes era un hombre común y corriente, un noble, y luego se hizo monje. Vio muchas cosas en su vida. Después volvió a dejar los hábitos. Mira, aquí, al principio del libro está todo detallado sobre él.

Mientras escuchaba atenta la biografía del abate Prévost, Liubka asentía significativamente con la cabeza y hacía preguntas en los puntos que no entendía. Al finalizar, dijo pensativa:

—¡Así que él era así! ¡Qué bien escribió! Pero ¿por qué ella es tan traidora? Él la ama con toda su alma, toda su vida, y ella lo engaña sin cesar.

—Bueno, Liúbochka, ¿qué se le va a hacer? Ella también lo ama. Solo que es una chica frívola y superficial. Solo le interesan los trapos, sus caballos y los diamantes.

Liubka se enfureció y golpeó con fuerza un puño contra el otro:

—¡Yo la habría machacado, a esa traidora! ¿A eso ella lo llama amor? Si amas a alguien, debes amar todo de él. Él va a la cárcel, y tú con él; si se convierte en ladrón, tú lo ayudas; si es pobre, aun así, tú sigues con él. ¿Qué pasa si solo hay un pedazo de pan negro,

cuando hay amor? ¡Es una miserable y una desgraciada! Yo en su lugar la habría dejado o, en vez de llorar, le hubiera dado tal paliza que habría caminado un mes entero llena de moratones, ¡desgraciada!

Pasó mucho tiempo hasta que Soloviov pudo terminar la novela, ella lloraba con tal sinceridad y pasión que la lectura debía interrumpirse. El último capítulo lo completaron en cuatro sesiones. Él también lloró en varias ocasiones.

Las desgracias y aventuras de los amantes en prisión, el envío forzoso de Manon a América y la entrega voluntaria de des Grieux la conmovieron tanto que Liubka olvidaba hacer sus comentarios. Mientras escuchaba la historia de la tranquila y hermosa muerte de Manon en la llanura desierta, permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando la luz de la lámpara, y las lágrimas caían como lluvia de sus ojos abiertos sobre la mesa. Pero cuando el caballero des Grieux, tras dos días junto al cadáver de su amada Manon, sin apartar los labios de sus manos y su rostro, comienza finalmente a cavar la tumba con un trozo de su espada, Liubka lloró tanto que Soloviov, asustado, corrió a buscar agua. Incluso tras calmarse un poco, seguía sollozando con los labios temblorosos e hinchados, balbuceando:

—¡Ay! ¡Qué vida tan desgraciada tuvieron! ¡Qué destino tan amargo! Y ya no sé a quién compadecer más: ¿a él o a ella? ¿Y siempre es así, querido Soloviov, que cuando un hombre y una mujer se enamoran de esa manera, Dios los castiga inevitablemente? Querido mío, ¿por qué es así? ¿Por qué?

XVII

Tanto el georgiano como el bondadoso Soloviov servían a Liubka, con su curiosa forma de educarle la mente y el alma, como un comienzo endulzado frente a las agudas espinas de la sabiduría de la vida; a Lijonin ella le perdonaba buenamente su pedantería –era su primer amor sincero y sin límites, le hubiera perdonado igualmente una injuria, golpes e incluso un crimen terrible–; en cambio, las

lecciones de Simanovski le suponían un auténtico tormento y una carga constante. Aunque, hay que decir que, como adrede, él era mucho más meticuloso y preciso en sus lecciones de lo que pudiera ser cualquier otro profesor con un programa oficial de clases.

Con la irrefutabilidad de sus opiniones, su tono seguro y la didacticidad de sus exposiciones privaba a la pobre Liubka de su voluntad y paralizaba su espíritu, del mismo modo que a veces, durante las asambleas universitarias o en los mítines, influía en las mentes tímidas y cohibidas de los recién llegados. Era el orador en las reuniones, miembro destacado de la organización de los comedores estudiantiles, participaba en la transcripción, litografiado y edición de las disertaciones, era elegido delegado de curso y, por último, se encargaba de una parte muy importante en la caja estudiantil. Era de esos hombres que, después de abandonar las aulas universitarias, se convierten en cabecilla de partido, en soberanos absolutos que dirigen conciencias llenas de abnegación y pureza, que realizan su aprendizaje político en algún lugar perdido como Chujlomá, atrayendo sobre sí la especial atención de toda Rusia con su heroica y miserable situación, y luego, sirviéndose magníficamente de su pasado, hacen carrera como respetables abogados, con algún escaño de diputado o con un matrimonio que les proporciona un buen pedazo de tierra fértil y el desempeño de alguna función pública. De manera imperceptible para ellos mismos y más aún para quienes los ven abrirse camino, se van volviendo cautelosamente de derechas o, mejor dicho, mutan hasta que se les infla la barriga, les salen gota y enfermedades del hígado. Entonces reprochan al mundo entero que no fueron comprendidos, clamando que la suya fue una época de ideales sagrados. Además, en la familia son déspotas y no pocas veces se dedican a la usura.

El camino que debía tomar la educación de la mente y del alma de Liubka le resultaba claro, como claro e irrefutable le resultaba todo lo que se proponía; el primer paso era interesar a Liubka con experimentos de química y de física.

«Su mente virgen y femenina», reflexionaba, «quedará asombrada. Empezaré con trucos y experimentos sin importancia, entonces me adueñaré de su atención y luego pasaré a aquello que

la introducirá en el centro del conocimiento universal, donde la superstición y los prejuicios desaparecen, para dejar libre el vasto campo del estudio de la naturaleza».

Cabe decir que Simanovski era un inconsciente en sus lecciones. Para sorpresa de Liubka, se servía de cuanto tenía al alcance de la mano. Una vez le trajo un gran petardo casero: un largo tubo de cartón lleno de pólvora, plegado como un acordeón y fuertemente atado con un cordel. Le prendió fuego y el artificio saltó durante largo rato por el comedor y el dormitorio, llenándolo todo de humo y mal olor. Liubka casi no se inmutó, dijo que eran simplemente fuegos artificiales, que ya los había visto antes y que eso no la sorprendía. Pero pidió permiso para abrir la ventana. Entonces, él tomó un gran frasco, papel de plomo, resina y una cola de gato, y de esa manera hizo una botella de Leyden. La descarga eléctrica, aunque débil, se produjo.

—¡Vete al infierno, Satanás! –gritó Liubka, sintiendo un chasquido seco en el meñique–.

A continuación, extrajo oxígeno a partir de peróxido de manganeso calentado y mezclado con arena, utilizando un frasco de farmacia, el extremo de gutapercha de una jarra de Esmarch, una palangana llena de agua y un tarro de mermelada. El corcho encendido, el carbón y el alambre ardían en el tarro con tal intensidad que hacía daño a los ojos. Liubka aplaudía y chillaba de entusiasmo:

—¡Señor profesor, uno más! ¡Por favor, uno más, uno más!…

Pero esta vez, tras mezclar hidrógeno y oxígeno en una botella vacía de champaña que había traído, y después de envolverla con una toalla por precaución, Simanovski ordenó a Liubka que apuntara el cuello de la botella hacia una vela encendida; al momento se produjo la explosión, como si dispararan cuatro cañones a la vez, y del techo se desprendieron pedazos de yeso; Liubka se asustó y, apenas recuperada, dijo con los labios temblorosos, pero con dignidad:

—Le ruego me disculpe, pero ahora tengo mi propio apartamento y ya no soy una chiquilla, sino una mujer decente, le pido que no monte más escándalos aquí. Yo pensaba que usted, como hombre

inteligente y educado, actuaría con decoro y nobleza, pero solo hace tonterías. Por esto lo podrían meter en la cárcel.

Al cabo de mucho, mucho tiempo, contaría que había tenido un conocido estudiante que hacía dinamita delante de ella.

Al final, Simanovski, ese hombre tan enigmático e influyente en su entorno juvenil, donde debía lidiar más con la teoría, y tan torpe cuando se enfrentaba a la experiencia práctica con un alma viva, era simplemente tonto, pero sabía ocultar hábilmente este su único sincero atributo.

Habiendo fracasado en las ciencias aplicadas, pasó de inmediato a la metafísica. Un día, con gran seguridad en sí mismo y tal tono que no dejaba lugar a objeciones, declaró a Liubka que Dios no existía y que podía demostrárselo en cinco minutos. Entonces ella se levantó de un salto y le dijo firmemente que, aunque había sido prostituta, creía en Dios y no permitiría que lo ofendiera en su presencia, y que, si continuaba con tales tonterías, se quejaría a Vasili Vasílievich.

—Y también le diré –añadió con voz llorosa– que usted, en vez de enseñarme, solo dice sandeces y cosas desagradables, y que todo el tiempo tiene la mano puesta sobre mi rodilla. Y eso no es nada noble.

Por primera vez en todo su trato, ella, antes tímida y cohibida, se apartó bruscamente de su maestro.

Sin embargo, Simanovski, tras aguantar algunos reveses, seguía persistiendo obstinadamente en influir sobre la mente y la imaginación de Liubka. Intentó explicarle la teoría del origen de las especies, empezando en la ameba y siguiendo hasta Napoleón. Liubka lo escuchaba atentamente, mas sus ojos mostraban una expresión suplicante: «¿Cuándo vas a parar de una vez?». Bostezaba en un pañuelo y luego se disculpaba con tono culpable: «Perdone, es por los nervios».

Marx tampoco tuvo éxito, los términos mercancía, plusvalía, fabricante y obrero, convertidos en fórmulas algebraicas, no eran para Liubka sino sonidos vacíos que sacudían el aire, y ella, en su sencilla sinceridad, siempre se levantaba apresurada y alegremente del asiento al escuchar que el *borsch* parecía estar hirviendo o que el samovar se iba a derramar.

No se puede decir que Simanovski no tuviera éxito con las mujeres. Su aplomo y su tono firme y decidido siempre surtían efecto en las almas simples, especialmente en las frescas, ingenuas y confiadas. De las relaciones duraderas se libraba siempre con facilidad: o bien pesaba sobre él una enorme responsabilidad, ante la cual las relaciones amorosas familiares eran insignificantes, o bien se hacía pasar por un superhombre al que todo le estaba permitido (¡oh tú, Nietzsche, siempre has sido tan denostado y malinterpretado para nuestros escolares!). La resistencia pasiva, casi imperceptible, pero firme y evasiva de Liubka lo irritaba y lo turbaba. Lo provocaba especialmente que ella, antes tan accesible, dispuesta a entregar su amor a varios hombres seguidos, en un solo día, a cada uno por dos rublos, ¡de pronto ahora jugara a un amor puro y desinteresado!

«Ierundá», pensaba él. «Esto no puede ser. Se hace la dura, y probablemente yo no consigo acertar con el tono».

Y cada día se volvía más exigente, más quisquilloso y severo. Probablemente de forma inconsciente, más bien por costumbre, confiaba en su influencia habitual, que intimidaba el pensamiento y dominaba la voluntad, y que casi nunca le fallaba.

Un día Liubka se quejó de él a Lijonin.

—¡Ay, Vasili Vasílievich, es demasiado estricto conmigo! No entiendo nada de lo que dice y ya no quiero estudiar más con él.

Lijonin logró calmarla con mucho esfuerzo, pero aun así habló con Simanovski. Este le respondió con frialdad:

—Como quiera, querido mío. Si a usted o a Liubka no les gusta mi método, estoy dispuesto a renunciar. Mi tarea consiste únicamente en introducir en su educación un verdadero elemento de disciplina. Si ella no entiende algo, la obligo a memorizarlo. Con el tiempo, este método cambiará, pero es inevitable. Recuerde, Lijonin, lo difícil que nos resultó el paso de la aritmética al álgebra, cuando nos obligaban a sustituir números simples por letras y no acertábamos a comprender para qué. O cuando nos enseñaban gramática, en lugar de simplemente recomendarnos escribir nuestras propias historias y poemas.

Al día siguiente, bajo la pantalla de la lámpara, inclinado más

cerca de lo normal sobre el cuerpo de Liubka, oliéndole el pecho y las axilas, le decía:

—Dibuje un triángulo… Así… y así. Arriba yo escribo: «Amor» y usted escriba solo la letra A, y debajo M y H. Esto será: el amor de la mujer y el hombre.

Con la actitud de un sacerdote en el altar, firme e implacable, hablaba toda clase de tonterías eróticas, y de forma casi inesperada terminó:

—Mire, Liuba. El deseo de amar es lo mismo que el deseo de comer, beber y respirar.

Apretaba con fuerza su muslo mucho más arriba de la rodilla, y ella, avergonzada y sin querer ofenderlo, trataba de apartar la pierna apenas perceptiblemente, poco a poco.

—Dígame, ¿sería ofensivo para su hermana, su madre o su marido que un día no comiera en casa y fuera a un restaurante o a una cantina para saciar su hambre? Así es el amor. Ni más ni menos. Placer fisiológico. Tal vez más fuerte, más intenso que otros, pero solo eso. Ahora, por ejemplo: la deseo como mujer. Y usted…

—¡Basta, señor! –lo interrumpió Liubka con fastidio–. Otra vez lo mismo. Siempre con la misma cantinela. Ya se lo he dicho: no y no. ¿Acaso no veo a dónde pretende llegar? Pero jamás consentiré en engañar a Vasili Vasílievich, porque es mi benefactor y lo amo con toda mi alma… Y además usted me resulta bastante repugnante con sus tonterías.

En otra ocasión, a causa de sus principios teóricos, le causó a Liubka una gran y escandalosa aflicción. En la universidad ya se comentaba que Lijonin había salvado a una joven de cierta casa y que ahora se ocupaba de su regeneración moral. Tal rumor, naturalmente, llegó también a oídos de las alumnas que frecuentaban los círculos estudiantiles. Y así fue como Simanovski llevó un día a casa de Liubka a dos médicas, una historiadora y una poetisa novata, que ya escribía incluso críticas. Las presentó de la manera más seria y al mismo tiempo más ridícula.

—Bien, camaradas –dijo, extendiendo las manos primero a las invitadas y luego a Liubka–, hagan las presentaciones. Liuba, considérelas usted como verdaderas amigas que la ayudarán en su

camino hacia la luz; y ustedes, compañeras Liza, Nadia, Sasha y Rajil, traten a esta joven como a una hermana mayor, recién salida de la terrible oscuridad en la que el orden social coloca a la mujer moderna.

Quizá no lo dijo exactamente así, pero más o menos ese era el sentido de sus palabras. Liubka, ruborizada, tendió la mano, con todos los dedos torpemente juntos, a las chicas, que iban vestidas con coloridos suéteres y cinturones de cuero, les ofreció té con mermelada, se apresuró a darles cigarrillos, pero, de ninguna manera, por más que insistieron, aceptó sentarse. Decía: «Sí, no, como gusten». Y cuando una de las chicas dejó caer al suelo un pañuelo, Liubka se precipitó servilmente a recogerlo.

Una de las chicas, toda roja, gorda y de voz grave, cuya cara consistía solo en un par de carrillos colorados entre los que asomaba un pequeño y gracioso indicio de nariz respingona, y con un par de ojillos negros brillando desde la profundidad, como dos pasas, no dejaba de repasar a Liubka de pies a cabeza, como a través de un binóculo imaginario, con una mirada despectiva y muda. «Pero yo no le he quitado el novio a nadie», pensó Liubka con culpa. Otra de las jóvenes fue tan desconsiderada que, tal vez por primera vez para ella, pero por centésima para Liubka, comenzó a interrogarla sobre los motivos que la habían llevado a prostituirse. Era una joven inquieta, pálida, muy bonita, delicada, toda llena de rizos rubios, con aspecto de gatita mimada, que incluso, como tal, lucía un lazo rosa de felpa al cuello.

—Dígame, ¿quién fue el canalla… el que primero…? En fin, ya sabe… –preguntó–.

En la mente de Liubka pasaron rápidamente imágenes de sus antiguas amigas, Zhenka y Tamara, tan orgullosas, valientes e ingeniosas –mucho más listas que estas chicas–, y de repente, casi sin darse cuenta, dijo con brusquedad:

—Hubo muchos. Ya lo he olvidado. Kolka, Mitka, Volodka, Seriozhka, Zhorzhik, Troshka, Petka, y también Kuzka y Guska con su pandilla. ¿Y por qué le interesa?

—Eh… no… quiero decir, yo… como alguien que la compadece.

—¿Y usted tiene amante?

—Perdone, no entiendo de qué habla. Señores, ya es hora de irnos.

—¿Cómo que no entiende? ¿Alguna vez se ha acostado con un hombre?

—Camarada Simanovski, no imaginé que nos traería a casa de alguien así. Se lo agradezco. ¡Muy considerado de su parte!

A Liubka le costó solo dar el primer paso. Era de esas naturalezas que soportan mucho, pero se descontrolan rápido, y en ese momento era imposible reconocer su habitual timidez.

—¡Lo sé! –gritó con furia–. ¡Sé que ustedes son exactamente igual que yo! Pero ustedes tienen papá, mamá, no les falta de nada, y, si conviene, hasta podrían hacer desaparecer las consecuencias de sus amoríos, así lo hacen muchas. Si estuvieran en mi lugar, sin qué comer, siendo una niña que no entiende nada porque es analfabeta, y rodeada de hombres que se le echan encima como perros, ¡ustedes también estarían en un burdel! ¡Es una vergüenza burlarse así de una pobre chica!

El infortunado Simanovski dijo algunas palabras generales de consuelo con ese tono grave y reflexivo con el que hablan los padres nobles de las antiguas comedias, y se llevó a sus señoritas.

Sin embargo, estaba destinado a desempeñar aún otro papel, muy vergonzoso, penoso y definitivo en la nueva vida libre de Liubka.

Ella ya se había quejado a Lijonin de lo difícil que le resultaba la presencia de Simanovski, pero Lijonin no prestaba atención a esas nimiedades femeninas: era demasiado fuerte en él el hipnotismo vacío e inventado que emanaba aquel hombre imperativo. Hay influencias de las que es difícil, casi imposible, liberarse. Por otro lado, ya le pesaba la convivencia con Liubka. A menudo pensaba para sí: «Me está arruinando la vida, me estoy volviendo vulgar, me embrutezco, me disipo en una estúpida obra de caridad y terminaré casándome con ella, ingresando en la oficina de impuestos, o en el tribunal de huérfanos, o en la pedagogía, recibiendo sobornos, chismorreando y convirtiéndome en un provinciano inútil. ¿Qué será entonces de mis sueños sobre la belleza de la vida, el amor entre los seres humanos, las proezas heroicas y el poder de la mente?», a veces lo decía en voz alta, arrancándose mechones de pelo. De ahí

que, en lugar de atender con cuidado las quejas de Liubka, se enfadara, gritara y pateara, mientras la paciente y dulce Liubka callaba y se retiraba a la cocina para llorar allí.

Cada vez más a menudo, después de las discusiones familiares, en los momentos de reconciliación, le decía a Liubka:

—Querida Liuba, tú y yo no somos compatibles, compréndelo. Mira: aquí tienes cien rublos, vete a casa. Tu familia te recibirá como a una hija. Vive allí un tiempo, te habituarás. Dentro de seis meses iré a buscarte, habrás descansado, estarás calmada y, claro, toda la suciedad y maldad que te ha inculcado la ciudad se habrá desvanecido y morirá. Y comenzarás una nueva vida por ti misma, sin apoyo alguno, sola y orgullosa.

Pero ¿qué hacer con una mujer que se ha enamorado por primera vez y –así lo cree ella–, por supuesto, por última? ¿Cómo convencerla de la necesidad de separarse? ¿Existe lógica en eso para ella?

Pese a la actitud siempre reverente de Lijonin ante la firmeza de las palabras y decisiones de Simanovski, sospechaba y percibía su verdadero sentimiento hacia Liubka y, en su deseo de liberarse, de sacudirse ese peso fortuito e insoportable, se sorprendía a sí mismo pensando: «A Simanovski le gusta Liubka, y a ella… ¿le importa? ¿Él, yo o un tercero? Voy a hablar claramente con él y le cedo a Liubka como un gesto de camaradería. Pero la tonta no aceptará. ¡Armará un escándalo!».

«O si pudiera encontrarla a solas con él», seguía pensando, «en alguna postura comprometida… gritaría, montaría una escena… luego haría un gesto noble… un poco de dinero y… escapar».

Desde entonces pasaba días enteros sin volver a casa y, cuando regresaba, tenía que soportar horas de angustiosos interrogatorios femeninos, escenas, lágrimas, incluso ataques de histeria. Liubka a veces lo espiaba en secreto; cuando él salía de casa, lo seguía y se detenía frente al portal por donde había entrado y esperaba horas hasta que aparecía, para reprocharle y llorar en la calle. Interceptaba sus cartas, pero, como no sabía leerlas y no se atrevía a pedir ayuda al *Kniaz* o a Soloviov, las guardaba en un armario junto al azúcar, el té, el limón y otras cosuchas. Llegó a tal punto

que, en momentos de enfado, lo amenazaba con ácido sulfúrico.

«¡Que el diablo se la lleve!», pensaba Lijonin cuando le venían a la cabeza sus *pérfidos planes.* «Haya o no algo entre ellos, da igual, voy a montarles una escena terrible a ambos».

Y recitaba para sí mismo: «¡Ah, así que esas tenemos!… Te acogí en mi seno, y ¿qué veo? Me pagas con tal ingratitud… ¡Y tú, mi mejor amigo, te atreviste a tocar mi única felicidad!… Oh no, no, quedaos juntos, yo me voy con lágrimas en los ojos. ¡Veo que estoy de más aquí! No quiero interponerme entre vuestro amor», etcétera, etcétera.

Y fueron precisamente esos sueños, esos planes secretos, fugaces, fortuitos y, en esencia, tan mezquinos –de esos que uno luego no se atreve a reconocer–, los que de pronto se cumplieron.

Era una de las tardes en que Soloviov le daba clase. Para su gran alegría, Liubka acababa de leer casi sin interrupciones: «¡Hermoso es el arado de Mijéi, hermoso, el de Sisoi… golondrina… columpios… los niños aman a Dios…!». Y como recompensa por ello, Soloviov le leyó en voz alta *Sobre el mercader Kaláshnikov y el opríchnik Kiribéyevich.* Liubka saltaba de entusiasmo en su silla y aplaudía. Estaba completamente cautivada por la belleza de aquella obra monumental y heroica. Pero no pudo extenderse ni manifestar por completo sus impresiones: Soloviov tenía prisa por llegar a una cita de negocios. Justo cuando salía, apareció Simanovski, con el que apenas intercambió un saludo en la puerta. El rostro de Liubka se entristeció mientras inflaba las mejillas. Últimamente le resultaba extremadamente desagradable ese maestro pedante y macho grosero.

Esa tarde comenzó su lección hablando de que para el ser humano no existen leyes, derechos, obligaciones, honor ni vileza, y que el hombre es una entidad autosuficiente, que no depende de nada ni de nadie.

—Se puede ser un dios, se puede ser un gusano, un solitario… da igual.

Ya quería pasar a hablar de la teoría de los sentimientos amorosos, pero, por desgracia, no contuvo su impaciencia y se adelantó: abrazó a Liubka, la atrajo hacia sí y empezó a manosearla

groseramente. «Se embriagará con las caricias. Se entregará», pensaba el calculador Simanovski. Intentaba besarla en los labios, pero ella gritaba y le escupía. Toda su fingida delicadeza la abandonó.

—¡Lárgate, demonio maldito, idiota, cerdo, cabrón! ¡Te voy a hinchar la trompa!

Volvió a ella todo el vocabulario de improperios del burdel, pero Simanovski, que había perdido sus quevedos, la miraba con el rostro desencajado, con los ojos turbios y decía cualquier tontería:

—Mi querida… qué más da… ¡un segundo de placer!… ¡Nos fundiremos en la dicha!… ¡Nadie lo sabrá!… ¡Sé mía!…

Justo en ese momento Lijonin entró en la habitación.

Por supuesto, en su interior no era consciente de que estaba a punto de hacer algo ruin; él solo se vio como a lo lejos con el rostro pálido y pensó desde la distancia que sus palabras iban a ser trágicas y significativas.

—¡Sí! –dijo con voz apagada, como un actor en el cuarto acto de un drama, y, bajando impotente las manos, sacudió la cabeza inclinando la barbilla sobre el pecho–. Esperaba cualquier cosa, menos esto. A ti te perdono, Liuba, eres una mujer primitiva, pero usted, Simanovski… Yo lo consideraba… en fin, sigo considerándolo una persona decente. Pero sé que la pasión a veces es más fuerte que la razón. Aquí hay cincuenta rublos, se los dejo a usted para Liuba, seguro me los devolverá después, no me cabe duda. Cuide de su suerte… Es inteligente, bueno, honesto, y yo –«¡Canalla!», resonó en su mente una voz clara–… me voy, porque no soporto más este tormento. Que sean felices.

Sacó su cartera del bolsillo y la arrojó con teatralidad sobre la mesa, luego se agarró del pelo y salió corriendo de la habitación.

Al fin y al cabo, para él fue la mejor salida. Y la escena se desarrolló exactamente como la había soñado.

[1] Persona que ha destinado fondos para la creación, reparación o decoración de una iglesia o un monasterio ortodoxos. En la Iglesia católica sería similar a un donante *[N. de la T.].*

[2] Hace aquí referencia al monasterio de las Cuevas de Kiev, cuyo origen data de 1051, el más antiguo de Ucrania, lugar santo de peregrinación para los cristianos ortodoxos orientales. Fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1990 *[N. de la T.].*

[3] Bebida agridulce, ligeramente gaseosa y alcohólica. Se hace a base de pan fermentado, agua y hierbas. Era común desde tiempos remotos venderla en los quioscos de las calles *[N. de la T.].*

[4] La casa Rothschild es una dinastía europea de origen judeoalemán cuyo origen se remonta a mediados del siglo XVIII. Llegó a ser uno de los linajes de banqueros y financieros más influyentes del mundo, cuyo legado permanece hasta hoy día *[N. de la T.].*

[5] Salve, César, los que van a morir te saludan.

[6] Señora*.*

[7] Restaurante en el que se servían comidas y bebidas frías y calientes a través de máquinas expendedoras que funcionaban solo con monedas. Fueron muy populares a principios del siglo XX *[N. de la T.].*

[8] Señorita*.*

[9] Fíjese, baronesa, a pesar de su posición, esa es una chica instruida *.*

[10] Figúrese que yo también he notado ese curioso rostro. Es como si lo hubiese visto antes… ¿habrá sido en un sueño? ¿Delirando? ¿En mi infancia?

[11] No se moleste, baronesa, en buscar en sus recuerdos, yo puedo ayudarla. Acuérdese tan solo de Járkov, y de la habitación del hotel Koniakine, del contratista Solovieitschik y del *tenor di grazzia…* En aquel entonces aún no era usted la baronesa de…

[12] Título nobiliario. Originalmente el jefe de una tribu o de un clan eslavo, más adelante pasó a denominar al gobernante de un territorio (Estado, ducado o principado), de ahí que se suela traducir como príncipe o duque. Tras la conquista del Cáucaso, el Imperio ruso reconoció muchos de los títulos nobiliarios y de la realeza de las zonas anexionadas, integrándolos en su jerarquía nobiliaria bajo el título de *kniaz [N. de la T.].*

[13] *Kintoshka* (diminutivo de *Kinto*), pequeño comerciante que se dedicaba a la venta callejera de frutas, verduras y baratijas en Georgia *[N. de la T.].*

[14] Danza típica de los cosacos *[N. de la T.].*

[15] Producto lácteo tradicional de Asia Central, elaborado originalmente con leche de yegua fermentada, de sabor ácido y ligeramente alcohólico *[N. de la T.].*

[16] Dulce tradicional de Georgia elaborado a partir de nueces que se

ensartan en un hilo y se recubren con una mezcla de harina de trigo y zumo de uva concentrado. Históricamente era alimento de guerreros durante las expediciones por su durabilidad y valor nutritivo *[N. de la T.].*

[17] Delicias turcas *[N. de la T.].*

[18] Danza tradicional del Cáucaso; es uno de los símbolos culturales de todos los pueblos de esta región *[N. de la T.].*

[19] Maestro de ceremonias, la persona que lidera los brindis y marca el ritmo de una velada. Es una figura muy respetada en la cultura de Georgia *[N. de la T.].*

[20] Casa típica de los nativos americanos de la región de los Grandes Lagos, que consiste en un armazón de postes recubiertos con corteza, esteras de juncos o pieles, y una parte superior, típicamente, arqueada *[N. de la T.].*

[21] Expresión utilizada en la región del Cáucaso durante los banquetes; es un brindis mediante el cual se cede la palabra a otro invitado *[N. de la T.].*

[22] Tontería.

[23] Instrumento de origen turco, cuya forma y sonido tienen bastante analogía con el oboe *[N. de la T.].*

[24] Sí, caballero.

[25] Así pues.

[26] Héroes de la independencia rusa, cuya colosal estatua de bronce se alza en Moscú *[N. de la T.].*

[27] Cancioncillas populares de tono picaresco, muy extendidas entre los vendedores callejeros de Georgia, los llamados *kinto [N. de la T.].*

[28] Brocheta de carne marinada y asada a la parrilla tradicional en el Cáucaso, Rusia y Asia Central *[N. de la T.].*

TERCERA PARTE

I

Liubka contó todo aquello de forma extensa y confusa, sollozando sobre el hombro de Zhenia. Por supuesto, su versión de esta historia tragicómica no se correspondía en absoluto con lo sucedido en realidad.

Según ella, Lijonin se la había llevado únicamente para encandilarla, seducirla y servirse de su necedad mientras le resultara útil, para después abandonarla. Y ella, tonta de remate, había terminado por enamorarse de veras. Como además estaba tan celosa de todos aquellos melenudos y de aquellas muchachas de anchos cinturones de cuero, él planeó una villanía: se puso de acuerdo con su camarada y lo envió a adrede a su piso, el otro empezó a abrazar a Liubka, y justo entonces entró Vaska, los vio, armó un escándalo descomunal y la echó a la calle.

Naturalmente, en su relato había verdades y mentiras casi a partes iguales, pero así era como ella lo veía.

Contó también, con minuciosos detalles, cómo, al verse de pronto sin el amparo de un hombre ni de la firme influencia de nadie en general, tuvo que alquilar una habitación en un hotelucho miserable de una calle perdida; cómo, desde el primer día, el mozo de hotel –que era zorro viejo– intentó comerciar con ella, sin molestarse siquiera en pedirle permiso, y cómo se mudó luego a una vivienda particular, pero también allí dio con ella una vieja alcahueta experta, de esas que pululan en las casas habitadas por la pobreza.

Así que, aunque llevara una vida tranquila, había algo especial en su rostro, en su manera de hablar y en todos sus ademanes, un rasgo específico, quizá imperceptible para un ojo inexperto, pero claro e irrefutable, como la luz del día, para el olfato profesional.

A pesar de todo, aquel amor breve y sincero por Lijonin, nacido del azar, le había dado una fuerza que ni ella misma sospechaba: la fuerza de resistir a la inevitable segunda caída. En su anhelo heroico de no sucumbir, llegó hasta el extremo de publicar anuncios en varios periódicos, ofreciendo sus servicios como doncella para

cualquier tarea doméstica. Pero no tenía referencia alguna. Y, además, en su búsqueda de empleo debía tratar exclusivamente con mujeres, las cuales, por un instinto interior infalible, adivinaban en ella a la antigua enemiga: la seductora de maridos, hermanos, padres e hijos.

Volver a casa no tenía sentido, ni le convenía. Su distrito natal de Vasilkovski distaba apenas quince verstas de la capital de la provincia, y el rumor de que había entrado en «aquel establecimiento» hacía tiempo que había llegado a la aldea. Lo contaban en cartas y corría como la pólvora debido a todos los paisanos que la habían visto tanto por la calle como en casa de la propia Anna Márkovna: porteros y botones de hotel, lacayos de modestos restaurantes, cocheros y pequeños contratistas. Ella sabía bien el hedor que desprendería esa fama si regresaba a su tierra. Era preferible ahorcarse antes que soportarlo.

Liubka era tan poco calculadora y tan inepta para los asuntos de dinero como una niña de cinco años, y en muy poco tiempo se quedó sin un kópek. Regresar al burdel le resultaba aterrador y vergonzoso. Pero las tentaciones de la prostitución callejera se presentaban solas, como si le cayeran en las manos a cada paso que daba. Por las noches, mientras caminaba por la calle principal, las prostitutas viejas en el oficio reconocían al instante, sin equivocarse, su antigua profesión. Una y otra vez, alguna de ellas, al pasar por su lado, le decía con voz melosa y zalamera:

—¿Por qué camina sola, señorita? Seamos amigas, andemos juntas. Siempre es más conveniente. Los caballeros que quieren pasar un buen rato con muchachas prefieren un grupo de cuatro.

Y enseguida la reclutadora, mujer ya curtida en mil lides y embaucadora, comenzaba, primero de pasada y luego con encendido fervor, a ensalzar todas las ventajas de vivir en casa de su patrona: la comida es sabrosa, hay plena libertad para entrar y salir, y siempre es posible ocultarle a la dueña lo que ganes por encima de la tarifa establecida. De paso, en esas ocasiones, todas echaban pestes contra las mujeres de los burdeles reglamentados, a las que llamaban «pieles del Estado», «las oficiales» o «señoritas distinguidas». Liubka conocía bien el valor de aquellas burlas,

porque, a su vez, las trabajadoras de los prostíbulos hablaban con el mayor desprecio de las prostitutas callejeras, llamándolas «pordioseras» y «venéreas».

Era inevitable que, al final, ocurriera lo que tenía que ocurrir. Ante la perspectiva de una retahíla de días de hambre y, tras ellos, el oscuro horror de un porvenir desconocido, Liubka aceptó la cortés invitación de un viejecillo respetable, iba bien vestido, era pequeño, de pelo cano y maneras correctas. Por aquella humillación recibió un rublo, pero no se atrevió a protestar: la vida en el prostíbulo había eliminado por completo toda su iniciativa personal, su agilidad y su energía. Después, varias veces seguidas, él ni siquiera le pagó.

Un joven desenvuelto y apuesto, con una gorra de visera aplastada, ladeada con chulería, y camisa de seda ceñida con un cordón de borlas, también se la llevó a una habitación alquilada; pidió vino y comida, y durante un buen rato estuvo contándole una sarta de mentiras sobre que era hijo bastardo de un conde, que era el mejor jugador de billar de toda la ciudad, que todas las muchachas lo adoraban y que de Liubka también haría una «maruja»[1] afortunada. Luego dijo que salía un momento, como si tuviera algo que hacer, y desapareció para siempre. Más tarde entró el portero, un hombre severo y bizco; estuvo largo rato golpeándola en silencio, con gesto profesional, resoplando y tapándole la boca con la mano. Por fin, convencido –seguramente– de que la culpa no era de ella sino del cliente, le quitó el monedero, donde había un billete de un rublo y algunas monedas, y tomó en prenda su sombrerito barato y la chaquetilla.

Otro tipo, muy bien vestido, de unos cuarenta y cinco años, después de atormentar a la muchacha durante dos horas, pagó la habitación y le dio ochenta kopeks. Cuando ella intentó quejarse, él, con rostro bestial, le plantó ante la nariz un enorme puño peludo cobrizo y dijo con osadía:

—Sigue gimoteando… Haré que llores de verdad… Ahora mismo llamo a la Policía y les digo que me has robado mientras dormía. ¿Quieres? ¿Hace mucho que no pasas por la comisaría?

Y se fue.

Y casos como aquellos hubo muchos.

El día en que sus caseros –un barquero y su mujer– le negaron la habitación y, sin más, arrojaron sus cosas al patio, y, tras deambular toda la noche sin dormir por las calles, bajo la lluvia, escondiéndose de los guardias urbanos, solo entonces, con asco y vergüenza, se decidió a recurrir a Lijonin. Pero Lijonin ya no estaba en la ciudad: se había marchado cobardemente el mismo día en que Liubka, injustamente ofendida y humillada, huyó del piso. Y así, a la mañana siguiente, le vino la última idea desesperada: regresar al burdel y pedir perdón.

—Zhenia, usted es inteligente, tan valiente, tan buena… Ruegue por mí a Emma Eduárdovna; la gobernanta la escuchará –suplicaba a Zhenka, besándole los hombros desnudos y empapándolos con sus lágrimas–.

—No escuchará a nadie –respondió Zhenka sombríamente–. Y buena falta te hacía enredarte con semejante idiota sinvergüenza.

—Pero, Zhenia, si usted misma me lo aconsejó… –objetó Liubka con timidez–.

—¿Aconsejarte?… Yo no te aconsejé nada. ¿Qué mentiras dices de mí como si estuviera muerta?… Bueno, da igual, vamos.

Emma Eduárdovna sabía desde hacía un buen rato que Liubka había vuelto; la había visto cruzar el patio, mirando a su alrededor con recelo. En el fondo, no estaba en absoluto en contra de readmitirla. De hecho, solo la había dejado marchar porque se dejó tentar por el dinero, del cual se había quedado con la mitad. Además, pensaba que así, dada la actual temporada de afluencia de nuevas prostitutas, tendría mucho más donde elegir. Pero se equivocaba: la temporada se cortó bruscamente. En cualquier caso, había decidido aceptar de nuevo a Liubka. Solo tenía que asustarla como era debido para mantener y engordar el prestigio.

—¿Quéééé? –rugió apenas escuchó el balbuceo avergonzado de la muchacha–. ¿Quieres que te admitamos otra vez?… ¡Después de revolcarte por las calles con Dios sabe quién, bajo las cercas, y ahora, basura, te arrastras a un establecimiento decente y respetable!… ¡Puaj, cerda rusa! ¡Fuera de aquí!

Liubka atrapaba sus manos, intentando besarlas, pero la gobernanta las retiraba con brusquedad. De pronto, palideciendo,

con el rostro desencajado, mordiendo de lado el labio inferior que le temblaba, Emma descargó con un cálculo frío y puntería certera, y con toda la fuerza del brazo, una bofetada en la mejilla de Liubka que la hizo caer de rodillas. Inmediatamente la muchacha volvió a levantarse, ahogándose y tartamudeando entre sollozos.

—Queridita… no me pegue… mi buena señora, no me pegue…

Y volvió a caer, esta vez de bruces contra el suelo.

Aquella paliza sistemática, fría y exacerbada duró unos dos minutos. Zhenka, que al principio observaba en silencio con su habitual expresión de malicia y desprecio, de pronto no pudo más: lanzó un alarido salvaje, se abalanzó sobre la gobernanta, la agarró del cabello, le arrancó el postizo y empezó a gritar en un auténtico ataque de histeria:

—¡Idiota!… ¡Asesina!… ¡Alcahueta miserable!… ¡Ladrona!

Al instante, las tres mujeres clamaban al unísono, y sus voces desgarradas resonaron por todos los pasillos y cuartuchos del establecimiento. Era uno de esos accesos colectivos de gran histeria que a veces se apodera de los reclusos en las cárceles, o esa locura espontanea –*raptus*– que de pronto, de forma generaliza, invade a todo un manicomio y ante la cual palidecen incluso los psiquiatras más curtidos.

Solo al cabo de una hora logró restablecerse el orden gracias a Simeón y a dos de sus compañeros de oficio que acudieron en su ayuda. Finalmente todas, las trece muchachas, recibieron lo suyo, pero la que más fue Zhenka, que había entrado en un verdadero frenesí. Liubka, molida a golpes, se arrastró ante la gobernanta hasta que la readmitieron. Sabía que, tarde o temprano, el escándalo de Zhenka recaería sobre ella con una cruel represalia. Zhenka, por su parte, permaneció sentada en su cama hasta bien entrada la noche, con las piernas cruzadas a la turca. Se negó a comer y echaba del cuarto a todas las compañeras que entraban a verla. Tenía un ojo amoratado y se aplicaba con ahínco una moneda de cobre. Bajo la camisa desgarrada se le veía en el cuello un largo arañazo enrojecido, como la marca de una cuerda: se lo había hecho Simeón en la pelea. Permanecía allí sola, con los ojos brillando en la penumbra como los de una fiera, las aletas de la nariz hinchadas, los

pómulos agitándose convulsivamente, y murmuraba con odio:

—Esperad… Esperad, malditos… Ya os enseñaré… Ya lo veréis… Uuuh, caníbales sanguinarios…

Pero, cuando encendieron las luces y la segunda gobernanta Zosia llamó a su puerta diciendo: «¡Señorita, a vestirse!… ¡Al salón!», se lavó rápidamente, se vistió, empolvó el cardenal, cubrió el arañazo con maquillaje blanco y polvos rosados, y salió al salón: miserable, pero orgullosa; golpeada, pero con los ojos ardientes de una ira insoportable y de una belleza sobrehumana.

Muchas personas que han visto a suicidas poco tiempo antes de su terrible muerte cuentan que, en su semblante, en esas horas fatales, percibían un encanto misterioso, enigmático e incomprensible. Y todos los que vieron a Zhenka aquella noche y al día siguiente, durante las pocas horas que le quedaban, se detenían a mirarla larga, fijamente y con asombro.

Y lo más extraño (una de las sombrías jugarretas del destino) fue que el culpable indirecto de su muerte, la última gota que colma el vaso, no fue otro que el dulce y bondadoso cadete Kolia Gládyshev…

II

Kolia Gládyshev era un muchacho encantador, alegre y tímido; de cabeza grande, sonrosado, con una marca blanca –como la de la leche–, torcida y graciosa en el labio superior, bajo el primer vello de su incipiente bigotillo; de ojos azules, muy abiertos y candorosos, y tan rapado que, bajo el áspero pelo rubio, se le transparentaba la piel rosada, como la de un lechoncillo de la raza Yorkshire. Apenas el invierno pasado Zhenka jugueteaba con él, no se sabía bien si a hacer de madre o a las muñecas, y le metía a escondidas una manzanita o un par de bombones para el camino cuando salía del burdel retorciéndose de vergüenza.

Esta vez, cuando regresó, tras la larga estancia en los campamentos, se advertía en él esa rápida e imperceptible transformación que convierte de pronto a un niño en joven. Había terminado ya la escuela de cadetes y, con orgullo, se consideraba

aspirante a oficial, aunque aún llevaba con disgusto el uniforme de cadete. Había crecido, se había vuelto más esbelto y ágil; la vida de campamento le había sentado bien. Ya tenía la voz grave y, en aquellos meses, para su mayor orgullo, se le habían endurecido los pezones, signo decisivo e indiscutible –lo sabía bien– de madurez viril. Ahora, antes de someterse a la disciplina severa de la escuela militar, disfrutaba de un tiempo placentero de semilibertad. En casa le permitían oficialmente fumar en presencia de los mayores; incluso su propio padre le había regalado una pitillera de cuero con su monograma y, en un arranque de entusiasmo familiar, le había asignado una paga mensual de quince rublos.

Fue precisamente allí, en el establecimiento de Anna Márkovna, donde conoció por primera vez a una mujer: a la misma Zhenka.

La caída de almas inocentes en casas de tolerancia o con solitarias callejeras ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que suele pensarse. Cuando se pregunta sobre este delicado asunto no solo a muchachos inexpertos, sino incluso a respetables caballeros en sus cincuenta, casi abuelos, la mayoría probablemente repetirá la vieja mentira de siempre: que fueron seducidos por una doncella o una institutriz. Pero esta es una de esas mentiras extrañas, que vienen rodando desde décadas atrás y que casi ningún observador profesional ha detectado, y en todo caso jamás han sido descritas por nadie.

Si cada uno de nosotros intentara –hablando de forma grandilocuente– llevarse la mano al corazón y atreverse a rendir cuentas ante su pasado, descubriríamos que, alguna vez en nuestra infancia, tras haber contado con éxito una invención jactanciosa o conmovedora, y haberla repetido dos, cinco, diez veces por esa misma razón, luego ya no pudimos desprendernos de ella en toda nuestra vida y terminamos repitiendo con absoluta seguridad una historia que jamás existió, tan firmemente que, al final, llegamos a creerla. Con el tiempo, también Kolia contaba a sus camaradas que lo había seducido una prima suya, una joven dama de sociedad. Hay que decir, sin embargo, que la intimidad con aquella señora –alta, de ojos negros, piel blanca y fragancia dulzona de mujer sureña– existió realmente, pero solo en la imaginación de Kolia, en aquellos minutos

tristes, trágicos y tímidos de solitario placer sexual por los que pasan, si no el cien por cien de los hombres, al menos el noventa y nueve.

El despertar de sus excitaciones sexuales mecánicas había sido a una edad muy temprana –hacia los nueve o nueve años y medio–, Kolia no tenía la menor idea de lo que era en realidad el desenlace del enamoramiento y del galanteo, tan terrible cuando se contempla objetivamente desde fuera o se explica de un modo científico. Por desgracia, Kolia no tenía a su lado a ninguna de esas damas progresistas y eruditas de hoy, que desmienten el cuento de que los niños vienen de París o retuercen el cuello a la clásica cigüeña portadora, y recomiendan en conferencias, con comparaciones y analogías, explicar a los niños, sin piedad –casi con ilustraciones gráficas–, el gran misterio del amor y la procreación.

No hay que olvidar que, en aquella remota época de la que hablamos, lugares como los internados, institutos masculinos y escuelas de cadetes eran algo así como invernaderos. El cuidado de la mente y la moral de los muchachos se confiaba, en la medida de lo posible, a educadores, funcionarios formalistas, así como a profesoras impacientes, caprichosas en sus preferencias con los alumnos e histéricas como viejas solteronas. Hoy es distinto. Pero entonces los chicos quedaban abandonados a su suerte. Apenas arrancados –como si dijéramos– del pecho materno, del cuidado de devotas niñeras, de las suaves caricias matinales y vespertinas (aunque se avergonzaban de toda manifestación de ternura como cosa «afeminada»), sentían una atracción irrefrenable y dulce por los besos, las caricias y las confidencias al oído.

Por supuesto, una atención vigilante y afectuosa, los baños, los ejercicios al aire libre –no gimnasia reglamentaria, sino actividad libre, según el gusto de cada cual– habrían podido retrasar la llegada de ese periodo peligroso o al menos suavizarlo y encauzarlo.

Pero, repito, «en aquel entonces» no era así.

El anhelo de cariño familiar –prodigado por madres, hermanas y niñeras, e interrumpido tan brusca y groseramente– se tornaba en formas horrendas de demostrar o conseguir la atención de los buenos chicos, de los «idolatrados» (exactamente lo mismo que

pasaba en los institutos femeninos con el juego de la «adoración»[2]). Les gustaba cuchichear por los rincones y caminar agarrados del brazo, de la cintura o de los hombros por los pasillos oscuros, contándose al oído historias inverosímiles sobre aventuras con mujeres. Era una extraña mezcolanza de la necesidad infantil de lo fabuloso y la sensualidad que despertaba. No era raro que algún quinceañero, que todavía estaba más por jugar a la pelota o devorar con ansia la papilla del desayuno, contara –tras haber leído alguna que otra novelita barata de romances– que cada sábado, cuando tenía permiso, visitaba a una hermosa viuda millonaria, que ella estaba locamente enamorada de él y que junto a su lecho siempre había frutas y vinos caros, y cómo ella lo amaba con desenfreno y pasión.

Y entonces llegaba también, inevitablemente, la larga temporada de lectura febril y compulsiva por la que, sin excepción, a esa edad han pasado todos los muchachos y muchachas. Por muy severa que sea la vigilancia escolar, los jóvenes leían, leen y leerán precisamente aquello que se les prohíbe. Tales lecturas tienen para ellos el placer particular del fruto prohibido. Ya en tercer curso circulaban de mano en mano copias manuscritas de Barkov, de un supuesto Pushkin, de los pecados juveniles de Lérmontov y de otros textos: *La primera noche, La cereza, Luká, La fiesta de Peterhof, Ulansha, La desgracia de tener ingenio, El pope,* y así sucesivamente[3].

Pero, por extraño, inventado o paradójico que pueda parecer, ni esos escritos, ni los dibujos, ni las groseras fotografías despertaban una especial curiosidad. Se veía como una travesura, una gamberrada o un arriesgado contrabando. En la biblioteca de la escuela de cadetes había extractos castos de Pushkin y Lérmontov, estaba toda la obra de Ostrovski –que solo hacía reír– y casi toda la de Turguénev, el cual desempeñó en la vida de Kolia un papel fundamental y cruel. Como es sabido, en el difunto gran Turguénev el amor está siempre envuelto en un velo provocador, una especie de neblina intangible de lo prohibido, pero seductor. Sus heroínas jóvenes presienten el amor, se estremecen ante su proximidad, se avergüenzan en exceso, tiemblan y se ruborizan. Las mujeres

casadas o las viudas recorren ese camino doloroso de otro modo: luchan largo tiempo con el deber, con la decencia o con la opinión del mundo, y al fin –¡ay!– caen entre lágrimas, o –¡ay!– se enfrentan al desafío, o, lo que es más frecuente, un destino implacable interrumpe su vida (o la de él) en el preciso momento –¡ay!– en que al fruto maduro solo le falta un ligero soplo de aire para desprenderse. Y todos sus personajes anhelan, sin embargo, ese amor vergonzoso, lloran dulcemente y ríen con felicidad por él, y ese amor les eclipsa el mundo entero. Pero, como los muchachos piensan de manera muy distinta a nosotros, los adultos, y como todo lo prohibido, lo insinuado o lo dicho en secreto adquiere ante sus ojos un interés no doble, sino triple, era natural que de aquellas lecturas extrajeran la vaga sospecha de que los mayores les ocultaban algo.

Y cabe añadir que, precisamente, Kolia –como la mayoría de sus compañeros– había visto alguna vez a la sirvienta Frosia, tan sonrosada, siempre alegre, con piernas firmes como el acero (él mismo, en sus juegos alborotados, a veces le daba palmadas en la espalda), cuando entró de improviso en el despacho de su padre, salir disparada de allí cubriéndose el rostro con el delantal. ¿Y acaso no había notado que, en ese momento, su padre tenía la cara encendida y la nariz amoratada y alargada, de modo que Kolia pensó: «Papá se parece a un pavo»? ¿Y no había descubierto también, llevado en parte por la travesura propia de todos los muchachos y en parte por el aburrimiento, en un cajón sin llave del escritorio de ese mismo papá, una enorme colección de tarjetas en las que se representaba precisamente aquello que los vendedores llaman «la coronación del amor» y los señoritos zánganos, «la pasión celestial»?

¿Y acaso tampoco veía, cada vez antes de la visita del perfumado y almidonado Pável Eduárdovich, un don nadie agregado a no se sabía qué embajada, con quien su madre –imitando los paseos de moda por Strelka[4]– iba al Dniéper a contemplar cómo el sol se ponía al otro lado del río, en la provincia de Chernígov? ¿No veía cómo el pecho de su madre se agitaba y cómo le ardían las mejillas bajo el maquillaje? ¿No percibía en esos instantes algo nuevo y

extraño? ¿No oía su voz, una voz completamente ajena, casi teatral, nerviosamente entrecortada, que era despiadadamente áspera con la familia y los criados, y de pronto suave como terciopelo, como un prado verde bajo el sol, cuando llegaba Pável Eduárdovich? ¡Ah, si nosotros, los adultos sabios y experimentados, supiéramos cuánto –incluso más que demasiado– saben los niños y niñas que nos rodean!… Los mismos de los que solemos decir: «¿Por qué avergonzarse delante de Volodia (o de Petia, o de Katia)?… Son pequeños. ¡No entienden nada!».

Tampoco pasó en vano para Gládyshev la historia de su hermano mayor, recién salido de la escuela militar e incorporado a uno de los más distinguidos regimientos de granaderos y que, mientras disfrutaba de un permiso, antes de desplegar las alas, vivía en su casa ocupando dos habitaciones separadas. Por entonces servía para la familia la sirvienta Niusha, a quien en broma llamaban a veces «señorita Anita». Era una muchacha encantadora, de cabello negro, que, cambiándola de atuendo, podía pasar por actriz de teatro, por princesa de sangre real o por agitadora política. La madre de Kolia protegía abiertamente la inclinación medio en broma, medio en serio, que el hermano de Kolia sentía por aquella joven. Naturalmente, la guiaba un único razonamiento, sagrado y maternal: si a mi Bórinka le está destinado caer, que entregue su pureza, su inocencia, su primer impulso físico no a una prostituta, ni a una buscona, ni a una aventurera, sino a una muchacha limpia. Desde luego, a ella solo le guiaba un sentimiento desinteresado, insensato y verdaderamente maternal. Kolia, por entonces, vivía la época de las praderas del Oeste, de los apaches, de los rastreadores y de un jefe llamado «Pantera Negra»; y, naturalmente, seguía con atención el romance de su hermano, extrayendo conclusiones propias, a veces demasiado certeras, a veces fantasiosas. Seis meses después, de pie, tras una puerta, fue testigo –o más bien oyente– de una escena escandalosa. La patrona, siempre tan correcta y comedida, gritaba en su tocador a la señorita Anita, golpeaba el suelo con el pie y la insultaba con palabrotas de cochero: la señorita estaba embarazada de cinco meses. Si no hubiera llorado, probablemente le habrían dado una compensación y se habría marchado sin

escándalo; pero estaba enamorada del joven señorito, no exigía nada, solo gemía y lloraba, y por eso recurrieron a la Policía para echarla de la casa.

En quinto o sexto curso, muchos de los compañeros de Kolia ya habían comido del fruto prohibido. Por entonces, en la escuela de cadetes se consideraba un alarde de virilidad llamar a las cosas íntimas por su nombre. Arkasha Shkarin contrajo una enfermedad venérea –no peligrosa, pero sí vergonzosa– y durante tres meses enteros fue objeto de admiración entre los mayores (en aquella época la escuela estaba dividida por edades). Muchos frecuentaban ya las casas públicas y, a decir verdad, narraban sus orgías con más colorido y grandilocuencia que los húsares de los tiempos de Denís Davýdov[5]. Aquellas juergas eran, para ellos, una prueba de arrojo juvenil y la confirmación de su hombría.

Y un día, no es que convencieran a Gládyshev, más bien él mismo insistió, fueron a casa de Anna Márkovna –así de débil fue su resistencia a la tentación–. Aquella noche la recordó siempre con horror, con repugnancia y de manera confusa, como un sueño de borrachera. Apenas lograba reconstruir cómo, para darse valor, bebía en el coche de caballos un ron que olía a perro muerto; cómo aquella pócima le revolvía el estómago; cómo entró en el gran salón, donde las luces de las lámparas giraban como ruedas de fuego y los candelabros centelleaban en las paredes, donde las mujeres se movían en manchas ilusorias de rosa, azul y violeta, y el blanco de los cuellos, pechos y brazos brillaba con un dulce resplandor. Uno de sus compañeros susurró algo al oído de una de aquellas figuras irreales. Ella corrió hacia Kolia y dijo:

—Escuche, cadetito guapo, sus amigos dicen que aún es inocente… Venga conmigo… Yo se lo enseñaré todo…

La frase fue pronunciada con dulzura, pero las paredes del burdel de Anna Márkovna la habían oído ya miles de veces. Después ocurrió algo tan difícil y doloroso de recordar que, a mitad del recuerdo, Kolia se cansaba y, haciendo un esfuerzo de voluntad, apartaba la imaginación hacia otra cosa. Solo retenía en su memoria imágenes vagas: una lámpara que dibujaba círculos difusos de luz que giraban; besos insistentes; caricias turbadoras; luego un dolor súbito y

agudo, del que uno querría morir de placer y gritar de espanto al mismo tiempo, y más tarde sus propias manos pálidas y temblorosas, incapaces de abrocharse la ropa.

Claro que todos los hombres experimentan esa primera *tristia post coitum*[6], pero ese gran dolor moral, tan serio por su hondura y significado, pasa muy rápido, aunque permanece en la mayoría durante mucho tiempo –a veces toda la vida– en forma de aburrimiento o incomodidad después de ciertos momentos. Kolia pronto se habituó a ella, cobró determinación, se familiarizó con la mujer y se alegraba mucho de que, cuando entraba en el establecimiento, todas las muchachas –y la primera, Verka– gritaran:

—¡Zhenka, ha venido tu amante!

Y resultaba agradable contárselo a los compañeros, mientras se retorcía un bigote imaginario.

III

Era aún temprano, alrededor de las nueve de una lluviosa tarde de agosto. El salón iluminado de la casa de Anna Márkovna estaba casi vacío. Junto a la puerta se encontraba sentado un joven funcionario de telégrafos que, con timidez y torpeza, recogía las piernas bajo la silla y procuraba entablar con la gordinflona Katka la típica conversación trivial y desenfadada que se espera de la sociedad distinguida, en los entreactos, entre figura y figura, durante un baile de cuadrilla. Mientras, el larguirucho y viejo Vanka «el Tentetieso» vagaba por la sala, sentándose con una y con otra de las muchachas, y entreteniéndolas con sus habituales chanzas.

Cuando Kolia Gládyshev entró en el vestíbulo, la primera en reconocerlo fue Verka, la de ojos redondos, vestida con su habitual traje de *jockey.* Dio una vuelta sobre sí misma, empezó a saltar, aplaudió y gritó:

—¡Zhenka, Zhenka, ven corriendo! ¡Ha venido tu amante! ¡El cadetito!… ¡Y qué guapo está!

Pero Zhenka no se hallaba en la sala, un subinspector de trenes gordinflón se la había llevado ya.

Aquel hombre entrado en años, serio y majestuoso, era un funcionario chupatintas que vendía las velas que le robaba al Estado (en su lugar de trabajo); por otra parte, era para la casa un cliente muy conveniente, porque nunca permanecía más de cuarenta minutos allí por temor a perder su tren y miraba el reloj constantemente. En ese tiempo exacto se bebía, siempre con cuidado de no ensuciarse, cuatro botellas de cerveza y, al marcharse, daba invariablemente medio rublo a la muchacha para dulces y veinte kopeks a Simeón para té.

Kolia Gládyshev no venía solo, iba acompañado por su compañero de curso Petrov, que cruzaba por primera vez el umbral de un burdel, habiéndose rendido a las seductoras persuasiones de Gládyshev. Seguramente en aquellos instantes se hallaba en el mismo estado salvaje, febril y confuso que Kolia había experimentado año y medio antes, cuando le temblaban las piernas, se le secaba la boca y las luces de las lámparas danzaban ante sus ojos en remolinos.

Simeón tomó sus capotes y los guardó aparte, procurando que no se vieran las charreteras ni los botones.

Aquel hombre severo, que, recordemos, desaprobaba a los estudiantes por su descarada jovialidad y su lenguaje incomprensible, tampoco veía con buenos ojos la presencia en el local de esos muchachos de uniforme. «No traen nada bueno», decía a veces con aire sombrío a sus colegas. «Llega un mocoso así y se topa de narices con su superior… ¡zas!, y nos clausuran el establecimiento. Como lo que pasó con Lupéndij hace tres años. Claro, que lo cerraran no fue para tanto, lo reabrió enseguida con otro nombre, pero cuando a la dueña la condenaron a mes y medio de arresto, aquello le costó una buena suma. Solo a Kérbesh hubo que aflojarle cuatrocientos rublos… Y aún pasa otra cosa: un lechoncillo de estos pesca cualquier enfermedad y empieza a gimotear: "¡Ay, papá! ¡Ay, mamá! ¡Me muero!"; "¡Habla, canalla!, ¿dónde lo has cogido?"; "Allí… en…". Y vuelta empezar: otra vez al tribunal y a toparse con un juez injusto».

—Pasen, pasen –dijo con tono severo a los cadetes–.

Entraron entornando los ojos por la intensa luz. Petrov, que había

bebido para darse valor, se tambaleaba y estaba pálido. Se sentaron bajo el cuadro *Un banquete de bodas boyardo* y enseguida se les acercaron por ambos lados dos muchachas: Verka y Tamara.

—Invíteme a fumar, hermoso morenito –le dijo Verka a Petrov y, como por descuido, apoyó contra su pierna el muslo firme y tibio, ceñido por el *tricot* blanco–. ¡Qué guapito es usted!…

—¿Y Zhenia? –preguntó Gládyshev a Tamara–. ¿Está ocupada?

Tamara lo miró fijamente a los ojos, lo miró con tal intensidad que el muchacho se sintió incómodo y apartó la vista.

—No. ¿Por qué iba a estarlo? Solo que hoy le ha dolido la cabeza todo el día. Iba por el pasillo cuando la gobernanta abrió de golpe una puerta y, sin querer, le dio en la frente; desde entonces no se le ha ido el dolor. La pobrecilla ha estado todo el día con compresas. ¿Por qué? ¿No puede esperar? En cinco minutos saldrá. Y quedará bien satisfecho.

Verka seguía acosando a Petrov:

—Dulce mío, tesorito, ¡qué cosita tan linda es usted! Adoro a los morenos pálidos: son celosos y ardientes en el amor. –Y de pronto empezó a cantar en voz baja–:

Es mi morenito,
o es mi lucerito,
no engaña ni traicionará,
tormentos sufrirá.
Es mi abrigo y un hombre de verdad,
todo por una mujer dará.

—¿Cómo se llama usted, encanto?

—Gueorgui –respondió Petrov con su voz ronca de cadete–.

—¡Zhórzhik! ¡Zhórochka! ¡Ah, es un placer!

De pronto se inclinó hacia su oído y le susurró con gesto picaresco:

—Zhórochka, ven conmigo.

Petrov bajó la vista y murmuró lúgubre con su voz grave:

—No lo sé… Depende de lo que diga el camarada…

Verka soltó una ruidosa carcajada:

—¡Pero qué cosa! ¡Miren qué criatura! A los que son como usted, Zhórochka, en el pueblo ya los tienen más que casados, ¡y me dice: «Depende del camarada»! ¡Solo te falta pedir permiso a la nodriza! Tamara, ángel mío, imagínate: lo invito a dormir y responde: «Depende del camarada». ¿Qué es usted, señor camarada, su institutriz?

—¡No te metas, demonio! –gruñó Petrov torpemente, como un cadete a punto de lanzarse a una pelea–.

Se acercó entonces a los jóvenes el largo y desgarbado Vanka «el Tentetieso», aún más canoso que antes. Inclinó la estrecha cabeza hacia un lado, adoptó una expresión melosa y gimoteó:

—Señores cadetes, jóvenes altamente instruidos, flores del intelectualismo o, por así decirlo, futuros *Feldzeugmeister*[7], ¿no concederán a este anciano, aborigen de estos malfamados parajes, un buen cigarrillo? Pobre soy. *Omnia mea mecum porto*[8]. Pero el tabaco lo adoro.

Recibió el cigarrillo y, de inmediato, adoptó una pose desenfadada y relajada: adelantó la pierna derecha flexionada, apoyó la mano en la cadera y comenzó a cantar con la voz aflautada y temblona:

> Hubo en mi casa grandes banquetes,
> corría el champaña a raudal;
> ahora no tengo ni para pan,
> ni para un trago, hermano.
> Antes entraba en el Sarátov,
> el portero me recibía con honores;
> ahora me echan a empujones.
> Dame para un trago, hermano.

—¡Señores! –exclamó de pronto con patetismo, interrumpiendo su canto y golpeándose el pecho–. Los miro y sé que son ustedes los futuros generales Skóbelev y Gurkó[9]; pero también yo soy, en cierto modo, un militar de pura cepa. En mis tiempos, cuando estudiaba para ayudante de guardabosques, todo el cuerpo forestal era militar; por eso llamo a las puertas de oro y diamantes de vuestros corazones y os ruego: contribuid a la reconstitución de este

alférez tasador forestal con una chispa de *spiritus vini,* que ni los monjes desdeñan.

—¡Vanka! –gritó desde el otro extremo la gorda Katka–, enséñales el relámpago a los jóvenes oficiales, no gorronees así como así, ¡camello gandul!

—¡Ahora mismo! –respondió alegremente Vanka «el Tentetieso»–. Ilustrísimos bienhechores, atención. Cuadros vivientes. Tormenta en un día de junio. Composición del dramaturgo incomprendido que se oculta bajo el seudónimo de Vanka-Tentetieso. Cuadro primero.

Era un hermoso día de junio. Los rayos abrasadores del sol del mediodía iluminaban los prados floridos y los contornos del paisaje…

El rostro quijotesco de Vanka se distendió en una sonrisa dulce y arrugada; los ojos se le entornaron en medias lunas.

… Pero he aquí que en la lejanía del horizonte aparecieron las primeras nubes. Crecían, se amontonaban como peñascos, cubriendo poco a poco el azul del cielo…

Poco a poco la sonrisa fue borrándose del rostro de Vanka, que se tornaba cada vez más serio y severo.

… Al fin las nubes velaron el sol… Se hizo una oscuridad siniestra…

Vanka adoptó un gesto feroz.

… Cayeron las primeras gotas de lluvia…

Tamborileó con los dedos sobre el respaldo de la silla.

… A lo lejos fulguró el primer relámpago…

Su ojo derecho parpadeó con rapidez y la comisura izquierda de la boca se le crispó.

… Luego la lluvia se precipitó a cántaros y brilló de pronto un relámpago cegador…

Y con asombrosa destreza y rapidez, moviendo sucesivamente las

cejas, los ojos, la nariz y los labios, dibujó en su rostro el zigzag fulminante del rayo.

… Resonó un trueno estremecedor –brrrrú-uu-uu-mm–. Un roble secular cayó a tierra como si fuera una frágil caña…

Y él, con una agilidad inesperada para su edad, sin doblar ni rodillas ni espalda, inclinando solo la cabeza hacia delante, se dejó caer de pronto al suelo, rígido como una estatua; pero enseguida se levantó de un salto.

… Mas poco a poco la tormenta se apacigua. El relámpago brilla cada vez con menor frecuencia. El trueno suena más sordo, como una fiera saciada –uuuj-uuuj–… Las nubes se dispersan. Asoman los primeros rayos del sol…

Vanka dibujó una sonrisa amarga.

… Y he aquí que, por fin, el astro rey vuelve a resplandecer sobre la tierra lavada por la lluvia…

Y ahora una sonrisa dichosa y bobalicona volvió a extenderse por el rostro envejecido de Vanka «el Tentetieso».

Cada cadete le dio una moneda de dos grivnas. Él las puso en la palma de la mano, hizo un gesto en el aire con la otra mano, dijo: *ein, zwei, drei,* chasqueó los dedos… y las monedas desaparecieron.

—Tamárochka, eso no es decente –dijo con tono de reproche–. ¿No le da vergüenza quitarle a un pobre oficial retirado, casi superior, sus últimos dineros? ¿Por qué los ha escondido aquí?

Y, tras otro chasquido, sacó las monedas de la oreja de Tamara.

—Ahora vuelvo, no se aburran sin mí –tranquilizó a los jóvenes–; y si se cansan de esperarme, no me ofenderé demasiado. ¡Discúlpenme!…

—¡Vanka-Tentetieso! –le gritó desde atrás Manka «la Blanquita»–, cómprame bombones… o pastelitos por quince kopeks. ¡Toma!

Vanka atrapó al vuelo la moneda de quince kopeks, hizo una reverencia cómica y, encasquetándose de lado su gorra de uniforme con ribetes verdes, desapareció.

Se acercó entonces a los cadetes la alta y vieja Henrietta; pidió

también un cigarrillo y, bostezando, dijo:

—¿Y no bailan ustedes, jóvenes? Las señoritas llevan sentadas tanto rato que se mueren de aburrimiento.

—Por supuesto, por supuesto –aceptó Kolia–. Toquen un vals o lo que sea.

Los músicos comenzaron a tocar. Las muchachas se pusieron a bailar unas con otras, como de costumbre, ceremoniosas, con la espalda erguida y los ojos modestamente bajos.

Kolia Gládyshev, que adoraba bailar, no pudo resistirse e invitó a Tamara: desde el invierno anterior sabía que ella danzaba con más ligereza y gracia que las demás. Mientras giraba en el vals, el grueso subinspector de trenes se escurrió sigilosamente por el salón, escabulléndose entre las parejas con destreza. Kolia no llegó a verlo.

Por más que Verka insistió con Petrov, no hubo manera de arrancarlo de su asiento. La ligera embriaguez que había sentido hacía un momento se le había pasado por completo y aquello para lo que había venido le parecía cada vez más horrible, más inalcanzable y más aterrador. Podría haberse marchado, alegar que ninguna le gustaba, inventar un dolor de cabeza o algo similar, pero sabía que Gládyshev no lo dejaría ir y, sobre todo, le resultaba insoportablemente difícil levantarse y dar un solo paso. Además, sentía que no era capaz de hablar con Kolia sobre ello.

Terminó el baile. Tamara y Gládyshev volvieron a sentarse juntos.

—Pero ¿es que Zhenka no va a venir nunca? –preguntó Kolia con impaciencia–.

Tamara lanzó a Verka una mirada rápida, con una pregunta que un profano no habría entendido. Verka bajó velozmente las pestañas. Aquello significaba: sí, ya se fue…

—Voy ahora mismo a llamarla –dijo Tamara–.

—¿Qué es lo que le tiene de Zhenka tan embelesado? –intervino Henrietta–. Podría escogerme a mí.

—Está bien, otra vez será –respondió Kolia, y encendió un cigarrillo con nerviosismo–.

Zhenka aún no había empezado a vestirse. Estaba sentada ante el espejo, empolvándose el rostro.

—¿Qué ocurre, Tamárochka? –preguntó–.

—Ha venido tu cadete. Te espera.

—Ah, ¿ese chiquillo del año pasado?… ¡Que se vaya al infierno!

—Bueno, vale… Pero no sabes cómo ha crecido el muchacho, cómo ha cambiado, qué guapo está… ¡una maravilla! Si no lo quieres, me lo llevo yo.

Tamara vio en el espejo cómo Zhenka fruncía el ceño.

—No, espera, Tamara, no hace falta. Ya lo veré… Mándamelo aquí. Dile que estoy enferma, que me duele la cabeza.

—Ya le dije que Zosia abrió la puerta con brusquedad y te golpeó sin querer, y que has estado todo el día tumbada con una compresa por el dolor. Pero ¿vale la pena, Zhenka?

—Valga o no valga, no es asunto tuyo, Tamara –respondió Zhenia con brusquedad–.

Tamara preguntó con cautela:

—¿De verdad no te da ni un poco, ni un poquito de lástima?

—¿Y a ti no te doy lástima yo? –dijo, pasando el dedo por la franja roja que le cruzaba el cuello–. ¿Y no te da lástima de ti misma? ¿Y de esa pobre Liubka desgraciada? ¿Y de Pashka? ¡Eres un despojo de persona!

Tamara sonrió con malicia y altivez:

—No, cuando se trata de algo serio, no soy ningún despojo. Eso quizá lo veas pronto, Zhenka. Pero mejor no discutamos: bastante amarga es la vida ya. Bien, voy a buscarlo y te lo mando.

Cuando se fue, Zhenka bajó la llama del farolillo azul colgante, se puso un blusón de noche y se recostó. Un minuto después entró Gládyshev, seguido de Tamara, que arrastraba de la mano a Petrov, que se resistía y no levantaba la vista del suelo. Detrás asomaba el hocico rosado y puntiagudo, como de zorra, de la gobernanta bizca Zosia.

—¡Perfecto! –se afanó la gobernanta–. Da gusto mirarlos: dos apuestos caballeritos y dos lindas señoritas. Un verdadero ramillete. ¿Con qué los obsequiamos, jóvenes? ¿Cerveza o vino?

Gládyshev llevaba en el bolsillo más dinero del que jamás había tenido en su corta vida: veinticinco rublos enteros, y quería derrochar. La cerveza la tomaba por bravura, pero detestaba su

amargor y se sorprendía de que otros la bebieran. Así que, con desdén afectado, como de viejo libertino, sacando el labio inferior, preguntó con suspicacia:

—El vino… seguro que no será alguna porquería, ¿verdad?

—Pero ¿qué dice, guapito! Los señores más distinguidos aprecian nuestros vinos… De los dulces, tenemos eclesiástico, Cahors y Tenerife; y de los franceses, Lafite… También puede ser de Oporto. A las chicas les encanta el Lafite con limonada.

—¿Y por cuánto?

—No es caro. Como en todos los establecimientos distinguidos: la botella de Lafite, cinco rublos; cuatro botellas de limonada, a medio rublo cada una, dos rublos; en total, siete…

—Ya basta, Zosia –la interrumpió Zhenka con indiferencia–. No seas injusta con los muchachos. Con cinco es suficiente. Ves que son gente decente, no cualquier…

Pero Gládyshev se sonrojó y, con aire despreocupado, arrojó sobre la mesa un billete de diez rublos.

—No hay más que hablar. Está bien. Tráigalo.

—Y ya de paso cobraré la visita. ¿Cómo será, jóvenes: por horas o por la noche? Ya saben la tarifa: por horas, dos rublos; por la noche, cinco.

—Está bien, está bien. Por horas –interrumpió Zhenka, ruborizándose–. En eso hazme caso.

Trajeron el vino. Tamara mendigó también unos pasteles. Zhenka pidió permiso para llamar a Manka «la Blanquita». Ella misma no bebía; no se levantó de la cama en ningún momento y permanecía envuelta en su chal gris de Oremburgo, aunque en la habitación hacía calor. Miraba fijamente, sin apartar los ojos, el rostro hermoso, bronceado y ya tan varonil de Gládyshev.

—¿Qué te pasa, querida? –preguntó él, sentándose en la cama y acariciándole la mano–.

—Nada en particular… Me duele un poco la cabeza. Me golpeé.

—Olvídalo.

—Pero al verte me he sentido mejor. ¿Por qué llevas tanto sin venir?

—Imposible escaparse: el campamento. Ya sabes… Hasta veinte

verstas al día teníamos que marchar. Todo el día de instrucción y formación: de maniobras, de alineación, de guarnición. Con el equipo completo. A veces acababas tan molido, después de todo el día, que al anochecer no sentías ni las piernas… También había simulacros de combate… No ha sido nada fácil.

—¡Pobrecitos! –exclamó de pronto Manka «la Blanquita», juntando las manos–. ¿Y por qué torturan así a unos ángeles como ustedes? Si yo tuviera un hermano o un hijo como usted, se me partiría el corazón. ¡A su salud, cadetito!

Brindaron. Zhenka seguía observando a Gládyshev atentamente.

—¿Y tú, Zhenia? –preguntó él, tendiéndole la copa–.

—No me apetece –respondió ella con languidez–. Bueno, señoritas, hemos bebido un poco de vino, hemos charlado… ya es hora de que os vayáis.

Cuando las otras se marcharon, ella preguntó:

—¿Y si te quedaras conmigo toda la noche? No temas, cariño: si no te alcanza el dinero, yo pondré lo que falte. Mira, estás tan guapo que hasta una chica pagaría por ti –y rio–.

Gládyshev se volvió hacia ella; incluso su oído poco atento percibió en su voz un matiz extraño, no sabía si era tristeza, ternura o burla.

—No, querida, me encantaría, yo mismo querría quedarme, pero no puedo, prometí estar en casa a las diez.

—No importa, cariño, te esperarán, ya eres todo un hombre. ¿De verdad tienes que obedecer a alguien?… Pero, en fin, como tú quieras. ¿Apago del todo la luz o así está bien? ¿Prefieres el lado de la pared o el de afuera?

—Me da igual –respondió él con voz temblorosa, rodeando con el brazo el cuerpo ardiente y seco de Zhenka, y acercándose a su rostro para besarla–.

Ella lo apartó suavemente.

—Espera, ten paciencia, pichoncito… ya tendremos tiempo de besarnos. Quédate así acostado un minuto… así… tranquilo, quieto… no te muevas…

Aquellas palabras, apasionadas y autoritarias, tuvieron sobre Gládyshev un efecto hipnótico. La obedeció y se acomodó boca

arriba, con las manos bajo la cabeza. Ella se incorporó un poco, se apoyó sobre el codo y, con la cabeza descansando en el brazo doblado, contempló en silencio, a la luz tenue, el cuerpo de él: tan blanco, firme, musculoso, con el pecho alto y ancho, las costillas bien dibujadas, la pelvis estrecha y los muslos poderosos y redondeados. El bronce oscuro del rostro y de la mitad superior del cuello contrastaba bruscamente con la blancura de los hombros y del pecho.

Gládyshev cerró los ojos por un instante. Le parecía sentir sobre sí, en la cara y en todo el cuerpo, aquella mirada intensa y fija, que parecía rozarle la piel y estremecerla con un leve cosquilleo, semejante al contacto de las púas de un peine cargado de electricidad tras frotarlo con un paño: una sensación de materia viva, ligera e ingrávida.

Abrió los ojos y vio muy cerca de sí los grandes ojos oscuros e inquietantes de una mujer que ahora le parecía completamente desconocida.

—¿Qué miras, Zhenia? –preguntó en voz baja–. ¿En qué piensas?

—Mi querido niño… Te llamas Kolia, ¿verdad?

—Sí.

—No te enfades conmigo, pero concédeme un pequeño capricho: vuelve a cerrar los ojos… no, del todo, más fuerte… así… Quiero subir un poco la luz y mirarte bien. Eso es… Si supieras qué hermoso estás ahora… ahora mismo… en este instante… Luego te volverás tosco y olerás a macho cabrío; ahora hueles a piel y a leche… y un poco a flor silvestre. ¡Así, cierra los ojos, ciérralos!

Zhenka subió la luz, se separó un poco de él y se sentó en su postura favorita, con las piernas cruzadas a la turca. Ambos guardaron silencio. Se oía, de lejos, varias habitaciones más allá, el tintineo de un piano desafinado, una risa vibrante que estallaba en algún lugar, y, del otro lado, una canción y una conversación rápida y alegre. No se distinguían las palabras. Un carruaje distante retumbaba en alguna calle lejana…

«Y ahora voy a contagiarlo, como a todos los demás», pensaba Zhenka mientras deslizaba su mirada profunda por las piernas esbeltas, el hermoso torso del futuro atleta y los brazos echados

hacia atrás, en los que, por encima del codo, se tensaban con firmeza los músculos. «¿Por qué me da tanta lástima? ¿Será porque es hermoso? No. Hace tiempo que ya no conozco esos sentimientos. ¿Será porque es un niño? Hace apenas un año le metía manzanas en el bolsillo cuando se iba de mi cuarto por la noche. ¿Por qué no le dije entonces lo que puedo y me atrevo a decirle ahora? ¿Quizá, de todos modos, no me habría creído? ¿Se habría enfadado? ¿Habría buscado a otra? Tarde o temprano a todo hombre le llega su turno… Y que me comprara con dinero, ¿acaso eso es perdonable? ¿O actuaba como todos, cegado?…».

—¡Kolia! –dijo ella en voz baja–, abre los ojos.

Él obedeció, abrió los ojos, se volvió hacia ella, le rodeó el cuello con el brazo, la atrajo ligeramente hacia sí y quiso besarle el escote de la camisa, el pecho. Ella, de nuevo con ternura pero con autoridad, lo apartó.

—No, espera, espera. Escúchame… un momento más. Dime, chico, ¿por qué vienes aquí, a por mujeres?

Kolia se rio en voz baja y ronca.

—¡Qué tonta eres! ¿Por qué viene todo el mundo? ¿Acaso yo no soy también un hombre? Al fin y al cabo, parece que tengo una edad en la que todos los hombres maduran… bueno, ya sabes, esa necesidad… de una mujer…. ¡No voy a entregarme a cualquier porquería!

—¿Necesidad? ¿Solo necesidad? ¿Entonces, es igual que con ese orinal que tengo debajo de la cama?

—No, ¿por qué? –respondió Kolia con una sonrisa cariñosa–. Me gustabas mucho… desde la primera vez. Si quieres, incluso… estoy un poco enamorado de ti… al menos no me he quedado con ninguna otra.

—¡Bueno, vale! ¿Y entonces, la primera vez, fue realmente una necesidad?

—No, supongo que no fue una necesidad, pero de alguna manera sentía un vago deseo de tener una mujer… Mis amigos me convencieron… Muchos ya habían venido aquí antes que yo… Y yo, pues también…

—¿Y no te dio vergüenza la primera vez?

Kolia se sintió avergonzado: todo ese interrogatorio le resultaba desagradable, pesado. Sentía que no se trataba de una conversación vacía, ociosa, sobre sexo, tan familiar para él por su escasa experiencia, sino de algo más importante.

—Digamos… no es que me avergonzara… pero sí que me sentía incómodo. Entonces bebí para darme valor.

Zhenia volvió a tumbarse de lado, se apoyó en el codo y de nuevo lo miró de cerca y fijamente desde arriba.

—Dime, cariño –preguntó ella en voz tan baja que el cadete apenas pudo entender sus palabras–, dime una cosa más: el hecho de que pagaras dinero, esos malditos dos rublos, ¿entiendes?, que pagaste para comprar amor, para que yo te acariciara, te besara, te entregara mi cuerpo, ¿no te dio vergüenza pagar por eso? ¿Nunca?

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué preguntas tan extrañas haces hoy! ¡Pero si todos lo pagan! Si no lo hubiera pagado yo, lo habría pagado otro, ¿no te da igual?

—¿Has amado a alguien, Kolia? ¡Confiesa! Aunque no fuera de verdad, sino solo… en tu corazón… ¿Has cortejado a alguien? ¿Le has llevado flores… has caminado con ella de la mano bajo la luna? ¿Lo has hecho?

—Sí –dijo Kolia con voz grave–. ¡Cuántas tonterías se hacen en la juventud! Es comprensible…

—¿Alguna prima? ¿Una señorita educada? ¿Una institutriz? ¿Una estudiante de secundaria? ¿A que sí?

—Sí, claro, a todo el mundo le ha pasado.

—Pero no le habrías hecho nada, ¿verdad? ¿La habrías respetado? Bueno, si ella te hubiera dicho: «Tómame, pero dame dos rublos», ¿qué le habrías respondido?

—¡No te entiendo, Zhenia! –se enfadó de repente Gládyshev–. ¿Por qué te haces la dura? ¡Estás montando una comedia? Te lo juro, ahora mismo me visto y me voy.

—¡Espera, Kolia, espera! Una más, una última, la última de todas.

—¡Venga ya! –murmuró Kolia, descontento–.

—¿Nunca te has imaginado…? Bueno, imagínatelo ahora, aunque sea por un segundo… que tu familia de repente se empobreciera, se arruinara… Tendrías que ganarte el pan escribiendo cartas o,

digamos, trabajando como carpintero o herrero, y tu hermana se volvería loca, como todas nosotras… sí, sí, tu hermana, tu propia hermana… algún tonto la seduciría y ella pasaría… de mano en mano… ¿qué dirías entonces?

—¡Qué estupidez! ¡Eso no puede ser! –la interrumpió bruscamente Kolia–. Bueno, ya basta, ¡me voy!

—¡Vete, por favor! Tengo diez rublos en la caja de bombones que está junto al espejo, cógelos. A mí no me hacen falta. Cómprale a tu madre una cajita de carey con marco de oro y, si tienes una hermana pequeña, cómprale una bonita muñeca. Dile que es un recuerdo de una chica que ha muerto. ¡Vete, niño!

Kolia, con el ceño fruncido y enfadado, se incorporó y, con un solo impulso del cuerpo, saltó ágilmente de la cama. Se quedó de pie sobre la alfombra, desnudo, esbelto, hermoso, en todo el esplendor de su floreciente cuerpo juvenil.

—¡Kolia! –lo llamó Zhenia en voz baja, insistente y cariñosa–. ¡Kólichka!

Se volvió al oír su nombre como si escuchara un grito ahogado y respiró profundamente: nunca en su vida había visto, ni siquiera en los cuadros, una expresión tan hermosa de ternura, dolor y silenciosa reprobación femenina como la que veía ahora en los ojos llenos de lágrimas de Zhenia. Se sentó en el borde de la cama y rodeó con fuerza los brazos desnudos y morenos de Zhenka.

—No discutamos, Zhenia –dijo con ternura–.

Y ella se enroscó a su alrededor, le puso las manos en el cuello y apoyó la cabeza en su pecho. Así permanecieron en silencio durante unos segundos.

—Kolia –preguntó Zhenia de repente con voz apagada–, ¿nunca has tenido miedo de contagiarte?

Kolia se estremeció. Una especie de horror frío y repugnante se agitó y se arrastró por su alma. No respondió de inmediato.

—Por supuesto, sería terrible… terrible… ¡Dios mío! Pero solo voy contigo, ¡solo contigo! ¿Me lo dirías?

—Sí, te lo habría dicho –dijo ella pensativa. Y enseguida añadió rápidamente, consciente, sopesando cuidadosamente el significado de sus palabras–: Sí, claro, claro, ¡te lo habría dicho! ¿Nunca has

oído hablar de esa enfermedad llamada sífilis?

—Claro que sí… La nariz se hunde…

—No, Kolia, ¡no solo la nariz! El cuerpo entero se enferma, los huesos, las venas, el cerebro… Algunos médicos dicen tonterías, que esta enfermedad se puede curar. ¡Estupideces! ¡Nunca se cura! La persona se pudre lentamente durante diez, veinte, treinta años. En cualquier momento puede sufrir una parálisis y perder la movilidad de la mitad derecha de la cara, la pierna y el brazo derechos, y entonces ya no es una persona, sino una especie de mitad. Eres media persona y serás medio cadáver. La mayoría de ellos se vuelven locos. Y todos saben… todos los infectados saben que si comen, beben, besan, incluso si simplemente respiran en su propio entorno, al lado de sus seres más queridos, nunca pueden estar seguros de que no contagiarán a su hermana, su esposa, su hijo… Todos los sifilíticos tienen hijos monstruosos, prematuros, con bocio, tísicos, idiotas. ¡Eso es, Kolia, lo que es esta enfermedad! Y ahora… –Zhenia se enderezó de repente, agarró con fuerza a Kolia por los hombros desnudos, lo giró hacia ella, de modo que él quedó casi cegado por el brillo de sus ojos tristes, sombríos e inusuales–. Ahora, Kolia, te diré que llevo más de un mes enferma de esta porquería. Por eso no te he dejado que me besaras…

—¡Estás bromeando! ¡Me estás provocando a propósito, Zhenia! –murmuró Gládyshev, enfadado, asustado y desconcertado–.

—¿Bromeando? ¡Ven aquí!

Ella lo obligó bruscamente a ponerse de pie, encendió una cerilla y dijo:

—Ahora mira atentamente lo que te voy a enseñar…

Abrió la boca de par en par y colocó la llama de manera que le iluminara la garganta. Kolia miró y retrocedió.

—¿Ves esas manchas blancas? ¡Es sífilis, Kolia! Entiéndelo, sífilis en su forma más terrible y grave. Ahora vístete y da gracias a Dios.

Sin decir nada y sin mirar a Zhenia, empezó a vestirse rápido, sin atinar a meter los pies en los pantalones. Le temblaban las manos y la mandíbula tanto que los dientes castañeteaban, mientras Zhenia decía con la cabeza gacha:

—Escucha, Kolia, tienes suerte de haber encontrado a una mujer

honesta, otra no te habría perdonado. ¿Me oyes? Nosotras, a quienes despojáis de la inocencia y echáis de casa, y luego pagáis dos rublos por visita, siempre…, ¿lo entiendes? –de repente levantó la cabeza–. ¡Siempre os odiamos y nunca os perdonamos!

Kolia, medio vestido, tiró de repente el resto de su ropa al suelo, se sentó en la cama junto a Zhenia y, cubriéndose la cara con las manos, se echó a llorar con sinceridad, como un niño…

—Dios mío, Dios mío –susurró–, ¡es verdad! ¡Qué mezquindad! Y en nuestra casa también pasó eso: había una criada, Nyusha… una criada… también la llamaban señorita Anita… era guapa… y vivía con ella mi hermano… mi hermano mayor… un oficial… y, cuando él se marchó, ella se quedó embarazada y mi madre la echó… sí, la echó… la echó de casa como si fuera un trapo… ¿Dónde estará ahora? Y mi padre… mi padre… Él también con la… la criada.

Y Zhenka, medio desnuda, esa Zhenka atea, malhablada y escandalizadora, se levantó de repente de la cama, se puso delante del cadete y, lentamente, casi solemnemente, le santiguó.

—¡Que Dios te proteja, mi niño! –dijo con una expresión de profunda ternura y gratitud–.

Y de inmediato corrió hacia la puerta, la abrió y gritó:

—¡Gobernanta!

Zosia acudió a su llamada.

—Gobernantita –ordenó Zhenia–, por favor, vaya a ver quién de las dos está libre, Tamara o Manka «la Blanquita». Y traiga aquí a la que esté disponible.

Kolia murmuró algo desde detrás, pero Zhenia hizo caso omiso a propósito.

—Por favor, gobernanta, sea tan amable y hágalo lo antes posible.

—Ahora mismo, señorita.

—¿Por qué, por qué haces esto, Zhenia? –preguntó Gládyshev con angustia–. ¿Para qué? ¿De verdad quieres contarlo?

—Espera, no tiene que ver contigo… Espera, no haré nada que te moleste.

Un minuto después llegó Manka «la Blanquita» con su vestido marrón, liso, deliberadamente modesto y deliberadamente ajustado, de estudiante de secundaria.

—¿Me llamabas, Zhenia? ¿Es que os habéis peleado?

—No, no nos hemos peleado, Mania, es que me duele mucho la cabeza –respondió Zhenia con calma–, ¡y por eso mi amiguito me encuentra muy fría! Sé buena, Mania, quédate con él, ¡sustitúyeme!

—¡Ya está bien, Zhenia, para, cariño! –objetó Kolia con tono de sincero sufrimiento–. Lo entiendo todo, ya no hace falta… ¡No me tortures!

—No entiendo nada, ¿qué ha pasado? –dijo Manka con indiferencia, encogiéndose de hombros–. ¿Me vais a invitar a algo?

—¡Venga, vete, vete! –la despidió Zhenia con cariño–. Ahora voy yo. Era una broma.

Ya vestidos, permanecieron mucho tiempo de pie en la puerta abierta, entre el pasillo y el dormitorio, mirándose con tristeza y sin decir nada. Kolia no lo entendía, pero sentía que en ese momento se estaba produciendo en su alma uno de esos grandes cambios que influyen de manera decisiva en toda una vida.

Luego apretó con fuerza la mano de Zhenia y dijo:

—¡Perdóname! ¿Me perdonas, Zhenia? ¿Me perdonas?

—Sí, mi niño… Sí, mi bonito… Sí… Sí…

Ella le acarició con ternura, en silencio, como una madre, la cabeza rapada y dura, y le empujó suavemente hacia el pasillo.

—¿A dónde vas ahora? –le preguntó ella, entreabriendo la puerta…–.

—Voy a recoger a mi amigo y nos vamos a casa.

—Como quieras… ¡Que te vaya bien, cariño!

—¡Perdóname! ¡Perdóname! –repitió Kolia una vez más, extendiendo las manos hacia ella–.

—Ya te lo he dicho, mi querido niño… Y tú también perdóname… ¡Ya no nos volveremos a ver!

Y ella, tras cerrar la puerta, se quedó sola.

En el pasillo, Gládyshev se quedó indeciso porque no sabía cómo encontrar la habitación a la que se habían ido Petrov y Tamara. Pero le ayudó la gobernanta Zosia, que pasó corriendo a su lado con aire muy preocupado y angustiado.

—¡Ah, no es aquí! –respondió bruscamente a la pregunta de Gládyshev–. La tercera puerta a la izquierda.

Kolia se acercó a la puerta indicada y llamó. En la habitación se oyó un alboroto y susurros. Volvió a llamar.

—¡Kerkovius, abre! Soy yo, Solitiórov.

Entre los cadetes que partían juntos de expediciones, era costumbre acordar nombres ficticios para llamarse entre sí. No se trataba de una conspiración, ni de una artimaña para burlar la vigilancia de los superiores, ni del temor a comprometerse ante el encuentro fortuito con algún conocido de la familia, sino de una especie de juego de misterio e interpretación que se remontaba a los tiempos en que los jóvenes se entusiasmaban con las aventuras de Gustave Aimard, Main-Reed y el detective Lecocq.

—¡No se puede! –se oyó la voz de Tamara detrás de la puerta–. No se puede entrar. Estamos ocupados.

Pero la voz grave de Petrov la interrumpió inmediatamente:

—¡Bobadas! Ella miente. Entra. Se puede.

Kolia abrió la puerta.

Petrov estaba sentado en una silla, vestido, pero todo rojo, serio, con los labios hinchados como los de un niño y la mirada baja.

—¡Y ahora trae también a su compañero… Sin palabras…! –dijo Tamara con tono burlón y enojado–. Pensé que era realmente un hombre, ¡pero es una niñata!… Por favor, te da pena perder tu virginidad. ¡Menudo tesoro tu virginidad! ¡Coge tus dos rublos, tómalos! –le gritó de repente a Petrov y tiró dos monedas sobre la mesa–. ¡De todos modos se los darás a alguna sirvienta! ¡O guárdalos para comprarte unos guantes, renacuajo!

—Pero ¿qué le pasa, por qué me arma la bronca? –refunfuñó Petrov sin levantar la vista–. Yo no le estoy diciendo nada malo. ¿Por qué se pone así? Tengo todo el derecho a hacer lo que quiera. Pero he pasado tiempo con usted, así que tómelo. No quiero a la fuerza. Y por tu parte, Gládyshev… es decir, Solitiórov, no está nada bien. Pensaba que era una chica decente, pero no para de intentar besarme y Dios sabe qué más quiere hacerme…

Tamara, a pesar de su enfado, se echó a reír.

—¡Ay, tontito, tontito! Bueno, no te enfades, aceptaré tu dinero. Pero verás: esta noche te arrepentirás y llorarás. No te enfades, no te enfades, ángel, hagamos las paces. Estrechémonos las manos.

—Vámonos, Kerkovius –dijo Gládyshev–. ¡Adiós, Tamara!

Tamara guardó el dinero, como es costumbre entre las prostitutas, en la media y se dispuso a acompañar a los chicos.

Mientras cruzaban el pasillo, Gládyshev se sorprendió por el extraño, silencioso y tenso ajetreo que había en la sala, el ruido de pasos y unas conversaciones rápidas, en voz baja y entrecortada.

Cerca de donde acababan de sentarse, debajo del cuadro, se habían reunido todos los habitantes de la casa de Anna Márkovna y algunas personas ajenas al lugar.

Estaban de pie, apiñados, inclinados hacia delante. Kolia se acercó con curiosidad y, abriéndose paso entre ellos, miró entre las cabezas: en el suelo, de lado, encogido de forma antinatural, yacía Vanka «el Tentetieso». Tenía la cara azul, casi negra. No se movía y parecía extrañamente pequeño, encogido, con las piernas dobladas. Tenía un brazo doblado bajo el pecho y el otro echado hacia atrás.

—¿Qué le pasa? –preguntó Gládyshev asustado–.

Niurka le respondió con un susurro rápido y entrecortado:

—Vanka «el Tentetieso» acaba de llegar aquí… Le dio los dulces a Manka y luego empezó a hacernos adivinanzas armenias… «Es de color azul, cuelga en el salón y silba…». No podíamos adivinarlo y él dijo: «Arenque»… De repente, se echó a reír, empezó a toser y se cayó de lado, y luego… ¡pum! Al suelo, y no se mueve… Mandamos llamar a la Policía… ¡Dios mío, qué miedo! ¡Tengo mucho miedo a los muertos!

—¡Espera! –la detuvo Gládyshev–. Hay que tocarle la frente: quizás aún esté vivo…

Se inclinó hacia delante, pero los dedos de Simeón, como unas tenazas de hierro, lo agarraron por encima del codo y tiraron de él hacia atrás.

—No se puede hacer nada –ordenó Simeón con severidad–, ¡váyanse de aquí, señoritos! No tienen nada que hacer aquí: vendrá la Policía, los llamarán como testigos y entonces los echarán de la academia militar, ¡al diablo! ¡Salgan de una vez!

Los acompañó hasta la entrada, les puso los abrigos en las manos y añadió con aún más severidad:

—¡Ahora largo, corriendo! ¡Rápido! ¡Que no se os vea el pelo! Y, si

volvéis, no os dejaré entrar. ¡Vaya unos listos! Le dieron vodka al viejo perro y la ha *palmao,* ¿qué quieres?

—¡No te pases! –le espetó Gládyshev como un gallito–.

—¿Que no me pase? –gritó de repente Simeón con furia, y los ojos negros, sin cejas ni pestañas, se volvieron tan aterradores que los cadetes retrocedieron–. ¡Te voy a dar tal paliza que te vas a olvidar de cómo se habla! Las piernas te las arranco desde el culo. ¡Fuera! ¡O el primer porrazo en la nuca te lo llevas tú!

Los chicos bajaron las escaleras.

En ese momento, subían dos hombres con gorras de paño ladeadas y las chaquetas desabrochadas, uno con camisa azul y el otro con camisa roja, evidentemente compañeros de profesión de Simeón.

—¿Qué, es Vanka «el Tentetieso»? –gritó alegremente uno de ellos desde abajo, dirigiéndose a Simeón–.

—Sí, debe de estar muerto –respondió Simeón–. Lo primero, muchachos, es tirarlo a la calle o vendrán los espíritus a molestarnos. ¡Al diablo con él! Que piensen que se emborrachó y palmó en la calle.

—¿Y tú… no lo… no habrá sido cosa tuya?

—¡Qué tontería! Habría que tener un motivo. Era un hombre inofensivo. Un cordero. Supongo que le llegó su hora.

—¡Pues vaya un lugar para morir! ¿No se le ocurrió nada peor? –dijo el que llevaba la camisa roja–.

—¡Eso es cierto! –confirmó el otro–. Vivió ridículamente y murió pecaminosamente. ¡Vamos, camarada!

Los cadetes corrieron tan rápido como pudieron. Ahora la imagen de Vanka «el Tentetieso», encogido en el suelo con el rostro azul, les parecía tan aterradora como la de los muertos vistos en la infancia, y más aún al recordarla en la oscuridad de la noche.

IV

Desde la mañana caía una lluvia menuda, fina como el polvo, persistente y tediosa. Platónov trajinaba en el puerto descargando

sandías. En la fábrica donde pensaba trabajar desde el verano no tuvo suerte: al cabo de una semana ya había discutido y casi llegado a las manos con el capataz, un hombre extremadamente grosero con los obreros. Cerca de un mes, Serguéi Ivánovich fue sobreviviendo como pudo, poco menos que a pan y agua, en algún cuchitril perdido de la calle Temnikóvskaya, llevando de vez en cuando a la redacción de *Ecos* breves notas sobre incidentes callejeros o estampas cómicas tomadas de los juzgados de paz. Pero el oscuro oficio del periódico hacía tiempo que le hastiaba. Siempre le había atraído la aventura, el trabajo físico al aire libre, una vida absolutamente desprovista incluso del menor asomo de comodidad; lo seducía el vagabundeo despreocupado en el que el hombre, habiéndose despojado de todos los condicionantes externos, no sabe lo que le deparará el mañana. Por eso, cuando desde la cuenca baja del Dniéper empezaron a remontar las primeras barcazas cargadas de sandías, se unió con gusto a la cooperativa, donde lo conocían ya del año anterior y lo apreciaban por su carácter alegre, su espíritu de camaradería y su destreza magistral para llevar las cuentas.

El trabajo marchaba en armonía y con destreza. En cada barcaza operaban al mismo tiempo cuatro cuadrillas de cinco hombres cada una. El primero sacaba la sandía de la bodega y se la pasaba al segundo, que estaba de pie en la borda; el segundo la lanzaba al tercero, ya apostado en el muelle; el tercero la arrojaba al cuarto, y el cuarto la entregaba al quinto, que esperaba sobre la carreta y acomodaba las sandías –unas de color verde oscuro, otras blanquecinas y otras rayadas– en hileras uniformes y brillantes. Era un trabajo limpio, alegre y rapidísimo. Cuando se reunía una buena cuadrilla, daba gusto ver cómo las sandías pasaban de mano en mano, atrapadas al vuelo con velocidad y precisión circenses, y no cesaban de volar una y otra vez hasta llenar por completo la carreta. Solo resultaba difícil a los novatos, los cuales no habían adquirido aún soltura, ni pillaban ese particular sentido del ritmo. De hecho, no es tan difícil atrapar una sandía como saber lanzarla.

Platónov recordaba muy bien sus primeras experiencias del verano anterior. Buena fue la sarta de insultos venenosos, socarrones y groseros que cayó sobre él cuando, a la tercera o cuarta vez, se

distrajo y retrasó la cadena. Dos sandías, lanzadas fuera de compás, se estrellaron contra el pavimento con un crujido jugoso, y Platónov, completamente desconcertado, dejó caer también la que tenía en las manos. La primera vez lo trataron con indulgencia; al segundo día, en cambio, al hacer el reparto de la paga, comenzaron a descontarle cinco kopeks por cada sandía perdida. La siguiente vez que ocurrió, le advirtieron que, sin liquidación alguna, lo echarían de inmediato de la cooperativa. Platónov aún recordaba cómo una rabia súbita se apoderó de él: «¿Ah, sí? ¡Idos al infierno!», pensó. «¡Como si me importaran vuestras sandías! ¡Pues tomad, tomad…!». Aquel arrebato pareció ayudarlo al instante. Comenzó a atrapar con descuido las sandías y a lanzarlas con la misma despreocupación, y, para su sorpresa, sintió de pronto que precisamente en ese momento había entrado por fin, con todos sus músculos, con la vista y la respiración, en el verdadero ritmo del trabajo. Comprendió que lo esencial era no pensar en absoluto en que las sandías tuvieran valor, y que, tan pronto como uno dejaba de hacerlo, todo marchaba bien. Cuando por fin dominó por completo aquel arte, durante largo tiempo le sirvió como una especie de juego atlético, agradable y entretenido. Pero también eso pasó. Finalmente, llegó al punto de sentirse como una rueda que se movía sin voluntad, mecánicamente, dentro de una máquina colectiva formada por cinco hombres y la interminable cadena de sandías voladoras.

Ahora él era el número dos. Inclinándose rítmicamente hacia abajo, cogía sin mirar, con ambas manos, la sandía fría, firme y pesada; la balanceaba hacia la derecha y, también casi sin mirarla –o apenas con el rabillo del ojo–, la arrojaba hacia abajo, para después inclinarse inmediatamente a por la siguiente. Y, mientras tanto, su oído captaba cómo caían en las manos… *plop-plop… plop-plop…* las sandías atrapadas; de inmediato volvía a inclinarse, coger y lanzar otra vez, expulsando el aire con un sonoro resoplido… *uf… uf…*

El trabajo de aquel día estaba siendo especialmente rentable: su cooperativa, compuesta por cuarenta hombres, había aceptado, debido a la gran urgencia, no trabajar por jornal, sino a destajo, por carreta cargada. El encargado, uno de esos hombres grandes y forzudos de Poltava, llamado Zavorotny, lo había hecho, burlando

con gran astucia al propietario, un joven, al parecer, aún sin mucha experiencia. Lo cierto es que el propietario más tarde se dio cuenta e intentó modificar las condiciones, pero los veteranos horticultores del gremio lo disuadieron a tiempo: «Déjelo. Lo matarán», le dijeron con sencillez y firmeza. Gracias a ese golpe de suerte, cada miembro de la cooperativa ganaba ahora hasta cuatro rublos diarios. Todos trabajaban con un afán extraordinario, casi con furia, y si hubiera sido posible medir con algún aparato el rendimiento de cada uno, seguramente el esfuerzo realizado habría equivalido a la jornada de un gran *bitiug*[10] de Vorónezh.

Sin embargo, ni siquiera eso satisfacía a Zavorotny: no dejaba de apremiar y apremiar a sus muchachos. Instigado por el orgullo profesional, quería elevar la ganancia diaria de los miembros de la cooperativa a cinco rublos por barba. Y así, alegremente, con insólita ligereza, girando y reluciendo, las húmedas sandías verdiblancas volaban veloces del embarcadero a la carreta, dejando oír sus jugosos golpes contra las palmas de las manos ya curtidas.

De pronto, la draga del puerto emitió un silbido largo y sostenido. Le respondió otro, luego un tercero desde el río y varios más desde la orilla; durante un buen rato rugieron juntos en un potente coro desacompasado.

—*¡B-a-s-t-a-aaa!* –rugió Zavorotny con voz ronca y profunda, exactamente como el silbato de una locomotora–.

Se oyeron los últimos *plop-plop* y el trabajo se detuvo en seco.

Platónov se irguió con deleite, arqueó la espalda hacia atrás y estiró los brazos entumecidos. Pensó con satisfacción que ya había superado ese primer dolor que se siente en todos los músculos los primeros días, cuando uno, desacostumbrado, empieza apenas a meterse en el ritmo del trabajo. Hasta ese día, al despertarse por las mañanas en su cuchitril de la calle Temnikóvskaya –también con el habitual sonido de la sirena de la fábrica–, en los primeros minutos sentía un dolor tan terrible en el cuello, la espalda, los brazos y las piernas que le parecía que solo un milagro podría obligarlo a levantarse y dar unos pasos.

—¡A cooomeeer! –volvió a vociferar Zavorotny–.

Los estibadores bajaron hacia el agua y, de rodillas o tendidos

boca abajo sobre las pasarelas y las balsas, comenzaron a recoger agua a palmadas y lavarse las caras y las manos sudadas y enrojecidas. Luego, allí mismo, en la orilla, apartados en el único rincón donde quedaba algo de hierba, se dispusieron a almorzar: colocaron en círculo una decena de las sandías más maduras, pan negro y veinte pescados secos salados.

Gavríushka «el Bala» ya iba corriendo hacia la taberna a por el vodka, con una garrafa de cinco o seis litros, y, mientras corría, cantaba el toque de rancho de los militares:

> Toma la cuchara, trae el caldero,
> si no hay pan, mastica a pelo.

Un niño descalzo, sucio y tan harapiento que mostraba mucha más piel que ropa, corrió hacia el grupo.

—¿Quién es aquí Platónov? –preguntó, mirando rápidamente con ojos furtivos–.

Serguéi Ivánovich se identificó:

—Yo soy Platónov, ¿y tú cómo te llamas?

—Aquí, a la vuelta de la esquina, detrás de la iglesia, te espera una señorita… Toma… Te manda una nota.

La cuadrilla se echó a reír.

—¡Dejad de hacer el tonto! –dijo Platónov con calma–. Dame la nota.

Era una carta de Zhenia, escrita con una letra redonda, ingenua, infantil y poco ortodoxa.

> Serguéi Ivánovich. Perdone que le moleste. Necesito hablar con usted sobre un asunto muy, muy importante. No le molestaría si fuera por una bobería. Solo serán 10 minutos. Zhenia, a la que usted conoce de la casa de Anna Márkovna.

Platónov se levantó.

—Voy a ausentarme un momento –le dijo a Zavorotny–. Cuando empiecen, estaré en mi puesto.

—Vaya forma de escabullirse –respondió el capataz con desdén y pereza–. Para eso tienes toda la noche… Vete, vete, quién te lo

impide. Pero en cuanto empecemos a trabajar, si no estás aquí, hoy no cuenta. Cogeré a cualquier vagabundo. Y las sandías que pierda, también correrán de tu cuenta… No pensaba, Platónov, que fueras tan sinvergüenza…

Zhenia lo esperaba en un pequeño parque, situado entre la iglesia y el paseo marítimo, en el que solo había una docena de álamos miserables. Llevaba un vestido gris de una sola pieza y un sombrero sencillo redondo de paja con una cinta negra. «A pesar de vestir modestamente», pensó Platónov, mirándola desde lejos con sus habituales ojos entrecerrados, «cualquier hombre que pase por delante la mirará y sin duda se volverá tres o cuatro veces: notará enseguida ese algo especial».

—¡Hola, Zhenia! Me alegro mucho de verte –dijo amablemente, estrechándole la mano–. ¡No me lo esperaba!

Zhenia se mostraba tímida, triste y, al parecer, preocupada por algo. Platónov lo sintió de inmediato.

—Discúlpame, Zhenia, ahora tengo que almorzar –dijo–, así que, tal vez, podrías acompañarme y contarme qué te pasa mientras yo aprovecho para comer. Hay una pequeña taberna cerca. A esta hora no hay nadie y tiene una salita que parece un reservado, allí estaremos estupendamente. ¡Vamos! Quizá tú también quieras comer algo.

—No, no voy a comer –respondió Zhenia con voz ronca–, y no te retendré mucho… solo unos minutos. Necesito consejo, necesito hablar, y no tengo a nadie con quien hacerlo.

—Muy bien… ¡Vamos! Estoy dispuesto a ayudarte en todo lo que pueda. ¡Te aprecio mucho, Zhenia!

Ella lo miró con tristeza y gratitud.

—Lo sé, Serguéi Ivánovich, por eso he venido.

—Si necesitas dinero, dímelo directamente. Yo no tengo mucho, pero la cooperativa me adelantará algo.

—No, gracias… No es eso. Ya te lo contaré todo cuando estemos allí.

En la taberna oscura y de techo bajo, un antro habitual de ladrones de poca monta, donde solo se comerciaba por la noche, hasta bien entrada la madrugada, Platónov ocupó una pequeña sala

en penumbra.

—Dame carne cocida, pepinillos, un vaso de vodka y pan –le pidió al sirviente–.

El camarero, un joven de rostro sucio, nariz chata, todo grasiento y mugriento, como si acabaran de sacarlo de un basurero, se limpió los labios y preguntó con voz ronca:

—¿Cuántos kopeks de pan?

—Lo que haya –dijo y luego se echó a reír–. Trae todo lo que puedas, luego haremos cuentas… ¡Y *kvas*! Bueno, Zhenia, dime qué te pasa… Por tu cara veo que tienes algún problema o que te pasa algo serio… ¡Cuéntame!

Zhenia jugueteó con su pañuelo durante un buen rato y se miraba las puntas de los zapatos como si estuviera reuniendo fuerzas. La timidez se apoderó de ella, no se le ocurrían las palabras adecuadas y necesarias. Platónov intervino en su ayuda:

—No te avergüences, querida Zhenia, ¡cuéntame lo qué pasa! Sabes que soy de los tuyos y que nunca te traicionaré. Incluso puede que te aconseje algo bueno. Venga, lánzate al agua, ¡empieza!

—Precisamente eso es lo que no sé, cómo empezar –dijo Zhenia indecisa–. Verá, Serguéi Ivánovich, estoy enferma… ¿Me entiende? Muy enferma… De la peor enfermedad… ¿Sabe cuál?

—¡Continúa! –dijo Platónov, asintiendo con la cabeza–.

—Y hace tiempo que la tengo… más de un mes… quizá mes y medio… Sí, más de un mes, porque me enteré de ello el día de Pentecostés…

Platónov se frotó rápidamente la frente con la mano.

—Espera, lo recuerdo… Fue el día que estuve allí con los estudiantes… ¿No es así?

—Así es, Serguéi Ivánovich, así…

—Ay, Zhenia –dijo Platónov con reproche y pesar–. ¿Sabes que después de eso dos estudiantes se enfermaron…? ¿Sería por ti?

Los ojos de Zhenia brillaron con ira y desprecio.

—Quizá de mí… ¿Cómo voy a saberlo? Había muchos… Recuerdo que estaba ese que se metió en una pelea con usted… Era alto, rubio, con quevedos…

—Sí, sí… Era Sobáshnikov. Me lo han dicho… Uno era él… Bueno, por ese no pasa nada, ¡es un pobre desgraciado! Pero el otro, ¡qué pena me da! Aunque lo conozco desde hace mucho tiempo, nunca he sabido bien cómo se apellidaba… Solo recuerdo que el apellido proviene de alguna ciudad: Polianski… Zvenigorodsk… Sus compañeros lo llamaban Ramsés… Cuando los médicos, acudió a varios, le dijeron sin lugar a duda que padecía lúes, se fue a casa y se pegó un tiro… Y en la nota que escribió había unas palabras sorprendentes, más o menos decía así: «Creía que todo el sentido de la vida estaba en la gloria de la mente, la belleza y la bondad; con esta enfermedad no soy un ser humano, sino basura, podredumbre, carroña, candidato a la parálisis progresiva. Mi dignidad humana no puede aceptarlo. El único culpable de todo lo sucedido, y por lo tanto de mi muerte, soy yo, porque, obedeciendo a un impulso animal momentáneo, tomé a una mujer sin amor, por dinero. Por eso me merezco el castigo que yo mismo me impongo…». Me da mucha pena por él… –añadió Platónov en voz baja–.

Zhenia frunció el ceño.

—Pues a mí, ni chispa.

—Haces mal… Chico, tú vete. Cuando te necesite, te llamaré –le dijo Platónov al sirviente, que estaba escuchando–. ¡Es injusto, Zhenia! Era un hombre de una extraordinaria grandeza y fuerza, solo hay uno así entre cientos de miles. No respeto a los suicidas. La mayoría de las veces son chicos que se pegan un tiro o se cuelgan por tonterías, como un niño que no recibe un caramelo y se golpea contra la pared por despecho. Pero ante su muerte inclino la cabeza con reverencia y amargura. Era un hombre inteligente, generoso, cariñoso, atento con todos y, como ves, demasiado severo consigo mismo.

—Pues a mí me da completamente igual –replicó Zhenia con obstinación–. Inteligentes o tontos, honestos o deshonestos, viejos o jóvenes, ¡los odio a todos! Porque, mírame, ¿qué soy yo? Una especie de escupidera universal, un basurero, un retrete. Piensa, Platónov, miles y miles de hombres me han forzado, me han poseído, han verraqueado y resoplado sobre mí; a todos los que

estuvieron y los que podrían estar aún en mi cama… ¡ay, cómo los odio a todos! Si pudiera, los condenaría a la tortura más horrible con fuego y hierro candente… Ordenaría…

—Eres malvada y orgullosa, Zhenia –dijo Platónov en voz baja–.

—No era ni malvada ni orgullosa… Solo lo soy ahora. No tenía ni diez años cuando mi propia madre me vendió, y desde entonces he pasado de mano en mano… ¡Ojalá alguien me viera como un ser humano! No… ¡Soy una basura, una escoria, peor que un mendigo, peor que un ladrón, peor que un asesino! Incluso un verdugo, también los tenemos en la casa, me trataría con desprecio, con repugnancia: soy nada, soy una prostituta, una chica pública. ¿Entiende usted, Serguéi Ivánovich, lo terrible que es esa palabra? ¡Pú-bli-ca! Significa que no soy de nadie: ni mía, ni de mi padre, ni de mi madre, ni rusa, ni de Riazán, ¡simplemente pública! Y a nadie se le ha ocurrido acercarse a mí y pensar: «Pero si también es un ser humano, tiene corazón y cerebro, piensa cosas, siente cosas, ¡no está hecha de madera ni rellena de paja, de serrín o de trapos!». Y, sin embargo, solo yo concibo esto. Quizá sea la única que siente el horror de su situación, de este agujero negro, apestoso y sucio. Todas las chicas con las que me he encontrado y con las que vivo ahora, ¡entiéndame, Platónov, entiéndame!, ¡no son conscientes de nada! ¡Son trozos de carne que hablan y caminan! ¡Y eso es aún peor que mi rencor!

—Tienes razón –dijo Platónov en voz baja– y esta cuestión es tal que siempre te topas con un muro. Nadie os ayudará…

—Nadie, nadie… –exclamó Zhenia con vehemencia–. ¿Recuerdas cuando, delante de ti, un estudiante se llevó a nuestra Liubka?

—Claro que lo recuerdo… ¿Y qué pasó?

—Que ayer volvió con un aspecto lastimoso, mojada… llorando… ¡La abandonó, el muy canalla! ¡Fingió ser bondadoso, pero luego le dio la patada! Le decía: «¡Eres mi hermana! Yo te salvaré, te convertiré en una persona…».

—¿De verdad?

—¡Sí! Tú eres la única persona amable y comprensiva, sin segundas intenciones, que he conocido en toda mi vida. Pero tú eres completamente diferente. Eres un poco extraño. Siempre estás

vagando por ahí, en busca de algo… Perdóname, Serguéi Ivánovich, ¡pareces tan dichoso! Por eso vine a ti, solo a ti.

—Continúa, Zhenia…

—Y cuando supe que estaba enferma, casi me volví loca de rabia, me ahogué de rabia… Pensé: «Se acabó, ya no hay nada que lamentar, nada por lo que estar triste, nada que esperar… ¡Se acabó! Pero, por todo lo que he sufrido, ¿no hay recompensa? ¿Es que no hay justicia en el mundo? ¿Acaso no puedo disfrutar al menos de la venganza por no haber conocido nunca el amor; por saber lo que es una familia solo por lo que me han contado; por ser tratada como un perro asqueroso, al que acarician y luego le dan una patada en la cabeza y le gritan: ¡vete!; porque era una persona igual que ellos, no más tonta que todos los que conocí, y me han convertido en un trapo sexual, en una especie de alcantarilla para sus placeres repugnantes? ¡Puaj! Y además de todo eso, ¿debo aceptar con gratitud una enfermedad así? ¿Acaso soy una esclava? ¿Un objeto sin voz? ¿Una mula de carga?». Entonces, Platónov, decidí contagiarlos a todos: jóvenes, viejos, pobres, ricos, guapos, feos, a todos, a todos, a todos…

Platónov, que hacía tiempo que había apartado el plato, la miraba con asombro y, más aún, casi con horror. Él, que había visto muchas cosas duras, sucias y, a veces, incluso sangrientas en su vida, sintió un miedo animal ante esa tensión de enorme odio incontenible. Al volver en sí, dijo:

—Un gran escritor francés cuenta un caso similar. Los prusianos conquistaron a los franceses y se burlaron de ellos de todas las formas posibles: fusilaron a los hombres, violaron a las mujeres, saquearon las casas, quemaron los campos… Y entonces una mujer hermosa, una francesa, muy hermosa, contagiada, comenzó a contagiar a todos los alemanes que caían en sus brazos. Contagió a cientos, tal vez incluso a miles… Y cuando murió en el hospital, lo recordaba con alegría y orgullo… Pero eran enemigos que pisoteaban su patria y apaleaban a sus hermanos… Pero tú, tú, Zhénechka…

—¡Yo a todos, a todos! Dígame, Serguéi Ivánovich, con toda sinceridad, si encontrara en la calle a un niño al que alguien hubiera

deshonrado, maltratado…, imagínese que le hubiera sacado los ojos, le hubiera cortado las orejas, y usted supiera que esa persona está pasando ahora mismo a su lado y que nadie excepto Dios, si es que existe, lo está mirando en ese momento desde el cielo, ¿qué haría usted?

—No lo sé –Platónov respondió con voz apagada y mirando al suelo, pero palideció y, cerrando los dedos convulsivamente, apretó los puños bajo la mesa–. Tal vez lo mataría…

—¡No «tal vez», «seguro»! Lo conozco, sé lo que sentiría. Bueno, pues ahora piense en esto: ¡nos maltrataron tanto a cada una de nosotras cuando éramos niñas! ¡Niñas! –gimió Zhenia con pasión y se tapó los ojos con la mano por un momento–. Recuerdo que usted mismo habló de eso en nuestra casa, casi esa misma noche, en Pentecostés… Sí, niñas, tontas, confiadas, ciegas, codiciosas, vacías… Y no podemos escapar de ese yugo… ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Y no piense, por favor, Serguéi Ivánovich, que solo siento rencor hacia aquellos que me han ofendido a mí personalmente… No, es hacia todos nuestros clientes, hacia todos esos caballeros, desde los más pequeños hasta los más grandes… Y entonces decidí vengarme por mí y por mis hermanas. ¿Es tan malo eso?…

—Zhenia, la verdad es que no sé… No puedo… No me atrevo a decir nada… No llego a comprenderlo.

—Pero eso no es lo importante… Lo importante es que… los contagiaba y no sentía nada: ni compasión, ni arrepentimiento, ni culpa; ni ante Dios ni ante la patria. Solo sentía alegría, como un lobo hambriento que ha conseguido sangre… Pero ayer ocurrió algo que ni yo misma puedo entender. Vino a verme un cadete, un niño, tonto, novato… Llevaba viniendo a verme desde el invierno pasado… Y de repente sentí lástima por él… No porque fuera muy guapo o joven, ni porque siempre fuera muy educado, incluso delicado… No, he tenido a otros así, pero no los he perdonado: los he marcado con placer, como a ganado con un hierro candente… Pero a este de repente le tuve lástima… Yo misma no entiendo por qué. No puedo entenderlo. Me parecía que era como robarle dinero a un tonto, a un idiota, o golpear a un ciego, o matar a uno que duerme… Si hubiera sido un enclenque, un flacucho o un viejo feo y libertino, no me

habría detenido. Pero era sano, fuerte, con un pecho y unos brazos de estatua… y no pude… Le devolví el dinero y le mostré mi enfermedad, en fin, fui una completa estúpida. Se alejó de mí… se echó a llorar… Y desde anoche no he dormido. Ando como aturdida en una niebla espesa… Ahora pienso que, si he terminado cediendo, entonces, lo que había planeado, mi sueño de contagiar a todos, contagiar a sus padres, madres, hermanas, novias, incluso al mundo entero… ¿todo eso era una tontería, una quimera vacía?… Ahora no entiendo nada… Serguéi Ivánovich, usted es tan inteligente, ha visto tantas cosas en la vida, ¡ayúdeme a encontrarme a mí misma!

—No lo sé, Zhenia –dijo Platónov en voz baja–. No es que tenga miedo de hablar contigo o de aconsejarte, pero es que no sé absolutamente nada. Esto supera mi entendimiento… supera mi conciencia…

Zhenia entrelazó los dedos y los crujió nerviosa.

—Y yo tampoco lo sé… Pero si todo lo que pensaba era una mentira, entonces, solo me queda una cosa… Esta idea se me ha ocurrido esta mañana…

—¡No lo hagas, no lo hagas, Zhénechka! ¡Zhenia! –la interrumpió rápidamente Platónov–.

—… Una cosa: ahorcarme.

—No, no, Zhenia, ¡eso no! Si las circunstancias fueran otras, insuperables, créeme, te diría con valentía: bueno, Zhenia, es hora de acabar con esto… Pero eso no es lo que necesitas… Si quieres, te sugeriré una salida, no menos cruel y despiadada, pero que tal vez saciará cien veces más tu ira…

—¿Cuál es? –preguntó Zhenia con cansancio, marchitándose de inmediato tras su arrebato–.

—Pues esta… Aún eres joven y, a decir verdad, eres muy guapa, es decir, puedes ser, si quieres, extraordinariamente atractiva… Eres incluso más que una belleza. Pero aún no conoces el alcance y el poder de tu apariencia y, lo que es más importante, no sabes hasta qué punto son encantadoras las personas como tú, y cómo cautivan a los hombres y los convierten en poco más que esclavos y bestias… Eres orgullosa, valiente, independiente, inteligente… Sé que has leído mucho, supongamos que incluso libros malos, pero al fin y al

cabo has leído, tu lenguaje es completamente diferente al de las demás. Con un giro afortunado de la vida, puedes curarte, puedes salir de Yama hacia la libertad. Solo tienes que mover un dedo para ver a cientos de hombres arrastrarse a tus pies, sumisos, dispuestos a cometer por ti cualquier maldad, cualquier robo, cualquier malversación… ¡Manéjalos a tu antojo con mano dura, con un látigo cruel a tu merced! ¡Arruínalos, enloquécelos hasta donde alcance tu voluntad y tu fuerza! Mira, querida Zhenia, ¿quiénes dirigen ahora la vida si no son las mujeres! Las antiguas criadas, lavanderas y coristas se reparten fortunas millonarias, son las que ahora compran hasta girasoles en la lujosa calle Tverskaya. Mujeres que apenas saben escribir su propio nombre influyen a veces, a través de un hombre, en el destino de todo un reino. Los príncipes herederos se casan con rameras y antiguas amantes… Zhenia, aquí tienes un campo abierto para tu venganza desenfrenada, y yo te admiraré desde lejos… Y tú, tú estás hecha de la misma pasta: depredadora, arruinadora… Quizá no a tan gran escala, pero los pisotearás.

—No –sonrió débilmente Zhenia–. También lo había pensado… Pero algo importante se ha marchitado dentro de mí. No tengo fuerzas, no tengo voluntad, no tengo deseos… Me siento vacía por dentro, podrida… Sabes, hay un hongo así, blanco y redondo, que cuando lo aprietas, sale un polvo oloroso. Así soy yo. Esta vida me lo ha consumido todo, excepto la maldad. Y soy apática, y mi maldad es apática… Si vuelvo a ver a algún niño, como el cadete del otro día, me dará pena y volveré a torturarme. No, mejor así…

Ella se calló. Y Platónov no sabía qué decir. Ambos se sintieron incómodos y apenados. Finalmente, Zhenia se levantó y, sin mirarlo, le tendió la mano fría y débil.

—¡Adiós, Serguéi Ivánovich! Perdón por haberle quitado su tiempo… Bueno, yo misma veo que me habría ayudado si hubiera podido… Pero parece que no hay nada que hacer. ¡Adiós!

—¡No cometas ninguna tontería, Zhenia! ¡Te lo ruego!

—¡Está bien! –dijo ella y, cansada, hizo un gesto con la mano–.

Al salir del parque, se separaron, pero, tras dar unos pasos, Zhenia de repente lo llamó:

—¡Serguéi Ivánovich, Serguéi Ivánovich!

Él se detuvo, se dio la vuelta y se acercó a ella.

—Vanka «el Tentetieso» la palmó ayer en el salón. Estaba saltando y saltando, y de repente se desplomó… Bueno, al menos fue una muerte fácil. Y se me olvidó preguntarle, Serguéi Ivánovich… Es lo último… ¿Existe Dios o no?

Platónov frunció el ceño.

—¿Qué te voy a responder? No lo sé. Creo que existe, pero no tal como lo imaginamos. Es más grande, más sabio, más justo…

—¿Y la vida futura? ¿Allí, después de la muerte? Dicen que hay un paraíso o un infierno. ¿Es cierto? ¿O no hay nada? ¿Es una fantasía? ¿Un sueño? ¿Un sótano oscuro?

Platónov guardó silencio. Trataba de no mirar a Zhenia. Se sentía abatido y asustado.

—No lo sé –dijo finalmente, con esfuerzo–. No quiero mentirte.

Zhenia suspiró y esbozó una sonrisa triste y torcida.

—Bueno, gracias, querido. Y gracias por eso… Te deseo felicidad. De todo corazón. Adiós…

Se apartó de él y comenzó a subir la colina con paso lento y vacilante.

Platónov regresó al trabajo justo a tiempo. Los hombres, descamisados, rascándose, bostezando y haciendo sus habituales estiramientos, se colocaban en sus puestos. Zavorotny, con una mirada perspicaz, vio a Platónov desde lejos y gritó a todo el puerto:

—¡Maldito demonio, has llegado justo a tiempo! Ya estaba a punto de darte la patada… ¡Bueno, al tajo!

—¡Vaya un garañón estás hecho, Serguéi! –añadió con cariño–. Ya podrías haberte reservado para la noche…

V

El sábado era el día de la visita médica. En todos los establecimientos de Yama se preparaban para ella con gran esmero y nerviosismo, al igual que lo hacen las damas de la alta sociedad cuando se disponen a recibir la visita de su médico especialista: se aseaban minuciosamente y se ponían ropa interior limpia, incluso la

más elegante que tenían. Las ventanas que daban a la calle estaban cerradas con los postigos, y junto a una de las que daban al patio colocaban una mesa con un firme almohadón encima para reclinar la espalda.

Todas las chicas estaban nerviosas… «¿Y si he pillado una enfermedad que no he notado? Me enviarán al hospital… la vergüenza, el aburrimiento de la vida hospitalaria, la mala comida, el duro tratamiento…».

Solo Manka «la Grande», o Manka «la Cocodrilo», Zoya y Henrietta, que estaban en sus treinta, lo que significa que ya eran prostitutas viejas según los criterios de Yama, que habían visto y soportado de todo, indiferentes a su trabajo, como caballos de circo blancos y gordos, permanecían imperturbablemente tranquilas. Manka «la Cocodrilo» incluso solía decir de sí misma: «He aguantado carros y carretas… Ya nada se me pegará».

Zhenia estaba tranquila y pensativa desde la mañana. Le había regalado a Manka «la Blanquita» un brazalete de oro, una cadenita para el cuello con un medallón con su foto y una cruz de plata. Le pidió a Tamara que aceptara como recuerdo dos anillos: uno de plata de tres aros deslizantes, con un corazón en el centro y debajo dos manos que se apretaban entre sí cuando las tres partes del anillo se unían, y, un aro fino de oro con un granate almandino.

—Y mi ropa interior, Tamara, dásela a Ánnushka, la sirvienta. Que la lave bien y la use, como recuerdo mío.

Estaban las dos solas en la habitación de Tamara. Zhenia había mandado a buscar coñac por la mañana y ahora, lenta y perezosamente, bebía un vaso tras otro, acompañándolos con limón y un terrón de azúcar. Era la primera vez que Tamara veía algo así y se sorprendió, porque Zhenia nunca había sido aficionada ni siquiera al vino, y bebía muy raramente, solo a petición de los clientes.

—¿Por qué estás tan generosa hoy? –preguntó Tamara–. ¿Es que vas a morir o a meterte en un convento?

—Sí, me voy –respondió Zhenia con indiferencia–. ¡Me aburro, Tamárochka!

—¿Y quién de nosotras se divierte aquí?

—¡No! No es que esté aburrida, es que todo me da igual… Te miro

a ti, miro la mesa, miro la botella, me miro las manos, las piernas, y pienso que todo es igual y que nada tiene sentido… Nada tiene sentido… Es como observar un cuadro antiguo, muy antiguo. Mira ese soldado que va caminando por la calle, me da igual, para mí es como si fuera una marioneta a la que manejan para que se mueva… Que esté mojado por la lluvia, tampoco me importa… Él morirá, yo moriré, y tú, Tamara, morirás, y tampoco veo nada terrible ni sorprendente en ello… Todo es tan simple y aburrido para mí…

Zhenia se quedó callada, bebió otro trago, chupó un terrón de azúcar y, sin dejar de mirar a la calle, de repente preguntó:

—Dime, por favor, Tamara, nunca te lo he preguntado, ¿cómo es que viniste a parar aquí? No te pareces en nada a nosotras, sabes de todo, siempre tienes una palabra amable e inteligente para cada ocasión… ¡Y lo bien que hablaste en francés aquella noche! Pero ninguna sabe nada de ti… ¿Quién eres?

—Querida Zhenia, de verdad, ¿qué importa eso?… Así es la vida… Fui estudiante universitaria, institutriz, canté en un coro, luego tuve una barraca de tiro en una terraza de verano y después me lie con un charlatán y aprendí a disparar con una Winchester… Hice de amazona americana en circos… disparaba muy bien. Luego acabé en el convento… estuve allí dos años. Me han pasado muchas cosas… No me acuerdo de todas… He robado.

—Has vivido una vida muy… variopinta…

—También tengo ya unos años. Bueno, ¿cuántos crees?

—¿Veintidós, veinticuatro?

—No, ángel mío. Hace una semana cumplí treinta y dos. Probablemente soy la mayor de todas las que estamos aquí con Anna Márkovna. Pero, si no lo aparento, tal vez se debe a que nada me sorprende, nada me afecta. Como ves, nunca bebo… Cuido mucho mi cuerpo y, lo más importante, nunca me dejo llevar por los hombres…

—Pero ¿y tu Senka?

—Senka es un caso aparte: el corazón de una mujer es tonto, absurdo… ¿Acaso puede vivir sin amor? Y yo no lo amo, es solo… un autoengaño… Pero, de todos modos, pronto voy a necesitar mucho a Senka.

Zhenia se animó de repente y miró a su amiga con curiosidad:

—Pero ¿por qué te has quedado atrapada aquí, en este agujero, siendo tan inteligente, tan guapa, tan amable…?

—Es una larga historia… y me da pereza contarla… Llegué aquí por amor: me lie con un joven y fui a la revolución con él. Porque las mujeres siempre hacemos lo mismo: actuamos como actúa nuestro amado, vemos lo que ve nuestro amado… No creía de verdad en su causa, pero me dejé llevar. Era un hombre adulador, inteligente, conversador, guapo… Pero luego resultó ser un canalla y un traidor. Jugaba a la revolución, pero delataba a sus compañeros a la Policía. Era un provocador. Cuando lo mataron y lo desenmascararon, se me quitó toda la locura. Sin embargo, tuve que ocultarme… Cambié de pasaporte. Me aconsejaron que lo más fácil era esconderme bajo una cartilla amarilla… ¡Así fue! Y aquí estoy, como en un trampolín, cuando llegue el momento, en cuanto tenga la oportunidad, ¡me iré!

—¿A dónde? –preguntó Zhenia con impaciencia–.

—El mundo es grande… ¡Y yo amo la vida! Lo mismo hice cuando estuve en el convento: allí vivía, cantaba antífonas y salmos hasta que hube descansado, y me cansé por completo, entonces, de repente, ¡hop!, y a un *café-chantant…* Buen salto, ¿no? Pues lo mismo haré desde aquí… Iré al teatro, al circo, al cuerpo de baile… pero ¿sabes, Zhenia?, lo que más me atrae en este mundo es el robo… Es atrevido, peligroso, espeluznante y, de alguna manera, embriagador… ¡Me atrae! Aparento ser una chica decente, modesta y educada. Soy completamente diferente.

De repente, sus ojos brillaron con alegría.

—¡Tengo al diablo dentro de mí!

—¡Qué bien por ti! –dijo Zhenia pensativa y con nostalgia–. Tú al menos quieres algo, pero yo tengo el alma muerta… Tengo veinte años; sin embargo, mi alma es vieja, está arrugada, huele a tierra… ¡Ojalá hubiera vivido de verdad! ¡Bah! Era todo sucio fango.

—Déjalo, Zhenia, dices tonterías. Eres inteligente, original, tienes ese poder especial ante el que los hombres se arrastran y se humillan con placer. Vete de aquí tú también. No conmigo, claro, yo siempre estoy sola, pero vete por tu cuenta.

Zhenia negó con la cabeza y, callada, sin lágrimas, escondió el

rostro entre las manos.

—No –respondió con voz apagada tras un largo silencio–, no, no puedo: el destino me ha destrozado… Ya no soy un ser humano, sino una especie de mascajo asqueroso… ¡Aj! –agitó la mano de repente–. Bebamos, Zhenia, lo mejor es el coñac –dijo dirigiéndose a sí misma–, y chupemos limón… ¡Qué asco! ¿Dónde consigue Ánnushka siempre semejante porquería? Si le untas el pelo a un perro con esto, se le cae… Y siempre, la desgraciada, te cobra cincuenta kopeks de más. Una vez le pregunté: «¿Para qué ahorras dinero?». «Para mi boda», me respondió. «A mi marido le encantará que le entregue mi virginidad», añadió. «Tengo que ganar aún unos cientos más». ¡Qué feliz! Yo tengo un poco de dinero, Tamara, en la cajita debajo del espejo, dáselo, por favor…

—¿Qué dices, tonta?… ¡No querrás matarte? –dijo Tamara con brusquedad y reproche–.

—No, solo por si acaso… ¡Toma, toma el dinero! Quizá me lleven al hospital… Y allí, ¿quién sabe lo que pasará? Me he quedado con algo por si acaso… Pero, si realmente…, Tamara, quisiera quitarme la vida, ¿de verdad me lo impedirías?

Tamara la miró fijamente, con profundidad y tranquilidad. Los ojos de Zhenia estaban tristes y completamente vacíos. El fuego vivo se había apagado en ellos y parecían turbios, como descoloridos, con el blanco de los ojos como piedra lunar.

—No –dijo Tamara finalmente, en voz baja pero firme–. Si fuera por amor, te lo impediría; si fuera por dinero, te lo desaconsejaría, pero hay casos en los que no se puede interferir. Por supuesto, no te ayudaría, pero tampoco me interpondría ni te impediría hacerlo.

En ese momento, la veloz gobernanta Zosia pasó corriendo por el pasillo gritando:

—¡Señoritas, vístanse! Ha llegado el doctor… ¡Señoritas, vístanse! ¡Señoritas, rápido!

—¡Venga, Tamara, venga! –dijo Zhenia con dulzura, levantándose–. Voy a pasar por mi habitación un momento, aún no me he cambiado, aunque, en realidad, eso da igual. Cuando me llamen, si no llego a tiempo, grita y corre a buscarme.

Y, al salir de la habitación de Tamara, la abrazó por el hombro

como por casualidad y la acarició con cariño.

El doctor Klimenko, médico de la ciudad, preparaba en la sala todo lo necesario para el examen: solución de sulfato, vaselina y otras cosas, y lo colocaba todo en una mesita aparte. Allí mismo tenía también las cartillas en blanco de las chicas, que sustituían a sus pasaportes, y una lista de todas por orden alfabético. Las chicas, vestidas solo con camisas, medias y zapatos, estaban de pie o sentadas a cierta distancia. Más cerca de la mesa estaba la propia dueña, Anna Márkovna, y tras ella, algo retiradas, Emma Eduárdovna y Zosia.

El doctor, un hombre viejo, encorvado, sucio e indiferente a todo, se colocó los anteojos torcidos sobre la nariz, miró la lista y gritó:

—¡Alexandra Budzínskaia!

Salió Nina, la pequeña de nariz respingona, con el ceño fruncido y una expresión enfadada, consciente de su propia torpeza, resoplando por la vergüenza y el esfuerzo que le suponían subirse a la mesa. El médico, entrecerrando los ojos tras las lentes que se descolocaban cada dos por tres, la examinó.

—¡Vete! Estás sana.

En el reverso del formulario anotó: «Veintiocho de agosto, sana», y puso su garabato. Antes de terminar de escribir, gritó:

—¡Irina Vóshchenkova!

Era el turno de Liubka. Durante ese mes y medio de relativa libertad, ya se había acostumbrado a no someterse a los exámenes semanales y, cuando el médico le subió la camisa hasta la barbilla, se sonrojó de repente, como las mujeres muy tímidas, incluso hasta la espalda y el pecho.

Después de ella le tocó el turno a Zoia, luego a Mania «la Blanquita», luego a Tamara y a Niurka, a quien Klimenko encontró con gonorrea y ordenó enviar al hospital.

El médico realizaba los exámenes con sorprendente rapidez. Llevaba ya unos veinte años examinando cada sábado a varios cientos de chicas y había adquirido esa destreza técnica y agilidad habituales de la experiencia, y el mismo descuido en los movimientos que suelen tener los artistas de circo, los tahúres, los

porteadores y embaladores de muebles, y otros profesionales. Realizaba sus manipulaciones con la misma inercia con la que un ganadero o un veterinario examinan cada día varios cientos de cabezas de ganado, con la misma sangre fría que tampoco le había fallado en dos ocasiones durante su obligado servicio en una ejecución capital.

¿Pensó alguna vez que ante él había personas vivas, o que él era el último y más importante eslabón de esa terrible cadena llamada prostitución legalizada?

No. Si lo hizo, debió de ser al principio de su carrera. Ahora solo tenía ante sí vientres desnudos, espaldas desnudas y bocas abiertas. Terminada la visita, no reconocería en la calle a ninguno de los ejemplares de ese rebaño anónimo que se reunía cada sábado. Lo principal era terminar lo antes posible la inspección en un establecimiento para pasar al segundo, al tercero, al décimo, al vigésimo…

—¡Susanna Ráitsyna! –exclamó finalmente el médico–.

Nadie se acercó a la mesa.

Todas las residentes de la casa se miraron entre sí y comenzaron a susurrar.

—Zhenia… ¿Dónde está Zhenka?

Pero ella no estaba entre las chicas.

Entonces Tamara, a quien el médico acababa de dejar marchar, se adelantó un poco y dijo:

—No está. Aún no ha tenido tiempo de prepararse. Lo siento, señor doctor. Voy a buscarla.

Corrió al pasillo, pero tardaba mucho en volver. Tras ella fueron primero Emma Eduárdovna, luego Zosia, varias chicas e incluso la propia Anna Márkovna.

—¡Puaj, qué vergüenza! –decía por el pasillo la majestuosa Emma Eduárdovna, con cara de indignación–. ¡Siempre esta Zhenia! ¡Siempre esta Zhenka! Creo que mi paciencia se ha agotado…

Zhenia no estaba en ninguna parte, ni en su habitación, ni en la de Tamara. Miraron en otras habitaciones, en todos los rincones… No la encontraron.

—Hay que mirar en el retrete… ¿Quizá esté allí? –supuso Zoia–.

El retrete estaba cerrado con pestillo desde dentro. Emma Eduárdovna llamó a la puerta con el puño.

—¡Zhenia, sal ya! ¿Qué tonterías son estas?

Y, alzando la voz, gritó con impaciencia y amenaza:

—¿Me oyes, tú, cerda? Sal ahora mismo, el doctor te está esperando.

No hubo respuesta.

Todas se miraron con miedo en los ojos, con la misma idea en la cabeza.

Emma Eduárdovna sacudió fuertemente la manija de cobre, pero la puerta no cedió.

—¡Llamen a Simeón! –ordenó Anna Márkovna–.

Llamaron a Simeón… Llegó, como de costumbre, somnoliento y malhumorado. Por las caras desconcertadas de las chicas y las gobernantas, ya se dio cuenta de que había ocurrido algún altercado que requería de su profesional crueldad y fuerza. Cuando le explicaron de qué se trataba, cogió en silencio la manija de la puerta con sus largas manos de mono, apoyó los pies en la pared y tiró.

Se quedó con el pomo en las manos, y al retroceder, casi cayó de espaldas al suelo.

—¡Ah, maldición! –murmuró en voz baja–. Tráiganme un cuchillo de cocina.

A través de la rendija de la puerta palpó el pestillo interior con la hoja del cuchillo, rebajó un poco los bordes de la rendija y la ensanchó hasta que pudo introducir la punta del cuchillo y empezar a raspar poco a poco el pestillo. Todas seguían con la mirada sus movimientos, petrificadas, casi sin respirar. Solo se oía el chirrido del metal contra el metal.

Por fin, Simeón abrió la puerta de par en par.

Zhenia colgaba en medio del retrete, sujeta por el cordón de su corsé, que estaba atado al gancho de la lámpara. Su cuerpo, ya inmóvil tras una breve agonía, se balanceaba lentamente en el aire y describía giros apenas perceptibles a izquierda y a derecha alrededor de su eje vertical. El rostro estaba azul y morado, y la punta de la lengua sobresalía entre los dientes apretados y a la vista. La lámpara descolgada yacía en el suelo.

Alguien lanzó un grito histérico y todas las chicas, como un rebaño asustado, se agolparon y se empujaron unas a otras en el estrecho pasillo, gritando y sollozando, y echaron a correr.

El médico acudió a los gritos… Sí, acudió, no corrió. Al ver lo que pasaba, no se sorprendió ni se alteró: en su práctica como médico de la ciudad había visto tantas cosas que ya se había vuelto insensible y se había endurecido ante el sufrimiento humano, las heridas y la muerte. Ordenó a Simeón que levantara un poco el cadáver de Zhenia, y él mismo, subiéndose al asiento, cortó el cordón. Por pura formalidad, ordenó que llevaran a Zhenia a su antigua habitación e intentó, con la ayuda de Simeón, practicarle la respiración artificial, pero al cabo de cinco minutos se rindió, se ajustó las lentes, que se le habían torcido sobre la nariz, y dijo:

—Llamen a la Policía para que levante acta.

Llegó Kérbesh, volvió a reunirse durante un buen rato con la dueña en su pequeño despacho y volvió a crujir en su bolsillo un billete nuevo de cien rublos.

El protocolo se redactó en cinco minutos y Zhenia, tan semidesnuda como cuando se ahorcó, fue trasladada en una carreta alquilada al anfiteatro anatómico, envuelta y cubierta con dos esteras.

Emma Eduárdovna fue la primera en encontrar la nota que Zhenia había dejado en su mesita de noche. En la hoja, arrancada del libro de ingresos y gastos, obligatorio para todas las prostitutas, estaba escrito a lápiz, con una ingenua letra redondeada de niña, por la que, sin embargo, se podía deducir que las manos de la suicida no temblaban en sus últimos minutos:

> Pido que no culpen a nadie de mi muerte. Muero porque me he contagiado y también porque todos los hombres son unos canallas y porque vivir es un asco. Tamara sabe cómo repartir mis cosas. Se lo he explicado con detalle.

Emma Eduárdovna se volvió hacia Tamara, que estaba allí con otras chicas, y, con los ojos llenos de frío y rojo odio, siseó:

—¿Así que sabías, zorra, lo que iba a hacer? ¿Lo sabías, desgraciada? ¿Lo sabías y no dijiste nada?

Ya se había dispuesto, como era su costumbre, a abofetear a Tamara con dureza y calculada precisión, pero de repente se detuvo con la boca y los ojos muy abiertos. Era como si viera a Tamara por primera vez, que clavaba en ella una mirada firme, airada, insoportablemente despectiva, y que lentamente, muy lentamente, levantaba con la mano, hasta ponerlo a la altura de la cara de la gobernanta, un pequeño objeto metálico con destellos blancos.

VI

Aquel mismo día, por la tarde tuvo lugar en la casa de Anna Márkovna un acontecimiento de enorme importancia: el establecimiento al completo –el solar y la casa, con el inventario vivo y no vivo, y con todas las almas humanas incluidas– pasó a manos de Emma Eduárdovna.

Hacía ya tiempo que en el burdel se murmuraba sobre ello; pero cuando los rumores, tan inesperadamente, justo después de la muerte de Zhenka, se convirtieron en realidad, las muchachas tardaron en recobrarse del asombro y del miedo. Conocían bien, por experiencia propia, el poder de la alemana: su pedantería cruel e implacable, su codicia, su altivez y, por último, su amor pervertido, exigente y repugnante hacia una u otra favorita. Además, no era secreto para nadie que, de los sesenta mil rublos que Emma Eduárdovna debía pagar a la antigua dueña por el establecimiento y los bienes, una tercera parte pertenecía a Kérbesh, quien desde hacía tiempo mantenía con la gobernanta gordinflona una relación medio amistosa, medio comercial. De la alianza de dos personas así –desvergonzadas, despiadadas y codiciosas– nada bueno podían esperar las muchachas.

Anna Márkovna había cedido la casa tan barata no solo porque Kérbesh, aun sin conocer ciertos asuntos turbios de ella, podría en cualquier momento ponerle una zancadilla y aniquilarla sin dejar rastro. Pretextos y fisuras para ello podían encontrarse a centenares cada día, y algunos no habrían significado solo el cierre del establecimiento, sino quizá también un proceso judicial.

Sin embargo, con lloriqueos y suspiros fingidos, lamentándose de su pobreza, de sus enfermedades y de su soledad, Anna Márkovna en el fondo estaba satisfecha con el trato. A decir verdad, desde hacía mucho sentía el paso del tiempo, veía acercarse la vejez con todos sus achaques, y anhelaba vivir en paz una vida tranquila y sin sobresaltos. Todo aquello con lo que jamás se atrevió siquiera a soñar en su primera juventud, cuando ella misma era aún una prostituta corriente, le había llegado ahora, rodado, como por derecho natural: una vejez respetable; una casa rebosante en una de las calles acogedoras y tranquilas, casi en el centro de la ciudad; su adorada hija Bértochka, que de un día para otro se casaría con un hombre respetable –ingeniero, propietario y concejal de la Duma municipal–, gracias a su sólida dote y magníficas joyas… Ahora podía deleitarse con placenteros almuerzos y cenas –debilidad que siempre había cultivado con fervor–, beber después de comer un buen licor casero de cerezas, fuerte y aromático, y por las noches jugar a las cartas, al *preferáns,* por unos kopeks con algunas damas de edad avanzada respetables y conocidas, las cuales jamás daban a entender que conocían el verdadero oficio de la anciana, aunque en realidad lo sabían perfectamente y no solo no la juzgaban, sino que incluso respetaban los enormes beneficios que se obtenían de su capital. Esas amables conocidas –alegría y consuelo de una vejez apacible para Anna Márkovna– eran: una, directora de una caja de préstamos; otra, dueña de un animado hotel junto al ferrocarril; una tercera, propietaria de una pequeña pero muy concurrida joyería, bien conocida entre los grandes ladrones (a los que daba servicio…), y así sucesivamente. Asimismo, Anna Márkovna también sabía y podría haber contado algunas anécdotas oscuras y poco edificantes, pero en ese círculo no se acostumbraba a hablar de los orígenes de la prosperidad familiar, solo se estimaban la astucia, la audacia, la suerte… y las buenas maneras.

Además, aun siendo Anna Márkovna una mujer de inteligencia más bien limitada y escasa formación, poseía un asombroso instinto interior que, a lo largo de toda su vida, le había permitido sortear las desgracias de manera casi inconsciente, aunque infalible, y encontrar a tiempo caminos prudentes. También ahora, al día

siguiente de la muerte repentina de Vanka «el Tentetieso» y del suicidio de Zhenka, su alma intuitiva presentía que la fortuna, hasta entonces propicia con su casa, que le había enviado prosperidad y apartado todos los baches del camino, estaba a punto de darle la espalda. Y fue ella la primera en retirarse.

Dicen que, poco antes de un incendio o del naufragio de un barco, las ratas, inteligentes y nerviosas, emigran en bandadas a otro lugar. El mismo olfato animal, profético y ratonil, guiaba a Anna Márkovna. Y estuvo en lo cierto: apenas murió Zhenka, sobre la casa de tolerancia que había sido de Anna Márkovna Shaibes y ahora pertenecía a Emma Eduárdovna Títsner, pareció cernirse una maldición fatal. Muertes, desgracias y escándalos se abatían sin cesar sobre ella, cada vez con mayor frecuencia, como los sangrientos episodios de las tragedias de Shakespeare, tal como, por lo demás, ocurría también en las demás casas de Yama.

Y una de las primeras en morir, una semana después de liquidar el negocio, fue la propia Anna Márkovna. No es raro que suceda así con quienes son apartados de la rutina de toda una vida a la que ya estaban acostumbrados: así mueren los héroes militares que pasan al retiro –hombres de salud indestructible y voluntad de hierro–; así desaparecen con rapidez los antiguos tiburones de la bolsa que se retiran con fortuna, pero privados del ardoroso encanto del riesgo y la especulación; así envejecen y se apagan prematuramente los grandes actores cuando abandonan la escena… Su muerte fue la de una persona justa. Una tarde, jugando al *preferáns,* se sintió indispuesta, pidió que aguardaran, dijo que regresaría en un minuto; se tendió en la cama del dormitorio, suspiró hondo y se fue al otro mundo con el rostro sereno, con una apacible sonrisa senil en los labios. Isái Sávvich –compañero fiel en su camino vital, algo apocado, siempre relegado a un papel secundario y subordinado– la sobrevivió apenas un mes.

Bértochka quedó como única heredera. Con gran acierto, convirtió en dinero la acogedora casa y también el terreno que poseían en las afueras de la ciudad; se casó, tal como estaba previsto, muy felizmente y hasta el día de hoy está convencida de que su padre dirigía un importante negocio comercial de exportación de trigo a

través de Odesa y Novorossisk hacia Asia Menor.

El día en que el cadáver de Zhenia fue llevado al anfiteatro anatómico, a esa hora de la tarde en que aún no había aparecido ni un solo cliente, ni siquiera fortuito, por las calles de Yámskaya, todas las muchachas, por orden de Emma Eduárdovna, se reunieron en el salón. Ninguna se atrevió a protestar porque las obligara, en un día tan terrible, cuando todavía no se habían repuesto de la impresión causada por la espantosa muerte de Zhenia, a vestirse, como de costumbre, con sus trajes salvajemente festivos y a entrar en el salón brillantemente iluminado para bailar, cantar y atraer con sus cuerpos semidesnudos a hombres lujuriosos.

Por fin entró en la sala la propia Emma Eduárdovna. Más majestuosa que nunca: vestía un traje negro de seda, los pechos enormes emergían de él como torpedos de combate y, sobre ellos, las dos papadas descendían en una cascada carnosa; llevaba mitones negros de seda y una colosal cadena de oro, enrollada tres veces alrededor del cuello y rematada por un pesado medallón que le colgaba hasta el vientre.

—¡Señoritas!… –comenzó con tono solemne–. Yo debo… ¡De pie! –gritó de pronto con voz imperiosa–. Cuando hablo, deben escucharme en pie.

Todas se miraron, desconcertadas: aquella orden era una novedad en la casa. Sin embargo, se levantaron una tras otra, indecisas, con los ojos y la boca abiertos.

—*Sie sollen…*[11] –empezó con gravedad–, desde este momento, mostrarme el respeto que están obligadas a rendir a su patrona. A partir de hoy, el establecimiento ha pasado legalmente de nuestra buena y respetable Anna Márkovna a mí, Emma Eduárdovna Títsner. Espero que no tengamos disputas y que se comporten como muchachas sensatas, obedientes y bien educadas. Yo seré para ustedes como una madre, pero recuerden que no toleraré ni pereza, ni embriaguez, ni caprichos, ni desorden alguno. La buena madame Shaibes, hay que decirlo, las llevaba con riendas demasiado sueltas. Oh, yo seré mucho más estricta. Disciplina *über alles*[12]… Es una lástima que el pueblo ruso, perezoso, sucio y estúpido, no

comprenda esta regla; pero no se preocupen, yo las enseñaré, para su propio bien. Digo «para su propio bien» porque mi principal propósito es aplastar la competencia de Tréppel. Quiero que mi cliente sea un hombre de buenas costumbres, respetable, no un charlatán o un andrajo cualquiera, algún estudiante o actorucho. Quiero que mis señoritas sean las más hermosas, las más educadas, las más sanas y las más alegres de toda la ciudad. No escatimaré dinero para crear un ambiente elegante: tendrán habitaciones con muebles forrados de seda y verdaderas alfombras de lujo. Sus clientes ya no pedirán cerveza, sino vinos nobles de Burdeos y Borgoña, y champaña. Recuerden que el cliente rico, serio, de cierta edad, nunca aprecia un amor simple, ordinario y grosero. Necesita pimienta de Cayena; no quiere oficio, quiere arte, y eso lo aprenderán pronto. En la casa Tréppel cobran tres rublos por visita y diez por noche… Yo dispondré que reciban cinco por visita y veinticinco por noche. Les regalarán oro y brillantes. Organizaré las cosas de modo que no tengan que pasar jamás a establecimientos de categoría inferior, *und so weiter*[13]… hasta un sucio antro de soldados. ¡No! Cada una de ustedes dará una aportación mensual que yo guardaré y depositaré a nombre de la interesada en un banco, donde producirá intereses… e intereses sobre los intereses. Y así, si alguna se siente cansada o desea casarse con un hombre decente, tendrá siempre a su disposición un pequeño pero seguro capital. Así se hace en los mejores establecimientos de Riga y en el extranjero. Nadie podrá decir de mí que Emma Eduárdovna es una embaucadora, una arpía ni una chupasangre. Pero repito: la desobediencia, la pereza, los caprichos o los amantes fuera de la casa los castigaré severamente y, como a la mala hierba, las arrojaré a la calle… o algo peor. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora, Nina, acércate. Y ustedes, las demás, vayan pasando una por una.

Ninka se acercó indecisa hasta quedar frente a Emma Eduárdovna, mas retrocedió un paso, asombrada: Emma Eduárdovna le tendía la mano derecha, con los dedos caídos, y la acercaba lentamente a los labios de la muchacha.

—¡Besa! –pronunció con firmeza y solemnidad Emma Eduárdovna,

entornando los ojos y echando la cabeza hacia atrás en la magnífica pose de una princesa que asciende al trono–.

Ninka estaba tan perpleja que alzó la mano derecha instintivamente para persignarse; pero se contuvo, estampó un beso sonoro en la mano extendida y se apartó. Tras ella se acercaron también Zoya, Henrietta, Vanda y las demás. Solo Tamara permanecía de pie junto a la pared, de espaldas al espejo, aquel mismo espejo en el que tanto le gustaba mirarse y admirarse, paseando de un lado a otro del salón, a la pobre Zhenka.

Emma Eduárdovna clavó en ella una mirada imperiosa y persistente, una mirada de cobra; pero el hipnotismo no surtió efecto. Tamara sostuvo aquella mirada fijamente, sin pestañear, incluso sin que asomara expresión alguna a su rostro. Entonces, la nueva dueña bajó la mano, dibujó en la cara algo parecido a una sonrisa y dijo con voz ronca:

—Con usted, Tamara, necesito hablar un poco aparte, a solas. Vamos.

—De acuerdo, Emma Eduárdovna –respondió Tamara con calma–.

Emma Eduárdovna entró en el pequeño gabinete donde antaño le gustaba a Anna Márkovna tomar café con nata templada. Se sentó en el diván y señaló a Tamara un asiento frente a ella. Durante un momento las dos mujeres guardaron silencio, examinándose con desconfianza y recelo.

—Ha obrado usted correctamente, Tamara –dijo al fin Emma Eduárdovna–. Ha hecho bien en no acercarse, como esas ovejas, a besarme la mano. De todos modos, no se lo habría permitido. Yo quería, allí mismo delante de todas, cuando usted se acercase, estrecharle la mano y ofrecerle el puesto de gobernanta jefa… ¿comprende? Mi ayudante principal… y en condiciones muy ventajosas para usted.

—Se lo agradezco…

—No, espere, no me interrumpa. Permítame terminar y luego expondrá usted sus razones. Pero antes, explíqueme, por favor: esta mañana, cuando me apuntaba con el revólver, ¿qué pretendía? ¿De verdad quería matarme?

—Al contrario, Emma Eduárdovna –replicó Tamara con respeto–;

al contrario: me pareció que usted quería golpearme.

—¡Bah! ¿Qué dice, Tamárochka? ¿No se ha dado cuenta, en todo el tiempo que nos conocemos, de que jamás me he permitido no ya pegarla, sino ni siquiera dirigirle una palabra grosera? ¿Cómo se le ocurre? Yo no la confundo con ese ganado ruso… Gracias a Dios, soy una persona con experiencia y conozco bien a la gente. Veo perfectamente que usted es una señorita verdaderamente educada, mucho más instruida incluso que yo. Es usted fina, elegante, inteligente. Sabe varias lenguas. Estoy convencida de que incluso entiende algo de música. En fin, si he de confesarlo, yo misma un poco… ¿cómo decirle?… siempre he estado un poco enamorada de usted. ¡Y usted quería dispararme! ¡A mí, que podría ser una excelente amiga! ¿Qué tiene que decir a eso?

—Bueno… nada, Emma Eduárdovna –replicó Tamara con el tono más dulce y verosímil–. Todo fue muy sencillo. Yo había encontrado antes el revólver bajo la almohada de Zhenia y lo cogí para entregárselo. No quise interrumpirla mientras leía la carta, pero usted se volvió hacia mí y yo le tendí el revólver y quería decirle: mire, Emma Eduárdovna, lo que he encontrado… Porque, verá, me dejó horrorizada pensar cómo la difunta Zhenia, teniendo a su disposición un revólver, prefirió una muerte tan espantosa como el ahorcamiento. Eso es todo.

Las cejas espesas y terribles de Emma Eduárdovna se arquearon, los ojos se abrieron con alegre sorpresa y por sus mejillas de hipopótamo se extendió una sonrisa auténtica y franca, nada afectada. Tendió apresuradamente ambas manos hacia Tamara.

—¿Solo eso? ¡Oh, *mein Kind*[14]! ¡Y yo que…! ¡Dios sabe qué imaginé! Deme las manos, Tamara, sus queridas manitas blancas, y permítame estrecharlas *auf mein Herz*[15] y besarla.

El beso fue tan largo que a Tamara le costó un esfuerzo liberarse de los brazos de Emma Eduárdovna, sin mostrar la repugnancia que le producía.

—Bien, y ahora hablemos de negocios. Estas son mis condiciones: será usted la gobernanta; le doy el quince por ciento de la ganancia limpia. Fíjese bien, Tamara: quince por ciento. Y, además, un pequeño sueldo: treinta, cuarenta… bueno, digamos cincuenta

rublos al mes. Excelentes condiciones, ¿no le parece? Estoy profundamente convencida de que nadie mejor que usted me ayudará a encumbrar la casa a su verdadera altura y convertirla en la más elegante no solo de nuestra ciudad, sino de todo el sur de Rusia. Usted tiene gusto, entiende cómo funciona todo… Además, siempre sabe animar y mantener hasta al cliente más exigente y difícil. En casos excepcionales, cuando un señor muy rico y distinguido –un pez gordo, como dicen en ruso, y entre nosotros, *Freier*– se encapriche de usted… porque usted es tan hermosa, Tamárochka… –la dueña la miró, en ese momento, con ojos turbios y humedecidos–, no le prohíbo en absoluto pasar con él un rato alegre; solo deberá insistir siempre en que, por deber y por su posición… *und so weiter, und so weiter… Aber sagen Sie bitte*[16], ¿habla usted con soltura en alemán?

—*Die deutsche Sprache beherrsche ich in geringerem Grade, als die französische; indes kann ich stets in einer Salon-Plauderei mitmachen*[17].

—*O, wunderbar!… Sie haben eine entzückende Rigaer Aussprache, die beste aller deutschen Aussprachen. Und also, fahren wir in unserer Sprache fort. Sie klingt viel süsser meinem Ohr, die Muttersprache, Schön?*[18].

—*Schön*[19].

—*Am Ende werden Sie nachgeben, dem Anschein nach ungern, unwillkürlich, von der Laune des Augenblicks hingerissen, und, was die Hauptsache ist, lautlos, heimlich vor mir. Sie verstehen? Dafür zahlen Narren ein schweres Geld. Übrigens brauche ich Sie wohl nicht zu lehren*[20].

—*Ja, gnädige Frau. Sie sprechen gar kluge Dinge. Doch das ist schön keine Plauderei mehr, sondern eine ernste Unterhaltung*[21]… Por eso me resulta más cómodo que pasemos al ruso… Estoy dispuesta a obedecerla.

—Bien, sigamos. Hace un momento hablaba de los amantes. No me atrevo a prohibirle ese placer, pero sea prudente, que no venga aquí, o que venga lo menos posible. Le concederé días libres, en los que será completamente dueña de sí misma. Aunque sería mejor que prescindiera de ellos por completo. Por su propio bien. No son

más que un freno y un yugo. Se lo digo por experiencia personal. Puede esperar: dentro de tres o cuatro años habremos ampliado tanto el negocio que usted dispondrá ya de una suma respetable, y entonces la haré mi socia, con plenos derechos. Dentro de diez años seguirá siendo joven y hermosa; tome o compre usted en ese momento a cuantos hombres quiera. Para entonces se habrá quitado de la cabeza las tonterías románticas, y ya no la elegirán ellos: será usted quien elija, con discernimiento y sensibilidad, como un experto escoge piedras preciosas. ¿Está de acuerdo conmigo?

Tamara bajó los ojos y sonrió apenas.

—Dice usted verdades como templos, Emma Eduárdovna. Dejaré al mío, pero no inmediatamente. Necesitaré un par de semanas. Procuraré que no venga por aquí. Acepto su propuesta.

—¡Excelente! –dijo Emma Eduárdovna, levantándose–. Ahora sellemos nuestro acuerdo con un buen y dulce beso.

Y volvió a abrazar a Tamara y a besarla prolongadamente sin soltarla, mientras ella, con los ojos bajos y el rostro ingenuo y delicado, parecía casi una niña. Pero, al liberarse por fin de la dueña, preguntó en ruso:

—Ve usted, Emma Eduárdovna, que estoy de acuerdo en todo, pero, a cambio, le ruego que cumpla un deseo mío. No le costará nada. Quisiera que nos permita a mí y a las demás muchachas acompañar a la difunta Zhenia al cementerio.

Emma Eduárdovna frunció el ceño.

—Oh, si quiere, querida Tamara, no tengo nada en contra de su capricho. Pero ¿para qué? A un muerto eso no le ayuda ni lo devuelve a la vida. No saldrá de ahí más que sentimentalismo… Aunque, bueno, que así sea. Solo que usted misma sabe que, según su ley, a los suicidas no los entierran o, no lo sé con certeza, creo que los arrojan a una fosa sucia, detrás del cementerio.

—No, permítame hacerlo a mi manera. Aunque sea un capricho mío, concédamelo así, querida, adorada, encantadora Emma Eduárdovna. A cambio le prometo que será mi último capricho. Después de esto estaré a su disposición como un soldado sensato y obediente bajo el mando de un general talentoso.

—*Ist gut!*[22] –cedió Emma Eduárdovna con un suspiro–. A usted,

mi niña, no puedo negarle nada. Déjeme estrecharle la mano. Trabajaremos y nos esforzaremos juntas por la gloria común.

Y, abriendo la puerta, gritó hacia el vestíbulo:

—¡Simeón!

Cuando Simeón apareció, le ordenó con gravedad y solemnidad:

—Tráiganos media botella de champaña, pero del auténtico, Roederer *demi-sec,* y bien frío. ¡Aprisa! –añadió al portero, que la miraba con los ojos desorbitados–. Brindaremos, Tamara, por el nuevo negocio, por nuestro hermoso y brillante porvenir.

Dicen que los muertos traen suerte. Si hay algo de verdad en esa superstición, aquel sábado se manifestó con singular claridad: la afluencia de visitantes fue extraordinaria, incluso para ser sábado. Es cierto que las muchachas, al pasar por el pasillo frente a la que fuera la habitación de Zhenia, apresuraban el paso y miraban temerosas, de soslayo, hacia la puerta cerrada; algunas incluso se persignaban. Sin embargo, cerca de la medianoche, el miedo a la muerte disminuyó, de alguna manera se fue disipando. Todas las habitaciones estaban ocupadas y, en el salón, el nuevo violinista –un joven desenvuelto, bien afeitado–, que el pianista del albugo en el ojo derecho había encontrado y traído consigo, no cesaba de animar con su música.

El nombramiento de Tamara como gobernanta fue recibido con fría perplejidad, y seca y silenciosa prudencia. Pero Tamara esperó para encontrar el momento oportuno y logró susurrarle a Manka «la Blanquita»:

—Escucha, Mania. Diles a todas que no hagan caso de que me hayan puesto de gobernanta. Es necesario. Que hagan lo que quieran, con tal de que no me comprometan. Yo seguiré siendo para todas la misma amiga y protectora de siempre… Y luego ya se verá.

VII

Al día siguiente, domingo, Tamara tenía muchas cosas que hacer. Estaba decidida a enterrar a su difunta amiga, contra viento y marea, tal como se entierra a los seres más queridos, al estilo

cristiano, con toda la triste solemnidad propia del funeral de una persona mundana.

Tamara pertenecía a ese tipo de naturalezas extrañas que, bajo una apariencia de calma apática, silencio descuidado y egoísta introversión, esconden en su interior una energía extraordinaria; de esas que parecen siempre estar dormidas con los ojos a medio abrir, evitando todo esfuerzo inútil, pero preparadas para revivir cuando es preciso y avanzar, sin temor a los obstáculos.

A las doce bajó en un carruaje al casco antiguo, pasó por una calle estrecha que daba a la plaza del mercado, pidió al cochero que se detuviera allí, cerca de una tetería bastante mugrienta, y que la esperase. En la tetería, preguntó a un joven pelirrojo, con el pelo cortado a tazón y una raya engominada en medio de la cabeza, si había visto por allí a Senka Vokzal. A juzgar por la primorosa y galante disposición con la que atendió a Tamara debía de conocerla desde hacía mucho tiempo, y le respondió, con un fuerte acento judío, que no; que él, Semión Ignátich, aún no había venido y seguramente no lo haría pronto, porque ayer había estado en el Transval jugando al billar hasta las seis de la mañana, y ahora, con toda probabilidad, estaba en casa, en alguna de las habitaciones del Pereputye; y que, si la señorita lo ordenaba, podía ir raudo a buscarlo en ese mismo instante.

Tamara pidió papel y lápiz, y escribió rápidamente unas palabras. Luego le dio al camarero la nota junto con medio rublo de propina y se marchó.

La siguiente visita fue a la artista Rovínskaia, que, como Tamara ya sabía, vivía en el hotel más aristocrático de la ciudad, el Europa, donde ocupaba varias habitaciones de una planta.

Conseguir una cita con la cantante no fue nada fácil: el portero de abajo dijo que Elena Víktorovna, al parecer, no estaba en su habitación, y la doncella personal, que salió al oír que llamaban a la puerta, anunció a Tamara que la señora tenía dolor de cabeza y que no recibía a nadie. Tamara tuvo que volver a escribir en un trozo de papel:

> Vengo de parte de aquella que una vez, en una casa cuyo nombre no se

puede pronunciar en voz alta, lloró de rodillas ante usted después de que cantara la romanza de Dargomizhski. Entonces usted la consoló cariñosamente. ¿Lo recuerda? No tema, ahora ya no necesita la ayuda de nadie: falleció ayer. Pero usted puede hacer algo muy importante en su memoria, algo que no le supondrá casi ningún esfuerzo. Yo soy precisamente la persona que se permitió decir algunas verdades amargas a la baronesa T., que estaba con usted en aquel momento, por las cuales todavía me arrepiento y pido perdón.

—¡Entréguesela! –ordenó a la criada–.

Esta regresó dos minutos después:

—La señora le pide que pase. Le ruega que la disculpe, ya que no se encuentra bien y la recibirá sin estar adecuadamente vestida.

Acompañó a Tamara, le abrió la puerta y la cerró tras de sí sin hacer ruido.

La gran artista estaba tumbada en un enorme diván cubierto con una preciosa alfombra de Tekin y multitud de cojines de seda y almohadillas cilíndricas de alfombra. Tenía los pies envueltos en una mantita de suave piel plateada. Los dedos, como de costumbre, estaban adornados con multitud de anillos con esmeraldas que atraían la mirada con su profundo y delicado color verde.

La artista tenía hoy uno de sus días malos, un día negro. El anterior por la mañana había tenido algunas desavenencias con el director de escena, y por la noche el público no la había recibido con el entusiasmo que ella hubiera deseado, o tal vez solo se lo pareció; y hoy, en los periódicos, un crítico tonto, que entendía tanto de arte como una vaca de astronomía, elogió en un gran artículo a su rival Titánova. Y así Elena Víktorovna se convenció de que le dolía la cabeza, que tenía un tic nervioso en las sienes y que, de pronto, su corazón iba a pararse en algún momento.

—¡Hola, querida mía! –dijo con voz débil y apagada, con el tono que usan en el teatro las heroínas que se mueren de amor y de tisis–. Siéntese aquí… Me alegro de verla… Pero no se enfade, esta migraña y mi infortunado corazón me están matando. Perdone que me cueste hablar. Parece que he cantado demasiado y mi voz se ha agotado…

Rovínskaia, por supuesto, recordaba la loca *escapade*[23] de aquella noche y el rostro original e inolvidable de Tamara, pero ahora, a causa de su mal humor, bajo la tediosa e insulsa luz de ese día de otoño, pensaba en aquella aventura como una bravata innecesaria, algo artificial, forzada y punzantemente vergonzosa. Sin embargo, aquella extraña noche de pesadilla, cuando con el poder de su talento rindió a sus pies a la orgullosa Zhenia, sus sentimientos eran sinceros, tan sinceros como lo eran ahora la desidia, la pereza y el desprecio artístico que sentía al recordarla. Rovínskaia, como muchos grandes artistas, interpretaba un papel eternamente, nunca era ella y siempre observaba sus palabras, sus movimientos y sus acciones como si se mirara a sí misma desde lejos, con los ojos y los sentimientos del público.

La artista levantó la mano, fina y bella, lánguidamente de la almohada y se la llevó a la frente; las esmeraldas brillaron de una forma misteriosa e intensa, como si tuvieran vida, con un resplandor cálido y profundo.

—Acabo de leer en su nota que esa pobre… perdón, se me ha olvidado el nombre…

—Zhenia.

—Sí, sí, ¡gracias! Ahora lo recuerdo. ¿Ha muerto? ¿De qué?

—Se ahorcó… ayer por la mañana, durante la revisión médica…

Los ojos de la artista, tan apagados que parecía que habían desteñido, se abrieron de repente y, milagrosamente, cobraron vida y se tornaron brillantes y verdes, como sus esmeraldas, y en ellos se reflejaron la curiosidad, el miedo y la aversión.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tan dulce, tan peculiar, tan guapa, tan apasionada!… ¡Ay, pobre, pobre!… ¿Y la razón fue…?

—Ya sabe… la enfermedad. Ella se lo contó.

—Sí, sí… Lo recuerdo, lo recuerdo… ¡Pero ahorcarse! ¡Qué horror! Yo le aconsejé que se tratara. Ahora la medicina hace milagros. Yo misma conozco a varias personas que están… sí, que se han curado por completo. Todo el mundo lo sabe y los aceptan… ¡Ay, pobrecita, pobrecita!

—Por eso he venido a verla, Elena Víktorovna. No me atrevería a molestarla, pero me encuentro como en plena selva y no tengo a

nadie a quien acudir. Usted fue tan amable, tan compasiva, tan cariñosa con nosotras… Solo necesito su consejo y, tal vez, un poco de su influencia o su protección…

—¡Ah, por favor, querida! Haré todo lo que pueda… ¡Ay, mi pobre cabeza! Y luego esta terrible noticia… Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—En realidad, ni yo misma lo sé –respondió Tamara–. Verá, la llevaron al anfiteatro anatómico… Pero entre que tuvieron que redactar la diligencia, llevarla hasta allí, y, además, el tiempo de admisión, en fin, creo que aún no habrán tenido tiempo de hacerle la autopsia… Me gustaría, si es posible, que no la tocaran. Hoy es domingo, tal vez lo pospongan hasta mañana, y mientras tanto se puede hacer algo por ella…

—No sabría decirle, querida… ¡Espere! ¿No tendré algún conocido entre los profesores, en el mundo de la medicina? Espere, luego miraré en mis libretas. Quizá se pueda hacer algo.

—Además –continuó Tamara–, quiero enterrarla… Por mi cuenta… Estaba muy unida a ella en vida.

—En eso sí que puedo ayudarla económicamente…

—¡No, no! ¡Mil gracias! De eso me encargaré yo misma. No me avergonzaría recurrir a su bondad, pero esto… usted me comprenderá… es una especie de voto que una se hace a sí misma y a la memoria de una amiga. La principal dificultad es cómo enterrarla según el rito cristiano. Al parecer, ella no era creyente o tenía una fe muy débil. Yo también solo me santiguo de vez en cuando, por casualidad. Pero no quiero que la entierren como a un perro, en algún lugar detrás de la valla del cementerio, en silencio, sin unas palabras, sin cánticos… No sé si le permitirán un entierro como es debido, con un coro y popes. Por eso he venido, para pedirle su consejo. ¿O tal vez podría indicarme algún lugar o alguien a quien dirigirme?

Poco a poco se despertaba el interés en la artista y ya se había olvidado de su cansancio, de su migraña y de la heroína tuberculosa que moría en el cuarto acto. Ahora se imaginaba en el papel de defensora, de la hermosa figura de la Misericordia inclinándose hacia la mujer caída. ¡Era original, extravagante y, al mismo tiempo,

teatralmente conmovedor! Rovínskaia, al igual que muchos de sus compañeros, no dejaba pasar ni un solo día –y, si hubiera sido posible, ni una sola hora– sin ser el foco de atención entre las multitudes o sin hacer que se hablara de ella: un día participaba en una manifestación seudopatriótica y al siguiente leía desde el escenario poemas incendiarios, llenos de pasión y venganza, en favor de los revolucionarios exiliados. Le encantaba vender flores en fiestas y eventos concurridos, y champaña en los grandes bailes. Se inventaba de antemano frases ingeniosas que al día siguiente se repetían por toda la ciudad. Quería que en todas partes y en todo momento la multitud solo la mirase a ella, repitiera su nombre, adorase sus ojos verdes egipcios, su boca depredadora y sensual, y las esmeraldas de sus dedos delgados y nerviosos.

—Ahora mismo no puedo pensar con claridad –dijo ella, tras una pausa–. Pero si una persona desea algo con todas sus fuerzas, lo conseguirá, y yo deseo con todo mi corazón cumplir su deseo. ¡Espere, espere! Creo que se me ocurre una idea magnífica… Porque entonces, aquella noche, si no me equivoco, además de la baronesa y yo, estaban con nosotras…

—Yo no los conozco… Uno de ellos salió de la sala después que todos ustedes. Me besó la mano y me dijo que, si alguna vez lo necesitaba, estaría siempre a mi disposición, y me dio su tarjeta, pero me pidió que no se la mostrara a nadie ajeno… Y luego todo eso pasó y se olvidó. Nunca me molesté en averiguar quién era ese hombre, pero ayer busqué la tarjeta y no la encontré…

—¡Aguarde, aguarde! ¡Ya lo recuerdo! –exclamó de repente la artista, animándose–. Sí –exclamó, levantándose rápidamente del diván–, era Ryazánov… Sí, sí, sí… El abogado Erast Andréevich Ryazánov. Ahora lo arreglaremos todo. ¡Qué idea tan maravillosa!

Se volvió hacia la mesita en la que estaba el teléfono y marcó:

—Señorita, por favor, trece ochenta y cinco… Gracias… ¡Hola! Pida que Erast Andreévich se ponga al teléfono… Soy la actriz Rovínskaia… Gracias… ¡Hola! ¿Es usted, Erast Andréevich? Bien, bien, pero ahora no se trata de las manos. ¿Está libre? ¡Déjese de tonterías! Es un asunto serio. ¿Podría venir a verme para un cuarto de hora? No, no… Sí… Solo en calidad de la persona bondadosa e

inteligente que es. No se calumnie usted… ¡Muy bien! No voy especialmente bien vestida, pero tengo una excusa: un terrible dolor de cabeza… No, con una dama, una joven… Ya lo verá, venga pronto… ¡Gracias! ¡Adiós!

—Ahora mismo vendrá –dijo Rovínskaia, colgando el teléfono–. Es un hombre encantador y tremendamente inteligente. Es capaz de todo, incluso de lo que es casi imposible para un ser humano… Y mientras tanto… perdone, ¿cómo se llama?

Tamara vaciló, pero luego se sonrió a sí misma:

—¿A qué molestarse por eso, Elena Víktorovna? *Mon nom de guerre*[24] es Tamara, pero me llamo Anastasía Nikoláevna. Da igual, llámeme Tamara… Estoy más acostumbrada…

—¡Tamara! ¡Qué bonito! Bueno, *mademoiselle* Tamara, ¿quizá le apetezca desayunar conmigo? Puede que Ryazánov también se una a nosotras…

—No tengo tiempo, lo siento.

—¡Qué pena!… Espero que, en otra ocasión, algún día… ¿Fuma usted? –y le acercó una pitillera de oro adornada con una enorme letra E hecha con sus adoradas esmeraldas–.

Muy pronto llegó Ryazánov.

Tamara, que no se había fijado bien en él aquella noche, quedó impresionada por su aspecto. Era alto, de complexión casi atlética, con una frente ancha, como la de Beethoven, cubierta por un cabello negro con canas, descuidado y artístico, con una boca grande y carnosa de orador apasionado, y ojos claros, expresivos, inteligentes y burlones. Tenía un aspecto que llamaba la atención entre miles, el aspecto de un conquistador de almas y de corazones, de los que son movidos por una profunda ambición, aún no hastiados de la vida, aún ardientes en el amor, y que nunca retroceden ante una noble imprudencia… «Si el destino no me hubiera destrozado tan cruelmente», pensó Tamara, siguiendo con placer sus movimientos, «este sería el hombre al que entregaría mi vida con alegría, con placer, con una sonrisa, como se le entrega al amado una rosa recién cortada…».

Ryazánov besó la mano de Rovínskaia, luego saludó a Tamara con naturalidad y dijo:

—Nos conocemos de aquella noche loca en la que nos impresionó usted a todos con su conocimiento del francés y con sus palabras. Lo que dijo era, entre nosotros, paradójico, pero ¿cómo lo dijo! Todavía recuerdo el tono de su voz, tan apasionado, tan expresivo… Bueno… Elena Víktorovna –se dirigió de nuevo a Rovínskaia, sentándose en un pequeño sillón bajo sin respaldo–, ¿en qué puedo ayudarla? Estoy a su disposición.

Rovínskaia volvió a llevarse las yemas de los dedos a las sienes con aire melancólico.

—Ay, de verdad, estoy tan alterada, mi querido Ryazánov –dijo, apagando deliberadamente el brillo de sus hermosos ojos–, y además mi pobre cabeza… Haga el favor de darme el piramidón[25] que hay en esa mesita… Deje que *mademoiselle* Tamara le cuente todo. Yo no puedo, no sabría… ¡Es tan horrible!

Tamara le contó a Ryazánov de forma breve y concisa la triste historia de la muerte de Zhenia, mencionó la tarjeta que había dejado el abogado y cómo la había guardado con reverencia, y, de pasada, su promesa de ayudar en caso de necesidad.

—Por supuesto, por supuesto –exclamó Ryazánov cuando ella terminó, y de inmediato comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación con grandes pasos, alisándose el pintoresco cabello hacia atrás por costumbre–. ¡Está realizando un acto magnífico, sincero y solidario! ¡Eso es bueno! ¡Es muy bueno! Usted se refiere… necesita… el permiso para el funeral… ¡Mmm!… ¡Que Dios me dé memoria!…

Se frotó la frente con la mano.

—Mmm… mmm… Si no me equivoco… es el Nomocanon[26], regla ciento setenta… ciento setenta… ciento setenta… octava… Permítame, creo que lo recuerdo de memoria… ¡permítame!… Sí, eso es: «Si un hombre se suicidare, no diérase a aquel entierro en sagrado, ni rito eclesiástico, ni fuere recordado en la liturgia, salvo que tal hombre estuviere enajenado, es decir, fuera de su juicio…». Mmm… Algo así era… Debo revisar el canon del santo Timoteo de Alejandría… Bien, querida señorita, lo primero… Dice usted que fue su médico, es decir, el médico municipal, quien la sacó de la soga… ¿Apellido?

—Klimenko.

—Creo que lo he visto en alguna parte… ¡Bien! ¿Quién es el supervisor de Policía de su distrito?

—Kérbesh.

—Sí, lo conozco… Un tipo fuerte y valiente, con una barba pelirroja en forma de abanico… ¿Sí?

—Sí, es él.

—¡Lo conozco muy bien! ¡Es justo la persona que la prisión echa de menos desde hace tiempo! Lo he tenido en mis manos diez veces y siempre, el muy sinvergüenza, se las ha arreglado para escapar. Escurridizo como un pez… Habrá que darle un sobre. ¡Bueno! Y luego el anfiteatro anatómico… ¿Cuándo quiere enterrarla?

—La verdad es que no lo sé… Me gustaría cuanto antes… Si es posible, hoy.

—Mmm… Hoy… No lo garantizo, es poco probable que lleguemos a tiempo… Pero aquí tiene mi agenda. Aquí mismo, en esta página, donde tengo a mis conocidos con la letra T., escriba: Tamara y su dirección. En dos horas le daré una respuesta. ¿Le parece bien? Pero le repito que probablemente tendrá que posponer el funeral hasta mañana… Por otro lado, y perdone mi indiscreción, ¿necesita dinero?

—No, gracias –respondió Tamara–. Tengo dinero. Gracias por su interés… Debo marcharme ya. Muchas gracias, Elena Víktorovna…

—Dentro de dos horas –repitió Ryazánov, acompañándola hasta la puerta–.

Tamara no fue directamente a la casa. De camino, se dirigió primero a una pequeña cafetería de la calle Katolícheskaya. Allí la esperaba Senka Vokzal, un joven alegre con el aspecto de un gitano guapo, de pelo negro azulado, ojos negros con la esclerótica amarillenta; decidido y valiente en su trabajo, orgullo de los ladrones locales, una celebridad en su mundo, ingenioso, inspirador y todo un líder.

Le tendió la mano sin levantarse de su silla. Pero, en la forma en la que le ofreció tomar asiento, cuidadosa y un tanto tosca, se veía una ternura profunda y bondadosa.

—¡Hola, Tamarka! Hace tiempo que no te veo, te echaba de menos… ¿Quieres un café?

—¡No! Tengo un asunto… Mañana enterramos a Zhenia… Se ha ahorcado…

—Sí, lo he leído en el periódico –dijo Senka con indiferencia–. ¡Da igual!

—Consígueme ahora mismo cincuenta rublos.

—Tamara, marujita mía, ¡no tengo ni un kópek!

—¡Te digo que me los consigas! –ordenó Tamara con tono imperativo, pero sin enfadarse–.

—¡Ay, Dios mío!… De tu dinero no he tocado nada, tal como te prometí, pero es domingo… Las cajas de ahorros están cerradas…

—¡Da igual! ¡Empeña la libreta! ¡Arréglatelas!

—¿Para qué lo necesitas, mi alma?

—¿Acaso no da igual, tonto? Para el funeral.

—¡Ay! ¡Está bien! –suspiró Senka–. Entonces, mejor te lo llevaré yo mismo esta noche… ¿No es mejor, Tamara? Ya no aguanto más sin ti. Te besaría tanto, mi amor, que no te dejaría cerrar los ojos en toda la noche. ¿Puedo ir…?

—¡No, no! Haz lo que te pido, Senka. Hazme caso. No puedes venir, ahora soy gobernanta en la casa.

—¡Vaya noticia-a-a! –exclamó Senka sorprendido, incluso silbó–.

—Sí. Y por ahora no vengas a verme… Pero después, después, vida mía, lo que quieras… ¡Pronto todo habrá terminado!

—¡Ah, libérame de esta tortura! ¡Desátame pronto!

—¡Te liberaré! ¡Espera una semana más, querido! ¿Has conseguido los polvos?

—¡Los polvos son una tontería! –respondió Senka aún descontento–. Y además no son polvos, sino píldoras.

—¿Y de verdad se disuelven enseguida en el agua?

—Sí. Lo he visto yo mismo.

—Pero… ¿no morirá? Escucha, Senya, no morirá, ¿verdad?

—No le pasará nada… Solo se pondrá un poco débil… ¡Ah, Tamarka! –exclamó con un susurro apasionado y, de repente, se estiró, con una sensación de impaciencia, tan fuerte que le crujieron las articulaciones–. ¡Termina, por el amor de Dios, rápido! Haremos lo que hay que hacer y ¡largo!… ¡Adonde tú quieras, paloma! Todo depende de ti: si quieres, nos iremos a Odesa; si quieres, al

extranjero. ¡Acaba pronto!

—Pronto, pronto…

—Solo tienes que darme la señal, yo estoy listo… con los polvos, el instrumental, los pasaportes… Y de ahí… ¡Uhuu-u! ¡El coche estará en marcha! ¡Tamara! ¡Mi ángel!… ¡Mi tesoro, mi diamante!…

Y él, que siempre era precavido, olvidó que podían verlo extraños, y solo quería abrazar y apretar contra sí a Tamara.

—¡Para, para!… –rápida y ágil como una gata, Tamara saltó de la silla–. Después… después, Sénechka, después, mi amor… Seré toda tuya, sin rechazos ni prohibiciones. Te hartarás de mí… ¡Adiós, tonto mío!

Y, con un rápido movimiento de la mano, le despeinó los rizos negros y salió apresuradamente de la cafetería.

VIII

Al día siguiente, lunes, hacia las diez de la mañana, casi todas las residentes de la casa que fuera de madame Shaibes y ahora pertenecía a Emma Eduárdovna Títsner, se dirigieron en carruajes al centro de la ciudad, al anatómico; todas, excepto la previsora y experimentada Henrietta, la cobarde e insensible Ninka y la débil de mente Pashka, que llevaba ya dos días sin levantarse de la cama, en silencio, respondiendo a cualquier pregunta con una sonrisa beatífica e idiota, y un confuso gruñido de animal. Si no le daban de comer, no lo pedía; pero si le traían comida, la devoraba con avidez, directamente con las manos. Se había vuelto tan descuidada y olvidadiza que era preciso recordarle ciertas necesidades naturales para evitar inconvenientes. Emma Eduárdovna no enviaba a Pashka con sus clientes habituales, que seguían pidiéndola a diario. Antes ya había tenido periodos semejantes de enajenación mental, aunque no duraban mucho, y Emma decidió esperar, por si acaso. Pashka era un verdadero tesoro para el establecimiento… y su víctima más terrible.

El anfiteatro anatómico era un edificio largo, de una sola planta, gris oscuro, con marcos blancos alrededor de puertas y ventanas.

Algo malévolo, casi siniestro, como salido de la tierra, se reflejaba en su fachada. Una tras otra, las muchachas se detuvieron ante la verja y luego cruzaron tímidamente el patio hacia la capilla, que quedaba en un rincón del fondo, pintada del mismo gris oscuro con ribetes blancos.

La puerta estaba cerrada. Hubo que ir en busca del guardián. A Tamara le costó mucho trabajo encontrar por fin a un anciano calvo, muy vetusto, con una barba gris espinosa, apelmazada como musgo de pantano, ojillos pitarrosos y una enorme nariz chata como una torta llena de tubérculos de un color rojo violáceo.

El viejo abrió un enorme candado colgante, descorrió el cerrojo y empujó la puerta oxidada, que chirrió como si cantara. Un aire frío y viscoso, mezclado con olor a piedra humedecida, incienso y carne muerta, sopló sobre las muchachas. Retrocedieron al unísono, apretujándose unas contra otras como un tímido rebaño. Solo Tamara avanzó sin vacilar tras el guardián.

La capilla estaba casi en total oscuridad. Una luz otoñal penetraba con miseria por una estrecha ventanita enrejada, casi carcelaria. Dos o tres iconos sin su revestimiento, oscuros con los rostros desgastados, colgaban de las paredes. Había varios ataúdes sencillos, de tablones sin pulir, colocados directamente sobre el suelo, apoyados en parihuelas de madera. Uno, en medio, estaba vacío, y a su lado yacía la tapa abierta.

—¿Cuál es el vuestro, entonces? –preguntó el guardián con voz ronca mientras aspiraba una pizca de rapé–. ¿Lo conocéis de cara o no?

—La conozco.

—Pues mira. Te los iré enseñando todos. ¿Es este…?

Y levantó la tapa de uno de los ataúdes, que aún no estaba clavada. Allí yacía una anciana arrugada, con el rostro hinchado y azul, y apenas vestida con unos harapos. El ojo izquierdo estaba cerrado, mientras que el derecho lo tenía abierto de par en par, fijo y aterrador, ya sin brillo.

—¿Dices que no es este? Bueno, mira… ¡Aquí tienes más! –dijo el guardián, mostrando uno tras otro a los difuntos mientras levantaba las tapas–.

Todos debían de ser mendigos: recogidos de la calle, borrachos, aplastados, mutilados, destrozados; algunos empezaban a descomponerse, les habían salido manchas azul verdosas, como el moho, en las manos y las caras –signo de putrefacción–. Un hombre sin nariz, con el labio superior partido a la mitad, tenía pequeños puntos blancos sobre la cara llena de llagas; eran gusanos. Una mujer muerta de hidropesía se elevaba, como un montículo, en su lecho de madera, sobresaliendo por encima de la tapa.

Tras la autopsia, todos habían sido recompuestos, cosidos y lavados apresuradamente por el guardián y sus ayudantes. Poco les importaba si a veces el cerebro terminaba en el estómago, o rellenaban el cráneo con un hígado; y luego lo unían burdamente con cinta adhesiva. Aquellos silenciosos clientes casi nunca tenían familiares o conocidos. Los guardianes ya estaban acostumbrados a todo en su vida horrible, irreal y alcoholizada…

El aire en el interior era tan denso, pesado, sofocante y pegajoso que a Tamara le parecía como si una resina le tapara todos los poros del cuerpo.

—Oiga, guardián –preguntó Tamara–, ¿qué es ese crujido bajo los pies?

—¿Crujido? –repitió el guardián, rascándose–. Serán los piojos, supongo –dijo con indiferencia–. En los muertos, esta plaga siempre prolifera… ¿Pero, a quién buscas, hombre o mujer?

—Una mujer –respondió Tamara–.

—¿Y ninguna de estas es la tuya?

—No, ninguna.

—Va-a-ya… Entonces tenemos que ir a la cámara mortuoria. ¿Cuándo la trajeron?

—El sábado, abuelo –dijo Tamara, sacando su monedero–. El sábado por la tarde. Toma, buen hombre, para tabaco.

—¡Bueno, eso está mejor! ¿El sábado por la tarde, dices? ¿Y qué llevaba puesto?

—Casi nada: una blusa de noche y una enagua… ambas blancas.

—Ajá… Debe de ser el número doscientos diecisiete… ¿Cómo se llamaba?

—Susanna Ráitsyna.

—Voy a mirar. Puede que sea ese. Vamos, *mesdames* –se dirigió a las muchachas que seguían apiñadas en la puerta, bloqueando la luz–. ¿Quién de vosotras es más valiente? Si hace tres días su conocida llegó, ahora debe yacer como Dios la trajo al mundo… es decir, sin nada… ¿Quién se atreve? Dos de vosotras. Hay que vestirla…

—Manka, ¿por qué no vas tú? –sugirió Tamara a su amiga, que, pálida y helada de espanto y repulsión, miraba a los cadáveres con los ojos claros y desorbitados–. No tengas miedo, tonta, ¡yo iré contigo! ¿Quién mejor que tú?

—¿Yo… yo? –balbuceó Manka «la Blanquita», apenas moviendo los labios–. Bueno… Me da igual…

La cámara mortuoria estaba justo ahí, detrás de la capilla, era un sótano bajo, ya completamente oscuro, al que se descendía por seis escalones.

El guardián corrió a algún lado y regresó con un candil casi consumido y un libro desgastado. Cuando encendió la vela, las muchachas vieron una veintena de cadáveres dispuestos directamente sobre el suelo de piedra en filas ordenadas: cuerpos extendidos, amarillentos, con rostros deformados por los espasmos previos a la muerte, cráneos abiertos, coágulos de sangre en la cara, dientes al descubierto en muecas macabras.

—Espera… un momento… –murmuraba el guardián, señalando con el dedo en su libro de registro–. Hace tres días… es decir, el sábado… el sábado… ¿Cómo dices que se apellida?

—Ráitsyna, Susanna –respondió Tamara–.

—Rái-tsyna, Susanna… –canturreó el guardián–. Rái-tsyna, Susanna. Exacto. Doscientos diecisiete.

Agachándose sobre los cuerpos e iluminándolos con la llama temblorosa del candil goteante, pasó de uno a otro. Finalmente se detuvo junto al cadáver cuyo pie estaba marcado con grandes números negros: «217».

—¡Esta es! Vamos a sacarla al pasillo y voy por sus cosas… ¡esperad!

Gruñendo, pero con sorprendente facilidad para su edad, levantó el cadáver de Zhenka por los pies y lo cargó sobre su espalda,

cabeza abajo, como si fuera un trozo de carne o un saco de patatas.

En el pasillo había un poco más de luz y, cuando el guardián dejó caer su terrible carga sobre el suelo, Tamara se cubrió el rostro con las manos por un instante y Manka se dio la vuelta y rompió a llorar.

—Si necesitáis algo, decídmelo –dijo el guardián con tono sentencioso–. Si queréis engalanar a la difunta como es debido, podemos traer todo lo que se requiere: brocado, corona, imagen, mortaja, muselina… lo tenemos todo. Ropa también se puede comprar… zapatos, por ejemplo…

Tamara le dio dinero y, dejando pasar primero a Manka, salieron de allí.

Al cabo de un rato trajeron dos coronas: una de Tamara, hecha con ásteres y dalias, con una cinta blanca y letras negras que decía: «A Zhenka de su amiga», y otra de Ryazánov, toda de flores rojas, en cuya cinta del mismo color estaba escrito con letras doradas: «El sufrimiento nos purifica». También de él llegó una breve nota de condolencia, en la que, además, expresaba sus disculpas por no poder asistir, debido a un compromiso de negocios ineludible.

Después llegaron los cantores invitados por Tamara: quince miembros del mejor coro de la ciudad.

El chantre, con abrigo y sombrero grises –parecía como cubierto de polvo de pies a cabeza–, y con largos bigotes rectos al estilo militar, reconoció a Verka, abrió los ojos como platos, esbozó una ligera sonrisa y le guiñó un ojo. Dos o tres veces al mes, y a veces incluso más a menudo, visitaba Yámskaya acompañado de conocidos académicos de teología, chantres como él y cantores de salmos, y acostumbraba a hacer una inspección completa de todos los establecimientos que terminaba siempre en la casa de Anna Márkovna, donde elegía invariablemente a Verka.

Era un hombre alegre y vivaz, bailaba con entusiasmo desbordado, recreando de tal manera las figuras durante los bailes que hacía reír a carcajadas a todos los presentes.

Tras la llegada de los cantores, apareció el coche fúnebre contratado por Tamara: negro, tirado por dos caballos con adornos blancos tipo sultán, con cinco portadores de antorchas. Traían consigo un féretro blanco de lienzo y un podio recubierto de tela

negra. Con movimientos lentos, rutinarios y hábiles, colocaron a la difunta en el ataúd, cubrieron su rostro con una muselina, taparon el cuerpo con un brocado y encendieron velas: una en la cabecera y dos a los pies.

Ahora, bajo la luz trémula y amarilla de las velas, el rostro de Zhenka se mostraba con mayor claridad. El tono cárdeno de la piel había desaparecido casi por completo y quedaban solo en las sienes, la nariz y entre los ojos algunas manchas saturadas, serpenteantes e irregulares. En los labios oscuros entreabiertos brillaba levemente el blanco de los dientes, y se dejaba ver la punta de la lengua mordida. En el cuello, de un color apergaminado, al descubierto, se veían dos marcas: una oscura, huella de la cuerda, y otra roja, señal del arañazo infligido durante la lucha con Simeón; eran como dos collares horribles. Tamara se acercó y le cubrió el cuello hasta el mentón con un encaje que sujetó con un alfiler.

Llegaron los religiosos: un pequeño sacerdote de cabello largo y canoso, con gafas doradas y su toca de oficio; un diácono alto, delgado, de cabello ralo y el rostro enfermizo, extraño, amarillento, como de terracota, y un avivado salmista con una túnica larga, que intercambiaba animadamente alegres y misteriosas señales con sus compañeros de coro.

Tamara se acercó al sacerdote.

—Padre –preguntó–, ¿va a oficiar el servicio fúnebre a todos juntos o por separado?

—Oficiamos a todos juntos –respondió el sacerdote y, apartando con cuidado la barba y el cabello, besó la estola sacerdotal–. Es lo habitual. Pero, por deseo especial y previo acuerdo, puede hacerse por separado. ¿De qué manera ha fallecido la difunta?

—Se suicidó, padre.

—Hm… ¿suicidio? –musitó el sacerdote–. ¿Sabe usted, joven señora, que según los cánones de la Iglesia a los suicidas no se les concede la misa fúnebre? No se debe… Claro que hay excepciones, mediante petición especial…

—Aquí tengo, padre, certificados de la Policía y del médico… No estaba en sus cabales… en un ataque de locura… –dijo Tamara, extendiendo al sacerdote dos documentos que Ryazánov le había

enviado la víspera, junto con tres billetes de diez rublos–. Le ruego, padre, que todo se haga como corresponde, cristianamente. Era una persona maravillosa y sufrió mucho. Y, por favor, conduzca su cuerpo al cementerio y diga allí también un panegírico.

—Hasta el cementerio puedo darle el acompañamiento, pero ya en el camposanto no tengo derecho a oficiar –respondió el sacerdote–, allí está el clero local… Además, joven señora, como tendré que regresar para oficiar a los demás, hágame el favor… y añada diez rublos más.

Tras aceptar el dinero, el sacerdote bendijo el incensario, ofrecido por el salmista, y comenzó a rodear el cuerpo de la difunta con el humo perfumado del incienso. Luego, deteniéndose en la cabecera, comenzó con voz suave y la habitual y triste solemnidad:

—¡Bendito sea nuestro Dios, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos!

El salmista le siguió, entonando repetitivamente y sin cesar: «Santo Dios», «Santísima Trinidad» y «Padre nuestro», como si fueran cuentas de un rosario esparcidas al azar.

En voz baja y estilo recitativo, se unieron los cantores, que con un tono rápido y melódico parecían revelar algún secreto profundo, triste y sagrado:

> Haz descansar, oh Salvador, a tu sierva, que yace aquí con los justos, y hazla habitar en tu morada, según está escrito…

El salmista distribuyó cirios por la sala y los fue encendiendo uno a uno en aquella atmósfera densa y turbia; su luz cálida y delicada iluminaba los rostros de las mujeres con suavidad y nitidez.

Al tiempo que sonaba la doliente melodía del oficio, se lograban distinguir las gloriosas palabras, como suspiros de ángeles afligidos:

> Concede, oh Señor Dios, el descanso a tu sierva y llévala al paraíso donde los coros de los santos y los justos brillan como astros. Allá haz descansar a tu sierva difunta, perdonándole todos sus pe-e-e-cado-os.

Tamara escuchaba aquellas frases ya conocidas, aunque hacía tiempo que no resonaban en su memoria, y esbozó una amarga

sonrisa. Le vinieron a la mente los lamentos de Zhenia, apasionados, desesperados y enloquecidos, llenos de un desconsuelo absoluto y de falta de fe… ¿Perdonará, acaso, el Todopoderoso, el misericordioso Señor, su vida sucia, desordenada, amarga y corrompida? Señor omnisciente, ¿acaso rechazarás a esa miserable rebelde, a la involuntaria pecadora, a la niña que blasfemaba tu santo y luminoso nombre? Tú eres bondad, tú eres nuestro consuelo.

Un llanto sordo, contenido, de pronto se tornó en grito en la capilla: «¡Oh, Zhenia!». Era Manka «la Blanquita», de rodillas, cubriéndose la boca con un pañuelo y abatida por las lágrimas. Y las demás amigas, siguiendo su ejemplo, también se arrodillaron, y la capilla se llenó de suspiros, sollozos ahogados y gemidos contenidos…

> Tú solo eres inmortal, y todos nosotros hemos sido creados por Ti de la tierra, y volveremos a la tierra según tu mandato. Tú que dijiste: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

Tamara permanecía inmóvil, con el rostro severo, como petrificado. La luz de la vela dibujaba finas espirales doradas en sus cabellos castaño-rojizos; desde su posición, sin apartar los ojos, veía la frente húmeda y la punta de la nariz amarillentas de Zhenia.

«Eres polvo y en polvo te convertirás…», repitió en su mente las palabras del cántico. «¿Acaso solo será eso, la tierra y nada más? ¿Y qué es mejor: la nada o siquiera algo, aunque sea algo ínfimo?… pero al menos existir».

Y el coro, como confirmando sus pensamientos, como arrebatándole su último consuelo, cantaba desesperanzado: «Y todos los hombres al polvo volveremos…».

Entonaron el *Memoria Eterna,* apagaron los cirios y del incienso se alargaron delgadas columnas que se mezclaban en el aire teñido de azul. El sacerdote recitó la oración de despedida y, luego, en el silencio general, tomó un poco de arena con una pequeña paleta que le ofreció el salmista, y la esparció en cruz sobre el cadáver, encima de la mortaja. Y mientras lo hacía, pronunciaba palabras

grandiosas, llenas de severa, triste e inevitable certeza sobre el misterio de la ley de la vida: «Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y todos los que en él habitan».

Las muchachas acompañaron a su amiga fallecida hasta el cementerio. El camino cruzaba precisamente la entrada de Yamka. Podrían haber girado a la izquierda y se habrían ahorrado casi la mitad del trayecto, pero por la calle Yámskaya no era costumbre llevar a los muertos.

No obstante, casi de todas las puertas salieron al cruce las habitantes del vecindario; salían tal como estaban, con lo puesto: en camisones, en zapatillas, con pañuelos en la cabeza, haciéndose la señal de la cruz, suspirando, secándose los ojos con pañuelos y los bordes de sus camisolas.

El tiempo era espléndido… El sol vertía fríos destellos desde un cielo reluciente como esmalte azul, la última hierba aún se mantenía verde, las hojas de los árboles se doraban, sonrosaban y enrojecían… Y en el aire cristalino y frío se esparcían, solemnes y tristes, los sonidos armoniosos del canto: «Santo Dios, Santo Omnipetente, Santo Inmortal, ¡ten piedad de nosotros!». Con cuán ardiente e insaciable sed de vida, con qué nostalgia por la alegría y la belleza efímeras, fugaces como un sueño, con qué horror ante el silencio eterno de la muerte resonaba el antiguo himno de Juan Damasceno.

Luego, la breve liturgia en la tumba, el golpe sordo de la tierra sobre la tapa del féretro… un pequeño montículo fresco…

—¡Y aquí termina! –dijo Tamara a sus amigas cuando quedaron solas–. Bueno, muchachas, un poco antes o un poco después… ¡Qué pena por Zhenia! ¡Qué tremenda pena! No encontraremos a otra igual. Pero, después de todo, hijas mías, a ella en su agujero le va mucho mejor que a nosotras en el nuestro… Bueno, la última cruz ¡y nos vamos a casa!

Y, cuando ya se acercaban a la casa, Tamara dijo de pronto, pensativa, unas palabras extrañas y funestas:

—No estaremos mucho tiempo juntas sin ella: pronto el viento nos dispersará a todas por cualquier lado. ¡La vida es hermosa!… Mirad el sol, el cielo azul… Estamos en el veranillo de San Miguel… Qué

aire tan limpio, tejido por la seda de las arañas… Qué bien se está en el mundo… Solo nosotras, las chicas, somos la basura que hay al borde del camino.

Las muchachas se pusieron en marcha. Pero de súbito, de algún lugar, detrás de las lápidas, salió un estudiante alto y robusto. Alcanzó a Liubka y la asió suavemente de la manga. Ella se dio la vuelta y vio a Soloviov. Se puso pálida al instante, los ojos se le agrandaron y le temblaban los labios.

—¡Vete! –dijo en voz baja con un odio infinito–.

—Liuba… Liúbochka… –murmuró Soloviov–. Te he estado buscando… buscando… Yo… te lo juro, no soy como ese… como Lijonin… Mi corazón es sincero… si quieres ahora mismo, hoy mismo…

—¡Vete! –dijo Liubka aún más bajo–.

—Lo digo en serio… lo digo en serio… No estoy diciendo tonterías, quiero casarme…

—¡Ah, desgraciado! –chilló de repente Liubka y, con rapidez, con la fuerza de un hombre, abofeteó a Soloviov–.

Soloviov se quedó un momento tambaleándose ligeramente. Tenía la boca entreabierta con una mueca de dolor y, en los ojos, una expresión de sufrimiento.

—¡Vete! ¡Vete! ¡No puedo veros a ninguno! –gritó Liubka con furia–. ¡Verdugos! ¡Cerdos!

Soloviov se cubrió repentinamente la cara con las manos, se dio la vuelta bruscamente y se alejó, sin rumbo fijo, con pasos vacilantes, como si estuviera borracho.

IX

Las palabras de Tamara resultaron verdaderamente proféticas: en las dos semanas escasas que sucedieron al funeral de Zhenia pasaron tantos acontecimientos aciagos en la casa de Emma Eduárdovna como a veces no suceden ni siquiera en cinco años enteros.

Al día siguiente hubo que enviar a Pashka al manicomio, la

desdichada había caído definitivamente en la locura. Los médicos dijeron que no había ninguna esperanza de que algún día se recuperara. Y en verdad, desde que la llevaron al hospital y la dejaron postrada en un jergón sobre el suelo, no volvió a levantarse hasta su muerte, fue hundiéndose más y más en el abismo negro e insondable de su lenta demencia. Falleció solo seis meses después, víctima de úlceras y septicemia.

Luego le llegó el turno a Tamara.

Durante medio mes cumplió con sus deberes como gobernanta, mostrándose todo el tiempo muy activa, enérgica e inusualmente nerviosa por algo en su interior, algo suyo que la inquietaba en gran medida. Una tarde desapareció y no regresó jamás…

La cuestión era que mantenía un prolongado romance en la ciudad con un notario entrado en años, bastante rico, pero avaro a más no poder. Se habían conocido un año antes, cuando viajaban por casualidad juntos en un barco hacia un monasterio de las afueras, y entablaron conversación. El notario quedó cautivado por la inteligente y hermosa Tamara, su sonrisa enigmática y lasciva, su entretenida conversación y su manera discreta de comportarse. Ella también se fijó en ese hombre mayor, con canas pintorescas, modales aristocráticos y exjurista de buena familia, y lo marcó como su objetivo. No le habló de su profesión: le gustaba mantener el misterio. Solo insinuó vagamente, con pocas palabras, que era una dama casada de la clase media, desgraciada en su vida familiar, ya que su marido era jugador y un déspota, y que incluso el destino le había negado el consuelo de tener hijos. Ese día se negó a pasar la tarde con él y se despidió rehusando verlo más, aunque sí le permitió que le enviara cartas a un buzón postal bajo un nombre ficticio. Entre ellos surgió una correspondencia en la que el notario desplegaba un estilo y una pasión dignos de los héroes de Paul Bourget. Ella se mantenía siempre en su tono reservado y misterioso.

Luego, movida por las súplicas del notario para un encuentro, concertó una cita con él en el Jardín del Príncipe. Se mostró encantadora, ingeniosa y melancólica, pero se negó a acompañarlo a cualquier otro lugar.

Así torturaba Tamara a su admirador y hábilmente avivaba en él esa última pasión que a veces es más intensa y peligrosa que el primer amor. Finalmente, en verano, cuando la familia del notario se había marchado al extranjero, se decidió a visitar su apartamento y allí, por primera vez, se entregó a él entre lágrimas y remordimientos de conciencia, y, al mismo tiempo, con tal fervor y ternura que el pobre notario perdió por completo la cabeza: se sumergió enteramente en ese amor senil que ya no conoce razón ni reparo, que hace que uno pierda lo último que le queda: el miedo al ridículo.

Tamara le concedía muy pocos encuentros. Esto solo aumentaba la impaciencia de su amigo. Aceptaba que le regalara un ramo de flores, un modesto desayuno en un restaurante campestre, pero rechazaba indignada todo regalo costoso, y se comportaba con tal habilidad y delicadeza que el notario nunca se atrevía a ofrecerle dinero. Cuando una vez mencionó la idea de un apartamento propio y otras comodidades, ella lo miró fijamente, con altivez y severidad, de manera tal que él, como un niño, se sonrojó hasta en sus pintorescas canas y le besó las manos, balbuceando disculpas incoherentes.

Así jugaba Tamara con él, explorando poco a poco el terreno bajo sus pies. Ahora ya sabía en qué días el notario guardaba en su caja fuerte de hierro, ignífuga, sumas especialmente grandes. Sin embargo, no se apresuró, temerosa de arruinar el asunto por torpeza o precipitación.

Y llegó por fin el esperado momento: acababa de terminar la gran feria de contratos y todas las notarías realizaban diariamente transacciones por enormes sumas de dinero. Tamara sabía que el notario solía llevar los fondos de las fianzas y otras cantidades al banco los sábados, para estar completamente libre el domingo. Por ello, aquel viernes por la tarde, el notario recibió de Tamara la siguiente carta:

> ¡Mi querido, mi adorado rey Salomón! Tu Sulamita, la niña de tus ojos, te saluda con besos ardientes… Querido, hoy tengo un día especial y estoy infinitamente feliz. Hoy soy tan libre como tú. *Él* se ha ido de viaje por unos

asuntos a Gomel por todo un día, y yo quiero pasar contigo *toda* la noche. ¡Ah, mi amado! Toda la vida estoy dispuesta a pasarla de rodillas ante ti. No quiero ir a ningún lado. Ya me han cansado los restaurantes campestres y los cafés de moda. Te quiero a ti, solo a ti… ¡a ti… a ti solo! Espérame esta noche, mi amor, sobre las diez u once. Prepara mucho vino blanco frío, melón y castañas confitadas. ¡Estoy ardiendo, me muero de deseo! ¡Siento que te voy a agotar! No puedo esperar; me da vueltas la cabeza, mi rostro arde y mis manos están frías como el hielo. Te abrazo. Tu *Valentina*.

Esa noche, hacia las once, Tamara, jugando con la peculiar ambición del notario por su dinero, llevó hábilmente la conversación hasta conseguir que le enseñara su caja fuerte ignífuga. Tamara recorrió rápidamente con la mirada los estantes y los cajones, y luego, volviéndose con un bostezo fingido, dijo:

—¡Uf, qué aburrimiento!

Y, abrazando el cuello del notario, le susurró al oído, con los labios rozando los suyos, quemándolo con su aliento ardiente:

—¡Cierra, mi tesoro, esa porquería! ¡Vamos! ¡Vamos!

Y se adelantó hacia el comedor.

—¡Ven aquí, Volodia! –gritó desde allí– ¡Ven rápido! ¡Quiero vino y luego amor, amor, amor sin fin!… ¡No! ¡Bebe hasta agotar la copa! ¡Así como hoy agotaremos nuestro amor!

El notario brindó con ella y bebió su copa de un trago. Luego se relamió los labios y comentó:

—Qué extraño… este vino sabe un poco amargo.

—¡Sí! –coincidió Tamara, observando atentamente a su amante–. Este vino siempre tiene un ligero amargor. Es una propiedad de los vinos del Rin…

—Pero hoy es especialmente fuerte –dijo el notario–. No, gracias, querida, no quiero más.

Cinco minutos después, cayó dormido en la butaca, con la cabeza recostada hacia atrás y la mandíbula inferior colgando. Tamara esperó un rato antes de probar a despertarlo. Él permanecía inmóvil. Entonces, tomó una vela encendida y la colocó en el alféizar de la ventana que daba a la calle, salió al vestíbulo y permaneció escuchando hasta percibir unos pasos ligeros subiendo la escalera.

Casi sin hacer ruido abrió la puerta y dejó pasar a Senka, vestido como un verdadero caballero, con un flamante maletín de cuero en las manos.

—¿Listo? –preguntó el ladrón en un susurro–.

—Está dormido –respondió Tamara con la misma discreción–. Mira, aquí tienes las llaves.

Juntos entraron al despacho y se colocaron frente a la caja fuerte ignífuga. Al inspeccionar la cerradura con la linterna de mano, Senka murmuró entre dientes:

—¡Que el diablo se lo lleve, viejo cabrón!… Ya sabía yo que la cerradura tendría un código secreto. Hay que conocer las letras… Voy a tener que fundirla con electricidad, y eso quién sabe cuánto tiempo llevará.

—No hace falta –replicó Tamara apresuradamente–. Sé la palabra… he alcanzado a verla. Prueba: z-e-n-i-t.

Diez minutos después, bajaron juntos por la escalera, atravesaron intencionadamente varias calles siguiendo líneas irregulares y solo al llegar al casco antiguo contrataron un cochero hasta la estación; partieron de la ciudad con pasaportes impecables a nombre de los nobles terratenientes Stavnitski. Durante mucho tiempo no se supo nada de ellos, hasta que, al cabo de un año, Senka fue capturado en Moscú por un gran robo y, durante el interrogatorio, delató a Tamara. Ambos fueron juzgados y condenados a prisión.

Después de Tamara llegó el turno de la ingenua, confiada y enamoradiza Verka. Desde hacía tiempo estaba enamorada de un medio militar que se presentaba a sí mismo como funcionario civil del Ministerio de Defensa. Su apellido era Dilektorski. En su relación, Verka era la parte adoradora y él, como un ídolo importante, aceptaba condescendiente la adulación y los regalos que ella le ofrecía. Desde finales del verano, Verka había notado que su amado se volvía cada vez más frío y descuidado, y que, al hablar con ella, su mente viajaba a algún lugar muy lejano… Verka se angustiaba, sentía celos, preguntaba, pero siempre recibía respuestas vagas, frases indefinidas, insinuaciones ominosas sobre una desgracia cercana, sobre una muerte prematura…

A comienzos de septiembre, finalmente le confesó que había

malversado grandes sumas del tesoro –alrededor de tres mil rublos– y que en cinco días serían auditadas sus cuentas, y a él, Dilektorski, le esperaban la vergüenza, el juicio y, finalmente, una condena a trabajos forzados… Entonces, el funcionario civil del Ministerio de Guerra rompió a llorar, agarrándose la cabeza, y exclamó:

—¡Mi pobre madre!… ¿Qué será de ella? No soportará esta humillación… ¡No! Es cien mil veces mejor la muerte que estos tormentos infernales sobre un inocente.

Aunque se expresaba, como siempre, con un estilo de novelas de folletín (que era lo que principalmente había seducido a la confiada Verka), una vez que la idea teatral del suicidio se fijó en su cabeza, ya no lo abandonó.

Un día, dieron un largo paseo por el Jardín del Príncipe. El otoño empezaba ya a deshabitar ese antiguo y maravilloso parque, cuyo follaje ahora resplandecía con tonos exuberantes: carmesí, púrpura, limón, naranja y un intenso color cereza del vino viejo y asentado, y parecía que el aire frío lo perfumaba, como un vino valioso. Sin embargo, los arbustos, la hierba y los árboles emitían un tenue rastro, un sutil aroma a muerte.

Dilektorski se ablandó, se conmovió, se compadeció de sí mismo y rompió a llorar. Verka lloró con él.

—¡Hoy me mataré! –dijo finalmente Dilektorski–. ¡Definitivamente!

—¡Mi querido, no!… ¡Mi tesoro, no lo hagas!

—No hay opción –respondió sombríamente Dilektorski–. ¡Maldito dinero!… ¿Qué es más valioso, el honor o la vida?

—Mi amado…

—No digas nada, no digas nada, Anneta. –Por alguna razón, él prefería un nombre aristocrático, que se habían inventado, en lugar del simple Verka–. No hables. ¡Está decidido!

—¡Ah, si pudiera ayudarte! –exclamó Verka con tristeza–. ¡Daría mi vida!… ¡Cada gota de mi sangre!

—¿La vida? –Dilektorski movió la cabeza con un desdén teatral–. ¡Adiós, Anneta!… ¡Adiós!

La joven negó desesperadamente con la cabeza:

—¡No quiero!… ¡No quiero!… ¡No quiero!… ¡Llévame contigo!… ¡Iré contigo!

Tarde en la noche, Dilektorski tomó una habitación en un hotel caro. Sabía que, en pocas horas, quizá minutos, él y Verka serían cadáveres, y por eso, aunque solo tenía once kopeks en el bolsillo, se dispuso a gastar ampliamente, como un derrochador experto y habituado: pidió sopa de esturión, perdices, frutas, café, licores y dos botellas de champaña helado. Realmente estaba convencido de que se pegaría un tiro, pero lo pensaba de manera teatral, como disfrutando un poco desde fuera de su papel trágico y anticipando la desesperación de su familia y la sorpresa de sus colegas. Y Verka, al anunciar de repente que se suicidaría junto a su amado, se fortaleció en esa idea. Nada le parecía terrible respecto a la muerte que se avecinaba. «¿Acaso es mejor morir bajo una cerca?… ¡Aquí, junto a mi querido!… Al menos una muerte dulce…». Y besaba a su funcionario con frenesí, reía, y con los cabellos rizados despeinados y los ojos brillantes estaba más hermosa que nunca.

Finalmente llegó el último momento solemne.

—Hemos disfrutado juntos, Anneta… Hemos terminado nuestras copas y ahora, como dice Pushkin, ¡debemos romper el cáliz! –dijo Dilektorski–. ¿No te arrepientes, mi querida?

—¡No, no! –respondió ella–.

—¿Estás lista?

—¡Sí! –susurró y sonrió–.

—Entonces, date vuelta hacia la pared y cierra los ojos.

—¡No, no, querido, no quiero así!… ¡No quiero! ¡Ven conmigo!… ¡Así! ¡Más cerca, más cerca!… Dame tus ojos, me miraré en ellos. Dame tus labios, los besaré, y tú… ¡No tengo miedo!… ¡Adelante!… ¡Bésame más fuerte!

Él la mató y, cuando miró el horrible resultado de su acto, sintió de repente un miedo repugnante, vil y abominable. El cuerpo semidesnudo de Verka aún temblaba sobre la cama. Las piernas de Dilektorski se doblaron de horror, pero la mente del farsante, del cobarde y del miserable permanecía alerta: todavía tuvo suficiente hombría para estirarse la piel de las costillas y dispararse apenas traspasándola. Y cuando él cayó, gritando con desesperación por el dolor, el susto y el estruendo del disparo, un último espasmo recorrió el cuerpo de Verka.

Dos semanas después de la muerte de Verka, también murió la ingenua, risueña, dócil y escandalosa Manka «la Blanquita». Durante una de las habituales peleas ruidosas en las calles de Yamka, en una enorme trifulca, alguien la mató golpeándola en la cabeza con una botella pesada vacía. Nunca se encontró al asesino.

Así de rápido se sucedían los acontecimientos en Yama, en la casa de Emma Eduárdovna, y casi ninguna de sus habitantes evitó un destino sangriento, sucio o vergonzoso.

El último, el más grandioso y al mismo tiempo el más sangriento de los infortunios, fue el saqueo perpetrado en las calles de Yamka por los soldados.

En uno de los establecimientos de a rublo, dos dragones[27] fueron estafados, apaleados y arrojados a la calle durante la noche. Ellos, destrozados y ensangrentados, regresaron a los barracones, donde sus camaradas aún celebraban la fiesta de su regimiento. No pasó ni media hora antes de que un centenar de soldados irrumpiera en Yamka y comenzara a arrasar casa por casa. A ellos se unió una multitud innumerable de bandidos, mendigos, vagabundos, estafadores y proxenetas, salidos de Dios sabe dónde. En todas las casas rompieron cristales y destrozaron pianos. Abrieron los colchones y arrojaron el plumón por las ventanas, que durante dos días siguió flotando y girando sobre las calles de Yamka como copos de nieve, en incontables plumitas. Sacaron al exterior a las muchachas, despeinadas y completamente desnudas. Tres porteros fueron golpeados hasta morir. Se destrozó, ensució y despedazó toda la decoración de seda y terciopelo de Tréppel. De paso, también destrozaron todas las tabernas y cervecerías vecinas.

La borrachera sangrienta y el caos continuaron durante tres horas, hasta que un batallón armado, junto con el cuerpo de bomberos, lograron finalmente dispersar a la multitud enloquecida. Dos establecimientos de mediana categoría fueron incendiados, aunque el fuego se extinguió pronto. Sin embargo, al día siguiente, la agitación volvió a estallar, esta vez en toda la ciudad y sus alrededores. De manera completamente inesperada, adoptó la forma de un pogromo judío, que duró tres días, con todos sus horrores y calamidades.

Una semana después, el gobernador general emitió un decreto que dictaba el cierre inmediato de todos los burdeles, tanto en las calles de Yamka como en otras de la ciudad. A las dueñas se les dio únicamente una semana para arreglar sus asuntos patrimoniales.

Destruidas, humilladas, saqueadas, despojadas de todo el encanto de su antiguo esplendor, ridículas y lamentables, las viejas y marchitas propietarias y las gordas y roncas gobernantas se apresuraron a recoger sus míseras pertenencias. Y, un mes después, tanto la alegría de Yamka como los bulliciosos, escandalosos y terribles disturbios de sus calles eran recordados solo por el nombre.

De hecho, también el nombre de la calle pronto fue reemplazado por otro, más respetable, para borrar incluso el recuerdo de aquellos tiempos descaradamente libertinos.

Y todas esas Henriettas «las Yeguas», Katias «las Gordas», Lelkas «las Huronas» y otras mujeres como ellas, siempre ingenuas y tontas, a menudo conmovedoras y divertidas, en la mayoría de los casos niñas engañadas y corrompidas, se dispersaron, se disolvieron por la gran ciudad. De ellas nació una nueva capa de la sociedad: la de las prostitutas callejeras solitarias. Y sobre su vida, igual de lamentable y absurda, pero teñida de otros intereses y costumbres, hablará algún día el autor de esta novela, que, aun así, se la dedica a la juventud y a las madres.

---

[1] Mujer protegida por un delincuente o proxeneta, vinculada al ambiente del mundo del crimen y, habitualmente, la amante de un criminal *[N. de la T.].*

[2] Una especie de juego que consistía en que cada una de las alumnas más jóvenes elegía a una de las mayores y se convertía en su devota, admirándola en todo momento con atenciones, palabras o suspiros. Era considerado ridículo desde fuera, pero desde dentro estaba motivado por la atmósfera de las populares novelas sentimentales de la época y por la nostalgia de la familia *[N. de la T.].*

[3] El autor hace una enumeración de poemas eróticos de la época, algunos atribuidos falsamente a Pushkin o Lérmontov. Cabe mencionar que el autor incluye en la lista *La desgracia de tener ingenio* de Aleksandr Griboyédov; aunque no es literatura erótica, sí circulaba manuscrita, igual que las otras, ya que fue censurada *[N. de la T.].*

[4] Zona de gran belleza y valor histórico y cultural, situada en el extremo oriental de la isla Vasílevski en el centro de San Petersburgo, que queda rodeada por los ríos Bolshaya Neva y Málenkaya Neva, y por el golfo de Finlandia *[N. de la T.].*

[5] Soldado de caballería y poeta ruso (1784-1839), conocido como el poeta húsar. Participó en las Guerras Napoleónicas e inventó el subgénero de la poesía húsar, caracterizado por la exaltación del hedonismo y la bravura de la vida militar *[N. de la T.].*

[6] Referido al aforismo latino *post coitum omne animal triste est:* después del coito, todo animal está triste. Describe la melancolía, irritabilidad o tristeza que puede surgir tras el orgasmo, fenómeno conocido hoy como disforia poscoital *[N. de la T.].*

[7] Generales.

[8] Todo lo mío lo llevo conmigo.

[9] Héroes de la Guerra ruso-turca (1877-1878) *[N. de la T.].*

[10] Caballo de tiro enorme y muy fuerte *[N. de la T.].*

[11] Ustedes deben.

[12] Por encima de todo.

[13] Y así sucesivamente.

[14] ¡Oh, mi niña!

[15] Contra mi corazón.

[16] Etcétera, etcétera… Pero, dígame, por favor.

[17] El alemán lo domino en menor grado que el francés; sin embargo, puedo participar en todo momento en una conversación de salón.

[18] ¡Oh, maravilloso! Tiene usted una encantadora pronunciación de Riga, la mejor de todas las pronunciaciones alemanas. Y entonces… continuemos en mi lengua. Suena mucho más dulce al oído la lengua materna, ¿verdad?

[19] Verdad.

[20] Al final usted deberá ceder ante el pez gordo, aparentemente haciéndose la remolona en ese momento… y, lo que es más importante, fingiendo que lo hace a escondidas de mí. ¿Me comprende? Por eso los necios pagan dinero a espuertas. Aunque, en fin, no creo que necesite enseñarle tales cosas.

[21] Sí, señora. Lo que dice usted es muy sensato. Pero esto ya no es una charla ligera, sino una conversación seria.

[22] Está bien.

[23] Escapada.

[24] Mi nombre de guerra.

[25] Nombre comercial de un analgésico.

[26] Compendio de derecho canónico de la Iglesia ortodoxa, que contiene elementos de origen secular y religioso. Su origen se remonta a la Iglesia bizantina a mediados del siglo VI.

[27] Cuerpo de soldados que actuaba como caballería e infantería,

generalmente se desplazaba a caballo y atacaba a pie. Aunque su origen se remonta a la Antigüedad, fue designado con este nombre entre los siglos XVI y XIX.

PINCHE AQUÍ

Akal Clásicos de la Literatura



Table of Contents

Portadilla
Contraportada
Legal
Introducción
Cronología
EL BURDEL
Primera parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
Segunda parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

XIII
XIV
XV
XVI
XVII
Tercera parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX